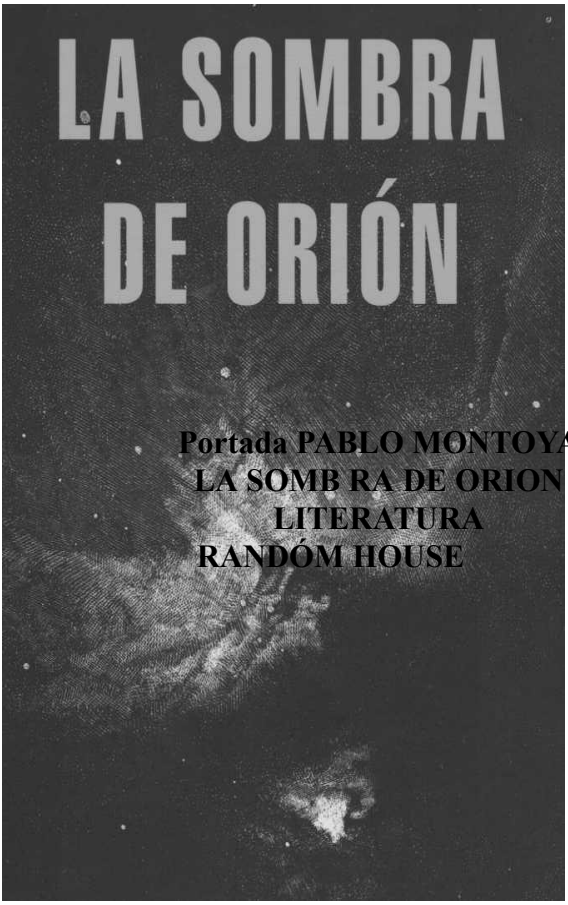

Portada PABLO MONTOYA
LA SOMB RA DE ORION
LITERATURA
RANDÓM HOUSE

PABLO MONTOYA

(Barrancabermeja, 1963) ha publicado las novelas *La sed del ojo* (2004), *Lejos de Roma* (2008), *Los derrotados* (2012), *Tríptico de la infamia* (2014, ganadora del Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos 2015 y del Premio Casa de las Américas-José María Arguedas 2017) y *La escuela de música* (2018). Su obra poética comprende, además de los libros reunidos en *Terceto* (2016), *Cuaderno de París* (2007) y *Sólo una luz de agua: Francisco de Asís y Giotto* (2009). Ha publicado los ensayos *Música de pájaros* (2005), *Novela histórica en Colombia 1988- 2008: entre la pompa y el fracaso* (2009), *Un Robinson cercano* (2013) y *La música en la obra de Alejo Carpentier* (2013). Ha cultivado, también, el género del cuento, y actualmente es profesor titular de literatura de la Universidad de Antioquia. En el año 2016 obtuvo el Premio Iberoamericano de Letras José Donoso por el conjunto de su obra.

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial. Imagen de cubierta: © Gettyimages.com. Foto del autor: Marcela Sánchez.

La sombra de Orion
PABLO MONTOYA
LITERATURA RANDOM HOUSE
Penguin
Random House
Grupo Editorial
Título: *La sombra de Orion*
Primera edición: febrero, 2021
© 2021, Pablo Montoya
© 2021, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. S.
Carrera 7 N.° 75-51, piso 7, Bogotá, D. C,, Colombia
PBX (57-1) 7430700
www.megustaleer.com.co
Penguin Random House Grupo Editorial apoya la

protección del *copyright.*

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra, por ningún medio, sin permiso. Al hacerlo, está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Impreso en Colombia-*Printed in Colombia*

ISBN 978-958-5581-52-4

Compuesto en caracteres Adobe Garamond Pro

Impreso en TC impresores, S. A. S.

Un dios armado de fuego ha embestido a la ciudad
Sófocles

Contenido

La operación 11
Las Bandas 87
Alma 119
Las milicias 181
El mapa 217
Los paramilitares 253ç
La fonoteca 277
La Escombrera 297
La cura 385

La operación

1

Es la medianoche. Mil quinientos hombres se movilizan. Han salido de la Cuarta Brigada y las estaciones de la Policía Metropolitana. Ahora atraviesan Otra banda y ascienden por la calle San Juan. Van en camiones, carros, motocicletas y tanquetas. El silencio, ante los motores, se escabulle por entre las ramas de los árboles, los aleros de las casas, las alcantarillas envueltas en sus alientos de podre. Los vehículos se parquean arriba de la iglesia de la América. Allí, inclinados sobre mapas y alumbrados con linternas, los altos mandos dan las últimas indicaciones. El grueso de los uniformados debe continuar a pie hasta que se controlen los primeros barrios. No han comido nada desde hace horas. No han fumado ni bebido, y en murmullos, en silencio o con jaculatorias intermitentes, se encomiendan a María Auxiliadora y a la Virgen del Carmen. El Comando Especial Antiterrorista, que conoce esos parajes, toma la delantera. Se adentra por las calles de San Javier y va guareciéndose detrás de los postes de la luz eléctrica y de los árboles de troncos más gruesos. El objetivo es atravesar el 20 de Julio, llegar hasta la entrada de El Salado y apoderarse del

liceo. A través de radios y binoculares, los orientan quienes se tomaron en días anteriores las partes bajas de la zona. El Diablo, al cruzar un descampado, más allá de la terminal de buses, ordena a sus hombres que pongan las bayonetas en las bocas de los fusiles. Ultiman con ellos a los milicianos campaneros con los que se topan por el camino. Es un procedimiento simple y efectivo. Sin hacer ruido, los hieren en el abdomen, en las piernas y en los brazos. Les prometen la vida si confiesan el paradero de sus compañeros, pero cuando constatan la información, los rematan con los cañones afilados. El Diablo, jefe del Comando, es rechoncho, macizo, de vellos gruesos que le brotan de la piel como una coraza. Sus ojos son de un negro chispeante. En sus sienes hay protuberancias pequeñas que, según sus subalternos y sus enemigos, lo emparentan con Satanás. Con bisbiseo ronco, sigue dando las instrucciones. Ubica a algunos de sus hombres en ventanas de los apartamentos de San Michel, abandonados por sus residentes a causa de la guerra, para disparar las balas trazadoras. Atrás vienen los demás escuadrones. Unos se enrumban hacia Belencito Corazón. Allá, desde hace unos meses, los grupos paramilitares tienen controlados los sitios más estratégicos. Y hay una ondulación de caídas, resbaladas y brincos. Voces en sordina, exclamaciones encuevadas, respiraciones rotas suenan como látigos. Una oscuridad tupida lo envuelve todo porque han cortado el fluido eléctrico. En las casas las personas intentan dormir en vano. Saben que algo importante y terrible sucederá. La espera y el silencio, durante minutos extensos, se tocan para separarse enseguida. Entonces

dos helicópteros surgen y tajan el aire con sus hélices estridentes. Los hombres del Comando, al verlos, se encogen, se agachan, se acurrucan. El Diablo, la Miniuzi empuñada y erguida a la altura del vientre, sale de un rincón del liceo y grita: ¡Disparen, malparidos, que comenzó la fiesta! Y es como si cayera un aguacero gigantesco sobre La Comuna.

2

Paris Madrid Bogotá Medellín era el itinerario. La fecha de retorno coincidía con la de su partida, años atrás. Pedro Cadavid llevaba un equipaje engorroso. Una maleta con obsequios para sus hermanas y amigos. Una tula llena de discos de música y disquetes. Su vieja mochila arahuaca intestada de carpetas. Los libros conseguidos en París debían arribar a Medellín semanas más tarde. Los había enviado por barco en cajas de a cinco kilos. El avión aterrizó con retraso en el aeropuerto de Barajas. Cadavid corrió para que el vuelo a Bogotá no lo dejara. Hizo, exhausto, la fila de abordaje. Un hombre, a su lado, lo observaba de pies a cabeza. Compartieron un saludo. El otro quiso dialogar, pero Cadavid sacó unas hojas de la mochila y se concentró en ellas. Ya en el avión, no demoró en quedarse dormido.

Los últimos días habían sido difíciles. Cerrar el ciclo de una estadía larga, separarse de su familia y de la ciudad en la que hubiera querido quedarse, era doloroso. La víspera del viaje

había caminado por el Pare de Sceaux. Delante del lago resplandeciente, viendo a los cisnes y a los patos deslizarse por el agua, mientras el sol caía con lentitud y uno que otro caminante deambulaba por los senderos, Cadavid reconoció que su paso por París había terminado. Iba a llorar, pero no pudo. Tenía, en cambio, urgencia de presenciar el espectáculo de la luz moribunda. Todo lo suyo en la gran ciudad finalizaba en medio de los matices de una melancolía estival. En tanto se dormía en el avión, vio una vez más los árboles del parque, el lago perfectamente rectangular, las alas de los cisnes. Pero, de pronto, empezaron a caer cajas y bolsas con chécheres de cocina, prendas de vestir, papeles y lapiceros. El polvo fue cubriendo la antesala del sueño. Y, en vez de la naturaleza domesticada del parque, emergió el apartamento de Antony, ya vacío y sin nadie, donde Pedro, Manuela y Susana habían vivido.

El aeropuerto El Dorado se veía fantasmal. Cadavid tenía unos euros, pero las oficinas de cambio, como los restaurantes y las tiendas, estaban cerradas. Al preguntar qué sucedía, un guardia le respondió que al presidente le habían hecho un atentado. Cadavid recordó entonces que ese día era la posesión del mandatario. Le dijeron que durante la ceremonia se habían disparado morteros cuyo destino no había sido la plaza de Bolívar, sino un barrio popular próximo. El atentado lo había hecho la guerrilla de las FARC y el resultado fueron varios muertos y heridos. Cadavid averiguó sobre la última conexión de su viaje y supo del nuevo retraso. Una avioneta estaba

varada en la pista de aterrizaje del aeropuerto de Rionegro. Pedro quiso llamar a Raquel, su hermana, para avisarle de la tardanza. Pero se dio cuenta de que no tenía un peso en los bolsillos. Le pareció vergonzoso pedirle dinero a alguien. Supuso que sus familiares, informados de los tropiezos de la jornada, lo aguardarían en el aeropuerto. El vuelo a Medellín, finalmente, se programó y Cadavid llegó en la madrugada. No había ningún familiar suyo esperándolo. Giró y vio al hombre de la fila en Barajas.

—¿Algún problema? —preguntó.

Pedro explicó la dificultad y el hombre le ofreció una moneda para llamar.

3

En los últimos meses hubo otros operativos militares. Poseían nombres que, al pronunciarse, no solo quedaban resonando en los cuerpos, sino que adquirían una aureola tan nítida que se podía palpar. Se denominaban Fuego, Marfil, Mariscal, Potestad, Antorcha, Saturno. Su propósito era sacar a los milicianos de La Comuna, pero ninguno de ellos había logrado su cometido. Eran operativos que duraban algunas horas. Se daba de baja a guerrilleros. Detenían a unos pocos que lo eran y a otros muchos que no. Morían civiles en el cruce de las

balas. Se decomisaban fusiles, revólveres, explosivos y propaganda subversiva. La policía, no obstante, debía retroceder. Por un lado, estaba la fuerte presión de las milicias. Por el otro, la gente, durante los últimos enfrentamientos, había salido de sus casas con sábanas, camisas y toallas blancas. Las prendas las colgaban en palos de escoba y las enarbolaban con las manos, clamando para que se les respetara la vida.

Pero esta operación era la decisiva. Se había planeado con más minucia por parte de Montuno, el general del ejército, de Gallo, el general de la policía, y de Be jarano, que no era general de nadie, pero sí el jefe de los grupos paramilitares de Medellín. La operación gozaba del apoyo del alcalde de la ciudad, del recientemente posesionado presidente del país y de su ministra de Defensa. Orion, así la nombraron, remitía al cazador dibujado en las estrellas. Eso les había explicado Gallo a sus hombres. Este era un

personaje alto, de anteojos ennegrecidos, narices chatas y poco pelo en el cráneo. En el patio de la estación Metro-politana, antes de la medianoche, dijo quién era Orion. Somos como ese guerrero de la antigüedad y nuestra misión es llevar el orden y la paz. Él era gigantesco, precisó. Nació de la orina y el semen de tres dioses y su vigor le permitía cazar con su garrote a todos los animales de la Tierra. Pues bien, esa valentía y esa convicción son las nuestras. Guiados por su fuerza, aplastaremos a los bandidos de La Comuna. Gallo movió sus manos, como si ellas sostuvieran el garrote del guerrero, y las lanzó hacia abajo. Enseguida, asumió su posición de firmeza

inicial. Agregó que Orion había sido enceguecido por uno de sus contrincantes. Un compinche suyo, sin embargo, se le montó en los hombros y lo orientó hacia el sol para curarlo. Así haremos nosotros. Nos apoyaremos en su coraje para guiarlo hacia la luz de la victoria.

Pero quienes realmente estaban montados en los hombros de Orion eran los hombres de Bejarano. Gordo, cojitranco, de mirada bizca, el cabecilla paramilitar andaba siempre con un poncho sobre los hombros. Se limpiaba con él el sudor de la cara y el cuello. El Bloque Cacique Nutibara era el nombre del amasijo de bandas que dirigía. Había acabado, por medio de combates cruentos, con los milicianos de otros sectores de Medellín. Pero su poder no había sido suficiente en La Comuna. Las milicias no solo eran poderosas, sino que llevaban instaladas allí muchos años, y los habitantes, por aprensión o por simpatía, las apoyaban. Bejarano, Montuno y Gallo comprendieron que la condición exigida para el triunfo era la unión de sus grupos. Los paramilitares habían llegado, por su lado, hasta las periferias más altas de El Corazón, Eduardo Santos y Antonio Nariño. Controlaban, igualmente, las goteras di Blanquizal y Juan XXIII. Id mismo Bejarano vivía en una finca de tapias blancas en lo más alto de la Loma de San Cristóbal. Desde allí, acompañado por sus guardaespaldas, divisaba las casas de los barrios, encaramadas unas sobre otras. Y a lo lejos, en los días más luminosos, los edificios residenciales de El Poblado.

Cadavid se enteró de quién era su compañero de viaje. Tomaron juntos un taxi, pues iban para el mismo sector de la ciudad, y bajaron por la carretera Las Palmas. Pedro veía las luces del valle mientras el otro hablaba de su profesión. Era banderillero y vivía en Sevilla, aunque había nacido en Santuario. A sus labores las definía un vaivén por las plazas de Colombia y España. Escuchando el relato, que se había tornado caudaloso, Cadavid percibió en el hombre mohines amanerados. Sus rasgos eran de gato y unas gafas de sol se empotraban en sus cabellos crespos. Los pantalones y la chaqueta de cuero se asían de tal modo a sus extremidades que parecían el atuendo del banderillero de las ferias. De súbito, el hombre dijo que participaría en una fiesta que unos ganaderos le harían al nuevo presidente.

—¿Dónde es? —preguntó Cadavid con curiosidad repentina.

—En Tarazá —fue la respuesta.

Más adelante, en la glorieta de San Diego, a Pedro le inquirieron por su oficio. Vaciló en responder. En París nunca decía que era escritor. Se apoyaba, más bien, en lo de profesor de español o estudiante de literatura. Una mezcla de inseguridad y pudor lo invadía siempre. Los escritores eran quienes tenían una obra digna de respeto y Cadavid estaba muy distante de esa circunstancia. Apenas había publicado unos libros de cuentos en pequeñas editoriales que pocos leían. Pero

si eso pasaba en París, donde la gente se interesaba por la literatura y esta poseía cierto prestigio, ¿por qué cambiaría de opinión en Medellín, donde seguía siendo cierto lo de que las únicas letras que valían la pena eran las letras de cambio? No le gustaban, por lo demás, los interrogatorios procedentes, eso se notaba, de personas que no leían. Pedro decidió decir que era profesor universitario.

—¿Y qué enseña? —insistió el banderillero. Cadavid pensó unos segundos y encontró la palabra incómoda.

Literatura —dijo.

Hubo un silencio. Pero el otro se enfrascó en un monologo del cual brotaron las virtudes del presidente. Un animal político nato. Un temperamento puro de caudillo. EI mandatario capaz de ofrecerle al país el cambio que urgía. El taxista, que en vez de hablar gritaba, intervino para opinar que el presidente era un hombre con güevas. Empuñó la mano y llevó el brazo erguido hacia el hombro. Cadavid se percató, de pronto, de que en la radio sonaba un bambuco. Lo identificó de inmediato: Tierra labrantía. Una canción cuya letra había aprendido en su época de estudiante de bachillerato. La voz del dueto canil) nostálgica: “Tengo en la plenitud de la montaña una laja de tierra labrantía”. Cadavid, sin embargo, jamás sentía nostalgia por ese tipo de tierras. Nunca había tenido propiedades. Sus vivencias en el campo eran exiguas. No sabía montar a caballo ni había sembrado huertas. Además, esa música le parecía apta para borrachos llorones. Entonces sintió, con claridad

insoslayable, que estaba en el verdadero corazón de Antioquia.

Poco después, al descender del taxi, Pedro saludó a Raquel. Su hermana estaba en piyama y tenía el dinero de la carrera en la mano. Volvió a decir que la caravana a recibirlo, pero que les informaron que ambos aeropuertos, El de Bogotá y Rionegro estarían cerrados hasta el otro día. Pedro le paso la plata al banderillero y se despidió. Este afectuosamente, le tendió la mano. Cadavid sintió una humedad cálida y escucho que lo invitaban a una fiesta de Taraza Enarco las cejas como si hubiera entendido.

—Puedo ir con alguien- se justificó el banderillero.

- Palabras flotaba el aire de seducción. Pedro estaba exhausto. Llevaba más de veinticuatro horas viajando, Recordó el rostro de Manuela, su compañera de tantos años, en el instante de la despedida. El abrazo frio que se dieron por última vez.

Gracias, pero no me gustan las corridas- dijo Cadavid. Y giro para darle un abrazo a su hermana.

5

En la madrugada cuando las tanquetas ingresan a los dominios de las milicias. Lo hacen hasta donde las calles y el cruce las balas lo permiten. Meses antes, durante la operación Mariscal, habían llegado hasta el centro de salud de San Javier. Delante de la entrada se instalaron vehículos con sus cañones largos. A pesar de la protesta de las enfermeras y el médico de turno, los policías allanaron los consultorios. Decidieron qué heridos recibir y trasladar a otros lugares de la ciudad y cuáles dejar para desangraran. Varios jóvenes, sus rostros arrebujados en buzos y camisetas, recogían las granadas de gases lacrimógenos y las devolvían hacia las tanquetas. Entre la multitud, representantes de derechos humanos portaban chalecos con las siglas de sus instituciones, y levantaban los brazos para detener el operativo. Desde el comienzo del Mariscal, se habían comunicado con las sedes de las organizaciones no gubernamentales y con los medios de la comunicación que, más allá del centro de salud, trataban de cubrir la jornada. A veces el gentío se abría y, sorteando la humareda, dejaba pasar a un grupo de personas. Cargaban a un chico herido en el vientre por una bala. A una anciana cuya

pierna había sido alcanzada por la esquirla de una granada. A un hombre que tenía los intestinos al aire. La calle estaba mojada y parecía como si un depósito de guijarros se hubiera desparramado por su superficie. ¿De dónde había salido tanta piedra?, se preguntaban los curiosos. En los balcones de los apartamentos cercanos se alzaban las banderas improvisadas de paz. Los residentes se recostaban en las puertas, en las ventanas, en los balcones, o estaban encaramados en los techos, y les gritaban a la policía y al ejército que se fueron. Entonces una de las tanquetas dispara. El trueno que suena en las laderas y Orion, el mítico guerrero, inicia descenso por las partes elevadas de los barrios. La estrategia de Bejarano, Montuno y Gallo era sencilla. Por debajo arremeterían los ejércitos del Estado. Por arriba de los paramilitares. Un sánduche en cuyo centro, aplastadas, quedarían las milicias y la población. Las tanquetas con su paso de elefante, van penetrando las callejas del 2 de Julio

Los subversivos están atrincherados allí. La luz del di se asoma. Las balas rebotan en la acorazada piel de los| carros. Junto a una de las tanquetas va el subteniente Hernández. Su corazón se agita y la sangre se le concentra era la cara. La cabeza le zumba como un enjambre de abejorros. Es muy joven y no sabe si tiene miedo o si simplemente un calambre le zigzaguea por las piernas. Había disparado no sabe cuántas veces. Se había propuesto como si fuera un juego, contar el número de cartuchos que usaría, pero con los primeros enfrentamientos perdió la cuenta. Supone, en cierto instante

que han transcurrido solo unos minutos, cuando ya son cuatro horas desde que ingresaron a La Comuna. Alguien grita y Hernández comprende que los milicianos abandonaron las trincheras de abajo para irse a lo alto de El Salado. La policía se adueña del 20 de Julio y avanza hacia Las Independencias. Pero ¿en cuál Independencias estamos?, se pregunta Hernández. ¿En el Uno?, ¿en el Dos?, ¿en el Tres? Se siente contundido ¿Dónde empieza uno y donde culmina el otro? Hace un esfuerzo para clarificarse. Su compañero dice que están en el Salón Rojo. ¿Por qué se llama así pregunta Hernández? Ni puta idea, le contestan. Puní, oí el nombre de unos billares, de un salón comunal o di una sala para reuniones milicianas. De repente, se dan cuenta que hay que subirlas escalinatas. Pero les cae unas granadas de mano. Se refugian otra vez en la tanqueta, es una mamá protectora, piensa Hernández. Lástima que sea de acero y fría, y no de carne y tibia. Responde hondamente, trata de que la desmoralización no se le rebose. Pero ¿cómo lograrlo si todo a su alrededor es una pelotera? Los ranchos montados unos sobre otros. Las escalinatas haciendo trazos de laberinto. Los disparos de modo que esto, se dice sonriendo, es un combate. Y no sabe si la suya es una sonrisa de aprobación, de decepción o de miedo. Alguien grita del otro lado que deben retomarla subida y disparar hacia el sitio de donde han partido las granadas. Pero ¿de dónde han venido? ¿De otras. viviendas suspendidas en lo alto? ¿De los arbustos?

¿De las copas de los árboles? Como de abajo les llegan

refuerzos, Hernández y su grupo ascienden de nuevo. ¿Qué horas son?, pregunta el subteniente. Ahora cree que ha transcurrido una eternidad desde que inició Orion. Está verificando en su reloj y de una ventana le cae un muchacho con el cráneo despedazado. Más allá hay dos cadáveres: Uno tiene un tiro en el pecho. El otro, los ojos abiertos, como sorprendido de que le hubieran incrustado una bala en la frente. Están quitando los muertos del camino con las piernas cuando una granada cae. ¡Madre mía!, exclama Hernández, y se derrumba sobre el cuerpo de su compañero. Aquel que le había dicho lo del Salón Rojo.

6

Medellín, de las ciudades de Colombia, era la menos indicada para rehacer una vida. Su violencia ahuyentaba al más avisado. Ella era, literalmente, un valle de lágrimas. O el infierno, como sentenció Ciro Peláez, su amigo abogado. Porque, sucedido el abrazo en la oficina de los juzgados, Ciro, cuyo humor no había cambiado desde los días del Liceo Antioqueño, dijo: ¡Qué alegría, Pedro tenerte por aquí! ¡Bienvenido al infierno!

En Medellín se enfrentaban, en realidad, varios bandos. Cadavid intentaba comprender los intríngulis de esos combates. Era claro que existían varias guerrillas que luchaban contra el ejército y la policía para adueñarse de algunos sectores de la ciudad. Pero en la disputa se habían involucrado bandas de delincuentes comunes, bandas de narcotraficantes, bandas de paramilitares. Al llegar Pedro, estaba efectuándose la última avanzada del Bloque Cacique Nutíbara sobre La Comuna. Bejarano, después de la muerte del Mago y como consecuencia de pugnas internas, se había convertido en el gran jefe de las bandas que operaban. Estas sumaban casi setecientas, y pasar por encima de ellas para derrotar a las milicias parecía imposible. Por tal razón Bejarano, en la lucha contra aquel agresivo comunismo barrial, era el primer aliado de las fuerzas militares. Y no solo de ellas, sino de los dirigentes políticos y los empresarios más poderosos de Medellín.

—O sea que vienes a recomponer tu vida en este mierdero —dijo Ciro después de exponer tales vínculos—. ¡Qué falta de imaginación la tuya! ¿No se te ocurrió otro lugar?

Estaban tomándose un tinto en la Estación del Ferrocarril junto al edificio de la Fiscalía. Cadavid levantó los hombros y preguntó que en qué otro sitio podía tener el puesto que la Universidad le ofrecía.

Uno vive donde trabaja, Ciro, no hay que darle más vueltas al asunto.

Pero Cadavid no paraba de darle vueltas. Se amparaba en “el poema conjetural”, de Borges. Uno de los generales de la independencia argentina se topa con la revelación de su muerte al constatar su destino sudamericano. A Pedro se le presentaba algo semejante y, como en el sur del general Laprida, el asesinato iba y venía por Medellín. Pero si en la punta palpitaba algo de heroísmo patriótico, en el valle de Aburrá todo estaba, según Ciro, atravesado por la porquería. Cadavid no descartaba, y eso lo consideró ante su amigo, que si las cosas se complicaban se iría de nuevo a París.

¿Crees que podamos empeorar? —preguntó el abogado. La ciudad ha tocado fondo, y lo mejor es que te acostumbres a la idea de que por aquí todo pasado fue mejor.

¿Mejor? —exclamó Pedro—. Jamás viviría en los tiempos de Pedro Justo Berrío.!

Un poco parecidos a los de ahora, querido. Empresarios y terratenientes, Iglesia católica, políticos, grupos paramilitares, contrabando, sociedad civil, confabulados todos para crear la gran provincia de Antioquia. La pujanza y la honorabilidad ancladas en pilares de mierda.

-Pero convengamos en que a la sazón eran menos los muertos.

—No te hagas ilusiones. Simplemente eran proporcionales al número de habitantes que había.

Sin embargo, y a pesar de sus comentarios ponzoñosos Ciro se

reconciliaba siempre con Medellín. Una reconciliación, sin duda, llena de reproches. Aseveraba, entre otras cosas, ¡que un fiscal apocalíptico era una paradoja irrisoria! A diferencia de su amigo escritor, que había recorrido el mundo y trabajado en oficios varios, Ciro nunca había salido de Medellín. Terminó el bachillerato para estudiar derecho. Lo suyo eran las leyes, los juicios, las condenas, las absoluciones. Había trabajado desde un principio en las oficinas de la Fiscalía. Primero como mensajero, después como secretario, más tarde como abogado. Y ahora' que Pedro estaba mirando la vieja locomotora del Ferrocarril de Antioquia, detenida allí como si fuera el fósil de un dinosaurio, Ciro dijo que el de Medellín era el mejor clima del mundo. No se cansaba de celebrar a las mujeres con sus cuerpos opulentos y los semblantes enigmáticos. Había indudablemente un cáncer que roía los cimientos de la sociedad, pero la gente, como en otras urbes enfermas, seguía viviendo y era cordial.

—Y no nos engañemos, Pedro, ciudades sanas nunca han existido. Todas tienen su anomalía. Las nuestra son estos grupos armados que proliferan como las cabezas de una hidra.

Ciro sorbió el ripio del café. Era la parte que más le gustaba. Le miró el trasero a la moza que los atendía y se dirigió a su amigo.

—Estoy seguro de que aquí encontrarás lo que necesitas —dijo.

7.

El alcalde Peralta se había empecinado en llevar a cabo Orion. La rabia lo sitiaba porque él, como máxima autoridad era despreciado en La Comuna. Unas semanas atrás había ido a inaugurar la terminal de transporte en el sector de la Loma, construida en medio de los tropeles de la guerra buscando la atención de las noticias, y empujado por su carácterarrojadizo, Peralta decidió trasladarse en un lar. con los periodistas y su equipo de gobierno. Era un hombre bajo, cenceño y engreído. Al hablar se apoyaba con insistencia en la primera persona del singular. Le gustaba vestir trajes caros. Usaba collares de piedras preciosas, brazaletes dorados, relojes finos. Se rodeaba de modelos y reinas de belleza e iba de su mano a las reuniones, fiestas que le exigía su cargo. Aunque en Medellín todos decían que era marica.

Al ingresar al territorio de las milicias, el bus fue repe-lido por los disparos. Peralta tuvo que ponerse un chaleco antibalas. Uno de los guardaespaldas se lo lanzó, y él se metió, aterrorizado, debajo de una banca. Desde entonces, i I emisario del cazador de las estrellas no cejó en su pro- IH rulo de expulsar a los milicianos de la ciudad. Habló con el presidente y le dijo que un alcalde que no podía ejercer la autoridad era un pelele. Con un tono de voz que iba de la vergüenza al

enardecimiento, hizo un recuento de los vejámenes ocurridos en La Comuna. Los bandidos, al atacarlas, no dejaban entrar a las autoridades. Practicaban secuestros y en sus covachas encumbradas retenían a l id víctimas hasta que les pagaran el rescate. Había asesinato» continuos y un desplazamiento humano de grandes proporciones. Los milicianos no solo cobraban impuestos de seguridad, sino que eran los amos de las escuelas, los mercados y las juntas comunales. En estos espacios ejecutaban actividades de enrolamiento y los niños y los adolescentes eran la carne de cañón de sus combates. Debido a la ubicación geográfica de la región, controlaban el paso del polvo blanco hacia las tierras del occidente, para que fueran alcanzadas más tarde las grandes urbes de Europa y América del Norte. Recibían, por la misma vía, las armas con que los apoyaban las guerrillas del campo. Peralta, una indignación rojiza le cubría el rostro blanco y lampiño, argumentaba que el caos imperaba en esos barrios donde las direcciones de las calles y las nomenclaturas de las casas se arrancaban para que no se cobraran los impuestos del agua y la luz. Estaban, además, los depósitos de armas que operaban por doquier, la piratería ejercida con la gasolina, la red de tiendas, graneros y legumbreras de la que eran propietarios. Y todo esto, señor presidente, ocurre a menos de media hora del centro administrativo donde yo gobierno.

8.

Cadavid recordaba su pasado sentimental y hallaba un campo en ruinas. Una serie de infidelidades vividas con Manuela entre la estrechez material y la urgencia de apurar los placeres de la trashumancia propiciada por París. La precariedad, en vez de unirlos, les había dañado el amor. Quien los mantuvo unidos durante años fue Susana. Pero la hija no logró que sus padres dejaran su ansiedad por todo el mundo. Pedro y Manuela comprendieron que las comodidades parisinas eran tan anchas como ajenas y que en definitiva, no podían compartirlas más. En varias ocasiones, durante su relación, se habían separado y Susana los hacia juntar de nuevo. Volvían con promesas de que el sería más cariñoso y ella menos celosa. Pero las cosas no demoraban en degradarse. Hasta el punto de que la hija, ya mayor y consciente de ello, les aconsejó separarse. Manuela era de Bello y decidió quedarse en París con Susana. Le aterraba pensar que el futuro de ellas estaba en Colombia,

donde la vida no valía nada y a las muirles se las maltrataba cotidianamente. Se había enamorado, por otra parte, de un joven poeta francés y poi nada del mundo malograría ese amor que se le obsequiaba en las postrimerías de la juventud.

Aferrándose a una última esperanza, Pedro propuso que regresaran juntos a Medellín. Estaba dispuesto, una vez más, a cambiar. En esta ciudad tendrían una casa amplia y dejarían la estrechez mezquina de París. Atrás quedaría la incertidumbre de los empleos inmigrantes y e Colombia hallarían una dignidad laboral. Ambos seguirían escribiendo: ella sus poemas, él sus cuentos. Susana s acomodaría a un medio que de todas maneras era el de sus padres. Cadavid se atrevió a suponer, incluso, que el lance con el bate francés era solo un embeleco. Manuel se le rio en la cara y dijo que nada ni nadie podía salvar u amor tan desastrado.

—Estoy segura de que no tardarás en acostarte con tus estudiantes —dijo Manuela.

—Te seré fiel, pero prométemelo tú también.

—Estoy hastiada de promesas. Entiéndelo de una vez por todas, Pedro, nuestro amor se acabó.

Quien retornaba a Colombia era, pues, un náufrago Alguien que había conseguido un puesto universitario luego de varios años de vida azarosa en París. Un profesor de literatura cuyo sueño era escribir. Un desahuciado de amor que había vuelto a una Medellín roída por el crimen Alguien que buscaba un trozo

de madera, un bote salva vidas, ese pedazo de playa donde descansar para reponer las fuerzas diezmadas por la desilusión.

9

El Diablo y su grupo dan de baja a más milicianos. Estaban los cuerpos para que en las horas de la noche los hombres de Bejarano los lleven a La Escombrera. Los del comando especial Antiterrorista suben por las escalinatas de El Salado. Antes han pasado por una quebrada de aguas sucias. Los policías se tapan la nariz. Caca miliciana comenta el Diablo, la peor de todas. Algunos ríen, pero risas cortadas por un reguero de balas que brinca entre los peldaños. El Diablo no se altera. Es intrépido como el que más. Durante las operaciones pasadas

se había granjeado una fama de coraje entre los milicianos y el sobresalto de quienes habitaban La Comuna. ¡Ahí viene el Diablo!, se amenazaba así a los niños. Y estos no evocaban al personaje que acompaña a Dios en las trifulcas del bien y el mal, sino al militar velludo, con cara de cerdo, que tras sus pasos dejaba la huella de la muerte. Al salir de la portería de los apartamentos de San Michel, le había dicho a su francotirador preferido que se quedara en uno de los pisos superiores. Se llama Jaramillo, y lo apodan Carilindo. Quien lo viera de civil, así le bromean el jefe y sus compañeros, creería que es un actor de televisión.

Jaramillo lleva un montón de tiempo sirviéndole a la patria. El Diablo, sin embargo, lo supera. A pesar de que este bordea los sesenta años, sigue en la policía. Una fidelidad admirable a la institución, se dice. Pero el Diablo continúa ahí para protegerse también de las denuncias de asesinatos y desapariciones que carga sobre sus hombros.

Suspicaz por instinto, inclinado a los insultos si sus subalternos yerran, el jefe del comando le guarda afecto a Carilindo. Lo saluda y se despide siempre con una palmadita en la tez agraciada. Y si hay dos cosas en las que confía son su propia metralleta y la puntería de Jaramillo. Por el radioteléfono le ha explicado que, mientras él y sus hombres vayan ascendiendo por El Salado, lo irán orientando para que su M60 sea más certera.

Desde lo alto de una de las torres de San Michel, Jaramillo

atiende las indicaciones dadas. Ahí, en la esquina hacia la izquierda, le dicen por el radioteléfono. El ranchón donde hay pintado un escudo del Atlético Nacional. Carilindo mira y un hombre se asoma por la ventana. En el II lugar de las celosías, un hueco permite que el fusil del miliciano emerja de vez en vez. Jaramillo se sienta con calma sobre una silla de escritorio que ha llevado hasta la ventana. Avezado, exige comodidad para su oficio. Respira profundo porque cree que las inspiraciones y las espiraciones dan la ecuanimidad necesaria para que el pulso no le tiemble. Su pupila derecha está agrandada como la de un gato I al acecho. El otro ojo lo entrecierra con cautela. El dedo índice acaricia el gatillo, caliente de tanto tocarlo. Y se topa, en efecto, con el escudo del equipo del cual él también es hincha. Sonríe al ver las estrellas del Atlético Nacional y no tarda en ubicar la sombra enemiga.

Como francotirador, Carilindo era minucioso frente al objetivo. Pedía siempre que se lo describieran. La solicitud no convencía a sus compañeros de escuadrón, que deseaban actuar con velocidad. Describir estatura, color de piel, sexo y cabellera les parecía una pérdida de tiempo. Por lo tanto, él terminó realizando por sí mismo la observación

¿A cuántos había eliminado? Levantaba los hombros con una indolencia y nunca decía la cifra. Pero tenía un escrito en un cuaderno que guardaba en su mesita de noche No eran nombres, solo vistos buenos marcados con una mínima separación sobre la hoja blanca. Al modo que vez que disparaba sopesaba en su boca una palabra antes de lanzarla.

Primero la imaginaba, como si escupiera en el aire las dos sílabas que tenía. Decía cada una de las letras y, al apretar el gatillo, el vocablo “liendre” pronunciado por sus labios.

La sombra se asoma de nuevo por la ventana. Carilindo, ¿Sil lo ves?, escucha. Él dice sí, como un susurro. Pero cuando va a la visión. Le tiembla la mano, ¿Qué pasa, francotiro?, disparar surge pregunta el Diablo desde las casas de El Salado. Jaramillo se retira de la ventana espabilando varias veces. Desaloja de sus ojos la imagen. Fue durante Antorcha, o acaso en Saturno o quizás en Mariscal. No lo sabe muy bien. Pero al niño lo veía a todo instante. Pasaba de una casa a otra, en Nuevos Conquistadores. Con una mochila que se vaciaba y se llenaba de municiones. Jaramillo lo observó con claridad esa mañana. Había descendido a El Morro desde un helicóptero de la policía con otros hombres. Apenas piso tierra, ubicó el árbol donde se encaramó y le ordenaron que enfocara hacia abajo. Era un niño de siete u ni lio años. A Carilindo se le enfrió el cuerpo. Dijo que no distinguía el objetivo. ¡Ahí está!, le gritó el Diablo, ¿no lo ves? Al lado de la tienda. ¿Cuál tienda?, preguntó Jaramillo. Pues esa, El Paraíso. El francotirador lo veía todo con claridad: el aviso de letras rojas, el niño con la mochila que le llegaba casi a los pies. Estuvo unos segundos anclado en la vacilación, hasta que la voz fue como un estruendo, ¡Luego, Carilindo, fuego! El cerró los ojos y apretó el gatillo.

Ahora baja la M60. Le advierte a su jefe que un mosquito se ha cruzado en la mirilla. Promete dar en el blanco si la sombra

reaparece. Jaramillo creía que había sido durante Mariscal, porque ese día El Morro fue recuperado por los paramilitares de Bejarano. Así la policía pudo por fin instalarse en ese límite de El Salado. Pero, a veces, tenía la impresión de que había dado de baja al niño en cada una de las operaciones. Lo mataba todas las noches, en la: que se despertaba lleno de sudor, con la imagen del cuerpecito volando por los aires. Sentía que los vistos bueno: que ponía en el cuaderno se hacían interminables con esa muerte. El Diablo se enteró de los padecimientos de su subalterno y lo invitó a tomarse un tinto en la estación Metropolitana. Olvídate de esas carajadas, Carilindo, le dijo. Diste de baja a un bandido y ya está. Si lo hubieras dejado vivo, seguiría llevando y trayendo armas, y quién sabe cuántos de nosotros estaríamos marcando calavera.

Jaramillo bajó los ojos e intentó convencerse de que liendre es liendre, sin importar el tamaño ni la edad.

10

Un profesor que había regresado de Alemania lo asesoró para cerciorarse en el cargo de La Universidad. Eduardo Nanclares tenía una jovialidad desbordante. Ambos recocían los pasillos, con el vasito de café en la mano, y Eduardo le ensañaba a su colega la exuberante vegetación.

Mira, Pedro, quieren asaltar los espacios académicos decía.

Eran árboles gruesos de mango, ceibas majestuosas, laureles altísimos, balazos, anturios y diefembaquias de hojas verdes y brillantes. Nanclares le aconsejaba observar también a los estudiantes, zarandeados por el ímpetu de sus hormonas.

La lujuria es invencible en estos trópicos, Pedro. Hay mi ansia de copulación por todas partes. Es una maravilla para los sentidos, pero una trampa para el intelecto. Hegel tenía razón: con un arrebato así, al pensamiento le es complicado florecer.

Cadavid sonreía viendo a las chicas con sus camisetas y pantalones apretados. Los ombligos asomados como ojos coquetos. Los escotes dejando ver parte de los senos. Se sentaban en los pasillos, o se agachaban para tomar cualquier cosa, y la raya de las nalgas aparecía como una epifanía. En su oficina, Cadavid continuaba detallando el mundo adonde había llegado para dar clases de literatura. Desde la ventana, entre los follajes de los árboles, veía a los titíes sometidos a las

persecuciones del amor. Oía las parvadas de los loros sobrevolar los follajes gritando de dicha en los atardeceres esplendidos. Si se paseaba por 1os lados del aeropuerto, ahí estaban las parejas, entrelazadas las piernas, el humo de los cigarrillos y la marihuana ondeando en las bocas que se buscaban para besarse. Y si se aventuraba por la imprenta y la editorial, veía a perros que montaban sobre otros perros. Una vez observó, en una senda del bloque administrativo, dos iguanas. Estáticas se tocaban los hocicos, las colas haciendo un ocho revelado sobre un piso de hojas húmedas. Sí, todo en La Universidad era la expresión de un vasto apetito sensorial que las labores de la burocracia académica y las elucubraciones de la razón trataban de detener. Y Hegel, concluía Pedro un pobre imbécil.

Pero, al contrario de Ciro Peláez, Eduardo Nanclares creía que a Medellín le esperaba una trasformación favorable. Su raciocinio consistía en que las sociedades mejoraban progresivamente y el hombre ascendía hacia una perfección moral y material. Solo que en la adquisición de esos logros se pagaban precios temerarios. Los dos amigos iban, al finalizar las tardes, a tomar cerveza en los alrededores de La Universidad. En la calle Barranquilla había una discoteca donde ponían música salsa a todo taco. A punta de gritos, en medio de la algarada del piano, la percusión y los bronces, Nanclares decía que a Medellín | se le había calcinado el cuerpo y el alma, pero que emergería de sus cenizas como un ave fénix. Aseveraba que ellos, profesores de literatura,

formaban parte de ese re-' nacimiento futuro. Y en tanto le daba manotazos al tambor de sus muslos, y en la atmósfera tronaba “Agúzate que te están velando”, vociferaba que ellos cumplirían con la responsabilidad histórica que la ciudad exigía.

Fui Nanclares, que saludaba a todo el mundo en los pasillos, las oficinas y las cafeterías de La Universidad, y contaban chistes a diestra y siniestra, quien le presentó a una joven profesora. Se llamaba Marina Vásquez, que replico se había graduado. Cuando se dieron la mano y dijeron sus nombres, hubo como una descarga eléctrica. Los unió esa misma noche, fueron al Suave, una taberna de música caribeña situada en la calle San Juan. Marina y Pedro salieron a bailar. Comenzaron sonriéndose y haciendo piruetas que los guaguancós provocaban, hasta que los dos aproximaron más sus cuerpos. Al otro día se estaban besando a hurtadillas en los corredores, detrás de las puertas de sus oficinas y en los palomares de La Universidad. Poco después fueron a un hotel del centro.

11

Su nombre es Silvia Sánchez y estudia administración de empresas en una de las instituciones privadas de Medellín. Esa mañana, hacia las cinco, en vísperas de Orion, la chica sale para clase. Un amigo la recoge en su carro y atraviesan las calles de Laureles. Un taxi, bruscamente emerge de las tinieblas. Varios encapuchados los encañonan con sus pistolas. Silvia es obligada a subir con ellos. Su amigo, a quien amenazan, se queda paralizado ante el volante con las manos en alto. Más tarde el taxi asciendo por la calle 35. A Silvia le cuesta creer lo que está pasando, Hay una equivocación. Ella no tiene que ver con nada. Era solo una estudiante. Pese a que la consternación la invade, hace estas advertencias con tranquilidad. Uno de los hombres le dice, la voz asfixiada por la capucha, que más tarde le explicarán. Le pone la mano en el hombro y le aconseja que si se maneja bien no habrá

problemas.

En el 20 de Julio abordan otro taxi. Silvia pregunta hacia dónde la llevan. ¡Cállese!, la intimida el chofer que, esta vez, tiene cara. Las personas desde las aceras y los quicios de las casas ven transitar el carro por una calle llena de huecos. El cielo está encapotado y amenaza lluvia. Hacia donde mira, Silvia encuentra gente armada. Unos portan capuchas, otros no. La mujer, de pronto, comienza a sentir una vibración. A su lado hay un hombre que no para de mover las piernas. A ella le incomoda el gesto. Cuando fue consciente de ello, comprobó que era una manía. En el metro, en las cafeterías, en las clases, en las reuniones familiares, hombres y mujeres sentados hacen temblar con nerviosismo muslos y piernas.

La vibración cesa cuando el taxi se detiene. Un encapuchado la recibe en las escalinatas de El Salado. El encapuchado le ordena que la suba hasta El Descanso. Silvia lo hace con rapidez, pero pronto le falta el aire y solicita que pare. El otro la hala de la mano y dice que ya están cerca, ella quiere preguntar a donde van. Sabe, sin embargo, que al hablar se le puede cortar la respiración. La tienda está en una esquina a lo alto del sector. Sobre el mostrador alcanza la llave para que entren a la casa vecina. El lugar donde meten a Silvia es oscuro y en el ambiente hay un olor putrefacto. Se oyen ruidos abajo del piso. Se oyen ruidos abajo del piso. Ella piensa en ratas. Las voces, provenientes de la tienda o de las escalinatas o de las otras casas, se escuchan ahuecadas, como si todos

estuviesen encapuchados.

12

Los escollos con Marina Vásquez no demoraron en aparecer. La profesora quería tener la experiencia del sexo con plenitud,

pero la vigilancia familiar y sus prejuicios se lo impedían. Había confesado una virginidad de la cual Pedro dudaba porque, pese a esas mismas trabas, Marina era diestra en las caricias y los besos. Si se quedaban juntos en la noche, le mentía a su madre. Decía que estaba en labores de investigación con sus compañeros y que para entregar los resultados a tiempo debían trasnochar. Ocurrido uno de los encuentros, en un hotel cercano al parque Bolívar, la joven profesora se llenó de angustia por un posible embarazo. Para contrarrestar esta inquietud, quiso oficializar lo que para Pedro era un lance de los sentidos, la bienvenida fogosa que Medellín le otorgaba a un desarraigado. Una vez, Marina le dijo que quería que sus padres lo conocieran, pero le pidió que se afeitara.

—Pareces un guerrillero con esa barba —le espetó.

Pedro creyó que era una broma. A los pocos días su amante, entre risas, lo ayudó a afeitarse, una noche en que no había nadie en los baños de los profesores de la facultad.

Los padres eran humildes, cordiales y desconfiados. Ella se ocupaba de la casa. Él administraba un taller de talabartería en Copacabana. Marina tenía también un hermano que estudiaba

Derecho en La Universidad. El apartamento donde vivían, en Belén Los Alpes, estaba lleno de imágenes del Sagrado Corazón de Jesús, de acuarelas de flores y paisajes montañosos que Marina había hecho en un curso de pintura. Cuando terminaron de comer, la madre le preguntó a Pedro por París.

—Ciudad de ateos, ¿cierto? —dijo. La señora hizo un gesto de picardía. Pedro la miró asombrado.

—Bueno, hay de todo un poquito —respondió sonriendo—. Cristianos, musulmanes, judíos, budistas. Y también ateos, por supuesto.

Antes de que su madre lanzara otro comentario, Marina se levantó para enseñarle a Pedro unas carpetas con dibujos. Había árboles, casitas de campo y quebradas. Los padres se fueron al cuarto de la televisión, pero el hermano se quedó en la sala y se refirió a lo que estaba sucediendo en La Comuna. Belén Los Alpes colindaba con esa zona. El estudiante de abogacía mencionó la pesadilla de las milicias y consideró que la única salida era una intervención dura del Estado.

—¿Usted cómo ve la cosa? —preguntó mirando a Pedro directamente a los ojos. Este levantó los hombros.

—Acabo de llegar y me cuesta entender lo que está pasando allá.

—Es muy simple. Hay unos barrios tomados por unos malhechores y las autoridades los combaten.

—Pero dicen que hay grupos paramilitares unidos a las fuerzas del Estado.

—Eso dicen los comunistas para enredar la situación.

—¿Y la población que vive allí no corre riesgos con las intervenciones de la policía?

—Todos claman por su presencia, pero las milicias no los dejan entrar.

—Tengo entendido que las milicias han ayudado a esas pobres gentes durante años.

—Pues ha entendido mal. ¿Ha ido allá?

Pedro negó con la cabeza.

—Vaya y mire con sus propios ojos.

El guardó silencio al notar que el hermano se había alterado. Marina lo tomó otra vez de la mano y le dijo que viera el ramo de orquídeas que había hecho. Eran rosadlo y muy grandes para el recipiente de donde salían.

—Es mi obra maestra —dijo guiñándole el ojo.

A los pocos días ella dijo que su sueño era casarse | tener hijos. Pedro aprovechó para aclarar las cosas. Estaba recién separado,

ya tenía una hija y, por el momento, no quería compromisos de esa índole. Marina había estudia do su primaria y su secundaria con monjas, y todos los domingos iba a misa con su familia. La obsesionaba no solo el matrimonio, sino el matrimonio católico. Cadavid también le comentó que no creía en los sacramentos, y que jamás se casaría ante un cura. Pero estos puntos de vista que los distanciaban tanto pasaban a un segundo plano cuando surgía entre ellos el deseo.

Una vez fueron a unas residencias de La Playa. Marina se puso nerviosa porque se sentía como una cualquiera. Para calmarla, Pedro le había propuesto el apartamento de Raquel. Su hermana podía irse a dormir a la casa de algún familiar. O pasar la noche con Giraldo en el apartamento que él arrendaba para sus citas clandestinas. Pero a Marina le daba vergüenza de lo que pudieran pensar los familiares de Cadavid. Ante esa disyuntiva, optaba por los hoteles. Aunque entrar en esas alcobas significara saberse impúdica. Esa vez, luego de haber tenido un sexo fogoso, prendieron la televisión. En la pantalla estaba el presidente de Colombia. En su discurso, le prometía al país seguridad y bienestar a punta de una guerra a muerte contra las FARC. Tales palabras provocaron en la profesora una suerte de encantamiento. Cadavid, en cambio, cuando empezó a entender sus relaciones con el latifundio y la ganadería, y luego con el narcotráfico y el paramilitarismo, fue dilucidando qué tipo de personaje era el mandatario. Mientras que en Marina había acato, el presidente a Pedro lo llenaba de prevención. Lo que pregonaba no lograba convencerlo. Ni su

mano en el pecho para demostrar que tenía un corazón grande, ni el establecimiento de la paz con la política militar que pretendía, ni la honorabilidad de la que se vanagloriaba. Entonces, para sorpresa suya, Marina dijo que el presidente era un papacito y levantó el pulgar ante su propuesta de seguridad democrática. Pedro, terminada la alocución, apagó la televisión. Trató de acariciar a su amiga y avivarle de nuevo el deseo, pero ella pidió que se fueran. Me trajiste a un antro, reprochó, y salieron, de manera separada, minutos más tarde.

13

La mesa, el par de bancos, el catre, el bombillo oprimen] a Silvia. Comienza a patear el piso y manotea en el aire, Exige que la dejen ir. Aquí no va a pasarle nada malo, dice] el miliciano. Pero ella ratifica que lo malo es justamente' lo que le está pasando. El comandante hablará con usted, le responden. Cálmese y no complique más las cosas. Y en efecto, a los pocos minutos alguien toca a la puerta. Por los movimientos, Silvia reconoce a una mujer. Trae agua de panela y arepa. El olor a mortecina se incrementa. En algún lugar, más o menos cercano, suena una ráfaga de disparos. La recién llegada dice que abajo hay una patrulla de la policía. Silvia solicita, una vez más, que la dejen hablar con alguno de sus familiares. Aquí no hay teléfono, contesta la miliciana. Silvia hace un gesto súbito. Se arrodilla y, con las manos juntas, suplica que la dejen ir. Le recuerdan que es con el comandante con quien debe hablar. Luego, ante la insistencia de la mujer, Silvia se tapa la nariz y mordisquea la arepa. Pero está tomándose un sorbo de agua de panela y le sobreviene el llanto. ¡Mimada!, le dice la

encapuchada, se nota que usted nunca ha sufrido.

Con este regaño le llega una especie de calma. Silvia se pone a hojear un libro que lleva en el bolso. Afuera está lloviendo y en la lejanía suenan truenos. Durante el aguacero, ella se recuesta en el catre. Los dos guardianes juegan parqués. El olor pútrido sigue, pero ya es más soportable.

Ellos le han demostrado que no le harán daño si permanece tranquila. Pero lo que la ha sosegado, en realidad, son las oraciones. Silvia es muy devota. Oriunda de Santa Rosa de Osos, en su familia hay sacerdotes, monjas y sacristanes. En ocasiones, le ronda la idea de que lo suyo no es administrar empresas, sino la vida conventual. Aunque también piensa que ser monja en estos días resulta anacrónico. Con todo, al saberse secuestrada, se da cuenta de que no hay asidero más sólido que Dios. Al final de la tarde, el hombre sale a comprar cigarrillos y la mujer decide sacarse la capucha. Silvia abre los ojos con sorpresa. ¿Cuántos años tienes?, pregunta. La otra la mira con picardía. Trece, responde.

14

Raquel también estaba obnubilada con el presidente. Y no solo ella, casi toda la familia de Pedro Cadavid aprobaba su política de seguridad democrática. Para Raquel, como para los otros hermanos y demás parientes, la guerrilla era el gran mal del país. Por culpa de sus redes terroristas, Colombia padecía el peor de los retrasos. Las inversiones extranjeras no prosperaban. El turismo estaba condenado al fracaso. Los más afortunados no podían gozar de sus fincas porque había por doquier pescas milagrosas. Dueños ya de grandes áreas rurales, los guerrilleros habían invadido las ciudades. Por lo tanto, para que el país saliera adelante había que derrotarlos a como diera lugar. Y el presidente, según los familiares de Cadavid, era el

único capaz de hacerlo.

Raquel era una mujer dicharachera y atractiva. Iba a cumplir cincuenta años y le guardaba a Pedro gran afecto. Había celebrado cada uno de sus logros: los libros publicados, la alta mención del doctorado en literatura, los premios obtenidos con sus cuentos. Proclamaba que algún día su hermano, ese que se había retirado de los estudios de medicina para ser músico en Tunja y después se había ido a París a estudiar literatura, sería un gran escritor. A Pedro le incomodaban esas premoniciones. Pero Raquel le pellizcaba la mejilla mientras le aconsejaba aumentar su autoestima. En las gestiones para La Universidad, había sido también la mensajera esencial. Fotocopió documentos para completar el expediente de la postulación universitaria y fue quien lo depositó en las oficinas de la Facultad de Comunicaciones. Una vez, esto se lo contó a Cadavid riéndose a las carcajadas, al cruzar una calle la carpeta se le cayó y tuvo que parar el tráfico de carros con las manos para recoger los papeles dispersos.

Raquel vivía, sin embargo, un drama íntimo. Tenía un amante desde hacía casi treinta años. Se llamaba Jeremías Giraldo, y era un hombre alto, robusto y de ojos claros. Varias empresas en la ciudad le pertenecían. Poseía fincas en Caucasia, Yarumal y Tarazá, de donde era oriundo. Raquel no sabía decir cuántos

camiones doble troque conformaban su patrimonio. Giraldo había realizado sus estudios universitarios en Estados Unidos y, como voluntario, participado en las guerras de ese país contra el comunismo asiático. Estaba casado con una cónsul de una nación centroamericana y salía con Raquel frecuentemente en un Mercedes Benz de de placas oficiales. Esta condición de personaje respetable los obligaba a mantener su relación en la clandestinidad. Clandestinidad que, sin embargo, era parcial. A Giraldo lo conocía toda la familia Cadavid, en tanto que Raquel no existía para la de su amante. La primera vez que lo vio en la casa de Laureles, Pedro era estudiante del liceo, este señor distinguido le había parecido pesado. No solo por su altura y gordura, y por su desproporción al beber, sino por su radicalismo político. Desde su participación juvenil en el ejército gringo, Jeremías Giraldo veía comunistas nocivos por todos lados, y quienes hablaban de derechos humanos, de justicia social o de organizaciones sindicales eran objeto de su desconfianza y desprecio.

La reserva de Pedro hacia él aumentó al enterarse de los abortos. En la familia era un secreto a voces la historia de los embarazos interrumpidos de Raquel. Pedro lo había escuchado de boca de su propia hermana. Fue a las pocas semanas de su regreso, mientras la relación con Marina Vásquez pasaba del entusiasmo a la decepción. Cadavid, es verdad, gozaba con el cuerpo de la joven profesora, pero cuando intentaba hablar de lo que le parecía fundamental, se daba cuenta de que entre los

dos había un muro infranqueable y que, finalmente, el propósito de Marina era tener la estabilidad de un hogar donde la moral católica fuera el pilar. Pedro, distante de esas obligaciones religiosas, quería romper con Marina, pero una y otra vez volvían a acostarse. Esa noche, Raquel se desahogó en el apartamento de Calasanz. Pedro la escuchó, y concluyó que lo lamentable de la situación era que su hermana no poseía mayor cosa luego de una relación tan larga. El pequeño apartamento, alquilado por Giraldo en suramericana para sus encuentros amorosos, no se lo compraba a pesar de las promesas. Lo único que tenía Raquel era unos vestidos elegantes, zapatos finos y algunas joyas. Además, poseía dos álbumes en cuyas fotografías una joven de veinte años, hermosa y sonriente, iba pasando a la adultez, posando junto a un empresario que la doblaba en edad v la presentaba, como su querida, por diferentes clubes, fincas y haciendas de Antioquia.

15

El turpial lleva capucha y, sobre ella, unos lentes oscuros. proviene de uno de esos pueblos de Antioquia donde la gente habla con eses sonoras. Silvia le pide, con firmeza, que la deje

ir. Señorita, le responde el Turpial, apenas contactemos con su familia y den el dinero, quedará libre. Enseguida se dirige a sus subalternos para dar instrucciones. Como se le ve inquieto, ellos sospechan que algo malo se avecina. El Turpial sale con premura de la habitación y dice que es posible que tengan que irse para otro sitio. Más tarde a Silvia le da sueño y se acuesta en el camastro. Recuerda que antes de que viniera el comandante, la vigilante le había pedido que le leyera lo que decía el libro.

Hazlo tú misma —dijo pasándoselo, pero la muchacha bajo los ojos con vergüenza.

Su nombre es Sor Janeth. Tiene rasgos morenos. Mitad negra y mitad india. No aparenta su edad, pues debajo de la camiseta hay unos senos grandes y su cadera es amplia. Pero al detallarse el rostro —-la boca, el mentón, la nariz—, se revela la impronta pueril. Silvia está mirándola cuando el bombillo del cuarto se apaga. ¡Ah!, exclama Sor Janeth, y entonces se desencadena el estruendo. Silvia se corre **para el** rincón porque la muchacha se le ha venido encima. El muchacho, con el arma en las manos, voltea la mesa y la pone como escudo. Un helicóptero sobrevuela y agita el recinto con su estropicio. Las ráfagas de las ametralladoras lo cubren todo. Entre ellas, o después de ellas, o

antecedidas por ellas, unos bombazos sacuden el aire. Las tinieblas se iluminan a cada tanto, como si los flashes de mil cámaras fotográficas estuvieran accionándose. Se oyen en

medio de las detonaciones, ladridos de perros, maullidos de gatos, gritos humanos. Silvia cree que es el fin del mundo y se aferra a Sor Janeth. No me dejes morir, por favor, suplica. Y no se sabe si esta petición la lanza a Dios a la miliciana. Ambas se abrazan con fuerza. La radio suena intermitentemente. La policía, el ejército, los paramilitares, avisan, están atacando. Hablan ya de varios muertos, de caletas que les han quitado, de allanamientos en las casas de los barrios de abajo. Con la impresión de que una de esas bombas va a caerles en el cuarto, pasan las horas de la madrugada. Cuando la luz del día se asoma, los enfrentamientos bajan de intensidad y pueden descansar, Silvia está rezando una vez más y alguien golpea la puerta, ¡Tienen que largarse a otra parte!, dice. El Diablo y su| hombres vienen subiendo por la iglesia de El Salado, Quien habla tiene varios cinturones de balas que le cruzan el pecho y el fusil le queda grande. Al ver el rostro descubierto, la secuestrada piensa que el chico no alcanza lol quince años.

—¡Vayan arriba! —grita—. ¡Suban al Pedro Gómez que yo los cubro!

El miliciano hace tronar su arma y los otros dos toman a Silvia de las manos para lanzarse hacia las escalinatas.

16

Pedro acepto comer con Raquel y Giraldo. Pidieron unas pizzas a domicilio. Al principio, el tono de la conversación fue cordial. Hablaron sobre el trabajo de Raquel y su pronta jubilación. Del apartamento que ella estaba buscando porque su amante, una vez más, le había prometido regalárselo Se refirieron también al partido de fútbol de Nacional y Medellín, jugado la víspera y sin goles. El ron iba vaciándose de la botella y Giraldo mencionó sus negocios ffinqueros. Hablo de una venta de muchas reses. Se refirió a varias de sus tractomulas y sus itinerarios atropellados por las pescas milagrosas que efectuaba la guerrilla. Después aparecieron los festejos de Tarazá. Giraldo había estado en la celebración que latifundistas de esa región le habían hecho al presidente. Este surgió, de súbito, como si fuera una persona próxima. Giraldo lo llamaba, incluso, por su nombre de pila. Raquel afirmaba con la cabeza mientras le iban contando quiénes habían estado en la fiesta. Eran, además de terratenientes de Antioquia y Córdoba, empresarios adinerados de Medellín. Habló de una banda papayera, de un mariachi, de un dueto que cantó bambucos y pasillos. Giraldo señaló que la corrida de toros había estado inigualable no solo por la calidad de los animales, sino por los toreros, los rejoneadores, los banderilleros que participaron. El recuento finalizó con las ovaciones recibidas

por el mandatario al montar a Vitrina, uno de los caballos de paso más célebres de la región.

—¡Ah! —exclamó Cadavid—. ¿El presidente entona es amigo suyo?

—De vieja data. Fui cercano sobre todo a su padre. Gente trabajadora, decente, echada para adelante —agregó Giraldo. Pedro pensó en que ese padre ejemplar había tenido relaciones con el Mago, el gran capo del narcotráfico, y había muerto en un combate con la guerrilla por haberse negado a pagar la vacuna que le exigían.

En algún instante, Raquel había ido al baño, Jeremías miró a Pedro.

—¿Y qué es lo que usted hace en La Universidad? —preguntó.

Cadavid se refirió a las clases de literatura. Pero el empresario lo interrumpió para decir que La Universidad había sido un proyecto válido hasta que el comunismo terminó apoderándose de sus espacios.

—Hoy solo es una guarida de bandidos —concluyó.

—No todos los que van allí a estudiar o a trabajar lo son —replicó Pedro—. Yo, por ejemplo, no lo soy.

—Pero usted fue guerrillero en el Liceo Antioqueño.

La acusación sorprendió a Cadavid. Se dio cuenta de que

Raquel le había contado cosas de su vida a Giraldo.

—Mi militancia fue breve —dijo mirándolo a los ojos—. Solo estuve en una brigada estudiantil unos pocos meses.

—¡Ah!, esos eufemismos de ustedes. Brigadas estudiantiles para referirse a semilleros de terroristas.

—¿Usted cree que leer a Marx, a Lenin y a Hoxha es terrorismo?

—Ojalá solo leyeran. En esas brigadas también aprenden a hacer bombas y a tirárselas a gente inocente. —Pedro guardó silencio—. Pero usted sigue simpatizando con ellos —continuó Giraldo.

—Hay algunas proclamas suyas que me parecen aceptables.

—¿Cuáles? —preguntó Giraldo tomándose otro trago.

—La necesidad de una reforma agraria, por ejemplo, la necesidad de una mayor igualdad social.

—Típicas proclamas comunistas —dijo Giraldo manoteando el aire.

—Los ganaderos, los empresarios, los terratenientes siempre dicen eso. Pero son proclamas democráticas.

—Con argumentaciones de ese estilo ustedes incendiaron a

Colombia.

—Colombia está incendiada desde que nació como país. Y si hay grandes responsables de ese incendio, son ustedes los que se llevan el primer puesto.

—Nosotros solamente hemos respondido a sus ataques.

—Le repito que no soy guerrillero. Ni jamás he atacado a nadie con un arma. ¿Sabe por qué me retiré de esa brigada estudiantil? Por puro miedo. Miedo a las bombas, a los fusiles, a las torturas, a las persecuciones. —Giraldo lo expreso en silencio con sus ojos enrojecidos—. En todo prosiguió Cadavid—, puedo asegurarle que si en la universidad hay guerrilleros, ellos son minoría.

Pero esa minoría es la que decide. Y no solo decide, sino que tiene el poder de desestabilizar lo que se trata hacer allí. Todos salen corriendo muertos de miedo ante diez o veinte vándalos.

Pedro respondió y Giraldo aprovechó esta vacilación para lanzar sus especulaciones.

E1 propósito de toda universidad es educar a sus estudiantes en paz. Pero las autoridades de las universidades publicas colombianas permitieron no solo que se politizaran, sino que las penetraran las guerrillas. Si se hubiera detenido ese equívoco a tiempo, no se habría llegado a la situación de ahora.

—¿O sea que usted es de los que justifican los asesinatos de los

estudiantes y los profesores?

—Depende —dijo Giraldo—. Si son guerrilleros disfrazados de universitarios, deben recibir su merecido.

Raquel había regresado. Se acomodó en el pequeño, balcón donde estaban. Al comprender la polémica, intentó desviar la conversación. Pero Giraldo ya estaba borracho y se puso a hablar de cómo eliminar ese comunismo que, como un virus, estaba consumiendo al país. Y ese modo era, simplemente, la mano dura pero bienhechora del presidente.

—Solo él puede devolvernos el orden y la armonía que teníamos antes.

A Cadavid le dieron ganas de cuestionar ese pretendido orden y esa supuesta armonía que Giraldo exigía como unos derechos poseídos en una Colombia que jamás en su historia había tenido ni lo uno ni lo otro. Quiso decir que la solución de la guerra era improcedente. Que una política así provocaría consecuencias funestas. Pero Giraldo se había encrespado. Pateando defendía argumentos que, a la postre, hacía rato nadie debatía. Pedro se levantó y dijo que estaba cansado. El empresario manifestó su fastidio ante esa ausencia, pero Raquel supo tranquilizarlo. Propuso llamar a su chofer para que lo recogiera. Cuando Pedro entró a su cuarto, ráfagas de metralletas sonaron a lo lejos. Se preguntó de dónde venían. Desde la sala, Raquel respondió que era La Comuna.

—¡Nido de bandidos! ¡Ojalá los acaben a todos! —dijo

Giraldo.

17

No portan armas, pero están vestidos con camuflados y usan capuchas. A algunos el uniforme les queda grande. Diríase que están estrenando porque las botas se ven lustradas y sus suelas son impecables y el verde de los trajes les rutila en la oscuridad. Los han ubicado en la retaguardia. Y no hablan,

aunque el nerviosismo hace que muevan continuamente las piernas. O dan vueltas en torno a un circulo que ellos mismos trazan. Pese a que no se les ve el rostro, se nota que todos son adolescentes.

Los dos helicópteros, de un momento a otro, irrumpen como aves enardecidas y levantan los techos de zinc de varios ranchos. Uno de los encapuchados se incorpora, impulsado como por un resorte, y vocifera al modo de un poseído. Se adhiere a una camándula que le cuelga del cuello como una protección y también como un signo amenazante. El Cristo plateado brilla en la bruma, mucho más que el verde de los uniformes y los metales de las armas. El informante lo toma, lo eleva hacia el cielo y pronuncia una oración. Una mezcla de palabras donde se mezclan avemarías, el señor Jesucristo y varios hijueputazos. Quienes lo acompañan se llevan las manos a las orejas al comenzar el trajín de las ametralladoras y la explosión de las granadas.

Los carros de los militares protegen a los informantes, aunque estos últimos portan chalecos antibalas. Sus vidas son indispensables para el buen desarrollo de Orion. El plan de los generales Montuno y Gallo es mantenerle de abrigo hasta que el control de La Comuna se consolide. La mayor parte de estos muchachos fueron milicianos Combatieron durante un tiempo contra un enemigo que se fortaleció progresivamente. De tal manera que, cuando la paga ofrecida por los paramilitares se impuso ante lo poco que recibían de las milicias, no hubo

motivo para pensarlo dos veces.

Los informantes avanzan cuando sale el sol. Detrás van los funcionarios de la Fiscalía con las cámaras fotográficas, los boquitoquis y las listas con los nombres de los sediciosos y sus colaboradores. En tanto suben por las calles del 20 de Julio, los encapuchados empiezan a señalar las casas. La misma acción la hacen en Las Independencias y los Nuevos Conquistadores. Los policías entran a esas moradas, apuntan con sus armas y obligan a la gente a tirarse al piso. Acallan con golpes y estrujones las bendiciones y las imprecaciones. Indagan bajo los muebles y las camas. Rebujan los escaparates y las cómodas. Los sanitarios, las pocetas, los lavamanos son descuajados. Remueven los suelos de tierra apisonada o son desbaratadas las tablas que forman el piso. Destrozan televisores, equipos de sonido, radios. Buscan las armas, la propaganda revolucionaria y a los secuestrados.

18

Cadavid sale del avión y camina apresuradamente con el equipaje. Busca un cargador para depositar la carga. Quiere seguir pero no puede. Nunca ha utilizado este tipo de carro y no sabe cuál es el mecanismo de arranque. Varias veces prueba y el coche no avanza. Alguien le señala la pequeña barra que hay debajo del manubrio. Tonto que hoy, se dice Pedro, y sale disparado. Tiene poco tiempo para hacer la conexión con Bogotá. Vislumbra, en el fondo del corredor, la fila de espera. Siente alivio y se detiene para tomar aire. Un hombre con rostro de felino lo saluda y sonríe ante el engorro del equipaje. Pero hay algo en las piernas de Pedro que le impide emprender el camino. No sabe que sucede. Mira hacia abajo y se encuentra con Susana su hija. No es la adolescente de dieciséis años que se ha quedado en París con su madre, sino una niña que le hace minios. Pedro le pregunta qué pasa. Susana le pide que no la deje sola, que no regrese a Colombia sin ella. El la carga, le da varios besos y le dice en el oído que ella no está sola. Se olvida del carro, de la maleta y la tula, de la fila, del avión que lo llevará de vuelta a su país. Con la impresión de que está cargando un dolor inconmensurable en sus brazos, Pedro abre los ojos. No sabe dónde está y por unos segundos reina la confusión.

Pero, desde la vigilia, le va llegando el ruido de los helicópteros. Están pasando por encima del apartamento de

Calasanz. Cadavid se incorpora. Va al balcón y mira el ciclo que las naves atraviesan como un par de pájaros agoreros. Luego se dirige al baño para orinar. Los sueños con Susana han sido recurrentes desde su llegada a Medellín. Son reproches y lágrimas por la separación. Esta coyuntura de duelo no superado sume a Pedro en la congoja. Sentado en la cama, le vienen a la mente los últimos instantes pasados con ella en Francia. Habían ido al Pare de Sceaux para caminar un rato alrededor del lago. El padre pidió a la hija que cuantas veces viniera a ese sitio se acordara de él. Le confesó que era el lugar que más quería de Francia. Estaba recordando los árboles florecidos en las primaveras, los senderos calmos en el otoño, el agua congelada de las fuentes en invierno cuando comenzaron a sonar los bombazos y las ráfagas de metralleta. Es la Comuna, se dijo. ¿Qué diablos estará pasando? Como no podía dormir, se puso a leer, pero era imposible concentrarse. La intensidad de las detonaciones le parecía inusual. Se puso la almohada encima de la cabeza y el traqueteo persistía. Fue otra vez al baño y luego tomó agua de la nevera. Sonaron las dos, las tres, las cuatro de la mañana. Hacia el amanecer, por fin, Pedro se durmió.

Más tarde, en la cocina, Raquel hacía un crucigrama en el periódico.

—¿Pudiste dormir? —preguntó Pedro cuando se levantó.

—Claro —dijo Raquel.

—¿No oíste el despelote de anoche?

—¿Cuál despelote?

Pedro se preguntó si todo lo había imaginado. Mientras desayunaba, habló de los helicópteros, de las balaceras y los bombazos.

—Solo al amanecer la cosa se calmó —dijo.

¡ah! debió ser La Comuna—dijo Raquel.

¿En serio no escuchaste nada?

Lo que pasa es que pongo el ventilador cerca de mi cama que ningún ruido de afuera me moleste.

19

En la parte alta de Nuevos Conquistadores vive Julia Cárdenas. Está con su hija en el cuarto del fondo y allí se han metido debajo del colchón. Alrededor de él han puesto cobijas, almohadas y toallas. La niña no para de llorar, aterrorizada por las explosiones. La madre le tapa los oídos con las manos y le pide, mirándola a los ojos, que se calme. Ya va a pasar, dice con voz maternal. Pero la niña no es capaz de controlarse. Se frunce para detener el llanto y este se le desborda como un temblor por todo el cuerpo. En el colmo de la angustia, ella menciona a su papá. Julia señala la pared donde está la fotografía. La niña es un bebé y Rogelio, su padre, posa con mirada melancólica. Él está con nosotros, dice Julia, no nos ha abandonado. La niña se apacigua unos momentos pero, como los disparos siguen, el pánico regresa. En el otro cuarto están los padres de Julia. También se han escondido detrás de una

cama rodeada de cartones, cobijas y diferentes prendas. La anciana tiene el rosario en una mano y en la otra la mano de su esposo. Se la han pasado rezando desde el inicio de Orion. Repentinamente, en la puerta suenan unos golpes. Es la policía, que ha seguido las indicaciones de uno de los informantes. Los hombres entran y registran todo el rancho. Luego reúnen a los residentes.

—¡Es una familia miliciana! —dice el encapuchado.

El padre de Julia quiere alegar, pero es detenido con un empellón que lo arroja al suelo. La madre muestra el ropero y hace el signo de la cruz frente a su rostro con los dedos. A Julia, que tiene cargada la niña, la dejan hablar. Dice que el único miliciano de la casa era Rogelio y señala una fotografía donde él está con la bebé.

¿Y dónde está ese hijueputa? —pregunta el jefe

Firmo el acuerdo de paz hace años con el gobierno responde Julia—. Pero a los pocos días lo mataron.

El policía se aproxima a la fotografía y relaciona ese rostro con los que tiene en su memoria. No reconoce a Pedro. Por el boquitoqui pide que averigüen quién es el tal comandante Rogelio. Le dicen, en efecto, que al personaje lo mataron hace años. El policía maldice y le llama la atención al informante.

Ordena, en todo caso, a los uniformados que registren de nuevo

la casa.

Si les agarramos, aunque sea un volantico, se joden dice mirando a Julia. Al cabo de los minutos se dan cuenta de que no hay nada, salvo las fotografías de las paredes y unos recortes de periódicos que muestran a un grupo de milicianos en una cancha de fútbol entregando las armas. Afuera los disparos han disminuido y los policías salen de la casa.

20

Pedro Cadavid no podía separar de sí la impresión de estupor. Así estuviera encandilado por el despertar de los sentidos y el estímulo intelectual que le otorgaban los espacios académicos, la impresión de que habitaba un lugar donde la búsqueda del saber se codeaba con el terror no le daba tregua. En los muros y en las plazoletas de La Universidad se veían los rostros pintados de los estudiantes asesinados o desaparecidos. Había

bustos o placas levantadas en honor de los profesores Aguinaga, Botero, Velásquez y Herrera, ultimados por haber defendido los derechos humanos. Cada vez que se cumplía un aniversario de estos crímenes, había voces que denunciaban lo que seguía sien do inadmisible. Porque era evidente que la protesta nunca lograba que la impunidad diera paso a la revelación de la verdad y, en este rumbo, al castigo de los responsables y a la reparación de las víctimas.

Una de sus colegas del departamento de literatura había sido golpeada brutalmente por esa violencia. Se llamaba Juliana Tobón. Era una entusiasta de la literatura antioqueña del siglo XIX. Leía a Tomás Carrasquilla con pasión y rescataba del olvido un cuento, un cuadro de costumbres una nota de diario que ella consideraba meritorios de esa época. Herrera, su esposo, había sido un sociólogo comprometido con las víctimas del paramilitarismo. Su nombre y su trabajo eran valorados en Colombia y en otros países. Los dos provenían de familias acomodadas y su compromiso político se enraizaba en las ideas socialistas, Habían realizado sus estudios de maestría en Estados Unidos. Allí, al calor de las agitaciones sicodélicas de los hippies, los conciertos multitudinarios de Keith Jarrett y el repudio a las guerras capitalistas, habían pasado sus días más felices. Juliana y su esposo viajaron por el vasto país del norte y pudieron leer, durante esos años, la poesía de la generación Beat, y se enamoraron todavía más de Melville, de Hawthorne, de Thoreau.

Pero una tarde de mayo, poco antes del regreso de Pedro

Cadavid a Medellín, entraron tres sicarios a La Universidad. Encontraron a Herrera en una reunión de trabajo y lo asesinaron. Juliana estaba, en ese momento, impartiendo una clase sobre las Homilías de. Tomás Carrasquilla. Cuando se lo dijeron, corrió hacia la oficina de su esposo y abrazo gritando de desesperación, el cuerpo ensangrentado. Lo que sucedió después fue un acto de resistencia. A Juliana la amenazaron sistemáticamente. Se le propuso, debido a la reputación de su marido, el exilio en varios países. La profesora rechazó esas ofertas. Dijo no pese a que toda ella era un nudo de rabia, dolor y depresión. Dijo no sin hacer caso a sus amigos, que le aconsejaban irse. Dijo no a pesar de que el sueño se le hubiese plagado de pesadillas.

21

El Pedro J. Gómez es un colegio de El Salado. Un rectángulo

de ladrillos sin pintar de varios pisos. Visto de afuera parece una penitenciaría. A Silvia la quieren meter allí, Pero, de entrada, el Turpial se niega y señala hacia uní esquina donde hay una casa. ¡Llévenla allá!, grita el comandante, y desaparece tras la puerta del colegio, que está rodeado de alambres de púas y costales de cemento. El Pedro J. Gómez es uno de los últimos baluartes de los milicianos. Desde ventanas y balcones disparan hacia los escuadrones de la policía que siguen ascendiendo por las escalinatas. Uno de los helicópteros, desde lo alto, comienza a lanzar sus balas. Los muros del colegio están atiborrados de huecos y los tableros dan grima. En ellos unas multiplicaciones no ofrecen ningún resultado porque las pizarras han sido despedazadas. Las sillas hace tiempo se amontonaron para bloquear el acceso a los salones. Un gas picante, diseminado en el aire, es una tenaza sobre las gargantas y una tortura para los ojos.

Silvia está extenuada. Ha subido casi en cuclillas por los peldaños. No comprende cómo ha podido hacerlo. Parece que hubiera entrado a un deslizadero. Ha ascendido, siguiendo al vigilante y tomada de la mano de Sor Janeth, pero la impresión fue de haber hecho un descenso vertiginoso. El corazón le palpita a tal velocidad que cree que va a salírsele del pecho. Intenta llorar y no puede. Lo que desea es desintegrarse en un solo alarido y tampoco es capaz de darlo. Al llegar al último escalón quiere mirar hacia atrás. Antes le han dicho que por nada del mundo se voltee. Recuerda la historia de la estatua de sal. Silvia, que es tan creyente, está segura de que si mira se

petrificara, como el personaje de la Biblia, ante lo que está ocurriendo. Ella con el pelo revuelto, las piernas temblorosas y los ojos desorbitados, detenida por siempre en el espacio y el tiempo donde se sitúa el horror de La Comuna. Entonces aprieta los dientes. Respira como si se fuera a zambullir en un río del que posiblemente nunca salga. Cierra |los ojos y gira. Unas palabras, que le vienen de lo más profundo de sí misma o desde lo más lejano de la historia, se ordenan: ¡Abre los ojos! Silvia obedece y ve los tramos más cercanos cubiertos de humo. Las balas que pasan por |los lados sin tocarla. Las casas de ladrillo temblando por las explosiones. Columbra figuras humanas que brincan y caen. Y, por encima de ellas, mira las montañas que lo abarcan todo con sus presencias enormes. Y, más arriba, en un cielo tan encapotado que parece una alucinación.

22

Del grupo de profesores de literatura que pronto se jubilaría, la que más se entusiasmó con la llegada de Pedro fue Juliana Tobón. Ellos eran hombres y mujeres que habían enseñado durante un período en que La Universidad fue creciendo al ritmo galopante con que lo hacía Medellín. Las manifestaciones y los paros fueron el pulso de una agitación permanente. Clamaban por los derechos huma-; nos. Protestaban contra la desigualdad social y la represión que el gobierno ejercía contra los inconformes. Denunciaban las capturas, las torturas, las desapariciones, los asesinatos de profesores y estudiantes. Rechazaban la intervención de Estados Unidos en Colombia y América Latina. Líderes enfebrecidos, apoyados en ideas marxistas, se convirtieron en los bastiones del debate político que habría de culminar en una agresiva violencia revolucionaria. Los movimientos guerrilleros de tipo leninista y maoísta no tardaron en aparecer. Fueron las figuras recurrentes de un paisaje urbano surcado de consignas, bombas y gases lacrimógenos. Y La Universidad, a partir de un contubernio de narcotraficantes, paramilitares, empresarios y políticos, fue declarada objetivo militar.

Juliana Tobón poseía un temperamento vigoroso. Era altiva

pero cordial, y tal vez fue este carácter lo que la libró del suicidio, ocurrida la ejecución de su esposo. El crimen había sido como si el círculo social al cual pertenecía le cobrara esa especie de deslealtad suya. Educada para ser una típica mujer antioqueña —servil con el esposo, conservadora con su medio y rezandera todos los días—, Julia había tomado el camino de las letras, y en él terminó medio la oveja negra de su familia. Una familia cuyos valores principales eran el trabajo, la religión católica y la decencia. De estos valores, la profesora opinaba que el primero y el tercero eran básicos para toda vida humana. Y defendía, sobre todo, el de trabajar con dignidad en una ciudad que había caído de bruces en las redes de la mafia y el delito.

Este entorno, sin duda, le provocaba un rechazo profundo Medellín, con un empresariado acostumbrado a proclamar su orgullo económico y su laboriosidad magnánima, le había vendido, de una vez y para siempre, el alma al diablo. Tobón, que era una socialista de a puño, hablaba que el capitalismo, por encima de sus comodidades materiales y sus ofertas de cultura, significaba algo así como el mal de la historia. Sabía, no obstante, que en los círculos adinerados, con los que había compartido una buena parte de su vida, existían personas sensatas que permitían suponer que tal espectro humano no era del todo deplorable.

Fue ella, por lo demás, quien propició el puente entre Cadavid y algunos de sus colegas. Pedro estuvo varias veces en la casa de la viuda, situada en una de las lomas de El Poblado. Los

esposos la habían comprado cuando esas faldas eran agrestes. La vivienda de tres pisos poseía una luz magnífica que se expandía a través de sus ventanales amplios. Las matas con sus flores matizaban el buen gusto y los colibríes se suspendían, como revelaciones radian les, ante los pebeteros puestos en los balcones y la terraza. La biblioteca, que la pareja se había forjado a lo largo de los años, sobresalía como un tesoro. Juliana fue incapaz de desmontarla y decidió dejarla intacta después de la muerte de Herrera. A esas reuniones las estimulaba el buen vino. Las comidas eran exquisitas y la música clásica ayudaba a esculpir la atmósfera. Se discutía sobre arte y literatura y los chismes del mundo universitario no faltaban, Pero afloraba, inevitable, la situación anómala que vivía lii ciudad. Ella y su solución, la de la política de la seguridad democrática del presidente, terminaba dividiendo en su s apreciaciones a las personas de este grupo.

En una de las veladas estuvo Gabriel Isaza. Grueso, de barba deshilachada, casi calvo, el poeta platicaba con en canto. Se detenía en sus viajes por el mundo, en los muchos escritores que conocía, y bromeaba con frecuencia. Hombre de muchas lecturas, nunca se vanagloriaba de ellas. Era un intelectual, aunque decía no serlo y se mofara de los intelectuales. Había estudiado derecho en un tiempo en que los abogados colombianos fueron seducidos por la poesía. La suya, condensada en varios libros, se ' presentaba como un canto a una cotidianidad que se veía estremecida por las vislumbres del milagro. Gabriel Isaza era una de las figuras literarias más

notables de la ciudad. Debido no solo a su cincelada poesía coloquial, sino a que dirigía revistas literarias en las que se publicaban cuentos, poemas y ensayos de la nueva camada de escritores. Pedro Cadavid fue acogido en esas revistas y sus trabajos comenzaron a leerse en los pocos y cerrados círculos literarios de Medellín.

23

Era la casa donde la llevan todo está convulsionado. Gente que van y vienen y se empujan y gritan al mismo tiempo. ¿Qué dicen? Silvia no tiene idea. Escucha como si estuviera sumergida en un estanque de aguas espesas. Tiene la impresión de que todavía está agarrada de la mano de Sor Janeth. La miliciana, por su lado, está a la expectativa que le digan qué debe hacer con la secuestrada. Ambas atraviesan la sala y se internan en un corredor. La casa, sin retocar es penumbrosa y parece interminable. En una de las habitaciones internas está otro comandante, al que llaman Marcos. Él les dirá adonde dirigirse, porque allí no pueden quedarse. En un lugar así nadie podría estar más de unos segundos, piensa Silvia. Siguen caminando en los cuartos numerosos por donde entran y salen

más persona luego desembocan en un patio. Sor Janeth le suelta la mano a Silvia y la deja sola. Con el otro miliciano van a una pieza todavía más oscura.

Pero Silvia no está sola. Varios cadáveres se amontonan en el patio. Ninguno está cubierto. En vez de buscar a sus vigilantes, o mirar en otra dirección, Silvia se siente atraída por el espectáculo de la muerte. Casi todos son jóvenes. Visten bluyines, bermudas y camisetas que se ven rotos y viejísimos. Los zapatos son tenis y botas desastrados. Una homogeneidad fea y grotesca caracteriza lo que mira, pero los cuerpos sobresalen. Son los más viejos del montón. El primero es un negro flaco y alto a quien le han pegado un tiro en el cuello. No le han podido cerrar los ojos. Silvia se inclina y ve sus ojos azules. El segundo tiene un rostro que le recuerda a alguien. Da unos pasos y reconoce al chofer del taxi que el día anterior la había conducida a las escalinatas. Pero quien está allí, con las piernas abiertas, los brazos puestos en el pecho y las mandíbulas desencajadas, se ve mucho más grande que el hombre que obligó a callarse. El pelo lo tiene, tal vez por la acción di la bala incrustada en la cabeza, como tirado para atrás. A Silvia le parece la imagen del más absoluto desamparo esa mata desordenada de cabellos ensangrentados.

Alguien le toca el hombro. Escucha la voz encapucha da. ¡Hay que largarse para otro lado! ¡Salgan que nosotros los cubrimos! ¡Métanla en la primera casa que vean abierta! Sor Janeth vuelve a tomarla de la mano y aguardan unos instantes a que mengüe la balacera. Silvia tiene una remembranza del colegio.

En las clases de educación física 1 había competencias de carreras por relevo. Se emocionaba cuando iba a ser alcanzada por una de sus compañeras. Ella recibía la posta —un pedazo de tela caliente y sudo-1 roso—, se impulsaba con las piernas y salía como una gacela a buscar la meta. Esa imagen le revolotea en el momento en que Sor Janeth la hala para alcanzar las escalinatas. Esta vez descienden de a dos y tres peldaños. Silvia se da cuenta de que está cayendo un aguacero cuando una trifulca se desata. Ellas no caminan, no saltan, sino que vuelan. Y es como si mientras volaran, las gotas de lluvia fueran balas incapaces de mojarlas.

24

Gabriel Isaza residía en Santa Mónica, uno de los barrios acomodados que limitan con La Comuna. A su casa, cuyas paredes estaban tapizadas con seres fantásticos que el poeta dibujaba, Pedro fue una vez. Estuvieron también algunos escritores de la ciudad. Hacían una tertulia y cada quince días se encontraban en alguna de las casas de los integrantes. Leían

sus textos mientras bebían aguardiente y ron y comían pasantes. Isaza aprovechó, esa noche, para contar lo que estaba sucediendo. Los enfrentamientos de los grupos armados eran continuos en La Comuna. Los milicianos bajaban de las lomas para efectuar secuestros. Varios vecinos habían padecido tal vejamen. Resultaba difícil dormir debido a los tiroteos. Habían muerto varias personas en sus residencias, entre ellas una estudiante de medicina y otro de economía, por balas perdidas. Isaza hizo un gesto de repudio y habló de los cuerpos bombas que ponían los milicianos. Asesinaban a quienes no estaban de acuerdo con sus propósitos y los dejaban tirados en las calles, en las canchas deportivas, en los descampados, en las escalinatas. Pero antes los llenaban de explosivos para que la policía, al efectuar el levantamiento de los cuerpos, se llevara la sorpresa.

Isaza estaba desolado. Esto se volvía palmario en uno de los poemas que leyó esa noche. Alguien transitaba por el desaliento. Los versos, diáfanos y concisos —en este sentido él era un maestro—, levantaban una casa rodeada de tenebrosidad. Un viento temible sacudía la única luz encendida. Había, a su vez, un ambiente donde la indiferencia primaba. Ese alguien, que era la expresión de individualidad y la colectividad, pedía auxilio. Nadie empero, lo escuchaba. Uno de los contertulios, el que médico, se entusiasmó con el poema. Elogió la contundencia de las imágenes, la eficacia de los versos, la sobria utilería retórica. Dijo que se trataba de un texto paradigmático ya que reflejaba lo que era la poesía en

tiempos de calamidad. Y habló, con autoridad de conciencia, sobre la situación de Medellín. Cadavid pensó que las palabras escuchadas ayudaban a configurar un fenómeno social. Ese fenómeno que, al menos en los sectores que frecuentaban desde que había regresado de París, poseía los visos de una endemia. El médico precisó, mirando a Pedro, que él había simpatizado con los grupos de izquierda. Fue, como muchos de su generación, ingenuo ante una guerrilla que, en principio, se presentó como la emisaria de los valores de la justicia social. Él había caído, sin embargo, en una trampa. Y fue comprendiendo que la subversión colombiana, en esencia, se componía de grupos abocados a desequilibrar las instituciones a través del terror y a obstaculizar el desarrollo económico del país. La tertulia dejó atrás los aciertos de la lírica para definir el trastorno, la confusión y la impotencia, y fue entrando al campo candente de la política. El médico se refirió elogiosamente a la seguridad democrática del presidente.

En la dirección de su amigo, Isaza dijo algo que le recordó a Pedro las palabras de Jeremías Giraldo, el amante de su hermana, y al conductor del taxi del aeropuerto, meses atrás. El presidente es el único que puede sacarnos de esta crisis. Solo una mano como la suya, con sus determinaciones claras, nos devolverá el equilibrio perdido. ¿Qué equilibrio?, se atrevió a preguntar Pedro. ¿Ha habido alguna vez equilibrio en Medellín? Por unos segundos hubo un silencio tenso entre los contertulios. Pedro fue más directo: ¿qué modelo social quieren ustedes para la ciudad. El medico dijo que cualquiera sería

mejor que el que se proponía ese comunismo lumpenizado que pretendían abrir a la ciudad desde sus barrios populares. Ninguna ciudad en el mundo puede salir adelante con grupos así. que aceptó estas consideraciones y rechazó las prácticas tradicionales de las milicias. Replicó, no obstante, que era igualmente dañino ese modelo que estaba imponiendo la del narcotráfico, el paramilitarismo y los estamentos municipales y políticos de Medellín. Isaza, levantando los hombros, dijo que esas eran exageraciones para cuestionar la política de seguridad del presidente. Y esas exageraciones, terció el médico, provienen por lo general de los medios extremos de la izquierda. Pero suponiendo que son verdad, agregó, no me cuesta decir que es mejor una situación que la otra. Además, si el Estado no interviene con voluntad enérgica, seguiremos en el caos y terminaremos en manos de bandidos que, bajo argumentos de la justicia social, representan una de las formas de la barbarie. Pedro le aclaró que él no pertenecía a ninguna facción de esa izquierda a la que se refería el médico. Añadió que mencionar confabulaciones oscuras, y propias también de hundidos, no significaba postular la defensa de aquel comunismo, sino pensar que se combatía un mal con otro quizás peor. En todo caso no creo, aseveró, y eso sí pare- 11 una verdadera exageración, que el comunismo precario que se mueve por La Comuna vaya a atentar contra el modelo de ciudad y de país que ustedes buscan. Por supuesto que atenta y demasiado, contesto el médico. Y sea precario, lo que sí es cierto es que ese comunismo gansteril se lucra con el secuestro de civiles y enrola a niños y adolescentes para ponerlos a

combatir. Lo cual, y en esto espero que usted esté de acuerdo con nosotros, es sencillamente inadmisible. El médico estaba sonrojado i miraba a Pedro desafiante. Isaza se mesaba con seriedad sus barbas de hilacha. Entonces uno de los reunidos, que en su juventud estuvo en el monte porque había creía también en la utopía del bien común pregonado por las guerrillas comunistas, meneó la cabeza con incomodidad Pidió que se calmaran. A Pedro le hizo con las manos un gesto conciliador, tocó con suavidad la rodilla de Isaza miró al médico con indulgencia. Y propuso que siguieran leyendo poesía.

25

Gabriel Isaza residía en Santa Mónica, uno de los barrios acomodados que limitan con La Comuna. A su casa, cuyas paredes estaban tapizadas con seres fantásticos que el poeta dibujaba, Pedro fue una vez. Estuvieron también algunos escritores de la ciudad. Hacían una tertulia y cada quince días se encontraban en alguna de las casas de los integrantes. Leían sus textos mientras bebían aguardiente y ron y comían pasantes. Isaza aprovechó, esa noche, para contar lo que estaba sucediendo. Los enfrentamientos de los grupos armados eran continuos en La Comuna. Los milicianos bajaban de las lomas para efectuar secuestros. Varios vecinos habían padecido tal vejamen. Resultaba difícil dormir debido a los tiroteos. Habían muerto varias personas en sus residencias, entre ellas una estudiante de medicina y otro de economía, por balas perdidas. Isaza hizo un gesto de repudio y habló de los cuerpos bombas que ponían los milicianos. Asesinaban a quienes no estaban de acuerdo con sus propósitos y los dejaban tirados en las calles, en las canchas deportivas, en los descampados, en las

escalinatas. Pero antes los llenaban de explosivos para que la policía, al efectuar el levantamiento de los cuerpos, se llevara la sorpresa.

Isaza estaba desolado. Esto se volvía palmario en uno de los poemas que leyó esa noche. Alguien transitaba por el desaliento. Los versos, diáfanos y concisos —en este sentido él era un maestro—, levantaban una casa rodeada de tenebrosidad. Un viento temible sacudía la única luz encendida. Había, a su vez, un ambiente donde la indiferencia primaba. Ese alguien, que era la expresión de la individualidad y la colectividad, pedía auxilio. Nadie, empero, lo escuchaba. Uno de los contertulios, el que era médico, se entusiasmó con el poema. Elogió la contundencia de las imágenes, la eficacia de los versos, la sobria utilería retórica. Dijo que se trataba de un texto paradigmático ya que reflejaba lo que era la poesía en tiempos de calamidad. Y habló, con autoridad de conciencia, sobre la situación de Medellín. Cadavid pensó que las palabras escuchadas ayudaban a configurar un fenómeno social. Ese fenómeno que, al menos en los sectores que frecuentaba desde que había regresado de París, poseía los visos de una endemia. El médico precisó, mirando a Pedro, que él había simpatizado con los grupos de izquierda. Fue, como muchos de su generación, ingenuo ante una guerrilla que, en principio, se presentó como la emisaria de los valores de la justicia social. Él había caído, sin embargo, en una trampa. Y fue comprendiendo que la subversión colombiana, en esencia, se componía de

grupos abocados a desequilibrar las instituciones a través del terror y a obstaculizar el desarrollo económico del país. La tertulia dejó atrás los aciertos de la lírica para definir el trastorno, la confusión y la impotencia, y fue entrando al campo candente de la política. El médico se refirió elogiosamente a la seguridad democrática del presidente.

En la dirección de su amigo, Isaza dijo algo que le recordó a Pedro las palabras de Jeremías Giraldo, el amante de su hermana, y al conductor del taxi del aeropuerto, meses atrás. El presidente es el único que puede sacarnos de esta crisis. Solo una mano como la suya, con sus determinaciones claras, nos devolverá el equilibrio perdido. ¿Cuál equilibrio?, se atrevió a preguntar Pedro. ¿Ha habido alguna vez equilibrio en Medellín? Por unos segundos reinó un silencio tenso entre los contertulios. Pedro fue más directo: ¿qué modelo social quieren ustedes para la ciudad? El médico dijo que cualquiera sería mejor que el que se proponía ese comunismo lumpenizado que pretendía sitiar a la ciudad desde sus barrios populares. Ninguna ciudad en el mundo puede salir adelante con grupos así. Pedro aceptó estas consideraciones y rechazó las prácticas criminales de las milicias. Replicó, no obstante, que era igualmente dañino ese modelo que estaba imponiendo la unión del narcotráfico, el paramilitarismo y los estamentos empresariales y políticos de Medellín. Isaza, levantando los hombros, dijo que esas eran exageraciones para cuestionar la política de seguridad del presidente. Y esas exageraciones, terció el médico, provienen por lo general de los medios

extremos de la izquierda. Pero suponiendo que sean verdad, agregó, no me cuesta decir que es mejor una solución que la otra. Además, si el Estado no interviene con voluntad enérgica, seguiremos en el caos y terminaremos en manos de bandidos que, bajo argumentos de la justicia social, representan una de las formas de la barbarie. Pedro le aclaró que él no pertenecía a ninguna facción de esa izquierda a la que se refería el médico. Añadió que mencionar confabulaciones oscuras, y propias también de bandidos, no significaba postular la defensa de aquel comunismo, sino pensar que se combatía un mal con otro quizás peor. En todo caso no creo, aseveró, y eso sí parece una verdadera exageración, que el comunismo precario que se mueve por La Comuna vaya a atentar contra el modelo de ciudad y de país que ustedes buscan. Por supuesto que atenta y demasiado, contestó el médico. Y así sea precario, lo que sí es cierto es que ese comunismo gansteril se lucra con el secuestro de civiles y enrola a niños y adolescentes para ponerlos a combatir. Lo cual, y en esto espero que usted esté de acuerdo con nosotros, es sencillamente inadmisible. El médico estaba sonrojado y miraba a Pedro desafiante. Isaza se mesaba con seriedad sus barbas de hilacha. Entonces uno de los reunidos, que en su juventud estuvo en el monte porque había creído también en la utopía del bien común pregonado por las guerrillas comunistas, meneó la cabeza con incomodidad. Pidió que se calmaran. A Pedro le hizo con las manos un gesto conciliador, tocó con suavidad la rodilla de Isaza, miró al médico con indulgencia. Y propuso que siguieran leyendo

poesía.

25

El rancho adonde han entrado posee un balcón. Los dos milicianos miran de vez en cuando por las ventanas que dan a

él. Un hombre de pelo afro, que estaba fumando marihuana, los recibió en la sala sin ofrecer repulsa. Escuchaba música a gran volumen y parecía no importarle lo que sucedía afuera. O le incumbía tanto que ponía la música como un escudo. La puerta de la casa la tenía abierta. Por ella salía una voz que cantaba el desarraigo urbano entre tambores frenéticos y un bajo penetrante. El joven, con un pelo embombado y oscuro que semejaba un matorral, sonreía a cada instante. Apuntándole con el arma, el miliciano dijo que cerrara la puerta y apagara la música. El otro levantó las manos. Soy Luis Ocoró, juglar de La Comuna y mensajero de paz, dijo sin abandonar la sonrisa. El bareto humeaba entre los dedos. Apagá también esa maricada, ordenó el muchacho.

La balacera cesó de pronto y el sonido de la lluvia se instaló definitivamente. A lo lejos comenzaron a escucharse pitos de carros, sirenas de ambulancias, llamadas de personas. Del radioteléfono, en ese momento, brotó una interferencia. Una voz informaba con agitación que les habían cogido el armamento, que había capturas a granel y era urgente abandonar La Comuna. Debían esconder las armas, hacerse pasar por ciudadanos comunes y corrientes y escapar. Aconsejaban hacerlo no por los barrios altos que daban al campo, pues allí estaban el ejército y los paramilitares, sino por los de abajo, que parecían más seguros. Además, si pasaban los retenes de la policía, la ciudad se ofrecía como el mejor refugio. Sor Janeth y su compañero decidieron irse. La

muchacha, antes de salir, le dijo a Silvia que se quedara tranquila. Sor Janeth le acarició el cabello mojado. La secuestrada le rogó que no se fuera. Te van a matar, niña. Sor Janeth no dijo nada y la abrazó. Ambos milicianos dejaron las armas y las capuchas en una de las sillas de la sala. Después Luis Ocoró las tomó, las envolvió en una bolsa y las lanzó, por el balcón, hacia unos arbustos.

Silvia entonces pidió un teléfono. El negro movió la cabeza negativamente. Dijo que en su casa solo había música. En las paredes, donde sobresalían impactos de fusil, estaban colgados una guitarra, unas claves y unos sonajeros. Como la mujer se veía demacrada, el negro le ofreció agua de panela y galletas Saltinas. La mujer rechazó el ofrecimiento y pidió un baño. Tenía unas ganas apremiantes de orinar. Ocoró le mostró un cuartucho cuya puerta era una cortina de plástico. El sanitario rebosaba de un líquido denso, ácido y amarillo. Silvia limpió los bordes con el papel periódico amontonado sobre una de las tablas. Vació, pero el sanitario estaba dañado. Pensó en un balde con agua. El anfitrión tal vez se lo traería. Su urgencia, sin embargo, era demasiada. Se inclinó sin sentarse. Su cuerpo se desgonzó tanto que tuvo que apoyar nalgas y muslos en el sanitario. Cerró los ojos y evacuó. Nunca había sentido tanto bienestar al mear y pensaba que ese era el goce más delicioso que jamás había tenido. Orinaba, orinaba y seguía orinando. Dándose cuenta, como si eso fuera la gran revelación de la vida, de lo grandiosos que eran sus riñones, su vejiga y su

vagina porque hacían posible la felicidad. Pedía, como si estuviera frente a Dios, que su meada no culminara. Que todo el tiempo que le quedaba por vivir estuviese marcado por ese orinar sin fin. Pero escuchó que la puerta de la casa se abría bruscamente. Hubo voces imperiosas. Silvia se levantó y ni siquiera tuvo tiempo para tomar una hoja de papel periódico y limpiarse. Al salir del baño, vio que Luis Ocoró estaba en el suelo. Un hombre rechoncho, de brazos velludos, con cara de marrano, le apuntaba con una metralleta en la cabeza. Preguntó si vivían allí. Soy una secuestrada, respondió Silvia levantando los brazos y aclaró que el hombre no tenía ninguna responsabilidad en lo que pasaba. Es solo un músico, dijo. El Diablo, así lo llamó uno de los policías, se acercó a la joven y le preguntó cómo se llamaba. Al consultar por la radio el nombre supo que, en efecto, era uno de los secuestrados que estaban buscando. Ordenó que la trasladaran a la base de la policía de Santa Mónica. Por algunas horas la casa de Ocoró fue tomada por el Comando Especial Antiterrorista. El cantante estuvo parado junto a la ventana, mirando hacia fuera, marcando un ritmo con la mano y susurrando un canto incomprensible. Por las escalinatas seguían subiendo decenas de hombres armados. Unos llevaban el uniforme de la policía. Otros, el del ejército. Otros más, camuflados del Bloque Cacique Nutibara.

26

Cadavid se sentía bien en las clases de literatura porque, a diferencia de París, donde había enseñado español, en Medellín podía impartir el tema de sus especializaciones. El autor que escogió, para uno de los cursos, fue Alejo Carpentier. Los estudiantes apreciaban la manera en que el profesor explicaba los puentes que el escritor cubano establecía entre literatura y música. Cadavid había sido músico y era escritor —algunos de sus cuentos y ensayos abordaban incluso esas correspondencias—, lo cual daba un toque especial a su enseñanza. Había propuesto leer para su curso Los pasos perdidos. Cadavid no abordaba problemas técnicos porque la mayor parte de los estudiantes desconocían el solfeo, la armonía y la historia de las músicas cultas y populares y sus puntos de intersección. Pero se apoyaba, y esto hacía las sesiones más atractivas, en grabaciones y videos.

Otro de los cursos dados versaba sobre la novela colombiana del siglo XX y su vínculo con la violencia. El recorrido de

Cadavid partía de La vorágine de Rivera, pasaba por algunos cuentos de Cenizas para el viento de Hernando Téllez y culminaba en El coronel no tiene quien le escriba de García Márquez. En estas clases la pregunta básica era si la violencia actuaba como un elemento crucial para la construcción de la sociedad colombiana. La confirmación de la respuesta, basada en que todo modelo nacional se sostenía sobre pilares brutales, conducía al asunto de la identidad, por un lado; y por el otro, a unos gustos y demandas literarios que provenían no solo de los medios letrados del país y de sus instituciones, sino de los de afuera. Estas reflexiones propiciaban las polémicas. Porque, a diferencia de los estudiantes franceses que había tenido Pedro, a los de Medellín les gustaba participar en clase.

En una ocasión Cadavid se preguntó si uno de los objetivos de toda literatura no era, justamente, liberarse de esas nociones deterministas y superar la violencia que parecía una rémora aferrada a ese tiburón voraz denominado nación colombiana. Ahora bien, ¿por qué no escribir sobre otros asuntos?, preguntó Pedro. ¿Qué tan cierto era aquello de que, para ser un escritor de estas latitudes, la obligación consistía en lidiar con realidades criminales? ¿Existía acaso una relación de consanguinidad entre episodios siniestros y la narrativa colombiana? Y si esto fuera una verdad irrefutable, lo indicado era no detenerse en estas suposiciones, sino más bien adentrarse en las maneras en que la literatura abordaba las

crisis incesantes del país.

En una de las pausas, el profesor fue a reclamar unas fotocopias. Se tomó un tinto para animarse y acabar el curso. El bullicio de los estudiantes, en la cafetería de la facultad, alcanzaba matices ensordecedores. Pedro se retiró a una de las mesas extremas, en el pasillo que comunicaba el pabellón de Comunicaciones con los de Economía, Derecho y Educación. Allí el ruido se atenuaba un poco. Pero había otro: el de la algarabía crepuscular de los loros. Pedro aprovechó para revisar las "Dos o tres cosas sobre la novela de la violencia" de García Márquez. Quería leérselas a sus alumnos y debatir sobre si el consejo del escritor —hay que hacer una literatura no en función de los masacrados, sino de quienes sobreviven a las masacres— era una divisa para seguir todavía, o simplemente una toma de posición frente a una novela, la de los años cincuenta del siglo XX, que trató la violencia partidista para describir formas de aniquilación, levantar listas de masacres y denunciarlas. Fue entonces cuando sucedió el estremecimiento. Pedro levantó la cabeza para tomar un aire que se le escapaba. Miró hacia adelante y se encontró con personas que departían en las mesas y sillas aledañas. La gente iba y venía por el pasillo. Hacia un lado ondeaba la vegetación henchida y lujuriosa, de la que hablaba, con una mezcla de prevención teutónica y entusiasmo tropical, Eduardo Nanclares. Como no vio nada que justificara esta palpitación imprevista, se concentró en el ensayo. A los pocos segundos, se zarandeó de

nuevo. Esta vez era como si alguien le hubiese tocado el cuello. Unos dedos, casi imperceptibles, habían atravesado quién sabe cuánto espacio y tiempo para alcanzarlo. Esta impresión, ahora lo entendía, venía de atrás. Se tomó unos segundos para girar. Estaba seguro, y esta certeza era como una señal ineludible, de que detrás de él había alguien que le concernía. Pero podía no voltearse e irse hacia el salón de clase. Lo mejor era pasar por alto lo que tal vez se delineaba como un episodio más de esos días febriles de su adaptación a Medellín. Sintió, sin embargo, que darse vuelta significaba atender un aviso único que podía no repetirse nunca más. Tomó las fotocopias, el vasito del tinto ya vacío y se irguió. Otra vez fue el roce en el cuello y se dio cuenta de que, en efecto, lo estaban llamando. Cadavid respiró con amplitud y giró. En una de las bancas de atrás había una muchacha que lo miraba fijamente.

27

Las banderas de Colombia se enarbolan en los balcones, en las terrazas, en las ventanas, en las puertas, en los montes que delimitan La Comuna. Es un día especial y el cielo de octubre lo entiende porque no hay nubes y un azul límpido se dilata por el valle. Algunos niños corren con las banderas como si fueran cometas. Hay jóvenes que juegan fútbol en las canchas. Portan uniformes regalados por la Alcaldía de Medellín donde hay una paloma blanca y un laurel en su pico. La música, variopinta, suena por todas partes. Una mezcla de canciones chispeantes

sale de los equipos de sonido. Hay pitos de buses, de volquetas, de taxis. Las voces gritan ¡Viva el presidente! ¡Viva el alcalde! Los dignatarios desfilan por las calles saludando a las personas que les estiran las manos. Posan para que les tomen fotografías. El presidente, incluso, carga a un niño. Le acaricia la cabeza y le da un beso en la mejilla. La gente quiere tocarlo, o sentir su mano blanca y benemérita. En el 20 de Julio, el mandatario recibe una ofrenda de gratitud. Es una silleta de flores donde dice: La Comuna, territorio de paz. El alcalde, acompañado por la ministra de Defensa, una mujer con trazas de reina de belleza, recibe otra igual. Como él, carga y besa niños. Ofrece, como él, sus manos anilladas a quienes se las solicitan.

Las milicias han sido, por fin, aniquiladas. El resultado es positivo e histórico. Hubo algunos muertos y heridos y muchas detenciones. Varios lugares estropeados por los combates. La incertidumbre todavía existe. Este precio, empero, ha sido necesario para el bienestar de todos. Les regalaremos la paz y el progreso que tanto necesitan, dice el presidente, y de nuevo arrecian los vivas. El alcalde informa que han liberado a los secuestrados que tenían las milicias. Promete subsidios económicos, planes de vivienda, contratos de trabajo, escuelas y centros de salud. Porque La Comuna, puntualiza, ha renacido. A partir de hoy será un espacio no separado de la ciudad, sino unido a ella. Un motivo de suprema esperanza para Medellín. Con Orión ha comenzado la gran historia en la que ustedes son los protagonistas, continúa el presidente.

Iniciamos con La Comuna la gran era de la seguridad democrática, recalca la ministra. Los generales Montuno y Gallo están atrás, con sus uniformes de campaña. No se cansan de abrazar a las personas, de cargar a los infantes, de sonreírles a todos. La pólvora explota para matizar el festejo. Hay militares y policías por doquier. Los escoltas son tan numerosos que parecen ubicuos. Pero ¿y dónde andan los paramilitares?, le dice un hombre a otro en medio de las aglomeraciones de las escalinatas. Lo ha preguntado bajando la cabeza y con la voz en susurro. El otro, con gesto y tono similares, dice lo que ha escuchado. Esa gente se ha quedado en sus campamentos, allá en las lomas de San Cristóbal, en Belén Altavista y en Robledo. Alguien más los oye y se les une al chismorreo. Es una anciana negra, gorda y de senos grandes. ¡Qué va!, dice reciamente para que la oigan. He visto a varios de esos animales por ahí. Véanlos no más, participando en la mojiganga. Y, mientras los señala, lanza una carcajada tan cabal que quienes la escuchan terminan celebrándola.

28

Pedro caminaba por los pasillos de La Universidad buscando a la muchacha. Se preguntaba si estudiaba en la facultad, o si era una visitante que esa tarde se había sentado por azar en aquella

banca. Pero ¿existía el azar en tales encuentros? Una vez la volvió a ver en la fuente central, ante las dos estatuas desnudas de los amantes que buscan las estrellas. Ella no se percató de su presencia porque estaba conversando con una compañera. A la semana siguiente volvió a verla. La chica lo miró desde la caseta de los jugos, en los alrededores de la piscina y las canchas de tenis. Pedro quiso abordarla, pero alguien se les interpuso. Pensando que todo era un delicioso flirteo, Cadavid siguió recorriendo el campus en busca de ella. Transcurrieron varios días y la divisó en Tronquitos, en las escalas del teatro al aire libre, en los corredores aledaños al Camilo Torres. Hasta que una vez la halló sola. Estaba sentada en uno de los muros de la entrada de la Biblioteca Central. Cadavid salía, luego de haber revisado una vieja historia de la literatura colombiana. La muchacha hojeaba un libro. Pedro se quedó mirándola un rato. Paladeando los instantes previos al definitivo encuentro. Detallando su pelo que, esta vez, era más claro y lacio que antes. Observando las sandalias negras, el pantalón de igual color que se apretaba a sus muslos, la camisa azul con motivos indígenas que le hacía resaltar la piel acanelada de los brazos. No sabía nada de quien ahora le parecía más hermosa. Se preguntó cuál sería su nombre. Qué edad tendría. De dónde provenía. Ella, al levantar la cabeza, lo sorprendió embelesado en esas conjeturas. A Pedro se le encendieron las mejillas. Cuánto hace que no se ponía rojo, pensó con vergüenza. Trató, sin embargo, de ser espontáneo al aproximarse. Se sentó y le dio la mano. Ya es hora de que nos conozcamos, dijo. Ella estiró la suya. ¡Casi que no!, respondió. Se llamaba Alma

Agudelo y explicó que el libro que miraba tenía que ver con las estrellas. Le contó que había leído algunos de sus cuentos y, mirándolo y sonriéndole como antes, le confesó que le gustaba verlo caminar por ahí, con sus pasos tranquilos y desgarbados. ¿Podemos ir a tomar algo?, la interrumpió Pedro. Alma asintió y lo acompañó a la oficina a recoger sus cosas. Tomaron, más tarde, un par de cervezas en un bar de Carlos E. Restrepo. Y hablaron un rato hasta que ella dijo, cuando se despidieron en la calle Colombia, antes de subirse al bus, que vivía en La Comuna.

Las bandas

Venían de los pueblos aporreados por la violencia. De Frontino y Valparaíso. De Cocorná y Uramita. De Ituango y Dabeiba. Su origen eran también las zonas misérrimas de Medellín, construidas sobre las lomas de oriente, en el otro extremo del valle. Sus antepasados habían surgido, a su vez, de otros éxodos. Y eran todos como un vómito del vómito. Y esa expulsión sin pausa se presentaba como la gran justificación de sus periplos. Pero antes de que se presentaran los loteos, las faldas de esos montes estuvieron sembradas de fincas solariegas, cuyas casas poseían aleros y corredores holgados. Los bosques próximos eran de follajes verdísimos y las flores brotaban para complacer a quienes iban en pos de los secretos de natura. Los dueños de estas fincas prolongaban sus linajes hasta los tiempos de la Colonia. Manifestaban su pomposidad y soberbia cuando mostraban los certificados de la honorabilidad, la sangre pura y la raza blanca. Sus ancestros, igualmente, habían sido expulsados del Reino de España, pero se creían elegidos por la Providencia y no titubeaban en hacérselo notar a la servidumbre. Tales propietarios se apellidaban Lema, Sierra, Uribe, Mejía, Amador, Restrepo.

Más arriba, en los límites con San Cristóbal, se establecieron

otras gentes. Eran menesterosas y provenían de las aldeas ribereñas del Cauca y las selvas del Chocó. Habían trabajado en minas de oro y huían del aislamiento feraz de sus entornos. Al abolirse la esclavitud, levantaron casuchas de bahareque en las cercanías de Medellín. Eran de pieles recias y ánimos tenaces. Rezaban más que sus antiguos amos y poseían talentos para el baile y la música. Fueron, pues, amancebándose entre ellos, impulsados por el ansia de sus cuerpos, aunque se prosternaban ante Dios para afrontar las maldiciones del incesto y las desventuras del futuro. Una vez hubo alharaca porque se descubrió una mina de sal. En sus límites se edificaron las primeras fondas, donde las guitarras y los tiples se afinaban para el reposo de los arrieros y los comerciantes que iban y venían de Medellín a Santa Fe de Antioquia. Otros dijeron, en cambio, que la mina no existía. Solo era un humedal salobre que atraía a las vacas y a los caballos. A este arquetipo de pastoreo, jolgorio y socavones de ilusión lo llamaron El Salado.

Después una de las fincas, luminosa por la quebrada de aguas transparentes que la hendía, fue loteada. Su dueño trazó cinco o seis calles entre las divisiones de la tierra. Y allí se instalaron los sucesores de esos negros mineros y supersticiosos y de esos labriegos que rezaban siempre con la camándula que les colgaba del cogote. Construyeron viviendas que, vistas en lontananza, semejaban un pesebre. Las moradas eran de un solo piso. Tenían piezas en galería y un patio interno que

separaba la cocina y el comedor. Gozaban de un solar donde colgaban las naranjas y los mangos, las guayabas y las pomas. Belencito fue el nombre de este grupo de casas porque así se denominaba la finca que las había parido. Como no existía acueducto, ni la electricidad y el transporte habían llegado, ni tampoco los médicos, los pedagogos y los sacerdotes, los vacíos fueron llenándose progresivamente. El agua la sacaban de la quebrada Ana Díaz. Hacían carbón de leña para las cocinas. La luz salía de las velas de Wenceslao. Jacinto preparaba pócimas y brebajes. Tulia hacía cántaros y ollas de barro. Miguel se aprovisionó de una carreta, arrastrada por un par de mulas fuscas, y hacía los trayectos hasta la calle San Juan y La Puerta. A este último sitio, que era como el centro de La Comuna en esos días, llegaba el tranvía desde Guayaquil.

Luego, como si hubieran sido enviadas por Dios, aparecieron Laura y sus hermanas. Hicieron un convento y una iglesia que habría de convertirse en lugar de peregrinación. En los tiempos de aquel Belencito prístino, Laura abrió una escuela adonde fueron los niños a aprender las letras, los números y las oraciones a Jesucristo y a su virgen madre. Retiradas de los afanes de la ciudad, educando a jóvenes cuyo deber era conquistar para la cruz las almas indias, las sucesoras de Laura vivían contentas en su dominio. Celebraban cada año, en la fecha de su arribo, una misa dada por un prelado de la urbe. Se ofrecía un banquete que amenizaba una banda de músicos llamada Paniagua. Pero, en medio de su optimismo y

entusiasmo, las monjas fueron dándose cuenta de que un ser anómalo e imparable empezaba a crecer a su alrededor.

En terrenos contiguos al convento, se construyeron más tarde casas para obreros de las fábricas textiles. Medellín iniciaba a la sazón su derrotero comerciante e industrial. El nombre del barrio fue San Javier. Y lo diseñó Nel Gómez, arquitecto atildado, que supo dar a la naciente urbanización un aire afable. El agua y la luz eran convocadas con holgura. Los grandes empresarios, unidos a las autoridades, lograron que sus trabajadores tuvieran semejante bienestar. Las obligaciones religiosas las realizaban en la iglesia de la América. Pero como los nuevos habitantes eran de recursos entecos y de pieles oscuras, la feligresía los miraba con la suspicacia de los blancos elegidos. Muy pronto los obreros, mejor tratados en el templo de la Madre Laura, enviaron los hijos a su escuela. Uno de aquellos días fue importante porque el tranvía pudo arribar a San Javier. Atravesó los sectores de Otrabanda con la altivez del recién llegado, y el panorama recorrido fueron mangas extensas y cañaduzales radiantes. El barrio, sin embargo, tuvo su primera tragedia de muertos y heridos cuando el vehículo se descarriló. El maquinista, que había estado de jarana la víspera y aún se sentía imantado a unas tetas, olvidó frenar en una de las curvas.

El loteo de otras fincas fue presentándose poco a poco. Los precios eran tan bajos que provocaron la llegada de las familias campesinas. Escapaban de la guerra entre liberales y conservadores que, como un flagelo, se había regado por los pueblos de Antioquia. Arribaron un 20 de julio, por lo que el nuevo barrio fue bautizado con esta fecha patria, y se ubicaron en lo que antes había sido la propiedad del señor Sierra. Como los vecinos de Belencito, los obreros de San Javier y los negros de San Cristóbal, los recién llegados eran devotos y rezanderos. Pero a estos los moldeaba un temperamento soberbio. Los códigos de un coraje masculino les vapuleaban la sangre y los arrojaban a defender, a punta de machetazos, no solo la dignidad de sus progenitores, la de sus hijos y su creencia religiosa, sino los pequeños pedazos de tierra que habían adquirido. Las hermanas de Laura se vieron obligadas a intervenir. Mediaban, enseñando la tolerancia y el amor al prójimo, en esas grescas de la valentía o en las ocasionadas por el sentido de la propiedad. Y siguieron estando allí, con sus consejos, en la medida en que nacieron los otros barrios.

Estos brotaban por arte de birlibirloque. Despedazadas otras fincas, aparecían el padre con sombrero y ruana, la madre embarazada y varios niños tomados de sus manos. Los hogares se complementaban con una abuela ahíta de trisagios, o con una hermana solterona y gárrula, o una prima henchida en plena pubertad y dejada al garete por el novio. Surgían todos ellos a pie y apachurrados por bagajes toscos. Fuera de las

bolsas de tela y las cajas de cartón, donde guardaban las indumentarias, traían un colchón de paja, una cómoda, las ollas, las cuyabras y el cuadro del Sagrado Corazón de Jesús, y en un abrir y cerrar de ojos levantaban las nuevas viviendas.

Una de estas invasiones fue aprobada por las monjas. Ellas mismas designaron el terreno, lo dividieron en pequeños lotes y los pusieron a la venta. Laura les había dicho, en su lecho de muerte, que las tierras próximas al convento no eran de ellas, sino de quienes las necesitaran. Recordó que su misión consistía en ayudar al desamparado. Dijo que su congregación no era más que una intermediaria para que el Cordero de Dios habitara los corazones de los más urgidos. Las monjas, no obstante, de algo tenían que vivir y dieron los lotes a precios de ganga. Pero cuál no sería su sorpresa cuando se percataron de que los beneficiados habían dividido, a su vez, las parcelas para venderlas a precios más altos de los que pagaron. Y aquel arrabal, como era de esperar, creció en un santiamén.

Las monjas no ignoraban que pedir ayuda al gobierno, para legalizar estos poblamientos vertiginosos, era una pérdida de tiempo. Fueron ellas, incluso, quienes llamaron al Estado el Ausente. Esa cosa suprema pero anómala —cuyos representantes eran señores que hablaban con palabras extrañas y portaban trajes suntuosos— existía solo en los diarios.

Mientras que el consuelo de Dios estaba en todas partes y, en especial, entre los más humildes. En una ocasión, a las hermanas les preguntaron cómo llamar el barrio que se había construido cerca de sus predios. Una de las más jóvenes, Rafaela, evocó a la mujer buena, fenecida en olor de santidad, y lo bautizaron Villa Laura.

Pero una mañana, sin que nadie lo esperara, arribó uno de esos hombres a los que solo conocían a través de las noticias. Portaba saco, pantalón de paño y corbatín azules. Hizo reunir a varias familias y peroró ante ellas. Tenía un altavoz, y a su lado un grupo de asesores lo llamaban Gutiérrez. Se presentó como el benefactor de los pobres y un heraldo del progreso. Explicó que esas tierras —señaló con su mano larga y blanca las lomas de San Javier, El Salado y el 20 de Julio— pertenecían a un fulano que no pagaba impuesto por su propiedad. Dijo que, por tal razón, el dueño ahora era el Estado. Y aclaró, sonriendo, que al Estado lo encarnaba él. En ese momento, los asesores ordenaron a la gente que aplaudiera y gritara ¡Viva! Luego la banda de músicos Paniagua, uniformada con el mismo color azul de la vestimenta de Gutiérrez, tocó música de fiesta. El político dividió, finalmente, las tierras en lotes y dijo que las repartiría entre quienes votaran por su candidatura a la Alcaldía de Medellín.

Entonces fue el desmadre. En pocos días se instalaron cientos de personas que fueron trasladadas en buses y volquetas pagados por Gutiérrez. Así nacieron Las Independencias Uno, Las Independencias Dos, Las Independencias Tres y Nuevos Conquistadores. Pero los verdaderos dueños de las tierras que el candidato había usurpado pusieron una demanda. La policía, que solo había ido a aquellos extramuros para escudar a Gutiérrez y a sus asistentes, intervino de otro modo. Desbarataron las chozas de tablas, cartones y piedras. Golpearon con los bolillos a troche y moche. Soltaron a sus canes fieros y amenazaron con la cárcel si se repetía la invasión. Las hermanas de Laura clamaron misericordia. Ante los gritos de las madres, los llantos de los críos, el estupor de los carcamales, las monjas se anteponían como escudos. Dos o tres veces se presentó la policía para efectuar más desalojos. Aunque después se olvidó del asunto. Gutiérrez había hecho triquiñuelas de abogado, pagó a unos y a otros e impidió que las expulsiones continuaran. Las gentes le agradecieron tanto que su fotografía fue puesta en muchos hogares junto a la del Sagrado Corazón de Jesús. Pero, investido ya de alcalde, pronto se olvidó de las promesas. La luz eléctrica, el acueducto y el centro de salud no llegaron.

Las jerarquías también fueron presentándose. Algunos transformaron las fachadas de sus ranchos con el ladrillo y el cemento. Otros endilgaron a las paredes manos de pintura. Unos colocaron tejas y trazaron terrazas que se convirtieron

pronto en segundos y terceros pisos. En los interiores hubo puertas de madera, ventanas con celosía, cerraduras que protegían aquellos lábiles peculios. Y otros más, acaso fueron los primeros poderosos en medio de la inopia, montaron graneros, almacenes de telas y tiendas de miscelánea. Varios hombres, provenientes de los campos montañosos, consiguieron empleo en la albañilería. Fue la época en que una oleada de negocios inmobiliarios se desparramó por Medellín como una mácula hambrienta. O se hacían a puestos ambulantes para vender cigarrillos y confites. O lavaban carros en las gasolineras y los talleres mecánicos de San Diego. Las mujeres, por su parte, se metían como fámulas en las casas de Laureles y El Poblado. O se convertían en mozas en las cafeterías del centro. O permutaban por dinero sus cuerpos en los lenocinios de Lovaina y Barrio Antioquia. Los más contumaces, apoyados por las hermanas del convento y algunos curas que no tardaron en llegar para plantar sus parroquias, se empecinaron en construir el acueducto y la planta eléctrica. Hasta que un día, a estas gentes pobres se les ocurrió crear unos grupos llamados Juntas de Acción Comunal.

En esos años no había tregua para el desaliento. La consigna no era “Sálvese quien pueda”, sino “Venga a ver qué hacemos”. Antonia, Ramona y Maruja, líderes de las juntas, iban y venían por las callejas y los senderos que zigzagueaban en las lomas. Hacían con las manos el cuenco del megáfono solicitando la acción. Y la acción eran los convites. Un montón de mujeres y niños —los hombres andaban en sus faenas de allá abajo— que

salían a trabajar. Los unos cargaban tierra, palos y latas. Las otras diseñaban las moradas, clavaban sus pilares y señalizaban el lugar de las ventanas y las puertas. Y como no eran mentecatos, enarbolaban la bandera de Colombia al frente de las pequeñas construcciones para que la policía no las demoliera. Los fines de semana se añadían los hombres. Desde el alba hasta la noche, sucios de arena, embadurnados de polvo, con palas y carretas, avanzaban en la urbanización colectiva. Descansaban al mediodía para comer sancochos preparados en grandes ollas. Y como la plata no alcanzaba para la compra de los materiales, convencieron a unas señoras para que les ayudaran. Una de apellido Echeverría, otra de apellido Londoño y otra más de apellido Vélez lograron que el adobe y el cemento, que negociaban sus maridos, les fuera fiado.

Los padres Pulgarín y Meneses se metieron también la mano en sus faltriqueras y donaron ladrillos y baldosas. En sus homilías solían hablar del rebaño que ellos comandaban como del verdadero pueblo de Dios. Proclamaban que Cristo había sido pobre y que ellos, como él, se comprometían con los desheredados de la Tierra. Ambos curas explicaban, desde sus púlpitos, que el camino a la salvación pasaba por el de la liberación de los oprobios ocasionados por los poderosos. Y luego llegó Caín. Era un hombre de edad impredecible que le había pegado un tiro a su hermano en una trifulca familiar. Las habladurías le habían destinado el remoquete y lo ponían a andar, de un lado a otro, por los poblachos de Antioquia. Había

llegado solo a La Quiebra, uno de los sectores más encaramados de La Comuna. Y al ver las privaciones de las familias que lo rodeaban, abrió una tienda que llamó El Infierno. En ella fiaba a precios mínimos ladrillos, palas y palustres. Compró también ocho mulas prietas y se dedicó a hacer viajes a La Iguaná. Traía en los lomos de las bestias piedras, gravilla y cañas que crecían en los terrenos que circundaban la quebrada. Caín también decidía, en las zonas más faldudas, cómo efectuar los banqueos. Su generosidad alcanzaba tales límites que pagaba a los Paniagua para que alegraran con sus sones las obras culminadas.

Ante la ausencia del acueducto y las alcantarillas, y para evitar disputas y desórdenes, las Juntas de Acción Comunal organizaron turnos para ir a las quebradas y a las pilas. Había un vaivén de recipientes que transitaban de mano en mano. Como el orín y el excremento fluían por los canaletes de la intemperie, y en muchas casas ni siquiera había letrinas, las enfermedades proliferaron. Y en cuanto a la luz eléctrica, ella se volvió una maraña de cables y postes y palos que tomaban clandestinamente la energía de los pocos transformadores instalados. Esta era tan exigua que solo servía para prender un bombillo o un fogón de un solo puesto.

Con un almuerzo que incluyó tamal de pollo y empanadas,

inauguraron el acueducto y la planta eléctrica. Algunas monjas, encabezadas por la hermana Rafaela, estuvieron en la celebración. Pulgarín y Meneses, los dos sacerdotes, impartieron la misa y dedicaron al Divino Niño la dimensión de los esfuerzos. Los Paniagua tocaron su música hasta que todos terminaron beodos de felicidad y empachados de aplausos y de abrazos. Antonia, Ramona y Maruja, las líderes de las juntas, fueron quienes hicieron posibles estos trabajos. Aunque la presencia de Rafaela fue primordial porque ella elaboró los documentos y fijó las citas. Las mujeres habían ido a la Alcaldía de Medellín. Allí les informaron que debían dirigirse a Empresas Públicas para que les programaran las visitas de los técnicos. Un señor de allá las miró desdeñosamente mientras escuchaba sus urgencias. Les dijo que era imposible lo que solicitaban. Ustedes viven en el limbo, sentenció, y no existen porque sus covachas no son legales. Hagan las cosas al derecho y después hablamos. Además, hasta allá no va el progreso. En semejantes batuecas no se afirman los postes para los transformadores y los acueductos jamás funcionarían. Y era verdad lo que decía el funcionario porque, al llover, los barrios se convertían en lodazales enormes. Las inundaciones y los deslizamientos eran continuos y las familias salían con sus corotos en busca de la bondad de otros sitios. Un día, la hermana Rafaela y las mujeres de las juntas hablaron con otro político. Pero, como el de atrás, este pidió votos para su próxima elección y otorgó la plata para construir la calle de acceso. Una vez más salieron las mujeres con sus megáfonos manuales. Cien, trescientas,

quinientas personas se unieron bajo la consigna que la hermana Rafaela instauró: ¡Miren que sí podemos! Y, como hormigas incansables, hicieron la vía, el acueducto y la planta eléctrica cuando, por fin, pudieron obtener los materiales.

Pero arriba, donde se iban ubicando los últimos desplazados —ahora estos huían de su terruño por los enfrentamientos entre el ejército y las guerrillas—, las calles no podían avanzar. Levantar un sistema de aceras con escalinatas fue la única opción. Se hicieron entonces peldaños y más peldaños para unir lo que, a simple vista, parecía imposible. Primero los cavaron, les pusieron tablas y los fueron encementando. Las aceras verticales y las horizontales se expandieron como una especie de telaraña. Se diría que su pretensión era alcanzar las nubes. Se detenían, sin embargo, ante los bosques de carboneros que delimitaban el inicio del campo, o ante un terreno llamado La Escombrera. Allí, en ese pedazo de montaña, se arrojaban desechos de construcción desde hacía tiempo. En sus límites se extraía, además, arena para los edificios de apartamentos que se estaban erigiendo aceleradamente en Medellín. Los ranchos más elevados de La Comuna, temerarios, se fueron montando unos sobre otros. Y era como una redundancia divisar la trabazón de las laderas y, sobre ellas, el enredijo de las casas. Donde no podía construirse, porque el espacio era diminuto y los barrancos asiduos, se hacían los banqueos y se dejaban las marcas con tiras rojas y tiras negras. A estos extremos se intentaba llevar el

agua, pero las quebradas y las pilas quedaban tan lejos que muchos rompieron el tubo madre del acueducto. De este modo, se propagó una encrucijada de tuberías y mangueras que se metía por los suelos de las casas y los bordes de las escalinatas como si fuera una culebra de diez mil cabezas.

Del contrabando del agua y de la luz surgieron otros grados de poder. El agua se la pagaban a unos hombres que, fuera de horadar el tubo, suministraban los materiales plásticos y los instalaban. Con la luz pasó lo mismo. De Santa Rosa de Lima, Blanquizal y Juan XXIII salían los cables piratas para nutrirse de los transformadores. Era un follaje negro que rodeaba balcones y ventanas y coronaba techos donde era usual ver, adormecidos, a los gallinazos. Estas anomalías contrariaron a Empresas Públicas, que entendieron que allí no había lugares límbicos, sino una fuente importante de ganancias. Hay que pagar el precio del confort, ordenaron. Pero las cuentas de la luz y el agua ascendieron a cifras tan altas que las familias, al pagarlas, se quedaban sin poder comer. Los miembros de las juntas volvieron a alegar. Las monjas y los sacerdotes de la liberación enviaron misivas indignadas. Era el colmo, escribían, que los más desamparados pagaran lo mismo que los más acomodados. Los funcionarios públicos, sin embargo, desconectaban con sus tijeras los cables y mangueras, y se despedían diciendo que debían pagar la beneficencia del Estado. Pero solo transcurrían unas horas y el agua y la luz se diseminaban de nuevo por aquellos andurriales. La policía

reapareció y hubo otra vez palizas, detenciones y encarcelamientos. Pero eran tantas las mangueras y los cables y tan encrespadas las escalinatas, que el desánimo cundió entre los uniformados y no fueron más. Ni siquiera se asomaron cuando las bandas comenzaron a tomarse La Comuna.

La hermana Rafaela había nacido en Girardota. Era la hija única de un carpintero y una maestra de escuela. Tenía unos ojos espaciados y marrones que miraban con bondad y con clemencia todas las cosas. Nunca se dejaba ver el cabello y su hábito lo conservaba limpio, pese a las muchas actividades que desempeñaba. Porque a Rafaela la definía una tenacidad infatigable. Se levantaba antes que el sol y se acostaba a la medianoche. En su congregación le permitieron que entregara parte de su tiempo a las labores comunales. Ella no solo había ayudado a la formación de las juntas, sino que su emprendimiento fue fundamental en la apertura de las escuelas y colegios. Enseñaba la catequesis y el abecedario. Consolaba a los dolientes. Amonestaba a quienes causaban padecimientos injustos. A todos les ayudaba con cartas de recomendación para que consiguieran un empleo. Una mañana salió del convento, en dirección a Villa Laura, muy bien acompañada. El doctor Aguinaga, por fin, había atendido su petición.

La misión del médico consistía en enseñar las virtudes de los

retretes y los acueductos, el prodigio de las vacunas y la pertinencia de la salud pública. Lo había hecho en la Facultad de Medicina de La Universidad, de donde era profesor, en los hospitales y en las cárceles. Ahora le correspondía hablar en los barrios de La Comuna. Era un hombre alto y blanco, que vestía saco y corbata, y tenía una sonrisa que parecía un faro. Rafaela le solicitó que conversara con los líderes de las Juntas de Acción Comunal. El doctor lo hizo en diversas ocasiones y les advirtió que era indispensable hervir el agua y lavarse las manos antes de comer. Explicó que había que inculcar en los niños horas fijas para el desayuno, el almuerzo y la comida. Y concluyó, con tono ilustrado, que la ignorancia era el gran azote de la humanidad desde los tiempos del diluvio.

Estas charlas fueron seguidas con interés, aunque flotaba en el aire una impresión contrariada. No por el contenido científico de las recomendaciones, sino por la indigencia férrea que rodeaba a los oyentes. Se les pedía hervir el agua y no tenían la electricidad para hacerlo. Se les pedía comer a horas regulares y solo se daban un golpe escueto al día. Se les aconsejaba practicar deportes y no había dónde hacerlo. Se les requería batallar contra la estulticia y no existía una pedagogía adecuada para ello. Aguinaga retornó a su mansión de Laureles con la promesa de que hablaría con el alcalde y las autoridades sanitarias para que enviaran atanores, vacunas y un mejor servicio de salud. Pero, a pesar de que el médico se esmerara por mejorar la situación de los más necesitados, la modernidad

benefactora no llegó a La Comuna.

Quienes llegaron, en cambio, fueron los malandros. Eran muchachos que entraban a las casas a robar lo poco que había adentro, o desvalijaban a quienes salían o regresaban de sus trabajos. Utilizaban cuchillos y machetes oxidados o revólveres vetustos. Se escondían en los recodos de las escalinatas, en los terrenitos banqueados, en las canchas de fútbol, que eran tierreros con unos cuantos palos para las porterías. A uno de ellos, el Loco, los de la Junta Comunal le dijeron que lo delatarían a la autoridad si continuaba con sus andanzas. Bravucón y cerril, el adolescente se les burló en la cara y les contestó que la autoridad no existía para él. Una noche el Loco se sobrepasó en el atraco. Entró a un rancho y golpeó a una anciana para robarle unos pesos. El hijo de la agredida, un gañán que trabajaba en la albañilería, ajustició al delincuente.

Los disparos no demoraron en sonar en el sueño del vengador. La culpa le pesaba tanto que le desvaneció el hambre y lo puso patético y mohíno. Por consejo de su madre, el albañil se dirigió a la Junta Comunal y confesó el asesinato. Y como les contó que un Loco emergía del más allá para reclamarle el desagravio, las mujeres de la junta le aconsejaron ir donde el padre Mejía. El cura escuchó al pecador y le dijo que pidiera por su salvación eterna porque la culpa lo acompañaría siempre

en su vida terrenal. Los bandoleros, entre tanto, se habían hecho más profusos. Eran chicos que para hacerle frente a la cotidianidad se tropezaron con el hurto y el amedrentamiento. Las juntas llamaron a la policía para que controlara los desmanes, pero esta ni siquiera iba al levantamiento de los muertos. Frente a semejante orfandad, se organizaron asambleas en las que debatieron sobre la pertinencia de crear una mejor seguridad.

Las bandas, en realidad, se parecían a las mangueras del agua y a los cables de la electricidad. Estaban en todas partes, como si la razón de ser de La Comuna se reflejara en esos grupos de jóvenes alterados. Concibieron, por lo demás, un habla que solo ellos comprendían. Deformaban las palabras, las estallaban, a las que más utilizaban —madre, muerte, enemigo, hijueputa— les ponían sinónimos tan copiosos como delirantes. Desocupadas mientras no ejecutaran sus planes, las bandas se ubicaban en las esquinas, en las entradas de las tiendas, en los recovecos más inexpugnables de las escalinatas, y desde allí divisaban la ciudad con una mezcla de rencor y apatía.

Las primeras que aparecieron fueron tan primitivas que se les notaba hasta en el armamento que empleaban: changones, trabucos y pistolas hechizas. Sus integrantes apenas sabían leer o garrapatear sus nombres, pero al afrontar el intríngulis de sus

armas lo descifraban todo con facilidad. Empezaron robando las cajas de las tiendas, los graneros y los buses. Posteriormente se iban a los descampados, muchas veces su destino fueron los predios de La Escombrera, para celebrar sus victorias estimulados por los cobres de la salsa y la percusión del rock. Luego se fueron apropiando de los espacios públicos y decidieron cobrar impuestos para incrementar sus arcas. El que no pagaba adquiría de inmediato el rostro del difunto. Les robaban el sueldo a los trabajadores y violaban a las muchachas que les apetecían. Y si estas no abrían las piernas para que cada bandolero se les vaciara en la chimba, les quemaban las nalgas con las cuscas de sus cigarrillos o les desfiguraban el rostro a punta de navajazos.

Adquirieron tanto señorío por esos años que, al pronunciarse sus nombres, las gentes tenían la impresión de haber caído en el centro de una pesadilla. Unos se denominaban Los Capuchos. Otros, Los Tinieblos. Otros, Los Belicosos. Otros, Los Tenebrosos. Otros, Los Oscuros. Y otros, Los Desalmados. Cada una de ellas tenía una característica acorde con su especial nombradía. Los Camanduleros, por ejemplo, decían ser hijos de madres que rezaban siempre. Se trajeaban con tantas camándulas de plata y oro de fantasía que creían que en ese tipo de armadura jamás podía entrar la muerte. Los Escapularios eran, sin embargo, más ostentosos. Cada uno de sus integrantes se envolvía en los lazos santos de tal manera que era difícil distinguirles sus facciones. Este tenía los pardos

de la Virgen del Carmen. Aquel, los azules de la Inmaculada Concepción. El de más allá, los negros de la pasión de Cristo. El de más acá, los blancos de la Santísima Trinidad. Y todos, en las horas de los aspavientos, mostraban las muñecas, los tobillos y los cuellos con los escapularios anudados. Los Sangrientos, por su parte, tomaban sangre de gatos decapitados y la mezclaban con ron Medellín y Coca-Cola para adquirir agilidad en sus acciones nocturnas. Los Asquerosos, finalmente, se untaban con un líquido que olía a la conjunción de mierda de perro, zumo de algarroba y alcohol antiséptico. De modo que, callejeando o transitando las escalinatas, dejaban tras de sí un rastro tan repulsivo como descorazonador.

Las bandas no demoraron en declararse la guerra al delimitar sus territorios. Si se pasaba de un peldaño al que seguía, de una esquina a la de más allá, o de una orilla de un caño a la del otro, se desencadenaban los tiroteos. A veces establecían mojones que eran unas cuantas palabras farfulladas por los cabecillas. Atravesaban un callejón cualquiera, alzaban la mano y declaraban que de allí para adelante, hacia los cuatro puntos cardinales, era el dominio de Los Capuchos. Que de la quebrada La Iguaná para abajo, un poco más allá del Infierno, pertenecía a Los Tremendos. Que del colegio Pedro J. Gómez hasta el bosque de los carboneros correspondía al área de Los Enfebrecidos. Y que de la casona de don Juvenal hasta donde culminaban las ladrilleras pertenecía a Los Escapularios.

La Comuna, en poco tiempo, se llenó de muñecos. Ese era uno de los vocablos que las bandas empleaban para designar al que mataban. Los jóvenes caían, unos tras otros, como frutos de un árbol mórbido. Se ultimaban a cualquier hora y en cualquier sitio. Hasta tuvieron la intrepidez, o el sacrilegio, de saldar sus desagravios en las iglesias, cuando el sacerdote elevaba el cáliz y la hostia. Fueron las bandas, por otro lado, las que empezaron a cometer asesinatos en los terrenos aledaños a La Escombrera. Pero hubo ocasiones en que se les ocurrió hacer treguas. Una de ellas fue bendecida por el padre Durán, quien, con Biblia en mano, logró que varios jefes se arrodillaran y le prometieran que respetarían la vida de los demás. La gente los vio abrazados, con las botellas de aguardiente y los largos cigarros de marihuana, dando alaridos de júbilo, y respiraron la tranquilidad de la paz negociada. Pero hablar de calma era una quimera, porque la música no paraba de retumbar en los grandes parlantes que poseían. Estas pausas, en verdad, solo duraban unas horas. Por una muchacha que había bailado con otro, porque aquel se jactaba de haber robado más dinero, por un rumor o una bravata, las pugnas volvían a desencadenarse.

La lluvia se presentó un mediodía inolvidable. Estaban velando al jefe de Los Tinieblos, que había sido eliminado por Los Tremebundos, cuando sacaron el cadáver del ataúd. Entre la mamá, la novia y el mejor amigo, le levantaron la cabeza al

muerto. Los esbirros del Tinieblo le decían que escuchara por última vez su música querida. Era la canción de Gangán y Gangón que tronaba en una grabadora. Entonces, uno tras otro empezaron a mirar hacia arriba. Una llovizna caía. Extraña porque tenía un matiz similar al de la nieve. Al principio, la comparación fue inevitable. Y estaban en lo cierto porque la lluvia era blanca y caía del cielo. Los niños y los ancianos salieron de los ranchos para poner las palmas de las manos y percibir la rara suavidad. Uno de los deudos del Tinieblo, con una traba que lo sobrepasaba, quiso detener la cosa a punta de disparos. Pero se fueron dando cuenta de que aquello no era exactamente líquido, y de que su precipitación sucedía a lo largo y ancho del valle de Aburrá.

Poco después se supo que la lluvia se había iniciado en Envigado. Con la ayuda de los vientos, su propagación fue veloz en Medellín y los municipios próximos. Hubo en esos días, hay que precisarlo, como un sentimiento de alegría unánime. Por fin la nieve, concluyeron muchos, se había acordado de una ciudad donde la primavera parecía ser eterna. Estaban equivocados, sin embargo. Porque esa nieve no se deshacía en las manos como cualquier agua del cielo, sino que se acumulaba como el polvo de la tierra. Su consistencia no era apta para hacer figuras humanas o puñados, y así echárselos al prójimo a modo de chacota. Para los más fantasiosos, fue una llovizna de harina. Un prodigio imprevisible para los más inquietos. Algunos se dieron a creer que el polvo lo había

enviado Dios como un maná. Otros comentaron que una cuadrilla de pájaros voladores había dejado caer el tesoro de sus bodegas inopinadamente. De cualquier modo, viniera de donde viniera, el polvo era real. Podía apreciársele acumulado en los tejados, en las ramas de los árboles y en las aceras y las calles. Y Medellín pudo verse a sí misma como una novia ataviada de albor. Los habitantes de La Comuna, desde su perspectiva occidental, no supieron muy bien qué hacer con el milagro. Intuían que el sol terminaría deshaciendo, como las emanaciones de la fotosíntesis, aquella blancura rutilante. Pero esta, así fuera tornándose invisible, había llegado a estos rincones del mundo para no irse nunca más.

Una mañana aparecieron en las vías, por donde llegaron los materiales de la construcción del acueducto y la planta eléctrica, unos carros con vidrios de esmeril. Las gentes fueron a curiosear. Desconocían el mecanismo de las ventanillas que impedía el intercambio de las miradas y volvía opaco el interior de los vehículos. Estaban tocando los cristales, tratando de descifrar el entresijo, cuando unos hombres los distanciaron. Del auto principal bajó un señor de pelos crespos y bozo negrísimo. Su cohorte de guardaespaldas se había tomado un cruce de esquinas y desde allí convocaron a los habitantes. El Mago, ese era su nombre, subió a la tarima que levantaron velozmente. Dijo ser el benefactor de los que no tenían nada y el consuelo veraz de los urgidos. Señaló hacia una de las lomas, donde podían contemplarse todavía vestigios albos, y despejó

las dudas. Dictaminó que, en efecto, no se trataba de nieve. Es una materia todavía más extraordinaria, aclaró, y confesó ser su dueño. Explicó las virtudes de él con una consigna que pronunció con reciedumbre: Poder y progreso para el pueblo. La gente no comprendió muy bien cómo ese polvo blanco podía otorgarles eso, pero aplaudieron porque los guardaespaldas ordenaron que lo hicieran.

El Mago prometió que les daría alcantarillado, luz eléctrica y canchas deportivas. Pero pidió votos a cambio. No para la alcaldía, sino para la presidencia del país que le esperaba en el futuro. La gente se desilusionó, aunque no tardaron en constatar que este personaje era diferente. Porque, a una indicación suya, varias camionetas descargaron mercados para las mujeres, juguetes para los niños y ropa para todos. La generosidad del Mago fue ostensible con el paso de los días. No más tugurios y sí viviendas dignas, exclamaba en sus alocuciones. Y mientras hablaba, aparecían camiones con canecas de pintura, bultos de cemento y ladrillos para finiquitar lo que había quedado a mitad de camino. Una vez el entusiasmo hubo de desbordarse. El Mago mandó construir una cancha de fútbol con grama y líneas divisorias. La fiesta fue apoteósica. Los Paniagua no fueron contratados, sino que trajeron a la orquesta de Tomate y Pimienta. La gente no podía creerlo. Ahí, en la tarima, estaban los músicos acicalados como hippies tórridos, con sus afros magníficos y sus collares y manillas donde Changó le declaraba su lujuria a la Virgen de

las Mercedes.

Las Juntas de Acción Comunal habían realizado algunos reinados de belleza para alegrarles el ánimo a las gentes. Eran certámenes en los que la ganadora recibía elogios por su porte, un ramo de begonias y un cetro bordeado de esmeraldas falsas. Con el Mago, empero, los reinados asumieron perfiles de bacanal. Las candidatas aceptaron ponerse lo que sus promotores exigían. Antes habían salido a los estrados de madera con sus cuerpos naturales. La teta era pequeña y erguida y el culo altivo y natural. Pero paulatinamente fueron dándose las metamorfosis. Los andamios se hicieron más sólidos e iluminados. Edificaron unos palacios de ensueño con columnas romanas forjadas de mármoles y enrejados bruñidos. La música ya no provenía de radiolas viejas, sino de mariachis que vestían pantalones estrechos y chaquetas cortas de lentejuelas. Había pasarelas de metal, decoradas con serpentinas lustrosas, por donde pasaban las divas cuyo busto y nalgatorio golpeaban, como un puño, los ojos de los concurrentes.

Otro día magnífico fue cuando trajeron a los animales. Tres tractomulas franquearon los permisos para que un elefante, una jirafa y un gorila fueran vistos por los habitantes de La Comuna. Se decía que el Mago tenía un zoológico en las

llanuras del río Magdalena. Era también una hacienda con piscina y aeropuerto y un paraíso con el río, que servía para que los visitantes montaran en lanchas y pescaran. Pero hasta allá no se podía ir porque quedaba lejos y los pasajes eran caros. El Mago, para demostrarles que los rumores no desmentían su propiedad, y también porque quería premiar a La Comuna, ordenó el traslado de los animales. El evento se organizó en El Salado. El motivo fue el cumpleaños del capo. Él quería celebrar el nuevo ciclo de su vida con el pueblo. Se repartieron entonces, en platos y vasos de plástico, un manjar oceánico y vino procedente de Chile. Casi nadie había comido camarones ni bebido tal ricura, y por ello repitieron varias veces. Hubo algunas indigestiones, pero también música, y en esta ocasión tocaron vallenatos hasta que las sirenas de las tractomulas vibraron en el aire. La multitud se precipitó hacia donde se cuadraron. Vieron descender, en jaulas inmensas, a las criaturas. El elefante movió la trompa y barritó. El gorila se rascaba las axilas y los pectorales. Y la jirafa era esa criatura esbelta que los niños anhelaron cargar hasta sus casas y acostarla en los camastros. Durante horas, una fila pasó delante de los animales hasta que se percataron de que ya era de noche y había que irse a descansar. Desde entonces, en la espesura de sueños que los barrios tejían por las noches, se entrometió la imagen de un elefante que tomaba sombra bajo un palo de mango y tomaba agua de La Hueso. Y la de una jirafa que ascendía, parsimoniosamente y rodeada de infantes, las escalinatas del Eduardo Santos en dirección a La Escombrera.

El Mago fue convirtiéndose, con el paso de los días, en el tema de todas las conversaciones. Lo suyo se relacionaba con el negocio del polvo y todas sus variantes. Este había que transportarlo entre apuros increíbles y pagos miríficos. El dinero del Mago era tal que, en torno a él, las bandas de La Comuna crecieron y terminaron por unificarse. En una asamblea que se hizo, en lo alto del Corazón, se redactó un reglamento para que ellas se comportaran a la altura de las circunstancias. Los cabecillas lo aprobaron de inmediato. Desde arriba se divisaban los barrios intrincados. Todo esto es de ustedes, dijo el Mago, levantando la mano y llevándola de un extremo a otro del horizonte. Después los asistentes juraron, sobre un montículo de polvo, proteger los intereses del amo. Lo primero que cambiaron fueron los nombres. Rindiéndoles tributo a los lugares donde se reunían, esta banda se llamó La Terraza; aquella, La Cañada; la otra, El Hueco; la de más allá, La Cancha; la de allí, La Pesebrera. Los dirigentes también mutaron sus apodos —Bacteria, Turbulencia y Caos— y se bautizaron Jeyson, Roger y James. El corte de cabello fue variado. De las melenas alborotadas pasaron a raparse los laterales del cráneo, dejarse un copete en forma de plancha y una cola de musaraña que les bajaba por la cachucha hasta la espalda. A los peinados novedosos les llamaron el siete, la rata, el estadio y la carrilera. Los pantalones tuvieron doble costura. Las chaquetas eran de cuero y las de más valía exhibían la bandera del gran país del norte. Otro punto del reglamento

consideró muy seriamente la locomoción. Si se estaba con el Mago había que andar en motocicleta. Y como todos estaban con él, los barrios se atiborraron de Kawasakis, Yamahas y Kalimas. Montadas en ellas, los nuevos bandidos invadían los terrenos donde se jugaba fútbol y apostaban a quién ejecutaría las piruetas más arrojadizas. Las armas, claro está, habían mejorado de calidad. Ya tenían revólveres más livianos y ametralladoras más sucintas. Por momentos, los muchachos se desquiciaban usando mezclas de licor con marihuana y una entidad denominada basuco, que era una mezcla de base del polvo, rudimentos de ladrillo y talco Mexsana. En ese estado cogían sus motocicletas y subían las escalas en picada hasta los sectores más altos, o bajaban tan desbocados que los transeúntes tenían que hacerse a un lado. Otras veces se tornaban sentimentales y, con los ojos volados y botando espuma por la boca, se encaramaban en sus motos y amarraban a sus espaldas una nevera o una lavadora que adquirían en los almacenes Éxito. Eran el regalo que les daban a sus madres idolatradas.

La gratitud hacia el Mago no solo alcanzó a los devotos más humildes, sino también a los sectores más dignos de la Iglesia. Los padres López y Cardona le impartieron sus bendiciones mientras él les ofrecía sus dádivas. Y desde los púlpitos recomendaban a la feligresía que votara por este nuevo lenitivo de la humanidad. Algunas parroquias de La Comuna celebraron, incluso, misas exclusivas para los miembros de las

bandas. Con credulidad férrea, estos últimos hicieron colectas para hermosear los altares levantados a san Judas Tadeo, a la Virgen del Carmen y a María Auxiliadora. Una mañana el arzobispo de Medellín se puso la mitra, las ínfulas, el anillo y el báculo pastoral y subió hasta La Comuna. Tomó, con su comitiva de seminaristas, la zona de Otrabanda por la calle San Juan. Iba precedido por el carruaje del Mago, las camionetas de sus guardaespaldas y un enjambre de motocicletas conducido por la membresía de las bandas. En la iglesia designada se extendió un tapiz púrpura que se adornó, de tramo en tramo, con pequeñas cruces espolvoreadas de blanco. El arzobispo, con ceño solemne y convencido de que era un mensajero de Dios, extendió su mano venosa y largucha para que la feligresía le besara los anillos. Esa vez, terminado el culto, se doblaron las campanas, se echaron decenas de voladores al aire y se tiraron manojos de dinero a la jura. Y muchos creyeron, ante el abrazo del Mago y el arzobispo, que sus infortunios por fin desaparecerían.

Las monjas de Laura estaban tan perplejas como confundidas. Intuían que nada bueno podía venir del Mago. Conjeturaban que, detrás de sus actos, la vileza y el engaño se parapetaban. Aunque los comportamientos del arzobispo y los otros sacerdotes las ponían a cavilar. La hermana Rafaela decía, sin que le temblara la boca, que en ello había una connivencia perversa. Pero Rafaela no solo hablaba sino que actuaba. No desfallecía en dar apoyo a quienes recibían los agravios.

Conversaba con quienes dirigían las juntas comunales. Ante la postración de ellos, la hermana proponía la oración. Con todo, nada de eso detenía los estragos de las bandas. Y si la policía no había arrimado antes, ¿por qué habría de hacerlo ahora? Los uniformados, en realidad, tenían miedo. No sabían cómo enfrentar a los grupos armados en lomas tan promiscuas y en barrios tan enmarañados. Raras veces la policía alcanzaba la frontera de San Javier con Santa Mónica, o la de Belén Altavista con El Corazón. Pero cuando lo lograban, solo era avanzar unas pocas calles para ser repelidos por los pandilleros.

La noticia, esa noche, sobrevino como un trueno. El Mago le había declarado la guerra al Estado. Políticos liberales y conservadores nunca lo dejarían ser presidente, ni siquiera gobernador, ni menos aún alcalde. Su polvo, argumentaban, era peligroso. Por lo tanto, le exigieron entregarse a la justicia. El Mago, que era soberbio y no soportaba desplantes de individuos que tenían menos dinero que él, no aceptó. Su paradero se tornó brumoso, así su presencia fuera notable en los numerosos crímenes que realizó. Mandó asesinar a personajes magnos cuyos victimarios resultaron ser chicos de La Comuna. Antes de partir a su misión, los contratados veían la fotografía del que debían eliminar —un ministro, un procurador, un candidato presidencial—, la hacían rezar y la ponían en el altar de sus vírgenes reverenciadas. Luego les daban el dinero recibido a sus madres y se tomaban un menjurje de pólvora de bala, tinto y marihuana que les

embolataba el pánico. Días más tarde, o morían durante la proeza, o iban a la cárcel por poco tiempo porque su edad no era suficiente para ninguna reclusión.

Frente a la clandestinidad del Mago y su creciente acorralamiento, La Comuna entró a otra fase de su historia. Hubo pugnas por el control de las zonas por donde el polvo buscaba las montañas occidentales de Antioquia y luego la mar oceánica. Como una peste, los asesinatos se habían incrementado. Por los lados de La Escombrera, cerca de la laguna adonde la gente iba a bañarse, se consumaban las venganzas. Las violaciones se convirtieron en el pan de cada día. Algunos chicos, en el colmo de sus turras, golpearon a sus madres y cabalgaron sobre sus hermanas para exigir, en medio del arrepentimiento, sus indulgencias respectivas. Los habitantes estaban extenuados. La desesperanza era un vacío insoportable que crecía cada vez más. Sin embargo, las veladoras a las vírgenes no se consumían del todo y los rezos seguían pronunciándose. Así transcurrió no se sabe cuánto tiempo, hasta que unos hombres decidieron reunirse y dar el primer golpe. Ubicaron, por los lados de La Torre, a un grupo que hacía pogo. Eran maleantes, transportaban el polvo y se sentían ufanos por sus violaciones. Los dejaron que brincaran y se dieran patadas y se arrojaran escupitajos. Enseguida callaron la grabadora con una escopeta. Los obligaron a arrodillarse, les leyeron un pliego con sus cargos y les dispararon.

El jefe de este pequeño grupo se llamaba Rogelio. Era bajo y despoblado de pelo. Sus ojos tenían unas ojeras que le daban un toque de melancolía árabe. Los compañeros, en la primera reunión, lo apodaron el Comandante. El hombre había leído, en su casa del 20 de Julio, revistas de la Unión Soviética, libros chinos y panfletos cubanos. Después se adiestró en los campos de la guerrilla urbana, donde se hizo experto en estrategias militares de liberación nacional. Durante años imaginó una revuelta gigantesca que liberaría al país de sus dirigentes nocivos. Pero cuando comprendió el verdadero rumbo de la historia y su posición dentro de ella, decidió formar su propia organización.

Al convocar, esa primera vez, a quienes habrían de ser sus subordinados, el Comandante les habló con convicción. El registro de su voz bastó para que los otros supieran que Rogelio poseía un talento único para comandar guerreros. Pasado el evento de La Torre, comenzaron a realizar los ajusticiamientos. Se ponían atuendos negros, agarraban sus fierros y se lanzaban a la oscuridad. Parecían espectros con capucha. La gente escuchaba sus pasos retirados de sus ranchos, pero era como si ellos transcurrieran, amplificados por el silencio de la noche, a un tris de sus oídos. Las hojas de los árboles se recogían, asustadas ante las voces de estos nuevos matones. Hasta los perros y los grillos enmudecían con el toque

de las puertas y las llamadas a la víctima. Primero fueron tres y cuatro hombres. Aumentaron a diez y a quince. Más tarde se les juntaron las mujeres. En cuestión de pocos meses, el grupo proliferó como una colmena y se tornó poderoso como un ejército. No tenían nombre ni sigla que los definiera. Las labores de limpieza transcurrían a tanta velocidad, y eran tan numerosas, que no tenían tiempo para pensar en manifiestos y consignas.

Sus acciones se iniciaron en los barrios bajos y fueron ascendiendo como un efluvio ineludible. Unos precisaban que la matriz había surgido en el 20 de Julio hasta alcanzar los límites de Blanquizal. Otras versiones decían que su expansión se fraguó horizontalmente, al modo de un gran viento o una onda de mar, iniciándose en Los Alcázares hasta llegar a Eduardo Santos. Poco a poco la gente comprendió que los siniestros personajes de la noche eran personas amables en el resto del día. Porque entre ellos había carniceros, plomeros, tenderos, estudiantes y amas de casa. Quizá por este motivo, y por sus ejecuciones certeras, fueron recibidos como una bendición. Algunos creían que eran sicarios angelicales, o mercenarios de bien que Dios había mandado para sanar los barrios. Muchos sacerdotes, de hecho, los aprobaron. El pueblo de Cristo, en las mayores persecuciones, predicaban, ha sabido cómo protegerse de las adversidades.

Los bandoleros no tardaron en comprobar que sus enemigos eran más versados en el método, pues no arremetían a la loca y tenían mejor puntería. Obraban, además, en sano juicio porque aborrecían la sicodelia. No se interesaban en ritos satánicos ni en peregrinaciones a las vírgenes para pedir por la consecución de sus propósitos. Lo que se rumoraba era que estudiaban con meticulosidad los planes, conocían el dédalo de los barrios y ningún recodo les era desconocido. Parecía que tuvieran linternas en sus ojos para desentrañar las tinieblas. Por estas razones, fueron cayendo Stevenson, Jeyson, Roger y sus mandos medios. Uno de los compañeros de Rogelio, provisto de una gran joroba, trazaba unos mapas minuciosos y abigarrados con grafito. Allí podían verse la sinuosidad de las calles y los pasajes imperceptibles que comunicaban los sectores de La Comuna. Los dibujos embargaban de entusiasmo al Comandante. Y quien entrara a este primer grupúsculo de autodefensa tenía que aprenderse de memoria aquella singular cartografía.

Alma

1

Fueron a ver el eclipse de Luna en unos telescopios que situaron en La Universidad. Ella dijo que la próxima vez que se diera un fenómeno de estas dimensiones no estarían vivos. Especularon sobre el paso del tiempo a lo largo de la noche. Tal vez era cierto que había una pizca de eternidad en todo ser viviente, dijo él, e hicieron bromas como si la condición efímera del ser humano no tuviera que ver con ellos. Se turnaban para observar el firmamento. Mientras uno de los

astros era opacado por el otro, Pedro habló de la lucha entre la oscuridad y la luz. ¿Quién ganará al final?, preguntó. Alma consideró que en esa disputa no había ganadores y que todo estaba forjado con la una y con la otra.

En los primeros encuentros se trataron de usted. Aunque el pronombre los tornaba cálidamente distantes, el tema de la literatura los fue compenetrando. Compartieron sus lecturas y coincidieron en el gusto por los cuentos de Rulfo y los poemas de Borges. El perseguidor de Cortázar los remitió a la música de Charlie Parker y Pedro aprovechó para hacerle escuchar los discos que tenía de John Coltrane y Miles Davis. En un concierto de jazz, en el teatro de La Universidad, se tomaron de la mano y las dejaron juntas hasta que las piezas del cuarteto fueron interpretadas.

Una confabulación de astros, música y literatura les fue tejiendo una atmósfera donde la averiguación por sus vidas y el deseo por sus cuerpos se iban también entrelazando. Cada uno, en la soledad de sus habitaciones, hacía el repaso de las horas compartidas, y una expectación por lo venidero les cortaba la respiración. Alma le dijo, la vez que hablaron en el bar de Carlos E. Restrepo, que sus orígenes eran humildes y que su casa quedaba en el 20 de Julio. Recalcó, además, que en su familia no había nadie que fuera rico. Pedro levantó los

hombros y preguntó el motivo de esas precisiones. Ella lo miró con sus ojos pardos, rodeados de una sombra tenue, y comentó que quizás él esperaba a alguien de cuna. Pedro sonrió ante la expresión, y respondió que ese entorno suyo era lo que aumentaba su encanto.

Una noche fueron a El Poblado. Un conjunto de músicos, en una taberna, tocaban una mezcla de música colombiana, salsa y jazz. El flautista era amigo de Alma y les había conseguido un par de entradas. Los dos bailaron, en las pausas de las intervenciones del grupo, y se besaron varias veces. Pasada la medianoche, ebrio por el vino, Pedro la invitó al apartamento de Calasanz donde ya vivía solo. Alma aceptó.

Cuando le olió el cabello, en la penumbra del cuarto, se sintió arrojado a la infancia y los ojos se le llenaron de lágrimas. ¿Qué pasa?, preguntó ella. Tu pelo huele a tierra, contestó él. Huele a lluvia. Huele a una quebrada en la que me bañé hace muchísimo tiempo.

Luego la fue desnudando. Pero no le quitó la tanga. La miró conmovido con la revelación de ese cuerpo palpitante en los modos de la entrega. Alma se dejó voltear varias veces para que Pedro la vislumbrara. Enseguida le palpó las nalgas, que

eran suaves y rotundas, y las cubrió de besos.

Al saberse mirada, ella procedió a desvestirlo. Se sentó en la cama, le desabrochó la correa y le bajó los pantalones. El corazón de Pedro quería salírsele del pecho. Pero no se sabía torpe ni tenía susto. Tampoco temía inesperados desbordamientos. Sus oídos, como a veces sucedía, estaban expectantes. Podía escuchar, afuera, el sonido de las bestezuelas nocturnas, el paso del viento, el canto de un pájaro sin nombre. Alma, con el mentón, rozó los calzoncillos, sacó la erección y la acarició con la lengua. Al verla aspirando el olor del sexo, Pedro evocó a esas diosas remotas que homenajeaban la fertilidad de los hombres.

En algún momento, él le quitó el trapito. Porque eso le dijo: es tan solo un trapito lo que cubre tu misterio. Alma se divirtió ante estas palabras, le ofreció su boca y se extraviaron en un beso interminablemente acuoso. De las cejas a los pies, Pedro fue haciéndola suya a partir del olfato. Oliéndole cada palmo, como si intuyera que ese territorio sería en adelante su morada más querida.

2

Ciro Peláez quedó perplejo cuando los vio, en el café de la estación del Ferrocarril. Días antes Pedro le había dicho que quería presentarle a su nueva amiga.

—¿Una amiga o una novia? —preguntó Ciro.

—Las dos cosas a la vez.

—¿Y la que tenías antes? ¿Cómo era que se llamaba?

—¡Ah!, Marina. Eso no funcionaba. Quería casarse y tener hijos. Era de ir a misa los domingos con su familia y pretendía que yo me les uniera.

—¿Y esta no querrá lo mismo? —preguntó Ciro con sorna. En lo conservadoras, las mujeres en Medellín parecen cortadas con las mismas tijeras.

—No hemos hablado del tema y eso ya es buen signo.

Desde que le estrechó la mano a Alma Agudelo, el abogado fue la pura cordialidad. Estaba encantado de conocerla. Pero lo que lo entusiasmaba era la certidumbre de que su amigo, desahuciado del amor, había encontrado lo que necesitaba. Delante de ellos, no vaciló en decir que hacían una pareja magnífica. Agregó que el amor era lo único que valía la pena en la vida. Miren, y fue señalando a todas partes, esta es una ciudad condenada al horror, pero ustedes la redimen.

—No seas exagerado, Ciro —dijo Pedro—. Si eres pesimista, no te gana nadie. Si te agarra el optimismo, se te va la mano.

—Pero a mí me gusta lo que dice —replicó Alma—. Es verdad que toda ciudad se condena con unos y se salva con otros. —Y pidió permiso para ir al baño.

—¿Dónde encontraste ese tesoro? —preguntó Ciro aprovechando el interregno.

—En La Universidad.

—¿Tu alumna?

—No, pero es como si lo fuera.

—¿Y dónde vive?

—En La Comuna, en el 20 de Julio.

—¿De allá semejante perla? Definitivamente, los milagros existen.

Alma volvió con su habitual sonrisa. Se había echado rubor en las mejillas y brillo en los labios. Ciro se levantó y le corrió la silla para que se sentara.

—¿Ves, Alma? Mi amigo es todo un caballero.

Los tres se rieron y, a pesar de que el palique daba giros hacia el trabajo en la Fiscalía y la pacificación que estaba sucediendo en La Comuna, volvían al asombro del abogado.

Al despedirse, Ciro dijo mirándolos a los ojos:

—No crean que desbarro. Con solo verlos, uno sabe lo que pasa con ustedes. Le dije a Pedro hace unos meses que aquí encontraría lo que buscaba y no me equivoqué. Solo les pido que sean felices. —Alma se rio. Se tomó, incluso, el atrevimiento de darle un beso a Ciro como muestra de gratitud.

—Es como si nos hubieras casado —dijo Pedro, y le dio a su amigo un abrazo.

3

Alma gozaba de un distintivo que la hacía singular en las faenas del placer. Pronta al éxtasis empezaba a reírse. Como si las penetraciones de Pedro le hicieran cosquillas dolorosas, se carcajeaba y terminaba llorando. Ante estos requiebres del goce, él inquirió por lo que pasaba. ¿Había daño? ¿Se sentía molesta? Pero Alma le dijo que su complacencia era ambigua, anclada en la felicidad e irrigada por el llanto. Sollozaba, en realidad, agradecida por verterse en él. Y era como si un mar, ambos lo constataban, penetrara los deltas de un río.

A veces le daban espacio a las fantasías. Alma solicitaba que le regara vino en sus rincones más íntimos para que él la

degustara. Una tarde de calor, en Santa Fe de Antioquia, adonde habían ido a pasear, Pedro le embadurnó el cuerpo con mangos maduros que habían comprado. Una tarde fueron a caminar por los bosques de pinos, arriba de La Escombrera, y aprovecharon la soledad de los parajes. Hicieron un lecho con hojas secas y se desnudaron. Pedro la untó de légamo y terminaron unidos en una cópula en la que creían que ella era la tierra y él, la lluvia.

La música, en esas convocaciones del deseo, era crucial. No frecuentaban las tabernas, porque Pedro padecía con el ruido y no gustaba del humo de los cigarrillos. Pero en el apartamento ponían una grabadora y se amaban. Alma nunca había escuchado a Erik Satie. Con las Gymnopedias comprendió lo que era un orgasmo adormecido y prolongado. Amparados en esas sinuosidades del arcano, supieron que lo más inolvidable del placer no es llegar a su cima arrebatada, sino dejarse llevar por su lento descenso.

También bailaban. Bebían un ron añejo que se obsequiaban mutuamente en pequeñas copas. Ponían sones de Celia Cruz, descargas de Cachao López, un tema de Irakere en el que se homenajeaba a Chano Pozo y otro de Joe Arroyo dedicado a una negra esclava. Comenzaban tomados de las manos. En la medida en que transcurría la música, cada uno se movía con los

ojos cerrados. Pedro daba vueltas y sentía que su ser era negro y jubiloso. Alma oscilaba la cintura y lo llamaba con su cuerpo. Sudando, con el corazón en las sienes, la sangre arremolinada como un río de fragor, se amacizaban bajo el ritmo de un bolero. Perdían la noción del tiempo tramados por sus bocas, e ingresaban al núcleo central de la voluptuosidad.

Entonces se bebían recíprocamente en la desnudez. Creían saciar su sed pero, al instante, querían apurar de nuevo sus secreciones. Las manos, de hecho, no les eran suficientes para abarcar tanto territorio ignorado. Y cuando Pedro creía poseer los rincones más secretos de Alma, descubría que el poseído era él. Finalmente, él explotaba como un géiser y ella se derramaba como lava. Pedro se fragmentaba en mil pedazos y en su percepción todo se desvanecía. Mientras que Alma oteaba un cielo atravesado por estrellas multitudinarias y olas de luz que la precipitaban sobre grandes peñascos. Pero estos, la mujer lo describía después, no la golpeaban sino que la lanzaban una vez más hacia la plenitud.

4

A Pedro Cadavid no le gustaban las reuniones familiares. Su permanencia fuera de Medellín y su aprendizaje en París lo habían curado de todo gregarismo. Pensaba que con sus padres muertos estaba liberado de participar en aquellos corros de la chismografía, los abrazos y los alegatos. Sabía que esa lealtad de la sangre se fragilizaba demasiado ante la ausencia de los progenitores. Pero, como sus hermanas asumían los roles de la

madre fenecida, e insistían en que familia es familia aquí y en cualquier parte, Pedro terminaba yendo a esas reuniones.

Reconocía, en el fondo, que su familia había sido un obstáculo para la realización del escritor que quería ser, y por ello trataba de mantenerse distante. Pero resultaba paradójico que, al efectuarse un proceso de formación de veinte años, en el que fueron importantes otras voces y otros ámbitos, Pedro hubiera retornado a Medellín. Para responder a esta contradicción, se decía que lo había hecho por varias razones. La primera era el trabajo en La Universidad. Prefería un empleo digno en una ciudad jodida a ser un pobre inmigrante en la ciudad lograda. La segunda consistía en que el amor quizás estaba en la ciudad turbia y no en la de las luces. La tercera tenía que ver con su oficio. Pedro quería escribir una obra, hacerla en español, y que ella fuera leída. París le había mostrado la cara de una marginalidad áspera frente a los escritores latinoamericanos que había conocido allí. En este sentido, y ante los comportamientos de su familia, no le quedaba otro camino que llenarse de paciencia.

En esas reuniones no demoró en darse cuenta de que el tema central era la política. Y que, dentro de este dominio, la manzana de la discordia la representaba el presidente de Colombia. Hablar de él era como soltar un perro embravecido

en una sala llena de gente. No solo Raquel, sino también otros de sus hermanos, apoyaban al personaje de marras. Pero parecía inexacto decir que lo apoyaban. Lo que sucedía era que lo admiraban hasta la exacerbación. Y estos sentimientos, sobre todo si alguien los cuestionaba, terminaban acalorándolos. Dos hermanas de Pedro, ambas profesoras universitarias, no le guardaban simpatía al político y no desaprovechaban oportunidad alguna para criticarlo. Cada vez que se reunían caían en discusiones que, a su vez, desembocaban en reclamaciones y en insultos. A pesar de que su divisa era abstenerse de opinar, Pedro se mezclaba inevitablemente en las bataolas.

Una vez, en el nuevo apartamento de Raquel, que quedaba en Laureles, se tocó el tema de las redes de informantes en la población civil. El presidente las había conformado para enfrentar a las guerrillas que pululaban. Eso es un semillero propio para que crezcan las autodefensas, dijeron Hortensia y Matilde, las dos profesoras. Del otro bando vino la réplica de que la red sería controlada por el ejército y la policía, lo cual le daba respetabilidad. Pedro consideró que esas instituciones no poseían ni la transparencia ni el profesionalismo suficientes para garantizar esa respetabilidad. Matilde y Hortensia estuvieron de acuerdo con la observación. El resto de la familia protestó. Todos empezaron a hablar al mismo tiempo. La bulla sacudió la sala con tal efervescencia que las energías se rebosaron. Chiquita, la mascota pequinés de Raquel, se

escabulló espantada hacia una de las habitaciones interiores. Pedro alzó la voz para decir que una política de seguridad de esas características acabaría en un tremedal de detenciones, masacres y desapariciones. Es como abrir una caja de Pandora. Entonces Lina, la hermana que cultivaba flores en El Retiro, le gritó en plena cara: ¡Comunista! A Pedro lo cimbró el estupor. No supo si el motivo fue esa palabra, la intensidad con que fue pronunciada o el silencio que sobrevino en la sala. Se levantó, sonrojado, y salió del apartamento.

Lina, al otro día, le ofreció excusas por teléfono. Pero le pidió, como hermana mayor, que recapacitara. Lo que hace el presidente es por el bien de todos, concluyó. Pedro dijo que ese supuesto bienestar no era el suyo, y que en las discusiones políticas las jerarquías familiares no tenían mayor importancia. Raquel también lo llamó para contarle que, por decisión general, en las reuniones familiares se evitaría hablar de política. Pero hubo otro motivo para su llamada. Era Alma Agudelo. Pedro le había hablado de ella a su hermana, quien, muy entusiasta, no vaciló en transmitir la noticia a los demás. Lo que pretendía Raquel era que hubiese una presentación oficial de la novia a la familia. Pedro se puso en guardia y dijo que no había afán y que lo mejor era hacerlo paulatinamente. Pero Raquel, fiel a su estilo, no desfalleció. Durante varios días lo asedió con sus cordialidades, hasta que Pedro tuvo que aceptar.

5

Después de hacer el amor abordaron de nuevo el tema del tiempo. Pedro había tenido un orgasmo más duradero de lo habitual y fue como si la extensión del placer de Alma se hubiera prolongado en el suyo. Los espasmos sexuales de un hombre no duran mayor cosa. De ahí que él saliera de ellos casi siempre atravesado por una especie de melancolía. Pero, desde aquella ocasión, Pedro habría de tener impresiones similares, y todavía más extrañas, en los instantes de la intimidad compartida.

Luego, en la noche, salieron a caminar por la unidad residencial. Alma se inclinó sobre uno de los senderos para recoger un insecto. Era una chapola con las alas maltratadas. La tomó en sus manos y le recompuso el cuerpo. El animal vibró y salió volando sin mayores problemas. Luego, mirando las estrellas, Alma señaló algunas en un cielo oscuro teñido por tachas grises y blanquecinas. Identificó la figura de Orión con su escudo, el cinturón y el garrote. Pedro, por más que lo intentara, no discernía lo que le mostraban. En un momento se preguntaron si era verdad lo de sus edades. ¿Qué cantidad de años bastaba para saberse preparados para la muerte? ¿Actuaba esta última coyuntura como una cadena opresiva o como una clave liberadora? ¿La eternidad era una condición que les

correspondía a los hombres o estaban forjados por una fugacidad que simplemente ansiaba permanecer? Pedro era mayor que Alma quince años y la aventajaba en experiencias de la vida, pero mientras iban conociéndose entendía que ella lo superaba en lo esencial.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó.

—No sé. Supongo que muchos. Pero de lo que sí estoy segura es que soy un poco más vieja que tú.

—¿Un poco? Creo que me llevas siglos.

—¿Cuántos crees que te llevo?

—Decenas, quizás. Eres antiquísima.

—¿Antiquísima? —dijo Alma y se sonrojó.

—Sí, antiquísima como un oráculo.

Pero en vez de atemorizarlo, la impresión de compartir el tiempo con alguien que poseía algo extraordinario aumentaba su encantamiento. Ninguna de las mujeres con las que había estado Pedro poseía este rasgo. Con Manuela todo había sido la fogosidad otorgada por un par de jóvenes a quienes se les había instalado, desde un principio, la ardua coyuntura de los celos y las infidelidades. Después hubo amantes con quienes Cadavid estableció un vínculo de gozos que parecían chubascos. Con Marina, la profesora de La Universidad, había pasado algo así, a lo cual hubo de añadirse ese muro que separaba sus ideologías. Pero a Alma la rodeaba algo que dejaba a Pedro suspendido en una zona donde el deseo crecía con la misma intensidad que la sorpresa. Estaba, por un lado, ese vínculo de ella con las plantas y los insectos. Alma les hablaba con reverencia a las primeras y a los segundos con ternura. Él se sentía, además, atraído por su cuerpo poderosamente. El pelo lacio, que se lo bañaba todos los días, no necesitaba peinarse y su fragancia lo subyugaba. La piel no urgía de ningún perfume, lo cual establecía un puente con los olores de la tierra. Los senos, ni grandes ni pequeños, eran fructuosos, y Alma se los ofrecía para que fueran gozados sin ninguna traba. Las nalgas tenían la holgura que buscaban sus caricias. Los muslos, cálidos y contorneados, parecían columnas firmes. Y el sexo, rasurado o embellecido con hileritas de vellos, poseía lo

indispensable para que Pedro se sintiera acogido en él.

6

Raquel, de entrada, elogió el porte de la joven. ¡Qué elegancia de novia!, dijo, y le tocó cariñosamente las mejillas. ¡Pero si es un primor!, exclamó Lina, saludándola también de beso. Al lado estaba Mauricio, su esposo, un hombre de pelo cano y dueño de una cortesía afectada. Con respeto, haciendo una venia, apretó la mano de Alma. Sí, es una belleza, murmuró mientras la pareja iba saludando a las demás personas que estaban en la sala. Un primo, llamado Rigoberto, que Pedro no veía hacía más de veinte años, le abrió los brazos para saludarlo diciendo: Si la dejas sola, te la quito. Alma sonrió con candidez y continuó dando la mano a quienes se iban levantando de las sillas.

Pedro la había prevenido con su familia. Son amables, dijo, pero su amabilidad es empalagosa. Van a misa cada ocho días y le creen más al cura que al médico o al psicólogo. Con mis hermanos no hay mucho de qué hablar, a no ser que el tema sean los negocios. Su obsesión principal es el dinero. Son fríos y calculadores y solo se entusiasman si tienen unos tragos encima. Con mis hermanas, las cosas fluyen mejor porque son cariñosas y no vacilan en demostrarlo. Aunque su condición natural es el chisme. Cuando se reúnen, cualquier tópico las pone a hablar al mismo tiempo. Opinan sobre política, deporte, religión, comida y arte. Creen saberlo todo, pero todo lo saben superficialmente. Sin embargo, quieren conocerte y, bueno, mejor que sepas de dónde vengo.

Alma tenía, esa noche, unos aretes con motivos indígenas que Pedro le había regalado en su paseo a Santa Fe de Antioquia. Llevaba un pantalón azul que le ceñía las piernas y la cadera. Un saco de algodón, de un azul más tenue, cubría una blusa blanca que se abría a la altura de los pechos. Un dije de plata, una pequeña orquídea, resplandecía en la piel nacarada. Debajo de la boca, Alma tenía un lunar. Mireya, la esposa de Justo, uno de los hermanos de Pedro, no vaciló en decirle que su lunar era divino.

Unos se sentaron en la sala y otros en el comedor. Hortensia y Matilde, que se mantenían juntas, abrieron un espacio para que la pareja se ubicara. Un bambuco sonaba en el equipo de sonido. ¿Quiénes son?, preguntó Pedro. Raquel dijo que era un quinteto de La Universidad que había ganado el gran premio en un festival de música andina colombiana. Él recordó algo de sus años pasados en Tunja. Allí había tocado la flauta en serenatas y dado numerosos conciertos con una estudiantina. Mauricio le preguntó si no había vuelto a tocar. Pedro explicó que su separación de la música, ocurrida en París, era definitiva y que todo lo suyo lo absorbía ahora la literatura. La empleada pidió permiso y ubicó la comida —arroz, presas de pollo, ensalada y yucas fritas— en diversos platos para que cada uno se sirviera. Alma hablaba con Matilde y Hortensia y les contaba sobre el dije. Se lo había obsequiado su hermano en un cumpleaños. Él era botánico y una especie de padre para ella.

Entonces Lina le preguntó a Alma lo que hacía. La chica sonrió con timidez. Pedro se había levantado para servirse una copa de vino. De pie junto al comedor, escuchó a Alma decir que estudiaba literatura en La Universidad. La oyó explicar que no había sido estudiante de Pedro, pero que, como él, quería dedicarse a la enseñanza de la letras. ¿Y de qué van a vivir?, inquirió el primo. La pregunta desató la controversia. Unos y otros hablaron a la vez, hasta que Alma dijo que trabajaba como promotora de lectura en una biblioteca. ¿Eso qué es?, preguntó Justo. Alma aclaró que leía cuentos, poemas, novelas

a grupos de personas. ¿Y por eso pagan?, volvió a preguntar Rigoberto. Alma, siempre sonriendo, dijo que sí. Cuando terminó su intervención, Pedro concluyó: ¿Ven? Alma y yo demostramos que por estos lados se puede vivir de la literatura.

Mauricio, después de una risa incómoda, le preguntó a Alma dónde vivía. En el 20 de Julio, respondió ella. ¿Dónde queda eso?, dijo Lina. Pedro contestó que era uno de los barrios de La Comuna. Justo aprovechó para decir que, como vendedor de la Fábrica de Licores de Antioquia, sabía que los camiones para surtir esas zonas periféricas debían pagar vacuna a las milicias. Casi nunca los dejaban entrar. Pero esos delincuentes ya fueron expulsados de allá, repuntó Mauricio. ¿Cómo está la situación ahora?, preguntó Hortensia. ¿Ya están más tranquilos?, insistió Lina. Alma caviló un momento y dijo que la gente tenía miedo. ¿Miedo de qué?, preguntó Mauricio. Entendemos que antes lo tuvieran, pero ahora ¿por qué? Alma precisó que el tema era espinoso. Hablar sobre la situación de La Comuna significaba entrar en un asunto de muchas aristas. Antes fueron los milicianos los que se encargaron de nuestra seguridad. Ahora son los paramilitares y con ellos han comenzado las desapariciones. Pedro se puso en guardia porque Alma, sin preverlo, tocaba un punto sensible y la reunión podía encenderse. Para protegerla de las averiguaciones, se lanzó al ruedo. Dijo que el precio de la pacificación de La Comuna era muy alto. Es horrible lo que ha pasado y sigue pasando con la gente de allá. Hace años viven sometidos a los grupos armados.

Pero el Estado ya hace presencia allí, dijo Mauricio. Una presencia malograda, respondió Pedro. Hay una confabulación de la fuerza pública y el paramilitarismo para limpiar los barrios de quienes fueron milicianos y sus colaboradores. El problema es que, en esta última franja, pareciera caber toda la población. Pedro mencionó La Escombrera. Explicó que se trataba de un basurero de desechos de construcción, situado en lo alto de La Comuna, donde se estaban arrojando los cuerpos de los desaparecidos.

Como Raquel se dio cuenta de que la conversación estaba tomando un rumbo peligroso, cambió de tema. Preguntó si habían visto el último partido del Atlético Nacional. Era una seguidora del fútbol y le gustaba ese equipo por encima de todos. Rigoberto, captando la intención de su prima, se puso a contar chistes. ¿Ustedes saben, preguntó, qué le dijo un pez a otro pez? Y fue ensartando bromas en las que se pasó de la trivialidad más insulsa al morbo más escabroso. Lina, al cabo de los minutos, como hermana mayor hizo un gesto para que las groserías cesaran. La atmósfera se relajó y los novios pudieron salir incólumes del apartamento. ¿Cómo te parecieron?, preguntó Pedro más tarde. Me previniste tanto que temía lo peor. Pero son amables. Por supuesto, dijo Pedro, es gente querida. Ahora prepárate, dijo ella, para que conozcas a mi familia. Para tu fortuna, no es tan grande como la tuya.

7

La primera impresión que tuvo, al salir de la estación San Javier, fue de que había un tremendo desorden. Las fachadas de las casas se imbricaban, se ajustaban, se abrían y cerraban. Era una mezcolanza de diferentes estilos arquitectónicos en la que no predominaba ninguna esencia. Las construcciones que daban a la calle principal estaban llenas de negocios. Cafeterías, expendios de comidas rápidas, compraventas, puestos de chance, almacenes de ropas y juguetes. En las aceras, las ventas ambulantes se desparramaban como para decir que allí se vivía del menudeo y el rebusque. Se ofrecían en carretas mangos, aguacates y bananos. Varias ancianas vendían panelitas de coco en recipientes de plástico. En un tenderete alguien con sombrero hacía vidrio templado y algodones de azúcar. Había botellas de agua y gaseosa en una caneca. Los buses colectivos se movían en medio de pitos y gritos de los ayudantes. Una fila de taxis amarillos avanzaba con lentitud. Sus choferes empujaban, para ahorrar combustible, el automóvil hasta el lugar donde subían los pasajeros. Y la música salía, como una diosa enajenada, de los bafles acomodados aquí y allá.

—Bienvenido a La Comuna —dijo Alma abriendo los brazos como una maestra de ceremonias. Pedro le sonrió, lanzó la mirada hacia arriba y comprendió que sobre ese sitio tenía que escribir. Fue una impresión tan rotunda que lo dejó turbado. En

las faldas montañosas se levantaban las casas.

—¡Son muchas! —exclamó.

—Apenas es una muestra —dijo Alma.

Pedro quiso caminar y tomaron la carrera 99. En la iglesia de San Javier, giraron a la izquierda para bajar hasta el cementerio. Bordearon sus límites y hubo un momento de calma propiciado por la proximidad de los muertos. Subieron por la calle 39 y una vez más brotaron las tiendas, los graneros, las misceláneas. El estropicio de los carros y las motos, las voces de las gentes, la algarabía en los parlantes hacían del ámbito una feria. Hacia la carrera 110 se adentraron por una callejuela. Un hombre muy viejo vendía mazamorra. Tiraba de un carrito donde había dos olletas con el maíz cocinado y los pedazos de panela los guardaba en una vasija pequeña. Un muchacho, con camisilla y gorra del Deportivo Independiente Medellín, pasó en una bicicleta como un meteoro. Silbó para no atropellarlos y les gritó: ¡Epa!

La casa de Alma era un segundo piso. En la primera planta había un salón de belleza. En uno de sus límites, una cantina

con billar funcionaba hasta muy tarde en la noche. Cuando Alma abrió la puerta, escucharon que un perro ladraba. ¡Tango, soy yo!, dijo ella y los ladridos cesaron. El animal se silenció cuando vio al extraño subir las escalas.

—Le caíste bien —dijo Alma—. Es tan celoso que le ladra a todo el mundo.

Con el perro dando vueltas a su lado y la lengua afuera, Alma caminó hacia el fondo de la casa en busca de su madre. En la cocina se topó con la nota. Doña Elsa decía que había tenido que ir a la biblioteca. Alma aprovechó para mostrarle la casa a Pedro. Eran varias piezas de las cuales, la más externa, la que daba a la calle, era la suya. Había una cama sencilla con su nochero, una repisa con libros, un pesado escritorio y un escaparate para la ropa. La ventana tenía una cortina blanca. En la pared había un pequeño lienzo que mostraba un sembradío. Encima del escritorio, pegado con cinta, se desplegaba un mapa de estrellas. En un rincón había unas materas. Alma, al ver que Pedro se detenía, se las presentó. Esta es de albahaca, dijo, esta es de ruda, esta de tabaco. ¿Y aquella cómo se llama?, preguntó él. Alma, en susurro para que nadie más oyera, dijo que era un piecito de yagé. Pedro levantó las cejas y sonrió con sorpresa. Contiguo al cuarto había un balcón lleno de grandes bolsas. Los arrumes de cartón se acumulaban

también por el corredor y la sala.

—Es el reciclaje —explicó Alma—. Lo recogemos para mantener la biblioteca.

Desde el balcón se observaba el abigarramiento de los barrios más altos. Tango se había excitado por el paso de los viandantes en la acera de abajo. Mientras Alma lo calmaba, Pedro observó la acumulación de las casas en las lomas. Más arriba de ellas, el verde del campo iniciaba, pero se interrumpía por un pedazo de montaña despedazada por la mano del hombre.

—¿Qué es eso? —preguntó Pedro.

—La Escombrera.

8

Doña Elsa había nacido en San Vicente. Sus padres murieron, al volcarse un bus, cuando daban un paseo por El Peñol. Tenía diez años y una de sus tías la llevó a un convento de Medellín. Quedaba en Boston, y allí creció la niña en medio de misas y oraciones. Y aprendió a leer, a escribir, a cocinar, a tejer, a cuidar enfermos. Las hermanas, cuando fue muchacha, le consiguieron a Elsa trabajo en casas de familias ricas donde se encargaba del aseo, de lavar y planchar ropa. Por esos días, en un bazar que las religiosas hicieron, conoció a Lucas Agudelo.

Se casaron pronto y ella se dedicó al hogar. Lucas negociaba telas. En sus trashumancias comerciales por Medellín y los pueblos vecinos, logró hacer unos ahorros y estos le bastaron para comprar la casa en Belencito. Allí nacieron los dos hijos. Durante un tiempo pudieron sortear las necesidades de la familia. Belencito crecía aceleradamente y, al mismo ritmo, fue cayendo en manos de las bandas delincuentes. Lucas, que gustaba del licor, incrementó sus borracheras, desatendió los negocios y gastaba su dinero en los bajos fondos de Lovaina y Guayaquil. Elsa presenció, estupefacta, esta transformación. Un día se enteró de que Lucas había sido atropellado por un carro. Fue con sus dos hijos a reconocer el cadáver en la morgue. Hizo un préstamo para el entierro y, sin avisarle a nadie, le dio sepultura a su esposo.

Doña Elsa era silenciosa y delgada. Nunca se quejaba, nunca despotricaba, nunca maldecía. Al contrario, con un Dios proveerá y una voluntad a prueba de cualquier flaqueza, se ocupó de sus hijos. Lavaba, planchaba, cosía ropa y cocinaba. Como el dinero no era suficiente, hizo un contrato con un carnicero, un compadre suyo de San Vicente que habitaba en Betania. El hombre le propuso criar y engordar marranos. Doña Elsa debía sacrificarlos, descuartizarlos y sazonarlos. Esa fue la época en que, además, hizo tamales y empanadas para venderlos, los fines de semana, en la cancha de fútbol de Belencito. El patio de la casa se acondicionó para recibir a los animales. El olor de los alimentos descompuestos, el de las

vísceras y los intestinos cuando estos se preparaban, llenaba el ámbito. Alma era una niña de seis años y, como su hermano, ayudaba en los trajines del hogar. Tanto en la mañana como en la noche la aguamasa, que recogían en el vecindario, se la echaban a los puercos.

9

Pedro Cadavid llevaba años sin pasar una navidad en Medellín. En su infancia y adolescencia hubo pólvora, globos y bailes, pero después de casi veinte años de ausencia se encontró con una atmósfera transformada. Días antes, en la última noche de noviembre, estaba durmiéndose en el apartamento de Calasanz. Una vez más, en la antesala del sueño se presentó la imagen de

su hija Susana. La ausencia de ella le seguía doliendo. La llamaba cada semana y le enviaba dinero los inicios de mes. Se había atrevido, incluso, a proponerle que se viniera para Colombia. La hija, aconsejada por su madre, decía que no. El argumento de ambas, argumento que a la postre Pedro terminó por aceptar, era que Susana debía acabar sus estudios de bachillerato en París y continuar allí mismo los universitarios. Traer a su hija a una ciudad como Medellín era un desacierto que ninguno de los tres se perdonaría en el porvenir.

Dio entonces una vuelta en la cama y comenzó el alboroto. Creyó, al principio, que era una ristra de voladores que algún borracho tiraba al cielo para celebrar el triunfo de un equipo de fútbol o el cumpleaños de un ser querido. Pero a los voladores siguió un estruendo que no paró hasta el amanecer. Parecía como si una demencia colectiva se hubiera apoderado de las calles y el cielo. Incapaz de conciliar el sueño, Pedro salió al balcón. Apoyado en el barandal y meneando la cabeza, comprendió que los límites del respeto por los otros se habían desmoronado del todo en Medellín.

El motivo de la alborada se lo explicó Ciro más tarde. Bejarano, el líder paramilitar, había logrado coronar la entrada de un cargamento a los Estados Unidos, y decidió celebrarlo la misma noche en que le dieron la noticia.

—Ves —concluyó el abogado— cómo se desposan fiestas decembrinas con actos criminales. Al gran personaje le avisan del éxito de su maniobra en Miami, y todas las bandas de Medellín nos cagan con su jolgorio.

—No dormí en toda la noche —dijo Pedro—. Me la pasé mirando el despelote desde el balcón.

Entonces Ciro aprovechó para explicarle que los nuevos amos de Medellín —esa mezcla del narcotraficante, el paramilitar, el empresario y el político— estaban permeando todos los sectores sociales. Controlan los negocios inmobiliarios desde hace tiempo, decía. Sus testaferros no paran de construir apartamentos en Laureles y El Poblado, y pronto se regarán por todo el valle como una bonanza o como un cáncer. Todo depende desde dónde se le mire. Tal es la herencia dejada por el Mago. Funciona, además, como una lámpara maravillosa: de una vieja casa salen cien apartamentos en un dos por tres. Ahora que acaban de derrotar a las milicias de La Comuna, aprovecharán su agosto. Ya verás, Pedro, solo hay que esperar lo que dura un pestañeo. No demorarán en adueñarse de la vigilancia privada y, en esta dirección, de los juegos de azar, las apuestas y los prostíbulos. En los barrios populares y en el centro las vacunas les corresponden por entero. Y frente a

nosotros, que vivimos con mayor comodidad, nos harán creer que sus empresas de seguridad son imprescindibles para nuestro confort. Tamaña fórmula la que se ingeniaron: nos aplastan con su violencia y nos ofrecen después su remedio asqueroso.

Pedro sospechaba que en las palabras de Ciro había algo de exageración. El abogado se dejaba envolver por el cinismo frente a las maneras con que Medellín procuraba salir adelante en medio de las múltiples barbaridades que se habían cernido sobre ella. Sin embargo, lo que ocurría en los dominios del delito, un poco brumosos para él, habría de reflejarse con más claridad en una de las celebraciones navideñas de su familia. Esto lo corroboró el día en que fue al apartamento de Raquel. Allí estaban reunidos todos sus hermanos para celebrar el nacimiento del Niño Dios. Pedro, en compañía de Alma, aceptó pasar un rato.

La Navidad para él había sido, desde que empezó el cataclismo de su adolescencia, la ocasión para que ese gregarismo escandaloso de los antioqueños, que tanto le incomodaba, se expresara con amplitud. La música de Los Graduados, por momentos, dejaba de oírse porque sobre ella se imponía la barahúnda de la pólvora. Pedro comió natilla y buñuelo y celebró esos sabores que le recordaban la infancia. Pero, al

iniciarse la novena, se incorporó. Alma le notó el fastidio. Sonaba el “Ven, ven, ven, ven a nuestras almas”, y ella decidió acompañarlo en el balcón.

Vieron el cielo donde los globos hacían sus peregrinaciones. Los chorrillos iban y venían como pequeños cohetes desesperados. Los voladores ascendían, y dejaban en el espacio un surco silencioso para explotar en lo alto. Una pila crecía, en una acera, como una fuente luminosa, para regarse con rapidez ante los aplausos de quienes la habían encendido. Alma dijo que era bueno presenciar la alegría en las calles y en las casas. Pedro replicó que se podía festejar de otro modo. Los globos de nuevo caerían en solares o casas sin nadie y provocarían incendios. La pólvora ocasionaría cientos de quemados. Alma lo dejó refunfuñar y enseguida se refirió a las navidades pasadas en su barrio. No se podía salir por el fuego cruzado de los bandos enfrentados. Ni siquiera hacían treguas en los días de la novena. Una vez las milicias prohibieron poner alumbrados y serpentinas porque eran ornamentaciones burguesas y estimuladas por la sociedad de consumo. Pero es verdad que había comandantes que daban aguinaldos a los más pequeños y a las mujeres los ingredientes para que hicieran las natilladas. Alma le contaba de su hermano botánico y de las expediciones que hacían en la búsqueda de un pino para el árbol de Navidad, cuando hubo aplausos en la sala.

Una pareja había entrado al apartamento con bolsas llenas de regalos. Él era un joven de pelo ondulado y vestía con ostentación. En la muñeca llevaba un inmenso reloj dorado. Los tenis que calzaba se alumbraban al caminar. Unas gafas oscuras se introducían en la cabellera negra. Le colgaba del cuello una cadena de oro con un crucifijo hecho de rubíes. Descargó las bolsas y saludó con las dos manos levantadas a la concurrencia. Lo acompañaba una chica que, sonriendo, exhibía un ombligo de hermosa redondez. Era la hija de Justo, el hermano de Pedro. A los que no lo conocían, ella iba presentándoles a su novio. Pedro no había visto a su sobrina desde hacía años. De entrada, le recordó a Susana y la saludó con cariño. Además de los aguinaldos, el hombre salió y volvió a entrar con varios paquetes de pólvora para los que quisieran quemarla. Una tercera vez apareció, ahora lo ayudaba Justo, con una lechona. El animal yacía, los ojos y la boca abiertos, en un platón sazonado con arroz, verduras, papas y ensalada. Pedro estaba desconcertado con los agasajos e hizo un gesto de perplejidad al recibir el regalo. Sus hermanas, sonrientes, le pidieron que lo abriera. Era una billetera de cuero negro de marca Vélez. Por su parte, Alma recibió una blusa de flores vistosas. Ambos aguinaldos, como los que fueron repartidos a los demás concurrentes, estaban firmados con sus respectivos nombres y una frase rodeada de estrellitas: ¡Feliz Navidad!

10

Subieron a lo alto del 20 de Julio. Allí quedaba la biblioteca de doña Elsa. Ocupaba el espacio de un garaje, tenía las paredes sin revocar y las estanterías de metal estaban distribuidas en una sala central. Un pequeño habitáculo, a la entrada, se destinaba para guardar el reciclaje metido en bolsas y costales. Las mesas y las sillas eran Rímax y servían para recibir a los niños. Porque eran sobre todo niños quienes iban allí a hacer sus tareas.

Alma le explicó a Pedro las divisiones de los saberes. En la parte dedicada a la literatura había algunos libros que sobresalían por su buen estado, pero la mayoría se veían añejos. Él se emocionó al ver las Tragedias de Sófocles, en la edición de Aguilar, que había leído en su adolescencia. Un computador estaba encima de un escritorio. Como los otros objetos, era una donación. En él se conservaban los archivos levantados por Alma para la biblioteca. Ahora se había dañado

y no tenían dinero para repararlo.

Una tía de Alma, vestida de falda blanca y blusa negra, era la única persona que ganaba un sueldo. Se encargaba de abrir y cerrar la biblioteca, de atender a los usuarios, de vigilar la disciplina y recibir y prestar el material para la lectura. Hablaban de la cantidad de niños que atendía cada día, cuando entró doña Elsa. Pedro, al saludarla, sintió la pequeña y desmadejada mano de la mujer. Alma le había contado tantas cosas de su madre que tenía la impresión de que era alguien más grande que la persona que estaba ahora frente a él. A doña Elsa los años le habían menguado el cuerpo. Vestía una sudadera y una camiseta blancas que se le veían anchas y calzaba unos tenis del mismo color. El pelo era largo y abundante, recogido en una cola de caballo, y no estaba casi encanecido. Su rostro, ajeno a cualquier afeite, tenía las facciones gastadas, aunque la voz poseía un dulce seseo.

Fue doña Elsa quien dijo cómo recogían y organizaban el reciclaje. Varios muchachos del sector, coordinados por Javier Agudelo, trabajaban gratis porque para ellos la biblioteca era el lugar querido del barrio. La anciana comentó que el dinero de las empanadas y los tamales preparados los fines de semana lo utilizaba para pagarle a su hermana. Añadió que los libros procedían de las donaciones que Alma y su hermano

conseguían con familias acomodadas de Medellín. Si usted, dijo, algún día quiere desprenderse de algunos de los suyos, aquí serán bienvenidos.

Ante la pregunta de cómo había nacido la biblioteca, doña Elsa respondió que todo era el fruto de una empresa comunitaria. Pero el alma había sido su hija. Esta la interrumpió y aclaró que el motor, la fuerza, el corazón de ese proyecto era y seguía siendo su mamá. Si no fuera por ella, este lugar hace tiempo estaría cerrado. Solo he sido su colaboradora más fiel, aclaró. Como ya te lo dije, Pedro, hago talleres de lectura con los niños, me encargo de las reuniones mensuales de la junta coordinadora, y traigo amigos para que hablen de sus oficios.

Así la biblioteca hubiera sido idea de doña Elsa, esto no significaba que fuera una mujer letrada. Había querido, en realidad, leerse todos los libros, pero su vida era un ir y venir continuo en busca del sustento. Creía, no obstante, que ofrecerle a la gente de La Comuna la alternativa de la lectura le permitía realizar una acción generosa. Con este proyecto se había dirigido al convento de la Madre Laura y allí habló con Rafaela, y a través de sus gestiones, arribaron al garaje del 20 de Julio las estanterías, las mesas, las sillas, las primeras enciclopedias, algunos manuales de historia y geografía, biblias y diccionarios. La biblioteca se convirtió entonces en una isla.

Estar en ella era separarse, por unos minutos o unas horas, del fragor y la incertidumbre que envolvían a la zona. Y esto no solo lo entendieron quienes la visitaban, sino algunos milicianos que, durante los períodos más álgidos de la guerra, se asomaron por allí.

11

Ciro Peláez no se sorprendió con la historia de la sobrina. Al contrario, le pareció normal. Pedro, al enterarse del trabajo del novio de la chica, se indignó tanto que se prometió no ir a más reuniones familiares. Aunque reconocía que algunas de sus circunstancias eran divertidas. Por ejemplo, las tetas que Justo le había regalado a su esposa. Pedro se había reído de lo lindo cuando Mireya misma se las mostró. Estaba recién llegado de París y todavía vivía con Raquel. La pareja fue a saludarlo y,

sentados en la sala, Mireya contó lo de la cirugía, los dolores que aún sentía, las náuseas y la falta de sueño que la asediaban. Pero confiaba en superar pronto estos efectos colaterales.

Lo ocurrido era que Mireya, al cumplir cuarenta años, le había pedido a su esposo unos senos nuevos. Y ahí estaban, redondamente ampulosos, bajo una venda que ella fue desenvolviendo. Justo, al notar que su esposa quería mostrarle el regalo a su hermano, quiso detenerla. Mireya lo separó y fue diciendo, cubriéndose los pezones con los dedos, dónde estaban las prótesis de silicona. Se puso de perfil para que se pudiera ver mejor la altivez de las tetas. Mireya, dueña de una espontaneidad entre festiva y pedestre, concluyó que, superada la convalecencia, se mandaría a poner un culo más prestante. Pedro opinó que todo se veía muy bien, pero que él las prefería al natural. Mireya le abrió los ojos. Acomodó las manos en jarra sobre su cintura y le espetó, con un mohín de lascivia postiza, que quien gozaría de ella no iba a ser él sino su hermano.

Estas risas, sin embargo, en lo que tenía que ver con Justo y Mireya, no podían ocultar esa otra faz que Pedro repudiaba. Ambos habían iniciado su matrimonio en medio de múltiples penurias. Ella, de dieciséis años, quedó embarazada de un muchacho de diecinueve. Con lentitud, y apoyados por los

padres de Pedro, fueron escalando económicamente. Justo era un trabajador responsable y como vendedor obtuvo premios en la Fábrica de Licores de Antioquia. Pero con la llegada de los nuevos ricos, habían caído de hinojos ante sus ofrecimientos. Pedro, en todo caso, levantó los hombros con indiferencia y le dijo a Mireya que cada quien hacía de su cuerpo lo que le diera la gana. Algo semejante habría de decirle a Alma después de que se encontraron con su sobrina y el novio en el centro comercial El Tesoro.

Habían visto una película de ciencia ficción, dedicada a una computadora matriz que generaba múltiples universos. La otra pareja surgió de la multitud y se acercó para saludarlos. La sobrina tenía una camiseta muy apretada, bajo la cual se ceñían unos pechos exuberantes. Estaban haciendo comentarios sobre la película cuando el novio preguntó, inesperadamente, si era verdad que Pedro escribía. Este, sonrojado, miró las gafas que, como la otra vez, estaban hundidas en el pelo brillante. Se detuvo en el crucifijo tallado con las piedras rojas que colgaba en el pecho. Su sobrina, que parecía tener los ojos más abiertos de lo normal y en la sonrisa hubiera un no sé qué de más, dijo que su tío publicaba unos libros muy interesantes. ¿Dónde se compran?, preguntó el novio. Pedro comentó que los libros suyos no se vendían, sino que se regalaban muy bien y que ya todos los había obsequiado. Al despedirse, la sobrina preguntó por la billetera. Pedro dijo que apenas gastara la que tenía

usaría la nueva.

Mientras comían en uno de los restaurantes del centro comercial, Alma anotó que la sobrina estaba llena de silicona. Cadavid la miró incrédulo. ¿No le viste los senos, la boca, los párpados?, preguntó ella. Días después de aquel encuentro, Pedro almorzó con Hortensia, que le corroboró lo de la silicona. Justo, desde que su hija había cumplido quince años, venía regalándole las cirugías. Comenzó con los senos, a los dieciséis pasó a las nalgas y fueron los párpados y la boca lo que le dio en el siguiente cumpleaños. Que Mireya se decidiera por la silicona le parecía comprensible a Pedro, pero que se lo permitieran los padres a una adolescente era el colmo. Opinó, además, que esas operaciones cobrarían su saldo en la vejez. Pero Pedro, aclaró Hortensia, si para estas muchachas de ahora la vejez no existe.

12

Estaban tomándose un café en el pequeño apartamento de Matilde, en el Carlos E. Restrepo, cuando abordaron el tema.

—¡Pobre hombre! —dijo la hermana.

—¿Cuántos años tenía? —preguntó Pedro.

—Treinta.

—¿Y cómo está la sobrina?

—Ya consiguió otro novio.

—¿En serio?

—Las cosas no iban bien. Él la celaba a toda hora. Le tenía chofer para que la transportara. Y, eso me lo dijo Camila, cuando estaba borracho la golpeaba.

—¿Justo lo sabía?

—A Justo y a Mireya los tenía embobados a punta de atenciones. Les pagó pasajes y hoteles en Cartagena, en Panamá, en Miami.

—Y ustedes tratándolo como si fuera un miembro más de la familia.

—¿Qué podíamos hacer?

—Al menos no aceptarle los regalos.

—Pero tú le recibiste la cartera sin problemas.

—No sabía quién era él.

De regreso a su apartamento en Calasanz, Pedro recordó al novio de Camila. Lo vio sonriente con sus gafas oscuras y con el crucifijo empedrado colgándole en el pecho. Olvidarse del asunto hojeando los artículos sobre Medellín de Tomás Carrasquilla sería lo mejor, pero empezó a leer cuando escuchó que le preguntaban: ¿Dónde se compran sus libros? Pedro solo lo había visto un par de veces, pero era como si ese contacto superfluo y su muerte lo marcaran a él inevitablemente.

Matilde le había contado que el joven traficaba armas. Sus clientes eran el ejército, la policía y, sobre todo, los grupos paramilitares. Los variados movimientos de esta compraventa, al contrario de lo que se podía pensar, no le acarreaban problemas. Pero parece, continuó Matilde, que quedó debiendo una plata. Como no era la primera vez que lo hacía, le dieron unos días para saldar la deuda. Camila le aconsejó que se fuera del país por un tiempo. La madre del novio propuso lo mismo. Pero él pidió, confiado, otra prórroga.

Matilde dijo que Camila lo estaba esperando para ir a una fiesta

en una finca de Envigado. El novio no apareció. En los percances, este llamaba o se comunicaba a través de su chofer. Pero esta vez no hubo señal. Dicen que lo vieron salir de su casa en la flamante Toyota que tenía. La madre, en los días siguientes, se puso medio loca. Angustiada, culpó a Camila de lo que pudiera ocurrirle a su hijo. Porque la verdad era que la sobrina, ante las agresiones del novio, había empezado a salir con alguien que era más poderoso que el otro.

De cualquier manera, continuó Matilde, al novio lo agarraron. Por los lados de San Cristóbal, en un taller de mecánica, lo torturaron y después lo ataron a una llanta de camión a la que le echaron gasolina. Dándole vueltas a ese suplicio, Pedro fue al clóset y sacó la bolsa donde estaba la billetera de cuero. Todavía tenía la tarjeta navideña con la frase de Feliz Navidad. Salió a dar una vuelta por el barrio y, en el primer bote de basura que encontró, la arrojó.

13

Concluía que su familia, al aceptar esos lazos, se mancillaba. Lo estaba ya desde que a su padre, años atrás, lo había asesinado una brigada guerrillera del ELN. O desde que a una de sus sobrinas, Lorenza, otro grupo de truhanes la violó delante de su novio. Alma le sugirió tranquilizarse. Si tomas las cosas de ese modo, tarde o temprano te vas a enfermar, le dijo. Cómo no hacerlo en un ambiente así, replicó él. En Medellín

hay que blindarse, aconsejó Alma. Pensar en otras cosas y ocuparse de los aspectos buenos que hay en la ciudad.

Ciro también le escuchó sus reproches y no vaciló en decirle que exageraba.

—¡Ah!, ¿te volviste tolerante con nuestra porquería? —le dijo.

—Me toca, Pedro. Como fiscal vivo, literalmente, sumergido en un albañal. Si me pongo con actitudes como las tuyas, pues me pego un tiro y problema resuelto.

Mientras se tomaban el tinto de rigor, terminaron enfrascados en una conversación particular. El asunto del crimen y sus relaciones con personas como ellos. La cuestión no podía ser más escabrosa porque estaba minada por todas partes. El caso de Pedro y su padre, por ejemplo, era evidente. Pues ser hijo de un asesinado no significaba ser un criminal, pero sí estar marcado por el crimen. Ciro aprobó esta observación y enrumbó el diálogo hacia el asunto del Estado. Al ser funcionarios públicos, dijo, ellos dos resultaban siendo más vulnerables que los demás. Porque el Estado, y sobre todo en un país como Colombia, representaba un orden de cosas que se

mezclaba con la violencia y, en esta perspectiva, con el delito. Somos anómalos, arguyó Ciro, porque lo que nos rige está urdido en la anomalía. Hemos construido una nación y creemos preservarla con instituciones armadas como el ejército, la policía y los mismos grupos paraestatales. Estos últimos se dice que están por fuera del Estado, pero simplemente son sus hijos bastardos. Con todo, y a pesar de que avanzamos torpemente, se nos ha hecho creer que este país es una entidad privilegiada.

—¡Privilegiada! —exclamó Pedro con gesto escéptico.

—Escucha lo que dicen los políticos, los empresarios, los religiosos. Lee lo que escriben los editoriales de los periódicos. Sigue a los exponentes de las altas jerarquías sociales. Incluso, oye a muchos sectores populares, sin olvidar lo que dicen algunos de tus colegas escritores. Casi todos apuntan a que el nuestro es un país de Cucaña. Y con Medellín, ni se diga. A toda esta gente se le ha metido en la cabeza la idea de que esta ciudad es una maravilla.

Pedro se había levantado de la silla y miraba por una de las ventanas de la oficina de la Fiscalía hacia la calle San Juan.

—Pero así esta construcción para la que trabajamos tú y yo, el Estado —continuó Ciro—, sea el gran responsable de nuestro desbarajuste, posee también una faz benévola.

—¿Un Estado bueno? —sonrió Pedro otra vez con sarcasmo.

—Esa es la aspiración de todos ellos. Recuerda que son elaboraciones humanas y, por lo tanto, se cimentan en la bondad y la maldad que nos caracterizan. Aquellos en los que triunfa lo primero son los estados benignos. Pero los otros son los siniestros. El nuestro es lo que podría denominarse un Estado bipolar. Algunas de sus zonas son tenebrosas y otras, luminosas. Pisotea al ciudadano aquí y lo mima allá. Está penetrado, por un lado, por las mafias del narcotráfico y el paramilitarismo y la peor corrupción; y por el otro, apoya la educación y la cultura y posee instancias judiciales que se preocupan por la dignidad del hombre.

—Muy maniqueo tu discurso como para tomarlo en serio.

—Acaso tengas razón, pero trato de comprender mi oficio desde una determinada postura. Cada día me levanto atribulado. Pensando que, con las leyes, mi deber es detener la

tendencia a la desintegración social que permea a Colombia. Y más todavía en estos tiempos en que nos quieren devorar las bestias de los grupos armados ilegales.

—Y no olvides la bestia del Estado. A veces pienso que es la más peligrosa de todas. Pero sé que opinas que, sin sus leyes, caeríamos en el centro de la rapiña y el caos. Eres un fiscal y en cierta medida te comprendo. Pero recuerdo una sentencia que leí por ahí, y que te recomiendo enmarcar en tu oficina para que la tengas en cuenta: "Siempre que el hombre ha querido hacer del Estado su cielo, lo ha convertido en su infierno".

Ciro miró a su amigo con una suerte de conmiseración sonriente. Le dijo que él, más que nadie, podía entender las sensaciones que tenía con Medellín y su entorno familiar. Lo que pasa con tu familia es similar a lo que sucede con el Estado. La violencia nos ha desbordado tanto que no creo que haya una moral o una ética, o una educación o una normatividad legal, que nos exonere de ella.

—Nos ha tocado un tiempo ruin —sentenció Ciro—. Y ante la rectitud que reclamas, no es posible salir ilesos.

Pedro dejó de mirar la calle. Levantó los ojos para divisar a Medellín. Al fondo estaban las montañas del occidente y, sobre ellas, los barrios de La Comuna.

—¿Sabes qué decía Tomás Carrasquilla de esta ciudad cuando, supuestamente, aún no se había jodido? —preguntó Pedro.

—Todo esto se jodió —lo interrumpió Ciro— desde que el primer conquistador español defecó en el río que lo atraviesa.

Se rieron porque ambos gozaban cuando su ironía tocaba los extremos.

—¿Qué dijo ese viejo marica? —preguntó Ciro.

—Que esta naturaleza es un paraíso, pero sus habitantes tienen un no sé qué de infernales. Su balance actúa, incluso, como un complemento a tu original visión del Estado.

Se quedaron un rato en silencio observando el horizonte. Las montañas se veían cercanas por los efectos de una luz plena que caía sobre el valle. Ambos estaban de pie y estáticos frente a la ventana como si fueran figuras de un paisaje ilusoriamente calmo. Ciro suspiró.

—Siempre que miro esos montes, imagino vientres femeninos y protectores —dijo.

—Tú y tu obsesión con las mujeres.

—¿No escribiste por ahí, siguiendo a tus indígenas queridos, que la tierra es la madre?

Como Pedro lo miró con simpatía, Ciro estiró los brazos y los puso en los hombros de su amigo. Le preguntó si le permitía unos minutos para ilustrar mejor lo que había dicho antes del Estado. Pedro dijo que por supuesto. Siguió la dirección de la mano del abogado y se sentaron ante un escritorio que estaba lleno de carpetas.

14

Doña Elsa llegó a la casa. Estaba agotada porque no había dormido la noche anterior por preparar morcillas y chorizos para el carnicero de Betania. Alma le dijo que los milicianos se habían llevado a Javier. Minutos antes, tocaron a la puerta y varios de ellos entraron para hablar con su hermano. La adolescente señaló hacia la calle por donde el grupo se había metido. En aquel tiempo aún vivían en Belencito y eran las Milicias Populares las que gobernaban. Los hombres de Rogelio hablaban con los padres. Necesitaban cuidar los barrios, asegurar que la delincuencia no regresara, y para ello tenían que reclutar muchachos. Doña Elsa les había dicho que su hijo era el único hombre de la casa. Les había explicado lo de la ausencia del esposo y que lo que deseaba Javier era estudiar en la universidad. El Comandante movía la cabeza como si estuviera afirmando y negando al mismo tiempo. Decía que Javier podía estudiar y también trabajar para la causa miliciana.

Una vez, en unas vacaciones del colegio, y ante una nueva visita de Rogelio, doña Elsa mandó a su hijo adonde las monjas de Boston. Estuvo con ellas varias semanas haciendo labores domésticas y aprendiendo los secretos de la jardinería. Pero al

regresar, el acoso se reanudó. Doña Elsa escuchó los pormenores de Alma y decidieron ir al convento de la Madre Laura. La mujer le contó a la hermana Rafaela que su hijo había sido capturado por los hombres de Rogelio. Sin vacilar, la monja y doña Elsa salieron a buscarlos. Iban a dejar a Alma en el convento, pero ella se opuso con firmeza. Preguntando a los viandantes, desentrañaron el rumbo de los milicianos. No se detuvieron ni siquiera para saludar a quienes se acercaban a la hermana Rafaela. De Belencito, subiendo y bajando escalinatas, pasaron a Las Independencias, hasta que en el sector de La Torre se toparon con una tienda. Allí estaban, tomando gaseosa y comiendo arepas con quesito, los milicianos.

Las mujeres, el sudor mojándoles el rostro, se aproximaron. Había un rancho en obra negra y atiborrado de costales de cemento a guisa de trinchera. Uno de los hombres las abordó y les preguntó, mirando a Alma como si se la quisiera comer con los ojos, qué ocurría. Doña Elsa dijo que venían por su hijo y dio el nombre completo. El miliciano las conminó a que se fueran. Alto, negro y de ojos azules, la hermana Rafaela lo mensuró con la mirada y recordó al ángel Lucifer, hermoso y temible a la vez. Doña Elsa aspiró con amplitud sabiendo que para lo que iba a pronunciar urgía de todo el aire del mundo. Miró a la hermana y a su hija, y dijo que no se irían de allí hasta que no les devolvieran a Javier Agudelo.

El hombre las miró y, desconcertado, comprendió que sería incapaz de deshacerse de ellas. Entró al rancho a regañadientes y salió con Rogelio.

—Mujeres —les dijo el Comandante—, lo mejor es que se vayan. No me pongan problemas. A su hijo le va a ir bien, doña Elsa, no se preocupe.

—No nos iremos de aquí sin él —dijo la hermana.

Rafaela, a quien Rogelio le guardaba respeto, se le plantó al frente. Javier es un muchacho sano, dijo. Se gana la vida arreglando los jardines de Santa Mónica y Laureles. Además, le ayuda a su mamá con el reciclaje. ¿Usted sabe qué es reciclaje?, preguntó. Como Rogelio no respondió, Rafaela continuó. Es limpiar la basura. ¿Y sabe qué pasa cuando se limpia la basura? El otro siguió en silencio. Se hace el bien, dijo la hermana. Al que ustedes quieren reclutar y ponerle un fusil en las manos, todos los días recoge botellas, papeles, cartones y alambres para venderlos. Y el poco dinero que obtiene, doña Elsa lo utiliza para mantener su biblioteca. ¿Usted sabe, Rogelio, para qué sirve una biblioteca? Como el

Comandante no abrió la boca, Rafaela se lo explicó. Y recalcó que permitir que la gente leyera era más importante que hacer la guerra. Esto lo dijo con tanta seguridad que le pidió al militar, con su mirada fúlgida, que entrara al rancho y sacara a Javier. O si no ellas tres, por encima de él y de todos los milicianos de La Comuna, lo harían. El Comandante no contestó, pero pateó el suelo varias veces y apretó con impotencia la metralleta que le colgaba de un hombro. Uno de sus hombres era jorobado. Presenció, sonriendo, la consternación de su jefe. Este lo miró y ordenó la liberación. El contrahecho entró al rancho y salió después con Javier Agudelo.

15

Aquel día ascendieron hasta la casa de don Juvenal Ortiz. Era un vestigio de otra época que contemplaba, desde el otero donde se había construido, el crecimiento del 20 de Julio. Los dos recorrían los lugares emblemáticos de La Comuna, y a Pedro, impresionado por las particularidades geográficas de los barrios, lo ganaba cada vez más la idea de escribir un relato sobre esta parte de la ciudad. Debía iniciar, eso le decía a Alma, con las invasiones multitudinarias de los años setenta, para luego hacer una especie de flashback que llevaría al narrador a hablar de las grandes fincas que, años más tarde,

serían despedazadas en el loteo efectuado por políticos, candidatos a la Alcaldía de Medellín, a cambio de votos.

—Es lo que queda del tiempo del inicio —dijo Alma señalando la casona de don Juvenal, que era de puertas y ventanas rojas.

Al ver el laberinto de las casas a sus pies, Pedro evocó los castillos levantados en los burgos medievales. El rumor del 20 de Julio subía hasta ellos asordinado por el viento. El panorama le suscitó una impresión ambigua. Allá estaban las estribaciones de las montañas que caían sobre el valle de Aburrá, llenas de una luz poderosa. Y acá se levantaban los ranchos donde la precariedad era el pan de cada día.

—¿Quién era Juvenal? —preguntó Pedro.

—Fue el dueño de unas ladrilleras donde muchos de los hombres de La Comuna consiguieron trabajo. Nuestro barrio nació de una de sus propiedades, que dejó lotear por bajo precio.

—¿Alguien vive ahí?

—La casa está abandonada desde los tiempos de Orión. Cuentan que por las noches merodea el fantasma del hijo de don Juvenal.

—¿Qué pasó con él?

—Don Juvenal tuvo cuatro. Uno de ellos era sordomudo y las milicias lo secuestraron. Pidieron un rescate, pero la familia se negó a pagar.

—Estos ricos antioqueños siempre tan amarrados —dijo Pedro con ironía.

—Al parecer don Juvenal era generoso. Sus tierras prácticamente las regaló a quienes las necesitaban.

—¿Entonces por qué no pagó?

—Comprendió que si pagaba por uno tendría que pagar por el secuestro futuro de sus otros tres hijos. Acudió a la policía y las milicias lo mataron. El chico tenía trece años.

La casa era de paredes blancas y empañetadas. En algunos de sus tramos había huecos por donde se podía ver, como si fueran heridas, el entramado de la cal, la boñiga y la caña brava. El barandal del frente estaba hecho de balaustres pequeños y rojos. Varias columnas, blancas igualmente, sostenían el techo, en cuyos bordes crecía la maleza. Alma y Pedro, que antes habían recorrido su entorno sembrado con palos de mango, quisieron entrar. Un vigilante los miró con recelo, pero ante la solicitud cordial de Alma los autorizó para que hicieran la visita.

En el centro estaba el patio y, a su lado, las habitaciones. Al piso lo cubrían baldosas rojas. Algunas plantas, sembradas en materas de cemento, adornaban el patio. Había grietas tanto en el suelo como en las paredes. La cocina era amplia y sin puerta y se abría con generosidad a los demás aposentos. Como no existía sala, aquella parecía ser el centro primordial de la vivienda. En lo alto de su techo colgaba una lámpara de hierro oxidado con cuatro veleros que se proyectaban hacia los puntos cardinales. Las piezas se veían estrechas y umbrías a la primera

ojeada, pero cuando se entraba surgía una especial amplitud. Amplitud que debía aumentar en las horas en que las ventanas eran abiertas para que el calor o la frescura se acomodara según la conveniencia de los residentes.

Donde terminaba el patio central había una puerta que desembocaba en las cocheras. Estas mostraban la verdadera dimensión del abandono. Lo que antes fue el lugar para una huerta y la crianza de los animales estaba derruido. La pareja salió y escuchó unos pasos huyentes. El olor de la marihuana quedó flotando en el aire, que olía también a excrementos humanos. El suelo estaba lleno de basuras. El guardia les había dicho, poco antes, que las cocheras y los alrededores de la casa eran pasto de los viciosos.

Cuando Pedro le agradecía al guardia la visita, Alma lo llamó. Estaba en la pieza contigua a la cocina. Se acercó y ella señaló hacia las paredes. En una había un pequeño cuadro. Era una imagen mal enmarcada y con el vidrio quebrado. Se trataba de una escena invernal. Un cielo ceniciento y unas casas cubiertas de nieve. Los árboles se veían deshojados y tumultos de personas parecían moverse en el espacio níveo y central de la imagen.

—¿Qué es? —preguntó Alma.

—Es un cuadro de Brueghel —respondió Pedro, extrañado por la presencia del cuadro en la casona—. Se llama La matanza de los inocentes. ¿Quién diablos lo pondría aquí?

Alma observó los detalles. Aunque le era difícil saber qué acontencía porque había mucha gente y el vidrio estaba roto y a la copia la roía la dejadez del tiempo.

En la otra pared estaba el diploma. Colgaba, solitario e íngrimo, en la mitad de la gran superficie.

—¿Qué es? —preguntó Pedro.

—Pues un diploma —dijo Alma.

—Lo sé. Pero ¿qué hace ahí?

—Acércate.

El vidrio protector tenía un parche de varios colores en la parte inferior. Era un diploma de un colegio de sordomudos de Medellín y daba fe de que Armando Joaquín Ortiz había cursado satisfactoriamente sus estudios de primaria.

16

Ciro sacó varias carpetas y disquetes. Puso la mano sobre lo que él denominaba “El expediente Rosmira”. El caso lo seguía desde hacía unos meses como fiscal acusador. Los hechos habían sucedido en Belencito Corazón. Rosmira Cifuentes, de quince años, sale de su casa en horas de la noche. Su madre la contraviene por los peligros que trae la calle por esas zonas marginadas. Ella la tranquiliza pronunciando ese dicho que actúa como un lema para quienes ignoran que la fatalidad los está esperando a la vuelta de la esquina. Rosmira dice: Mamá, el que nada debe, nada teme. Tiene puestos un bluyín, una camiseta con un tramado de flores, una chaqueta verde y unas botas blancas. La madre traza la bendición en el aire y se despiden por última vez.

Uno de esos jóvenes que, luego de la Operación Orión, se la pasaban bajando y subiendo escalinatas, atravesando callejas y llevando vicio de un lado a otro, le cuenta que a su hija la

mataron. La madre se desespera, pregunta los motivos y pide, en caso de que sea verdad, que le devuelvan el cadáver. Transcurren días en que la mujer siente que la incertidumbre crece a su alrededor como una mala yerba. Y es que a sus oídos han llegado otras versiones. Unos dicen que a Rosmira se la llevaron de cocinera para los campamentos paramilitares. Otros comentan que la trata de blancas la atrapó y que seguro ya está en un prostíbulo de Hong Kong. Pero la versión de que su hija ha sido asesinada en el propio barrio es la que más le convence. Poco a poco la madre va enterándose de los amoríos de Rosmira. Aventuras de una muchacha que se sentía bien porque atraía a los hombres. Al parecer había salido varias veces con el jefe de un combo llamado Los Conejos y se metió con otro que regía el de La Torre. Hacía unos días, sin embargo, se había ennoviado con un compañero del colegio. Este no era integrante de ningún grupo y tenía unos ojos grandes y unas pestañas larguísimas y una voz adormecida y ronca que encantó a Rosmira. De este último, ella le dijo a su mamá que estaba feliz porque era un chico limpio que no se metía con nadie.

La mujer decidió denunciar la desaparición de su hija a la Fiscalía. Como la justicia ya podía ir a La Comuna sin que fuera repelida por los milicianos, enviaron a varios investigadores. Los testimonios fueron desbrozándose. Dijeron que todo había sido una venganza porque Rosmira pasaba información de un combo a otro. Mencionaron una casa

abandonada donde la violaron y la torturaron. Allí, en el baño, también la descuartizaron. Ciro abrió una de las carpetas donde estaban las fotos. Pero, antes de pasárselas, le preguntó a Pedro si estaba dispuesto a verlas.

Una mostraba el interior de un recinto. Había una cocina con una chocolatera, unos pocillos y cuscas de cigarrillo dispersas en el suelo. En un rincón estaba tirada una botella de Aguardiente Antioqueño. En otra fotografía aparecía el baño. Ciro señaló la mancha roja en el suelo, junto al sanitario. Hizo lo mismo con el palo donde no había cortina. No se sabía cuántos habían participado en el crimen, pero tenían capturados a cuatro. Uno de ellos, según los testimonios, había sido cómplice y fue quien condujo a Rosmira a la casa.

Las fotos de los trabajadores de la Fiscalía formaban una secuencia. Dejaban ver el lugar donde estaba enterrado el cuerpo de la adolescente. Se llama Travesía de los Tanques, dijo Ciro. En las imágenes, el verde del campo lo envolvía todo. Pero era un verde vilipendiado. Como si a un rincón del infierno se le hubiese ataviado de bucolismo. El informante, en otra de las fotos, señalaba hacia varios arbustos. En varias más, se veía cómo excavaban con picas y palas. Hasta que apareció una bolsa negra, de esas en donde se echa la basura. Al abrirla, estaba la cortina del baño en que habían envuelto los pedazos

de Rosmira.

—Ahora mira lo que le hicieron —dijo Ciro pasando las otras fotografías.

A Rosmira le habían dado varias puñaladas en la espalda. Su piel estaba quemada con cigarrillos. El útero, para desalojar posibles pruebas, se lo extrajeron y no se halló en los fragmentos recuperados del cuerpo. Su cabeza la cortaron con un serrucho y la introdujeron en el tórax. Pedro Cadavid vio esa cabeza. Amoratada, desfigurada, hinchada. Uno de los ojos medio abierto. El otro, completamente cerrado por un hematoma. En las mejillas había más quemaduras. Pedro no sintió repugnancia, sino una profunda desolación. Pensó que la infamia alcanzaba límites grotescos cuando hacía de un rostro bello el de un monstruo.

Luego estaban las fotografías más tristes. En la bolsa que hallaron en la fosa estaban también las prendas de Rosmira. Allí desfilaban, como un inventario solo útil para las pesquisas de la jurisprudencia y las faenas de la medicina forense, el par de botas blancas, untadas de barro. La chaqueta verde del todo deslucida. Un sostén que demostraba que Rosmira había sido pechugona. Porque esa fue la frase que empleó Ciro. La

muchacha era pechugona. La última foto mostraba el calzón blanco que Rosmira se había puesto esa noche. Manchas de tierra y sangre lo surcaban. En su centro, donde el sexo hubo de taparse, había dibujado un corazón.

17

Pedro pasó varios días evocando a Rosmira. Antes de dormirse, lo invadía la visión de la cabeza metida en el tórax. Esa imagen guardaba una relación con los seres deformes dibujados por Ambroise Paré, el médico francés del siglo XVI. Paré —había

leído Pedro para un proyecto de novela que algún día escribiría sobre las guerras de religión— pretendía demostrar que los monstruos no eran lo que los viajeros europeos descubrían durante sus expediciones a América y África, sino ciertos pacientes que llenaban los hospitales del mundo. Pero las trazadas por Paré, en el Hôpital Dieu, eran criaturas forjadas por las debilidades fisiológicas de sus engendradores, o por los designios inescrutables de Dios. Mientras que lo visto, en las fotos de la Fiscalía, era una consecuencia de la venganza. Pedro rememoró las mejillas chamuscadas de Rosmira y el pelo pegajoso intentando tapar el ojo tumefacto. Se preguntó, una vez más, por el destino del útero. Ciro le había dicho que el juez en la sentencia establecía, como una forma de reparación, que la justicia levantara, en algún sitio de Belencito Corazón, un busto en homenaje a la víctima.

Con que en esto, se decía Pedro, consistía la filantropía del Estado. Un juez brotaba del sumidero de la justicia colombiana y terminaba conmoviéndose ante el sino desgraciado de una adolescente. Se indignaba y exigía levantar un monumento. Nada raro que este resarcimiento hubiera sido aconsejado por el mismo Ciro. Un juez y un fiscal querían demostrar que un Estado avieso podía ser plausible. Pero ¿de qué servía tal medida? ¿El Estado, en vez de levantar este tipo de estatuas en zonas paupérrimas donde la mujer era la víctima de todos los días, no debería más bien erradicar la miseria? ¿Acaso no sería mejor emprender campañas para mitigar el odio hacia lo

femenino que caldeaba el corazón de los hombres? ¿Por qué, en vez de disminuir el tamaño de ese machismo atávico y brutal que se había salido de madre en Medellín, erigían una estatua de una muchacha ultrajada? Pero el juez decía, con su investidura sapiencial, que era para que la gente recordara.

Con todo, lo que veía Pedro en las caminatas realizadas por La Comuna, en compañía de Alma, eran monumentos a las vírgenes. En las esquinas, en la entrada de las casas, al inicio y al final de los barrios, se erigían las numerosas protectoras del bien común. Eran de varias dimensiones y colores. Algunas cargaban al niño. Otras estaban solas. La ornamentación surgía, a veces, como una cadena de ángeles mal trazados. Habitaban, algunas, unos nichos alumbrados con foquitos. Y toda esta parafernalia de cursilería piadosa había sido hecha por los alfareros de los barrios. Eran mantenidas por devotos que se encargaban de que las flores estuviesen siempre renovadas. Y en ninguna de ellas faltaban las leyendas: Madre de los cielos, María bienhechora, Santísima y amada Virgen, Madrecita nuestra.

Una vez, Pedro y Alma fueron a El Salado. Iban a escuchar a Luis Ocoró, el juglar de La Comuna, en la cancha de fútbol. Antes del concierto, ella le mostró la Virgen. Estaba en el antejardín de una casa. La quebrada La Salada pasaba por allí.

Olía a vertedero y cerca de la Virgen había un par de mangos frondosos. La estatua era de gran tamaño. Tenía el manto azul y la túnica ligeramente amarilla. La tez poseía la dulzura de los seres bondadosos. Una Virgen blanca y rubia que también había sido víctima de la guerra. Venida de algún bando, una explosión le había volado las manos, que se suspendían en el aire en señal de recogimiento. Era extraño que guerreros encomendados a estatuas religiosas para cometer sus abusos hubiesen permitido destruirla. Tal vez fue un error. Para enmendarlo, explicaba Alma, uno de ellos decidió reparar el entuerto y le mandaron hacer un par de manos. Pero al ponérselas se dieron cuenta de que eran demasiado grandes y el gesto que hacían poseía un no sé qué de agresividad masculina. Averiguaron y les dijeron que las manos pertenecían a uno de los apóstoles. La gente contaba que habían sido las de Judas, el Iscariote.

18

En la televisión pasaban las imágenes del desarme. Los paramilitares del Bloque Cacique Nutibara habían hecho un acuerdo de paz con el gobierno. El acto ocurría en el Palacio de Exposiciones de Medellín. Centenares de jóvenes uniformados estaban en posición de firmes. Habían escuchado el himno nacional y las alocuciones de sus dirigentes y los delegados del gobierno. Ahora, uno tras otro, iban depositando fusiles, metralletas, revólveres en los contenedores. Pedro seguía el desarrollo de los eventos. Quienes hablaban por los micrófonos no paraban de admirarse por la paz que esperaba a la ciudad. Qué estará pensando Ciro, se preguntó Pedro. A aquel que le había asegurado ser miembro de un Estado perfectible, ¿qué opinión le merecería este montaje? Porque se rumoraba, y Pedro había escuchado estos comentarios en los corredores de La Universidad, que muchos de esos paramilitares eran falsos y que las armas entregadas, comparadas con las que de verdad tenían, no significaban mayor cosa. Días antes, para aumentar la cantidad de aquellos uniformados, los hombres de Bejarano habían hecho ofertas a mendigos, desempleados y miembros de bandas de delincuentes para que participaran en la ceremonia y se beneficiaran de los subsidios brindados por el nuevo acuerdo.

Alma consideraba, sin embargo, que por algo había que empezar. No podía desmentir las versiones escuchadas por Pedro, pero en la televisión había distinguido a varios jóvenes de La Comuna que antes fueron milicianos y después paramilitares. Ella, más que escéptica, estaba confundida porque le parecía inadmisible que, a partir de Orión, el control de los barrios estuviese en manos de los hombres de Bejarano. Sentía decepción al ver que la policía, en vez de confrontar al paramilitarismo, se hubiese mancomunado con él. Los enfrentamientos habían disminuido, sin duda, pero lo que reinaba era una impresión de calma falsa. Los días y las noches transcurrían como envueltos en una expectación que poco a poco fue derivando hacia el terror.

Cuando terminó la transmisión de la entrega de las armas, Pedro dijo que ahora venía la otra fase de la pacificación de Medellín. Sobre esta coyuntura, los diálogos con Ciro Peláez eran reveladores. Primero había sido la irrupción paramilitar. Aliada con el Estado, el narcotráfico y las grandes empresas, ella había logrado expulsar de la ciudad a los grupos armados de la extrema izquierda. Lo que vendría ahora era la asimilación social de los delincuentes vencedores. Y ahí estaba la ceremonia del Palacio de Exposiciones como una prueba fehaciente. La propuesta que les hacía el gobierno a los paramilitares era que se integraran al trabajo a través de

corporaciones y cooperativas. Que se arrepintieran, confesaran sus delitos y pidieran perdón. Solo así Medellín podría dar un paso hacia adelante. Abrazar al otro en señal de reconciliación y que el castigo por las sevicias cometidas fuera clemente. De hecho, el nuevo alcalde de la ciudad, llamado Ferrer, estaba convencido de que con actos de este estilo se obtendría la confianza colectiva.

¿Y sabes qué habrá más tarde?, preguntó Pedro. Alma, la televisión ya estaba apagada, no supo qué responder. La legalización del crimen, continuó él. Los paramilitares se volverán empleados de la seguridad privada. El dinero de las armas seguirá entrando a los bancos para convertirse en uno de los pilares de la economía. Los narcotraficantes, que ya saben que no deben tomarse el poder como lo quería el Mago, se mimetizarán y contribuirán para que Medellín sea un ejemplo de prosperidad. Y acordándose de Ciro, Pedro dijo: Solo habrá que esperar lo que dura un parpadeo.

¿Cuántos son?, preguntó Pedro cuando iban a acostarse. ¿Quiénes?, dijo Alma confundida. Los desaparecidos de La Comuna. Ella lo ignoraba. Nadie lo sabía con precisión. En todo caso, cada noche, por las escalinatas y las callejuelas de los barrios altos, subían los paramilitares con sus víctimas rumbo a La Escombrera. Allí los ajusticiaban y los enterraban.

A Pedro, de pronto, le sobrevino un fuerte dolor de cabeza. Una punzada ubicada en las sienes como una tortura insoportable. Como lo estremecieron unas náuseas, Alma se inquietó. Le pidió que se recostara. Tomó una crema que tenía en su bolso y se untó las manos. ¿Qué es?, preguntó Pedro. Un relajante. Huele. Él aspiró la mezcla de esencias vegetales. Alma le masajeó la frente, los occipitales, el cuello, y en tanto lo hacía susurró unas palabras incomprensibles. ¿Qué dices?, preguntó él. Es una canción para amainar las turbulencias. ¿De dónde la sacaste? Me la enseñó un chamán. Pedro levantó las cejas ante la novedad de la respuesta. ¿Y eso?, preguntó. Ella no dijo nada y siguió cantando. Masajeó durante unos minutos hasta que la dolencia fue desvaneciéndose. Pedro quiso saber qué significaban las palabras, pero se dejó llevar por la placidez. Era como si un manto tibio lo estuviese arropando. Una luz azul se fue esparciendo sobre la oscuridad. Abrió los ojos y vio el rostro de Alma. La mirada ornada por las ojeras bellas y profundas. La sonrisa suave. El pelo liso y castaño. Creyó entender cómo se podía concentrar el paso de los siglos en el gesto de un rostro. Sospechó, pero esta sospecha se deshizo ante la irradiación que lo embargaba, que Alma tenía toda la edad del tiempo. Y, de repente, se quedó dormido.

Las milicias

Cuando se apropiaron del territorio, Rogelio llamó a su organización Milicias Populares. Su objetivo consistía en instalar la paz en La Comuna y defender a la gente que no estaba armada. El Comandante pretendía que a sus hombres los amparara la solidaridad por los débiles y la pasión por la justicia. No demoraron, además, en idearse un uniforme. Negro para el pantalón y rojo para la camisa y la capucha. La sigla MP la llevarían como una insignia en el brazalete. Entre sus

normas tenían prohibidas las drogas y el licor, y se propusieron clausurar los expendios de vicio. Implantaron, en esta dirección, condenas de muerte. No tenían misericordia con los violadores, los homosexuales y los pedófilos. Pero a los pillos de bajo perfil les daban la oportunidad. Hablaban con ellos varias veces y les pedían ser juiciosos. Los amenazaban, si delinquían de nuevo, con la expulsión del barrio, aunque si reincidían los eliminaban.

Se introdujeron, asimismo, en cuestiones personales. Nada de colas de caballo en el pelo de los chicos ni de escándalos sonoros en las casas pasadas las nueve de la noche. Las muchachas podían portar sus pantalones y camisetas con apretada moderación y las faldas hasta dos dedos más abajo de la rodilla. Si, por ejemplo, el marido se achispaba demasiado, o no aparecía con el diario por estar jugando a las cartas, o se atrevía a maltratar a la esposa, obtenía un llamado de atención. Algo similar pasaba con los polígamos, aunque a estos los requerían con más brusquedad. Las Milicias Populares se preocupaban de que nadie saliera de casa durante los operativos, y como ofrecían vituallas a las familias hambrientas, se forjaron una gratitud general. Para estas distribuciones, desvalijaban a los carros de la leche, los granos, las gaseosas y las carnes que subían hasta las zonas que controlaban. Saqueaban con frecuencia tiendas y mercados de los sectores acomodados. Luego reunían a los más urgidos en los atrios de las iglesias o en las canchas de fútbol para repartir,

como si fuesen una continuación de aquel maestro de la montaña, los panes y los peces. La tranquilidad alcanzó tales dimensiones que las puertas de los ranchos se dejaban abiertas durante el día y en la noche no hacía falta poner aldaba.

En la medida en que fueron aumentando, las milicias se transformaron. Rogelio comprendió que lo suyo no era único y que sus ideas sobre la autodefensa se habían extendido por los barrios como lirios en el monte. En esta propagación veloz cambiaron de principios, y los lazos que establecieron con los demás grupos armados se tornaron escurridizos, impredecibles, arduos de controlar. Como sucedió con las bandas, La Comuna amaneció un día plagada de milicias. Fuera de las Populares, mandaban las Milicias Metropolitanas, las Milicias América Libre, las Milicias Cívicas del Futuro, las Milicias Amor a La Comuna, las Milicias Redentoras, las Milicias Pueblo Reunido. Y aquella pobre gente, hacinada en las laderas del valle de Aburrá, tuvo que enfrentarse de nuevo a los desafueros.

Las pugnas por los barrios fueron el motivo principal de las grescas. Se peleaban, sin embargo, porque el uno quería ser el gran líder y el otro también. Porque este se obsesionaba con llevarse a la cama al mayor número de muchachas y le salía al paso otro más garoso. Con el semen se parecían a los perros, que delimitan sus acechos con orín. Unas milicias aceptaban,

por otro lado, las alianzas con la policía y otras aprobaban los vínculos con las bandas del Mago. Rogelio, que juró no acercarse jamás al capo del polvo, hubo de negociar con él un armisticio. Intercambiaron mensajes y convinieron en verse en una casa de San Javier. El Comandante había invitado al Mago para que subieran juntos las escalas más encumbradas de Nuevos Conquistadores, y dialogaran ante el horizonte abigarrado de los barrios. Así tendría cada uno una idea aproximada de las zonas que les pertenecían. Pero el Mago alegó el problema de la seguridad. La guerra con el Estado y sus aliados atravesaba momentos álgidos. Rogelio le garantizó la protección. Parecía bromear, aunque juró que era verdad, cuando le contó que su modelo de autodefensa se lo querían comprar hasta en la presidencia del país. El encuentro entre los dos fue jovial y duró toda una mañana. La casa estuvo protegida por hombres mimetizados entre los vendedores de frutas y chance, entre los mendigos y los mensajeros de las tiendas, entre los choferes de taxi y los motociclistas que iban y venían por las calles.

Rogelio era crítico frente a las acciones del Mago. Pero este seguía con simpatía las de las Milicias Populares. El nombre, verbigracia, le parecía un acierto y felicitó al otro por su sonoridad perentoria. Su exaltación fue tan sincera que le propuso que se aliaran para aliviar a Colombia de sus políticos infaustos. Ambos coincidían, de hecho, en que el gran problema del país eran sus élites. Se entrometieron entonces en

una discusión que fue derivando hacia el terreno de sus ensueños más caros. El uno consistía en crear una gran república popular cuyo pilar fuera el dinero generado por el polvo. El otro, la implantación, en medio de la miseria, de una sociedad comunista en Medellín. El Mago aseguró, fumando la cannabis que lo acompañaba en las reuniones significativas, que el polvo era indispensable para la comodidad material de los colombianos. Explicitó que la guerra con el Estado era debido a que este quería su mercancía solo para beneficiarse de ella y seguir ejerciendo el avasallamiento sobre las masas empobrecidas. Avasallamiento que, en el fondo, no había cambiado desde los tiempos de la Independencia. Rogelio estuvo de acuerdo con la dominación crónica y la extendió, incluso, hasta los días de la Conquista. El Mago, entusiasmado por la conversación, le propuso que imaginara lo que habría sucedido si el polvo hubiera aparecido en esa época. Los pueblos amerindios se habrían liberado del saqueo y el sometimiento de los españoles. El Comandante no estuvo de acuerdo con este raciocinio y aclaró que el polvo era sinónimo de desarreglo y decadencia. No es posible, sentenció, encaminar una sociedad por el bien común con las narices blanqueadas. El Mago frunció el ceño. Le respondió que desordenado y decadente era el mundo entero a todo instante y desde los tiempos de Noé. Arguyó que si el progreso de la humanidad se había logrado antes con la esclavitud, las guerras y los genocidios, no le veía ningún problema que se consiguiera ahora con el polvo. Estaban en el punto más intenso de la discusión —si la lucha por la autonomía humana

dependía del billete y si se podía hablar de dinero sucio o limpio en semejantes lides— cuando les avisaron que la policía merodeaba. Rogelio se extrañó porque, para el encuentro, había planeado con ella misma la seguridad. El Mago lo reconvino. Hacer acuerdos con la policía es incurrir en traición, dijo. Agregó que si había algo digno de desconfianza era ese grupo de dementes que se creían cuerdos por defender la libertad y el orden, a Dios y a la patria. Además, son como las putas, se venden al mejor postor. El Comandante se sobresaltó ante este pronunciamiento, pues había una referencia velada a sus milicias. Pero como se sabía que el Mago efectuaba también arreglos con los uniformados, lo dejó pasar por alto. Acordaron, finalmente y a las volandas, la no agresión por unos días. Esto, por supuesto, provocó una gran francachela. Fue en medio de ella que el Comandante conoció a Julia Cárdenas.

Era una adolescente tan callada que nadie se fijaba en ella. Pero cuando se movía, desprendía un rastro que avivaba el interés de quien estaba cerca. Sus cabellos eran luengos y negrísimos. Los rasgos de una india incógnita se manifestaban en su rostro trigueño sesgado de pecas tímidas. Rogelio la vio por primera vez en el momento en que servía unas empanadas enormes en uno de los tenderetes de la cancha de El Salado. El Comandante estaba con su compañero cartógrafo, que le hablaba de unas prisiones fantásticas vistas en un libro de la pequeña biblioteca del 20 de Julio. De ahí nadie sale vivo, parcero, decía el jorobado con asombro. Se aproximaron a

observar las empanadas y cómo estas chapaleaban en el aceite. Los espacios están desequilibrados, el tiempo parece no existir y hay escaleras enredadas y altas, parecidas a las que hemos construido por aquí, continuaba explicando el miliciano jorobado. Rogelio se detuvo en las manos que manipulaban el cucharón con la empanada. Levantó los ojos y encontró los de Julia, que lo miraban. Al comienzo, ella fue desdeñosa y esto desvivió al Comandante. Pero cuando supo que se trataba del jefe de las Milicias Populares, Julia se conturbó y comenzó a aceptar sus visitas. Los padres de la adolescente, por su parte, se sintieron enaltecidos con el pretendiente. Si pasaba las noches con ella, lo alojaban con decencia y le preparaban la mejor comida. El jefe miliciano sentía que en Julia podía depositar todas sus preocupaciones, y ella lo escuchaba en silencio, mirándolo a través de sus pestañas largas. Esa condición de estar en el mundo, sin hablar casi nada, era lo que subyugaba a Rogelio, proclive a las peroratas de la guerra.

Él aparecía tarde en la noche, dos o tres veces por semana. Ascendía con sus escoltas hasta lo alto de Nuevos Conquistadores. Emitía el sonido de un pájaro nocturno y Julia abría la puerta. El Comandante iba a la cama después de comerse los fríjoles, el arroz y la carne asada, y la muchacha le ayudaba a desvestirse. Con una toalla le limpiaba el cuerpo, que aún no había sido herido, y lo masajeaba con aceite. Rogelio cerraba los ojos y se dejaba arrastrar por un cauce cálido. A veces, inquieto, se precipitaba sobre Julia para

devorársela en un dos por tres. Así era como asumía los asuntos en su vida de implacable justiciero. Pero ella, apaciguándolo, lo guiaba sin permitir que se le redujeran las ganas. Se iban prendiendo mutuamente hasta que les sobrevenía una plenitud silenciosa. Luego, el hombre se hundía en el sueño como si lo hiciera en un magma innombrable. A los pocos minutos, empero, despertaba con la impresión de que alguien estaba al pie de la cama. Azarado, cogía la pistola, escondida debajo de la almohada, y apuntaba a todas partes. Julia le decía que en el cuarto solo estaban ellos. Esto lo susurraba para que nadie más, a excepción de Rogelio, pudiera escucharla. El Comandante, protegido por aquella mujer de trece años, se aquietaba por un rato. Y un par de horas más tarde se incorporaba y, vistiéndose con rapidez, retornaba a sus labores seguido de los guardaespaldas.

Julia quedó encinta en medio de los combates. Las milicias se dividían cada vez más y brotaban unas nuevas para enfrentar a las viejas. A Rogelio, por momentos, lo arremetía la impresión de que había creado un engendro. Intentaba, en todo caso, mantener el orden en sus filas. Regañaba a sus hombres, sobre todo, si se daban a tomar trago y preñar impúberes. Ante los reproches recibidos, él alegaba que Julia era su mujer y que esto marcaba la diferencia. Pero quienes lo conocían sonreían a hurtadillas ante esta excusa. No ignoraban que el Comandante había depositado su semilla en otros úteros tiernos.

Una noche, hubo un operativo en el barrio Antonio Nariño. Querían sorprender a James, uno de los bandidos, que celebraba su cumpleaños. El rancho tenía balcón y este daba a las escalinatas. Rogelio portaba un fusil R-15, una granada, un gabán negro y, debajo de él, un chaleco antibalas. Como nadie respondió al toque de la puerta, la derribaron. Él entró primero. Esta vez, James y sus colaboradores no podían escaparse. Sus casas de vicio seguían funcionando y los sectores del barrio eran de su propiedad. No había nadie en la sala, pero el humo de la marihuana flotaba todavía en el ambiente. El Comandante volteó hacia el sitio de donde provenía el ruido y se topó con el fuego. Atontado por los impactos, vio desde el piso unas alimañas emerger de un cuarto. Una de ellas se le acercó a la boca y lo escupió. La bala, como un choque eléctrico, se propagó por su cuerpo. En los oídos, un avispero se le metió con la fuerza de un ciclón. Rogelio tuvo fuerzas para reaccionar y se tiró al balcón. Accionó la granada y la arrojó hacia donde estaban las alimañas.

Sucedida la explosión, el Comandante pensó que noches así eran las más propicias para morir. Recordó, sin embargo, que Julia estaba embarazada y esto lo llenó de unas repentinas ganas de vivir. Una figura deforme emergió de la oscuridad para socorrerlo. Se quitó la camisa y con ella trató de taponar la herida de Rogelio. La bala había rozado el paladar y atravesado

la garganta, para terminar alojada en una costilla. La parálisis se extendía a pasos enormes y los dos milicianos comprendieron que quedaba poco tiempo. Tomaron un atajo y en la calle, más abajo, pararon un taxi. Rogelio dijo que se dirigieran a la casa de Magnolia, la enfermera del 20 de Julio. Ella era colaboradora de las milicias. En el carro, el herido se puso a observar a su amigo. La joroba era enorme, como si fuera al mismo tiempo el tórax, la cabeza y las extremidades. Quiso estirar la mano para tocarla, pero le arremetió un vómito de sangre.

La convalecencia fue tortuosa. Rogelio estuvo en una clínica varios días. Allí no preguntaron quién era y solo bastó dar el dinero para que recibiera los cuidados necesarios. Las Milicias Populares cubrieron los gastos. De la clínica se le trasladó a una finca en las lomas de Robledo. El Comandante semejaba un espectro y deambulaba de un lado para otro con una sonda y una pipeta de oxígeno. Su magrura era extrema y las ojeras le colgaban hasta el cuello. El rostro tenía la coloración de la ictericia, y lo que le pasó a la voz lo desanimó por completo. De aquella sonoridad, que se volvía enérgica al impartir las órdenes, quedó tan solo un susurro agrietado.

Durante su recuperación, le dijeron que Julia había tenido una niña. Antes la mujer lo había visitado un par de veces. Más con

sus ojos que con su voz, poniéndole la mano en su vientre, redondo y pequeño, le pidió que recapacitara. Podían irse a otra ciudad, a otro país. Julia, al verlo tan frágil, le dijo que no valía la pena jugarse el pellejo por esa libertad de la que tanto hablaba y, menos aún, por la gente que malvivía en La Comuna. Te van a matar tarde o temprano, Rogelio. Piensa que nuestra bebé es más importante que tu lucha. Él la escuchó, miró al suelo y guardó silencio.

El día en que le dieron la noticia del nacimiento de la hija, también se enteró de la muerte del Mago. En su fuero interno se desató una conmoción. Habían matado al gran cabecilla del polvo y él seguía vivo. Era como para no creerlo. Rogelio salió a divisar la ciudad que se extendía sobre el valle. Había pedazos de niebla desperdigados por las montañas. A la derecha, un claro permitía ver los barrios de La Comuna. El Comandante se quitó la sonda, apartó la pipeta y tomó una bocanada de aire. La boca, la garganta, el pecho le dolieron. Imaginó que algo extraordinario iba a suceder con esa muerte magna. Tal vez el cielo se oscurecería súbitamente, o caería una tormenta de granizo que se transformaría en fuego. Rogelio permaneció a la expectativa durante unos minutos, pero nada sucedió. Alcanzó a ver que, allá en La Comuna, una multitud se aglomeraba en torno a una cancha de fútbol. Preguntó al jorobado, que estaba cerca para cuidarlo, y este respondió que los devotos del Mago participaban en el entierro. Rogelio tomó los binóculos y observó las pancartas que decían: “Mago, La

Comuna está contigo", "Dios te guarde en su reino, gran señor", "Paz en tu tumba, rey sin trono".

El Mago había muerto con un pantalón rotoso, una camiseta barata y con zapatos pero sin medias. Sus enemigos, desde hacía un tiempo, lo acosaban por todas partes. Él daba pasos cada vez más apresurados, con la respiración alcanzada por la obesidad, aireada de marihuana su mente porque era lo único que lo sosegaba. Desde que había salido de una cárcel bucólica, que mandó construir en las afueras de Envigado, no tuvo pausa. Aunque en ella pudo recibir a sus grandes amigos del mundo empresarial y político, del deporte y la televisión. Y a un montón de periodistas que escuchaban perplejos su historia, una variante más del pobre diablo que se convierte, gracias a las vueltas de la fortuna, en un jerarca desmesurado. Al Mago, sin embargo, lo fueron traicionando sus aliados. A los empresarios de Medellín les había ayudado para que la quiebra no los mandara al abismo de la vergüenza. Logró, con las ganancias del polvo, que la economía de la ciudad no se fuera de bruces, sino que creciera como un portento. Había financiado las campañas de alcaldes, gobernadores y presidentes, y estos fueron quienes le hicieron la guerra porque no podían aceptar que un don nadie compartiera con ellos el poder. Los socios, por otro lado, le dieron la espalda por problemas de deudas no saldadas y por la proliferación de las vindictas. El Mago, desde sus escondites, había decretado la aniquilación de cada uno de ellos. Y lo estaba consiguiendo

cuando su cerco protector se resquebrajó. Las últimas diligencias buscaban un pasaporte para poder largarse a un país lejano y tropical. Quería pasar la vejez con su familia que tanto amaba y con los animales salvajes que le fascinaban. Soñaba con este retiro agreste, olvidado de todos, desvinculado por completo de ese criminal en que se había convertido desde que se le ocurrió ser el mandatario de Colombia, el redentor de los pobres y el gran dueño del polvo. Estaba imaginándose incólume a los desvaríos del poder, a las delaciones de los amigos, a la incuria del pueblo, a las adversidades de su mercancía fabulosa, cuando entendió que sus enemigos lo habían encontrado. Tomó su pequeña metralleta y se dio a la fuga. Vio su fin tal como lo había supuesto en las noches de insomnio. Entonces, en el techo de la casa donde estaba oculto, se acordó de un verso que había leído en su adolescencia: "Oigo el paso de caballos veloces". Abrió los ojos desproporcionadamente, se apuntó en el cuello y disparó.

Julia, días después, ascendió por el camino que conducía a la finca de Robledo. Cargaba a su hija envuelta en una cobija de algodón. Iban acompañadas del miliciano jorobado. Rogelio, sentado en una mecedora, esperaba este primer reconocimiento. Ya no tenía que llevar la sonda ni cargar la pipeta y de su cara había partido la hondura de las ojeras. Se incorporó para saludar a la mujer. El cartógrafo, con un trabuco que le colgaba más de la giba que del brazo, sostuvo la niña mientras la pareja se abrazó. Luego Rogelio estiró los brazos.

Julia recibió la criatura y se la pasó al padre. Una sacudida súbita le sobrevino. Los ojos de la niña lo miraban con embeleso. Un bienestar inaudito se expandió por el cuerpo del Comandante. Como si fuera un párvulo a quien sorprenden haciendo alguna necedad, miró a Julia y los labios le empezaron a temblar. Abrazando la niña, oliendo el olor de la vida que principiaba, besando los deditos, rozando su nariz contra la suya, Rogelio se puso a llorar. Julia le acarició la cabeza. El Comandante no paraba de llorar y se decía que era un pobre hijueputa. Se miraba las manos, con las que había matado a tanta gente, y miraba las de su hija, blancas y limpias, y negaba con la cabeza varias veces. El jorobado se había quedado mudo, extrañado por aquella novedad sentimental.

Este fue el inicio de la transformación. En Rogelio crecía cada día la certidumbre de que lo más sensato era dedicarse a su esposa y a su hija. El motor que le insufló valor y riesgo durante tantos años se le había apagado. Una fatiga insondable fue invadiéndolo. Sus luchas milicianas le parecieron poca cosa al lado de la niña que quería cargar a todo instante y cubrir de besos. El Comandante se reunió con los mandos superiores de las Milicias Populares y solicitó su retiro. Mencionó, con su voz de zozobra, a su familia y la fatiga de su organismo como causas de esta decisión. La renuncia, aunque a tropiezos, fue aceptada.

En el bautizo de su hija, Rogelio habló con la hermana Rafaela. Antes se habían visto a propósito de un reclutamiento ordenado por las milicias. Ahora él entendía que los argumentos de la monja siempre fueron superiores a los suyos. Rafaela, en realidad, nunca había aprobado las acciones del Comandante y no titubeaba en llamarlo bandolero libertino. Por reclamos así hubo de discutirse en los mandos de las milicias el asunto de conminar a los religiosos que juzgaban negativamente su labor justiciera. Rogelio veía al cristianismo con simpatía. A Jesucristo, más que un profeta o el hijo de Dios, lo tomaba como un rebelde parecido a él. Pero desconfiaba de la Iglesia porque era institucional. En este sentido, guardaba respeto por las monjas y los sacerdotes de la teología de la liberación ya que, a su modo, combatían a los poderosos del mundo. Por estas razones, y ante la sugerencia de que expulsaran a la hermana Rafaela, el Comandante había dicho que los religiosos de esta índole eran intocables.

La metamorfosis de Rogelio fue el tema de los diálogos que mantuvieron. Este no quería irse de La Comuna. Su objetivo ahora era permanecer en ella para promover la paz. Estaba seguro de que no había otra manera de resolver los problemas de la población. Las milicias habían limpiado de lacras los barrios y despertaban la confianza en muchos habitantes. Las bases estaban echadas. Solo faltaba que el Estado viniera y

participara en la construcción de esa sociedad igualitaria y armónica que él y sus hombres querían instalar. Nosotros, en esta dirección, no somos los que debemos reinsertarnos en la sociedad, le dijo a la hermana Rafaela, es el Estado el que debe reinsertarse en La Comuna. La monja estuvo de acuerdo entonces en contactar a las autoridades. Pero en algún momento ella le preguntó, mirándolo a los ojos, si se había arrepentido de sus fechorías. Rogelio se acordó de una frase que le había citado su camarada cartógrafo para justificar las ejecuciones: “La lanza cura a veces las heridas que ha infligido”. La hermana replicó que las armas jamás podían ser una cura para nada ni el crimen un camino de liberación. Rogelio se evadió, no obstante, con la excusa de que les había pedido perdón a Julia y a su hija, y con eso le bastaba. ¿Y Dios? ¿Tu conciencia está tranquila con Él?, insistió Rafaela. Lo suficiente como para convencer a mis compañeros de que hagamos la paz, respondió.

Los mensajes circularon por las oficinas del gobierno. A la hermana Rafaela se le unieron los líderes de las Juntas de Acción Comunal. Antonia, Ramona y Maruja convocaron a los maestros de las escuelas y colegios. Un grupo de estudiantes de La Universidad, que habitaban en La Comuna, escribió una carta de apoyo al proceso de paz que hicieron firmar en las casas, en las tiendas, en los graneros y en las canchas deportivas. Las gentes hacían filas para estampar su firma o la letra x, pues muchos ignoraban la escritura. Desde los púlpitos,

los sacerdotes aprovecharon para bendecir aquella concordia del futuro. La tarea de Rogelio fue, no obstante, difícil. Ni su voz tronaba en los descampados, ni poseía una metralleta cruzándole el pecho para fortalecerla. No desconocía, por lo demás, que más de uno quería llevárselo por delante. Por ello, cuando salía para las reuniones, se acomodaba una pistola bajo la correa y se ponía el chaleco antibalas. Sabía que las otras milicias se negarían ante la alternativa de negociar con el Estado. Pero este primer paso les demostraría lo necesario de las negociaciones. Su argumento era que ellos, hombres de guerra, serían los más indicados para traer la paz a La Comuna. Con la paz, proclamaba Rogelio, habrá empleo, conformaremos asociaciones populares, legalizaremos los rincones más extremos de los barrios y tendremos mejores servicios públicos. En el colmo de su optimismo, auguraba que apenas firmaran el acuerdo formarían un partido político y participarían en las deliberaciones gubernamentales.

Rogelio discutió con sus hombres. Muchos vacilaron, pero la confianza de su líder los convenció para que entregaran las armas. Y a La Comuna vinieron, por fin, los delegados del Estado. Eran personas más jóvenes de lo que esperaban. No vestían saco y pantalón de paño, ni usaban sombreros finos. Eran, al contrario, gente tan normal en su indumentaria que parecía de mentiras. Llegaron sonriendo y dándoles la mano a los milicianos. En el grupo gubernamental había una mujer. Era la más relevante porque, al hablar, los demás se silenciaban. Su

condescendencia se traducía en el modo en que tuteaba a todo el mundo. Rogelio, frente a estas muestras de espontaneidad, se cubrió de una sensación ambigua. Se sentía, por un lado, como con personas de su entorno. Pero, por el otro, algo inexplicable lo llenaba de sospecha. Consideró que era mejor tratar de usted a los funcionarios. Los cargos de ellos, además, eran sonoros y los pronunciaban con algo de jactancia al presentarse: Consejera Presidencial, Asesor Metropolitano, Defensor del Pueblo, Plenipotenciario del Progreso, Miembro de la Reconciliación. Después se refirieron a programas cuyos nombres hicieron abrir más los ojos de sus interlocutores: Plan Estratégico para La Comuna, Núcleos de Vida Ciudadana, Proyectos de Inversión Semilla, Mejoramientos de los Barrios Anormales. Cuando les comentaron que la metodología de los Núcleos de Vida apuntaba a la normalización del Hábitat, a la Generación de Servicios Mejorados, a la Comisaría de la Familia, al Consultorio Jurídico, los milicianos sintieron un vacío en el estómago. Rogelio, abrumado también por ese enredijo institucional, los tranquilizó. Todo eso lo iremos entendiendo en el camino, les dijo. Lo que hay que saber es que el Estado nos facilitará la reinserción y nos dará dinero para realizar nuestros proyectos sociales. Durante una de las reuniones, el Plenipotenciario del Progreso propuso que se instalara en La Comuna una base de la policía para que cubriera mejor el desarrollo del desarme. Los milicianos, los líderes comunales, los sacerdotes y las monjas se negaron radicalmente. No nos traigan a esos malhechores, dijeron en coro. Pero lo que sí acordaron fue que los hombres de Rogelio

regresarían a la vida normal a través de un grupo llamado Cooperación de Vigilancia por La Paz en La Comuna. Y para dejar constancia de que no era puro cuento, sino la verdad de la historia, surgió la sigla CDVPLPELC. Hubo aplausos y Rogelio, en ese momento, se arrebató tanto que terminó abrazándose con los exponentes del gobierno. Se programó con rapidez la ceremonia en que los miembros de las Milicias Populares entregarían las armas y los uniformes con los que habían hecho la guerra y recibirían del Estado las armas y los uniformes para hacer la paz.

El evento se llevó a cabo una mañana de mayo. Un vientecillo tibio venía de lo alto de las montañas y dejaba tras de sí un olor a carboneros en flor y a boñiga de vaca. Los ranchos, acumulados en las lomas, exhibieron sus fachadas como si estuviesen recién pintadas. La gente dio orden a las habitaciones y a las salas. Limpiaron los pisos, unos de tierra y cemento, otros de baldosas y piedras, y arreglaron en los balcones y en las terrazas los cachivaches que el tiempo había amontonado con desidia. Muchos se pusieron las mejores ropas porque aquello fue como un día de fiesta. A quienes trabajaban les dieron permiso para que presenciaran la firma del acuerdo. Este se efectuó en una de las canchas de fútbol. Los funcionarios del Estado ahora sí portaban trajes distinguidos. Los milicianos estrenaron pantalón negro y una camiseta roja en cuyo extremo izquierdo había un escudo con la nueva sigla. A los niños les dieron banderitas de papel blanco para que las

agitaran. Una banda marcial de cajas, trompetas y platillos, integrada por los estudiantes de los colegios, montó al estrado y tocó el Himno a la alegría de Beethoven. Hubo una palpitación contenida en el momento en que los ochocientos integrantes de las milicias desfilaron a lo largo de la cancha. Se pusieron en posición de firmes al sonar el himno nacional. Luego intervino la Consejera de la Presidencia y fue tanta su turbación al decir que el Estado no olvidaría nunca más a La Comuna, que tuvo que interrumpir su discurso para secarse las lágrimas. Rogelio leyó unas frases apoyado en esa ilusión suya de edificar una fuerza política para ayudar al pueblo. Habló de responsabilidad ciudadana y de derechos humanos. Tenía a su bebé cargada en uno de los brazos. La voz se le quebró varias veces no solo por la cicatriz en su pescuezo, sino porque estaba emocionado. Nunca se había parado ante tanta gente y con un micrófono en la mano. Al terminar, levantó a la niña y dijo que por el amor a la vida se la jugaba por la paz. Y mil palomas, traídas en jaulas pintadas con los colores de la bandera de Colombia, se echaron a volar.

Con el nuevo empleo se sintieron raros. Ya no eran milicianos, sino gestores de paz. El uniforme —pantalón, camisa, botas y la gorra marcada con la sigla de la corporación— les quedaba grande. Sus seres próximos, empero, los animaban diciéndoles que se veían muy guapos. Iban y venían por los barrios, como boy scouts inofensivos, en grupos de a tres y cinco. Los niños les pedían que los empujaran en los columpios. Las señoras, al

verlos en el frente de sus casas, los invitaban a tomar tinto. El Estado les había dado armas y salvoconductos y un cursillo básico de formación cívica. Pero los funcionarios del Estado, encargados de supervisar el desarrollo del acuerdo, se esfumaron de un día para otro. Habían prometido dinero para la creación de microempresas y este no llegó. Alegaron el envío de remesas, pero a través de un proceso burocrático similar a un costal de anzuelos, acabaron en oficinas inlocalizables. Ofrecieron becas universitarias a chicos que no habían pasado de tercero de primaria. Las instituciones educativas prometidas tampoco se construyeron. Los mandos de las milicias, finalmente, debían tener escolta y estas nunca se conformaron. De la noche a la mañana la tempestad temida se desencadenó. Los integrantes de la CDVPLPELC, uno tras otro, comenzaron a caer. Les disparaban los enemigos de las bandas por ajustes de cuentas, o los otros milicianos por traidores. Ante estas muertes, Rogelio concluía que era normal que en las treguas de la guerra se precipitaran los excesos. Solo había que tener paciencia y las venganzas se apaciguarían. Julia, presintiendo lo peor, rogó que se fueran de La Comuna. Pero Rogelio no perdía la esperanza. Ni siquiera cuando se dio cuenta de que muchos de sus hombres, para defender sus vidas, se habían unido a los otros grupos milicianos.

Una mañana salió de la casa de Nuevos Conquistadores. El antiguo Comandante tenía una cita con el cartógrafo para bajar a la Alcaldía de Medellín, donde el Defensor del Pueblo los

aguardaba. Se puso el chaleco antibalas y la pistola en el cinto. Jugó un rato con su hija y calmó a Julia con un abrazo y varios besos. Si esta vez fracasaban las medidas para proteger a los reinsertados, prometió que se irían definitivamente de La Comuna. Rogelio descendió las escalinatas con cautela. La gente lo saludaba y él levantaba la mano aquí y allá. ¡Cuídate, muchacho!, le gritaron desde algún lado. El jorobado lo esperaba al frente de la biblioteca de doña Elsa. Había entrado para hojear el libro y no llamar la atención. Era un garaje en obra negra, situado en el 20 de Julio. En lo más oculto del recinto se sentó a leer lo que había descubierto días antes. Las páginas, que lo llenaban de perplejidad, describían una serie de ciudades maravillosas. Desde una urbe que se edificaba incesantemente, según los sueños de sus habitantes, le llegó el ronroneo de varias motos. Iba a salir, con el libro de Calvino en las manos, cuando divisó a su amigo a unos cuantos metros de la entrada de la biblioteca. Todo pasó con velocidad inesperada. Rogelio se tiró hacia la acera. El cartógrafo quiso protegerlo, pero era demasiado tarde y se escondió detrás de las estanterías. Varios miembros de la banda de James rodearon a su amigo. Le quitaron el chaleco y le descargaron una ráfaga mortal de metralleta.

Los reinsertados sobrevivientes, sin pensarlo dos veces, se metieron de nuevo en la guerra. Luis y Matías aceptaron a una buena cantidad de ellos en su organización. Semanas atrás habían discutido con Rogelio sobre las bondades de la paz. No

se puede negociar con el Estado, concluyó Matías. Hacerlo atenta contra la esencia de nuestros proyectos revolucionarios. Lo que debemos hacer es destruirlo. Estos dos hombres mandaban en Juan XXIII, El Pesebre, Blanquizal y Los Alcázares, pero era Luis la cabeza principal de las Milicias Metropolitanas. Todo en él era de un negro decisivo. El cabello, el bigote y los lunares repartidos en el rostro que parecían hechos con pintura. Luis poseía, a su vez, una vivacidad singular. Cuando reía, los dientes blancos y separados revoloteaban con gracia en el aire de los paliques. Pero su principal distintivo era la vanidad. De hecho, se mantenía rodeado de un séquito de muchachas en los agasajos públicos y pregonaba que las del sexo débil eran los seres más divinos de la Tierra.

Este nuevo sedicioso había pertenecido al Ejército de Liberación Nacional antes de tomar las riendas de su grupo miliciano. Estuvo en sindicatos obreros por un tiempo. Como pasó por La Universidad, escuchó a Víctor Jara y a Mercedes Sosa, y creyó por un tiempo que a Colombia la salvaría el abrazo fraternal de los obreros. Pero su pensamiento fue experimentando ciertas transformaciones. Empezó a aburrirse en las reuniones donde un cura español, llamado Bazán, planteaba que la revolución en el país debía hacerse a partir de los campamentos rurales de la guerrilla. Luis, imbuido de tedio, bostezaba ante los discursos de la plusvalía de los sindicalistas y las asambleas estudiantiles le parecían interminables con las

citas de Marx y Engels, de Lenin y Stalin. De las canciones de protesta fue derivando, poco a poco, al gusto por las rancheras y los vallenatos. Aunque lo que más lo inundaba de fatiga era su trabajo de oficinista sindical. Redactaba cartas y mandaba mensajes y convocaba a reuniones, hasta que un día le llegó el momento de su primera figuración.

Estimulado por este progresivo desencanto, Luis decidió conformar una célula que denominó Estrella Roja de Antioquia. Estaba integrada por algunos estudiantes de liceos que detestaban el poder burgués; por obreros de fábricas textiles, indignados con la explotación de los empresarios; y por antiguos militantes de las guerrillas, que no soportaban los rigores de las selvas tropicales. La financiación de sus operativos la consiguieron asaltando bancos y supermercados. Bajaban de La Comuna hasta la carrera 70, o iban hacia San Diego, o avanzaban hasta el Centro Comercial Oviedo. Una vez fueron a Itagüí y atracaron una tienda de repuestos para automóviles. El personal de vigilancia los enfrentó y hubo varios empleados heridos. Sin poder robarse nada, los miembros de Estrella Roja de Antioquia se retiraron. Creyeron que ese episodio sin muertos y sin hurto pasaría de largo. Pero el propietario del negocio era el Mago y uno de los heridos fue una mujer que prestaba sus servicios corporales a uno de los escoltas del capo. Tal circunstancia fue la que desencadenó el desquite. Con todo, en vez de ocultarse, Luis y sus hombres asumieron una defensa valerosa. Otra vez se dirigieron a un

parqueadero donde estaba reunida la banda que colaboraba con el Mago. Los de Estrella Roja de Antioquia irrumpieron con tanta aceleración que no dieron de baja a nadie. Luis, más diestro con la metralleta, pudo vaciar el proveedor en las piernas de uno de los concurrentes que se llamaba Bejarano.

Hombre de apariencia paquidérmica, Bejarano se movía en los ataques con un inesperado instinto de pantera. Había iniciado su aprendizaje de atentados y masacres con el Ejército Popular de Liberación. Pero esta guerrilla logró amnistiarse y Bejarano, que no se sentía atraído por las cooperativas de reinsertados ni le interesaba trabajar como chofer de taxis en los pueblos de Urabá, se trasladó a Medellín, y allí se enroló bajo las órdenes del Mago. Las más de veinte balas de la ráfaga que le lanzó Luis le astillaron la pierna. Desde entonces, amputada su extremidad, Bejarano se atiborró de un odio inextinguible. Todavía utilizaba muletas cuando empezó su venganza. La mayor parte de los miembros de Estrella Roja de Antioquia fueron aniquilados en pocos días.

Pero Luis se salvó. Dicen que estuvo en la gran prisión de la ciudad y que conoció los bajos fondos del crimen. En el pabellón de los presos políticos, donde fue recluido, interpretó mejor los yerros de las guerrillas campesinas. Los líderes del Ejército de Liberación Nacional se le mostraron rodeados de

limitaciones. Bazán, aquel cura guerrillero, le pareció un personaje vomitado por la España más rezagada, así en sus palabras se introdujera la modernización de todas las formas de lucha y repitiera incansablemente: “Ni un paso atrás, liberación o muerte”. Desconocer que era en las grandes ciudades colombianas, masificadas y pobres, donde la revolución habría de consolidarse le parecía a Luis una señal ostensible de confusión. Discutió durante los días de encierro con los guerrilleros detenidos. Leyó panfletos de economía y política que circulaban por los caspetes. Hacía unos cursos de carpintería para reducir su pena —lo habían atrapado por portar papeles y armas insurgentes— cuando llegó la noticia de una de las amnistías otorgadas por el gobierno. Luis salió del penal tan seguro de sí que se dirigió a La Comuna con la idea de crear la organización miliciana.

Aunque antes el Ejército de Liberación Nacional lo contactó. Luis polemizó con el emisario de Bazán. De la comandancia general querían que volviera al ruedo de los sindicatos para que, desde ellos, se irradiara la revolución hacia los sectores populares. Luis, que había nacido en La Comuna y conocía muy bien sus problemas, dijo que la orientación de la onda libertaria actuaba al revés. Era en La Comuna donde estaba el manantial de la lucha revolucionaria. Al final, lo dejaron hacer y llegaron a un acuerdo de ayuda mutua. Los barrios eran hervideros de gente que continuaba viviendo el olvido estatal. Las bandas, además de imponer su ley, eran dueñas de las casas

de vicio y de los impuestos de seguridad. Luis tenía una charanga calibre 12 y una Ingram que el Ejército de Liberación Nacional le prestó por unos días. Habló con los comerciantes y con los transportadores y se le rieron en la cara al verle su pretensión de protegerlos con esas armas. Si la policía no podía entrar aquí; si ni siquiera a las Milicias Populares, que estaban mejor estructuradas, les permitían que se asomaran, cómo lo iba a hacer él. Luis les pidió un mes de plazo y se puso a reclutar muchachos en los colegios. Iba a las heladerías y a las tiendas y los invitaba a gaseosa y los convencía de que fueran a sus reuniones. Al cabo de las cuatro semanas, sus operativos revelaron su eficacia. Eficacia que creció formidablemente con el arribo del comandante Matías.

Diferente a Luis, Matías era pálido y flaco, y la convicción en la lucha armada lo cimbraba de pies a cabeza. Hundía sus orígenes en las guerrillas del Tolima. Sus padres fueron liberales y participaron en las grandes marchas campesinas abaleadas por el ejército del gobierno en la época de las pugnas partidistas. Matías había nacido en Simacota y en la adolescencia ingresó, animado por sus tíos comunistas, en el Ejército de Liberación Nacional. Financiado por este culminó su bachillerato en Barrancabermeja y se matriculó en una facultad de medicina de Bucaramanga. Su misión era crear un movimiento estudiantil cuando el Ejército de Liberación Nacional empezó a establecer redes guerrilleras en las urbes del país. Matías las organizó en Bucaramanga y logró que hasta

allí llegaran los frentes de San Vicente de Chucurí, El Carmen y Cimitarra. Una vez, en una de esas marchas populares, lo delató un infiltrado de la policía. Matías abandonó sus estudios universitarios y lo enviaron a Medellín como colaborador del comandante Luis.

Al ver la pinta de los demás milicianos, Matías decidió cambiar la suya. De las botas negras Grulla del insubordinado pasó a ponerse unos tenis rojos made in Taiwán cuya suela era apta para aferrarse a las faldas de los barrios. Dejó el pantalón y la camisa caquis y se acostumbró a bluyines desteñidos, a camisillas blancas, a gorras con los logotipos del Atlético Nacional y el Deportivo Independiente Medellín. Fueron los dos comandantes, por lo demás, quienes bautizaron a la organización Milicias Metropolitanas.

Matías se ganó, de inmediato, la confianza de todos. Fuera de ser valiente, era un hombre serio y humilde. Se reunía con los compañeros en un rancho, se sacaba de debajo de la cachucha una hoja de papel periódico, trazaba un plano en par patadas, distribuía las funciones y decía: ¡A lo que vinimos! Entonces, tras sus pasos —a Matías no le gustaba movilizarse en los vehículos— dejaban una clara huella de ajusticiamientos. Sus faenas eran tan valoradas que se formó a su alrededor una aureola de héroe. Sus enemigos, sobre todo los jefes de las

bandas, lo respetaban tanto que la probabilidad de ser liquidado por sus fierros los llenaba de un sentimiento parecido al del honor.

Debido a él, sin duda, las Milicias Metropolitanas se levantaron como un ejército territorial capaz de cohesionar los barrios. Fue idea suya armar consejos locales, que eran como grandes asambleas, por donde pasaba la organización de los eventos sociales, políticos y culturales. Frisaba los cuarenta años y los chicos que apenas mutaban de voz lo admiraban. Matías solía hablar con ellos y les recomendaba no fumar marihuana ni tomar aguardiente y sofrenar la ansiedad de las hormonas. Y no vacilaba, claro está, en introducirles una que otra cita del Che Guevara y Camilo Torres, sus mayores héroes. Pero estas tentativas iban contra la corriente. Porque el sexo en las milicias era uno de los motores del coraje y los asesinatos, de la ensoñación y la paranoia, del coqueteo y las relaciones amistosas. Matías, proponiendo una limpieza a palo seco, hablando de la monogamia como una virtud y citando mártires revolucionarios, se comportaba como un hombre de otro tiempo.

Cuando las Milicias Metropolitanas pacificaron sus barrios, se entró a un período de fiestas. A Matías no le gustaban, pero entendía que el pueblo, y en especial este tan sufrido y

avasallado de La Comuna, tenía que solazarse de vez en vez. Los fines de semana las cantinas y las tabernas abrían sus puertas. Los festivales se realizaban en los parques y las canchas, donde el alcohol fluía favorablemente. Las calles se cerraban y las gentes salían con sus grabadoras y equipos de sonido con la música a gran volumen. Por fin había paz y era necesario celebrarla. Las mujeres, insufladas de alegría, hacían las fritangas en recipientes maculados de hollín. Los niños jugaban a la chucha y a las escondidas, o amarraban lazos de las verjas para saltar. El comandante Luis se sentía pleno. ¡Una revolución sin fiesta no vale un peso!, exclamaba. Y, experto en relaciones públicas, tejía contactos con las empresas de la gaseosa y el licor para que les dejaran las botellas a bajo precio. Haciendo estos acuerdos, los camiones de Pilsen, Postobón y de la FLA podían subir hasta los barrios. La población negra, procedente del Chocó, aprovechando el baile, se lanzaba al ruedo a mover sus cuerpos. Los de ascendencia blanca y pueblerina cantaban coplas pícaras acompañados por la guitarra. Todos bebían hasta quedar beodos y gritaban loas a La Comuna y a las Milicias Metropolitanas. Pero Matías guardaba distancia prudente. Con sus milicianos más instruidos, vigilaba aquel júbilo grupal para que no se desbordara. A veces le decían que se tomara un trago y bailara un paseaíto. Pero Matías se abstenía y se iba para una terraza. Observaba aquí la cercana algazara, allá abajo la ciudad titilante, y pensaba, tocando la pistola Walter P38, que aún había mucho pillo suelto para eliminar.

Era cierto que las discusiones de Matías y Luis solían alcanzar límites críticos. Ellas tenían que ver con el engreimiento cada vez más notorio del segundo y sus vínculos con los otros grupos armados. Matías, en la antípoda, se presentaba como un militar fraguado en la discreción y la lealtad. Creía que las milicias debían tener alma guerrillera, y para conservar esta esencia había que cortar toda relación con las bandas del Mago. Le resultaba definitivo, en cambio, edificar lazos con los demás grupos milicianos. Conjeturaba que, finiquitada la limpieza de los delincuentes, lo que seguía era inocular en la población la idea de una gran guerra insurreccional contra el gobierno. Un suceso, sin embargo, detuvo la consolidación de este propósito.

Había un grupo de bribones, en uno de los sectores del Metropolitano, que asolaba a los habitantes. La Junta de Acción Comunal del barrio, incapaz de controlarlos, había enviado una comitiva para pedirle ayuda al comandante Matías. En el rancho de la reunión irrumpió, repentinamente, un muchacho con la voz atragantada. Dijo que un man raro deambulaba por los alrededores. Matías salió para ver de qué se trataba. Con su arma amuleto, la pistola Walter P38 que había obtenido de un militar cubano en uno de sus cursos guerrilleros, esperó al forastero. Este no tenía más de quince años y pronunció el santo y seña que los hombres de Luis y Rogelio se exigían para cruzar los límites de sus dominios.

Matías se dio cuenta de que era bisoño en las faenas de la guerra y hablaba a punta de sisas y nones. Cuando por fin clarificaron las cosas, un compañero suyo, que merodeaba por allí, se alebrestó con la presencia del comandante. Aquel, que era todavía más inexperto, al ver que Matías se guardaba la pistola, le gritó: ¡Oíme, gonorrea! El comandante se volteó y el otro, sin pestañear, le descargó la ráfaga. De la reunión, alarmados, salieron los milicianos de Matías y ni siquiera averiguaron los pormenores de lo acontecido. Encañonaron a los dos muchachos y los acribillaron en el acto.

La noticia se desparramó como un tote por las lomas de La Comuna. Los comandantes Luis y Rogelio se pusieron una cita. Este último explicó lo sucedido. Sus dos hombres habían sido enviados con armas a una zona de las Milicias Populares y solo podían pasar por donde estaba Matías. Hubo, en efecto, inexperiencia, pero debieron compadecerse de ellos. Dispararles en la cabeza con tanta saña, concluyó Rogelio, era malintencionado. Cucarachas al lado de Matías, respondió Luis. Cien culicagados tuyos no valen lo que valía mi comandante. La discusión se empantanó en comparaciones de este estilo. Luis argumentaba que los barrios suyos eran más numerosos que los de Rogelio. Que sobre sus espaldas cargaba más muñecos que cualquier otro jefe miliciano, y se alteró hasta el punto de que manoteó el aire y sacó su metralleta para que la vieran. Rogelio no perdió la compostura. Dejó que Luis se desahogara. Volvió a excusarse juntando las manos e

inclinando la cabeza. Dijo que respetaba, como el que más, al Ejército de Liberación Nacional y a las Milicias Metropolitanas, y que no era hora de revanchas. Evocó el deseo de Matías de que todas las milicias se unieran para tomarse el poder definitivamente. Luis contestó, un poco más tranquilo pero categórico, que no era hora para esas complicidades.

Sin Matías, que actuaba como un dique para sus comportamientos, Luis no tardó en salirse de casillas. A diferencia de su compañero, él entendía que una de las premisas para el quehacer revolucionario significaba hacerse público. Por lo tanto, pasado el sepelio de Matías —nunca en La Comuna hubo una ceremonia con tal gentío ni a un miliciano se le había enterrado con un ataúd bañado en plata—, Luis se esmeró más por su apariencia. Cada ocho días le cambiaban de peinado y le teñían el pelo. Se hacía cortar y pintar las uñas. Lo maquillaban y lo vestían y le esparcían una loción para acrecentar su carisma.

En las primeras horas del día, el comandante de las Milicias Metropolitanas atendía las entrevistas de los diarios, las revistas y las emisoras. Luego recibía a pequeños empresarios, políticos de poca monta y pobladores de otras zonas para que les diera asesoría sobre cómo establecer grupos de autodefensa. Departía con sus hombres en las tardes. Y en las noches,

prendía la televisión y se veía los noticieros, donde se le mostraba como el dirigente miliciano más emblemático de Medellín. Los fines de semana, finalmente, estaban dedicados al regocijo comunal.

Luis se encargó de reanimar los antiguos reinados de belleza. Pero en ellos introdujo algunas modificaciones. Convocó a los colegios, las parroquias y las Juntas de Acción Comunal y, apoyado por sus directivas, eliminó de los certámenes los senos y las nalgas artificiales. También se opuso a las dietas a punta de naranja para bajar el peso de las candidatas y prohibió los buches de ceniza para embellecer las dentaduras. Había que premiar beldades naturales, dictaminó. Y para estimular el trabajo de los sastres y las modistas, se ideó un concurso para la factura de los atuendos, que ahora debían ser de papel periódico y papel globo. Hechas las coronaciones de los reinados, el comandante Luis salía a bailar a la tarima de madera con la reina, la virreina y las princesas, y se encendía tanto que disparaba al aire varias veces la ametralladora.

Su nombre, tal como lo soñaba, terminó pronunciándose con frecuencia en los corrillos políticos de la ciudad. Los peores enemigos que tenía, a excepción de Bejarano, estaban en prisión o habían sido liquidados. Tras la muerte de Matías, por otra parte, sus alianzas iban por buen camino. Con las otras

milicias los linderos se delineaban con claridad. Había constituido un maridaje, donde la empatía era sólida, con el Ejército de Liberación Nacional. Y con respecto a la policía, no tenía mayores problemas. Lo suyo, como lo de ella, consistía en combatir jíbaros, cerrar expendios de vicio y acabar la delincuencia en los barrios. A Luis lo apreciaban algunos altos oficiales de esta institución porque era un cliente cumplido en la compra de armas y equipos de comunicación. Y con los personajes de la política oficial también había forjado confabulaciones. Los favorecería en las votaciones de los barrios que estaban bajo su control a cambio de que su nombre empezara a ventilarse en las elecciones de las asambleas municipales. Porque Luis, que gastaba parte de su tiempo imaginando el futuro, se veía dirigiendo una corporación de seguridad privada, o instalado en el Congreso cubierto de inmunidad parlamentaria.

Con el Mago pudo reunirse una sola vez. Para el encuentro el comandante puso la casa en el barrio Los Alcázares, los pasantes, la comida y un contingente de muchachas. El Mago llevó su dosis de cannabis y unos saquitos con el polvo que tenían las iniciales AI. El rol de las féminas fue desfilar, desnudas, frente a los dos líderes. Maravillados, vieron los bustos erguidos, las piernas flamantes y las caderas amplias. El Mago, que pagaba lo que fuera por ser el primero en penetrar las fortalezas del himeneo, se dedicó un rato a observar con una lupa de bolsillo las vulvas aún selladas de las chicas.

Observando estas bellezas, ajenas a la silicona y a los bisturís, Luis dijo que por un pueblo que concentraba sus mayores atributos en las mujeres, valían la pena todos los tipos de lucha.

En algún momento se pusieron a hablar de sus aspiraciones políticas. La idea que desvelaba al Mago era conformar un movimiento mesiánico denominado Antioquia Insurrecta. Su descripción, como la sigla —y señalaba las bolsitas verdes y blancas que le había traído al comandante—, estarían en los volantes que iba a distribuir en los rincones del departamento. Su ideología, precisó, era antioligárquica, antiimperialista y antiestatal. Señaló que para hacer indeleble este perfil había que agudizar en las gentes su pertenencia a la región. Es decir, unir el orgullo de la identidad cultural a la resistencia del pueblo, y distanciarlo de las élites, que lo dominaban todo equivocadamente. Los ricos del país, explicó, han moldeado nuestros valores solo para extremar la pobreza. Antioquia ha sido pujante, trabajadora, creyente en el catolicismo y en la familia, pero esta grandeza ha sido manipulada por quienes nos gobiernan. Nuestra lucha será recuperar estos valores, que están en la base de nuestra personalidad histórica, para entregárselos, intactos y puros, al pueblo. Y rodeado por el humo de la marihuana, el Mago divagó sobre la posibilidad de que Antioquia se liberara del fardo colombiano, y de que tuviera su economía, su propia moneda, sus dos mares, su presidente y sus ministros. Después de trazar un plan de ataque que comprendía destruir con carros bombas los puentes y las

carreteras que comunicaban al departamento con las otras regiones para proclamar su independencia, Luis le preguntó cómo iría él ahí. El Mago pensó durante unos segundos y dijo: Serás mi comandante en jefe, y tus milicias, la base del ejército de la nueva patria. Luis sonrió y saboreó ese porvenir que le parecía un poco más lejano que cercano.

Conseguido el acuerdo —el comandante permitiría que por sus barrios circulara el polvo a cambio del cumplimiento de las promesas del Mago y de que no habría más combates entre sus hombres—, la imagen de Luis se deterioró. El evento que propició su caída sucedió un Día de la Madre. Bajo las órdenes de las Milicias Metropolitanas se organizó el agasajo. El comandante autorizó la entrada a su zona de un camión lleno de marranos para así efectuar la comilona. La cerveza y el aguardiente se repartieron con generosidad. En la noche, después del concurso en que se premió a la madre más abnegada, a la más anciana y a la más adolescente, Luis se embriagó. Tambaleándose, quiso ir a la casa de su mamá, que vivía en El Pesebre. Dos mujeres se le pegaron porque querían compartir el resto de la noche con él. Luis les dijo que lo dejaran tranquilo. Ellas, también borrachas, le reprocharon el desdén. Discutieron durante minutos. El comandante recibió un empellón, se fue al suelo y su arma se disparó. No hubo ningún herido, pero se supo que una de las balas había matado un perro y un gato que dormían juntos en uno de los ranchos

colindantes.

Esto copó la paciencia de Eulalia y Alfredo, milicianos de los altos mandos. Los dos estaban hartos de la presunción del comandante. Opinaban que las relaciones que llevaba con varias mujeres a la vez desprestigiaba a las Milicias Metropolitanas. Desde hacía tiempo le buscaban un tropiezo para denunciarlo ante las autoridades del Ejército de Liberación Nacional, pues eran ellas quienes decidían, en realidad, los ascensos y las degradaciones de la organización. Eulalia y Alfredo escribieron, apoyados por un número importante de milicianos, un memorial de agravios en que Luis era visto como irresponsable, mujeriego y parrandero. Recogieron, además, las quejas de la familia cuyas mascotas habían sido asesinadas. Las dos mujeres, y otras que fueron saliendo en el camino, elevaron su protesta porque el comandante las había mirado con lascivia, o les había dicho una palabra subida de tono, o las había maltratado en los trajines del lecho.

Luis respondió con altivez e indignación. Dijo que a él lo caracterizaba la sinceridad y no el hipócrita rodeo. Alegó que era un revolucionario alegre y admiraba al sexo femenino por encima de cualquier cosa. Advirtió, por otro lado, que antes de echar tiros al aire siempre se percataba de que nadie corriera peligro. El arma se le había disparado aquella noche porque las

dos jevas que lo denunciaban se prendieron más que él y en ese estado lo golpearon. Señaló a varios de sus acusadores como maricones ocultos, y que eso era peor que su poligamia bien llevada. Un tribunal, en el cual el comandante no tuvo voz ni voto, se encargó del proceso. Lo juzgaron por ser violento con los animales y descarado con las mujeres, y le ordenaron abandonar el territorio. Luis se radicó en uno de los barrios más recientes de La Comuna, La Luz del Mundo, e intentó crear allí un nuevo ejército. Pero portaba sobre su frente el baldón, en su ánimo la vergüenza, y la gente no le creyó. En medio del desprestigio, quiso acudir al Mago para ayudarle en los secuestros que hacía para desestabilizar a la clase dirigente del país. Pero al Mago fue imposible ubicarlo en su huida vertiginosa hacia la muerte. Una noche, al salir de la casa de su madre, unos hombres subieron a Luis a un taxi. Nunca más se le volvió a ver. Dicen que lo condujeron a las tierras de Córdoba, a una finca llamada Las Tangas, donde los hombres de Bejarano lo descuartizaron y botaron sus pedazos a uno de esos ríos de aguas pantanosas que corren por allá. Dicen que Luis está en el presidio de Cómbita escribiendo sus memorias que algún día se convertirán en una telenovela. Dicen, por último, que vive en una isla del Caribe, apartado por siempre de la vida castrense, y rodeado de un grupo de mujeres que lo cuidan.

El mapa

¿Qué hacer con la muerte? La pregunta asediaba a Pedro Cadavid desde que había decidido escribir. Los límites de este interrogante a veces se reducían para formularse de otro modo: ¿qué hacer con los muertos? Y se angostaban más cuando estas muertes no eran naturales. Al comprender a qué ciudad había regresado, fue percatándose de la gran cantidad de desaparecidos que ella guardaba. La impresión que lo embargó

fue paradójica, porque así se le disminuyera la condición de la muerte, el horizonte de una consternación espantosa se ampliaba aún más.

Ante esta situación quiso devolverse para Francia. Les escribió a sus amigos con ansiedad, como si el próximo desaparecido fuera él. O más bien, como si esa muchedumbre de personas desvanecidas estuviese haciendo una fila en el umbral de su apartamento para reclamarle por su suerte. Entendía entonces mejor a Lorenza, su otra sobrina. Con el novio habían sido detenidos por un grupo de maleantes a la salida de Unicentro. Los trasladaron a una casa en San Cristóbal. Al joven lo amordazaron y, delante de él, los tres pillos violaron a Lorenza. A la medianoche, dos de ellos fueron a comprar más trago y marihuana y dejaron al otro vigilando. Por la traba, por la borrachera, por los polvos derramados en la riquita —así dijeron mientras la montaban—, el tercero de los truhanes se durmió y Lorenza, controlando el llanto y adolorida, liberó a su novio y escaparon.

Estos pormenores se los había contado ella una vez que lo visitó en el apartamento de Antony, en las afueras de París. Lorenza deseó asesinar al dormido, porque se había apoderado de su revólver. Le puso el cañón en la cabeza y le pidió a Dios que le diera fuerzas para disparar. Pero esta vez, aquel dios

también estuvo ausente. Desde un estanco, en la madrugada, Lorenza llamó a sus padres. La llevaron a un servicio de urgencias donde le hicieron un lavado vaginal. No quedó embarazada pero, en cambio, le nació una honda aversión hacia Medellín. Lorenza, que tenía un cuerpo atractivo, enflaqueció. Terminó con su novio porque su amor se le volvió una cosa marchita. Lina y Mauricio, sus padres, le consiguieron un psicólogo. Tomó pastillas para atrapar el sueño. Asistió a terapias para que su autoestima resurgiera. A los meses, perpleja porque una fuerza desconocida le brotó de lo más hondo de su ser, se fue para España. Lorenza se radicó en Alicante y se prometió no regresar a Medellín.

Pedro, sin embargo, había vuelto y el remordimiento lo atenazaba. Estaba dispuesto a que le dieran un contrato temporal en alguna universidad, eso decía en los mensajes enviados a sus amigos de Francia. Ellos respondieron que no podían ayudarle. En el colmo de la desesperación, sopesó la alternativa de trabajar en lo que resultara. Pero ya no era el joven de antes. Había pasado por las labores de la supervivencia: tocar flauta en el metro, repartir volantes en la entrada de los restaurantes universitarios, pegar afiches en los muros, lavar letrinas en los bares.

Susana, al escuchar sus lamentaciones, le decía que era un

disparate regresar a Francia a buscar trabajo. Le recordaba que en ningún sitio encontraría uno como el que tenía en Medellín. Pero como la necesidad de escapar no disminuía, con Alma analizaron la alternativa de irse a una ciudad latinoamericana. Los lugares iban pasando: Buenos Aires, Montevideo, Ciudad de México. Cada sitio exigía un nuevo proceso de adaptación en medio de circunstancias que con seguridad iban a ser complicadas. Y Cadavid de lo que urgía era de lo que le ofrecía Medellín: un trabajo estable y condiciones para escribir.

Aunque se podía escribir rodeado de dificultades. Y, con esta premisa, se encendía otra vez su anhelo de emprender el viaje. La mejor literatura se forjaba en condiciones arduas. Él sabía que se había escrito y se seguiría escribiendo al borde de los precipicios, en medio de las borrascas, en los campamentos más desolados. Alma le escuchaba estas cavilaciones y temía que Pedro en cualquier momento le dijera: no puedo más con Medellín. Me largo para otro lado.

Una frase de Hölderlin, a quien leía por esos días, le resonaba con fuerza: “¡Qué me importa el naufragio del mundo; de lo único que sé es de mi isla bienaventurada!”. Pero a Cadavid le incumbía demasiado el naufragio de su ciudad y su isla no era para nada feliz y estaba siendo devastada por la tormenta. Reconocía que si en el pasado se había ido a otros lares,

huérfano de apoyo económico y solo dueño de un coraje inalterable, esas expediciones del aprendizaje las efectuó alguien convencido de que para avanzar se debía sortear todo tipo de riesgos. Pedro comprendía la condición del exilio, cuáles eran los contornos de la extrañeza y la extraterritorialidad. Y pese a que le costaba asumirlo cabalmente, estaba seguro de que le había llegado la hora de sentarse a escribir con disciplina. Esta certeza, tal vez, lo sostendría en el proceso de la madurez que iniciaba. El problema era que tendría que vivirla en una ciudad que lo asqueaba hasta la médula.

También sabía que en París nunca encontraría lo buscado. El amor está aquí, se decía con cierta incredulidad. Ciro tenía razón al considerar que el hombre es de donde ama y se siente amado. Así que el hecho de escribir y estar junto a Alma le fue otorgando un equilibrio y una coraza protectora. Lo que había sucedido era que las naves amarradas para escapar ya estaban destruidas. Pedro mismo les había echado candela, y el fuego provenía del que quemaba las entrañas de Medellín.

Terminó aceptando la invitación de Eduardo Nanclares, su colega universitario. El evento era en el Carlos E. Restrepo. Ferrer, el alcalde, hablaría sobre la ciudad que su equipo de trabajo planeaba. La multitud estaba integrada en su mayor parte por jóvenes. El político encarnaba, eso le había explicado Nanclares, la esperanza. Pedro nunca había votado en su vida. Sus padres, que fueron conservadores, le aconsejaron apoyar a los candidatos de ese partido. Pero él, desde que adquirió una cierta conciencia política, empezó a tener una honda desconfianza hacia ellos y también hacia los liberales. Aunque estos partidos tradicionales, de un tiempo para acá, se habían fragilizado. Y de la mano del presidente y de personajes como el nuevo alcalde estaban configurándose otras organizaciones que, eso decían sus publicidades, se encaminaban por sendas honradas y promisorias.

Ferrer, para Nanclares, era un alcalde distinto. Un hombre formado en la academia, dijo, como si eso fuese suficiente garantía de probidad. Cree, como nosotros, que la educación es el camino para que salgamos adelante y construyamos una sociedad justa. Ferrer, sentenció Nanclares, hará que Medellín renazca de las cenizas como un ave fénix. El alcalde sonreía y les daba la mano a todos. Su atavío lo distinguía por encima del

político común. Vestía bluyín y camisas deportivas de colores claros y no usaba correa. El pelo, ondulado y largo, poseía reminiscencias de cantante de rock. Esa fue la impresión que tuvo Pedro al verlo: parecía un hippie sospechosamente limpio. En aquella reunión acudió a un tablero y con el marcador hizo diagramas. Entre círculos, paréntesis y corchetes escribía términos como legalidad y corrupción, transparencia y oscuridad, confianza y duda. Los positivos los ponía a la derecha, los negativos a la izquierda. Hablaba de méritos y negocios, de oportunidades y contratos, de se puede y no se puede. Pero era confuso en sus divagaciones y con el movimiento de sus manos las ideas se le volvían más enredadas. Sin embargo, Pedro hacia el final logró entender que Ferrer se consideraba pulcro y proponía el abrazo colectivo para superar el miedo dejado por la violencia.

Con el paso de los días Cadavid constató, por los rumores que iban y venían en los pasillos de La Universidad, que este alcalde, que había sucedido al Peralta de la Operación Orión, hablaba de dignidad y transparencia y, tras bambalinas, hacía negociaciones con los cabecillas de los grupos paramilitares. Incluso ante las noticias de la desaparición forzada, Ferrer opinaba que eran exageraciones de delincuentes derrotados aquello de que Medellín se estuviera llenando de fosas comunes.

Ciro le decía a Pedro que Ferrer, a pesar de su autocacareada decencia, obedecía las pautas de la política de seguridad democrática implantada por el presidente. Su obligación, en este sentido, era conciliar con Bejarano y sus bandas, que eran las verdaderas dueñas de la ciudad. Porque lo que se estaba ejecutando en Medellín era una pacificación en la cual Ferrer debía entrar en escena con su grupo de colaboradores radiantes.

Este político de los nuevos tiempos decía no pertenecer ni a la izquierda ni a la derecha, ni al capitalismo ni al socialismo. Manifestaba un orgullo irrebatible por provenir de los sectores más adinerados de la ciudad. Aclaraba que la fortuna de su familia y la suya eran limpias. Estaba convencido, por lo demás, de que era el elegido para llevar a cabo labores altruistas como construir bibliotecas, parques educativos y colegios en zonas paupérrimas. Y, al mismo tiempo, vaticinaba —esto sí lo afirmaba sin ninguna confusión— que su mandato estimularía la empresa privada y la inversión extranjera. Su objetivo, como un complemento a estos propósitos que suponía indiscutibles, era incrementar la seguridad a partir de la vigilancia privada y hacer de Medellín el gran centro de las finanzas internacionales de Colombia.

Ciro, tomándose el tinto con Pedro al lado de la locomotora del

Ferrocarril de Antioquia, y para explicar el advenimiento de Ferrer, resumía que las élites a las cuales él pertenecía habían creado condiciones precarias de existencia. Gobernaban desde la segregación, la intolerancia y el racismo. Por las vueltas escabrosas de la economía y la política, habían terminado amangualadas con el narcotráfico. Pero entre tanto provocaron, desde una desigualdad social tan ejemplar como vergonzosa, el nacimiento de grupos subversivos delincuenciales que, a su vez, terminaron uniéndose al narcotráfico. Ocasionaron, por último, una guerra de numerosas víctimas y, sin resolver nunca los verdaderos problemas de la población, impusieron su paz con una represión formidable. Ya era hora, entonces, de que esas mismas élites regurgitaran de su seno a uno de sus representantes más optimistas para que edificaran el esplendor.

Pedro sopesaba, de todos modos, la divisa del abrazo propuesta por el alcalde. Toda convalecencia cívica se expresaba con un gesto parecido o, al menos, con un estrechón de manos, y acaso él debía hacerlo también. Pero mientras Ferrer y los suyos se dedicaban a trabajar por la recuperación de la ciudad y

pregonar su restablecimiento glamoroso, Cadavid debía ocuparse de lo suyo. Y lo suyo era el duelo. Se había encontrado en Medellín no solo con la última fase de una guerra urbana y con la propuesta de un modelo social militarizado hasta el descaro, sino también con un panorama impresionante de muertos. Una multitud que, muchas veces, imaginaba dirigida por el espectro de su padre, asesinado años atrás. ¿Qué hacer con toda esa gente?, se preguntaba. Alma se lo recordaba: escribir.

El proyecto que lo ganó fue un libro de cuentos. Una novena de historias cuyo narrador asumía los rasgos de un transeúnte de la muerte. Este era partícipe de una festividad nocturna realizada en el cementerio San Pedro. Se camuflaba en un par de ancianos que buscaban a su único hijo, desaparecido en los alrededores de Medellín. Era un escritor que llegaba de París y escribía, en una casa de campo sesgada de fantasmas, una novela sobre el exilio, situada en uno de los bastiones del antiguo Imperio romano. O se presentaba como un poeta alucinado que se topaba con un ángel negro cuya pretensión era salvarlo de la muerte y, a la vez, condenarlo a seguir viviendo en medio del pavor.

La tonalidad que primaba en los cuentos se hundía en una bruma onírica. Esta, en la medida en que iban transcurriendo

las tramas, se iba tiznando de extrañeza. Cadavid se proponía narrar una urbe ensombrecida desde la esencia de la poesía. Se apoyaba en las tragedias de Sófocles, en los himnos nocturnos de Novalis, en el descenso a los infiernos de Rimbaud. El dolor, la impotencia y el deliquio se expresaban a través de frases breves. Y lo que buscaban, si es que algo busca un cuento, era que el lector hallara una tenue consolación en medio de la desgracia. Descartó de entrada a los asesinos. Nada de sicarios y narcotraficantes. Nada de guerrilleros y paramilitares. Ningún asomo de esos personajes que eran los heraldos de la más reciente literatura colombiana.

Algunos de sus cuentos recibieron elogios en lecturas que Pedro Cadavid realizó en La Universidad. Otros fueron publicados en algunas revistas. “El ángel negro”, el relato sobre el poeta perturbado que gritaba: “Me ahogo en el barro, me asfixio en la sangre, estoy de crímenes empapado y me horroriza la patria”, hizo que Cadavid fuese llamado a ciertos cenáculos literarios de Medellín. Isaza lo convidó a que fuera miembro de la revista de cuento que dirigía. Pedro agradeció el gesto, pero se negó. Prefería solo escribir y publicar sus trabajos. Fermín Rojo, otra de las figuras de la ciudad letrada y quien dirigía un festival de poesía, también lo contactó. Este era un personaje sugestivo. Se creía libertario, a pesar de que ejercía una dominación tiránica en el círculo que lo rodeaba. Su poesía y el discurso que la sostenía eran una mezcla de bucolismo arcádico y alarmismos propios del Apocalipsis. En

las alocuciones leía, con su voz ronca y su melena alborotada, como si fuera un profeta de la modernidad. Se presentaba como un creyente incondicional de la poesía y ella, en sus versos, se erigía como un sinónimo populista del abrazo fraternal. Contrario a lo dicho por Platón, Rojo presumía que en un mundo renovado, cuyo centro parecía ser Medellín, existía una utopía en la que los poetas controlarían, por fin, los destinos de la humanidad.

Cadavid fue a varias reuniones organizadas por Rojo. En ellas fluían el trago, la yerba, el polvo blanco, las muchachas, chistes y amonestaciones y, por supuesto, las noticias de la poesía y la política. Porque Rojo era un bardo politizado. Y, en esta perspectiva, y a diferencia del círculo de Isaza, denigraba del plan de la seguridad democrática del nuevo gobierno. Esta circunstancia los aproximó al principio, pero Cadavid entendió con rapidez que Rojo representaba el otro extremo de un fenómeno candente. Su simpatía por los movimientos guerrilleros y las milicias populares, que él veía como encarnaciones antioqueñas de las comunas de París, y su apoyo a la Internacional Comunista lo exaltaban. En una de esas reuniones, Rojo, que había elogiado también la narrativa de Cadavid, le propuso que entrara a la mesa directiva del festival. Pedro agradeció y dijo otra vez no. Le huía al poder bajo todas sus expresiones, y más aún si este se mezclaba con el arte.

Desde entonces, otra de las consignas de Cadavid fue ser independiente. No pertenecer a ninguna cofradía literaria. Ni ser parte de las jerarquías culturales de Medellín. Le bastaba con el poder que debía ejercer, y muy a su pesar, en sus clases universitarias. Una vez polemizó con Rojo. Este, un poco risueño y un poco serio, con su grueso tabaco de marihuana en los dedos, le dijo que para seguir asistiendo a las reuniones del festival era necesario que se afiliara al Partido Comunista. Pedro miró los ojos enrojecidos. Le dijo, con el mismo tono ambiguo de la solemnidad y la baladronada, que si nunca ingresó, durante su larga estadía en París, al Partido Comunista francés, cómo se le iba a ocurrir hacerlo en el colombiano. Y para desalojar cualquier réplica, afirmó que los partidos políticos eran el principio y el fin de las peores calamidades humanas.

Fue entonces cuando Alma lo invitó a dar una charla en la biblioteca del 20 de Julio.

—¿Sobre qué quieres que hable? —preguntó Pedro.

—Sobre tus cuentos —respondió ella.

—¿En La Comuna a quién le va a interesar lo que escribo?

—No nos subestimes.

—Soy realista.

—¿Solo de mis cuentos? —preguntó Pedro, que pareció entusiasmarse.

—Partes de ellos y hablas, por ejemplo, de los antiguos griegos.

Pedro la dejó organizarle la conferencia. Era uno de los

aspectos que más le gustaban de Alma. La manera en que clarificaba asuntos que él veía enredados.

—¿Por qué no comienzas con Sófocles y tu cuento?

La idea de hablar sobre cómo los mitos podían reescribirse le resultó atractiva. Pero Pedro se ensombreció de nuevo.

—¿Qué tal que terminen yendo solo niños? ¿No son ellos los usuarios de la biblioteca?

—Nosotros nos encargamos de que vaya otro público.

La pequeña biblioteca, esa tarde, estaba iluminada. Pedro ayudaba en la preparación de la sala cuando aparecieron los muchachos. Vestían sudaderas, camisetas de manga larga, cachuchas y pañuelos para protegerse del polvo. En sus prendas estaba escrita la palabra “Reciclaje”. Así evitaban malentendidos y prevenían sobre su labor en zonas donde pañuelos en la cara suscitaban sospechas y conminaciones. Mientras acomodaban el material recogido (en un lado los cartones, en otro los diarios, revistas y papeles, en otro las

botellas de vidrio, en otro el plástico), doña Elsa sirvió gaseosas y ofreció empanadas. Dijo que quería darles a los asistentes a la charla el mismo refrigerio. Los muchachos trataban a la mujer con deferencia cálida. Uno de ellos, el más fornido, y que esa tarde tenía el rostro tiznado, le estrechó la mano a Cadavid con entusiasmo. Le dijo: Maestro. Él se sorprendió y le pidió que lo llamara Pedro. El joven explicó que lo admiraba porque era un escritor. Él no supo qué responder e inesperadamente se sonrojó.

Había pocas personas. Alma presentó al conferencista y dio las gracias en nombre de la biblioteca. Ante un auditorio tan exiguo, propusieron acomodar las sillas para una mesa redonda. Buscando propiciar la intimidad, Pedro les pidió a los asistentes que se presentaran. Uno de ellos dijo llamarse Machuca.

—¿Es su nombre o un apodo? —preguntó doña Elsa.

—Me llamo Rubén Darío, señora, pero mi nombre verdadero es Machuca.

A Pedro le picó curiosidad por la palabra, pero creyó que, roto

el hielo, debía entrar en el tema. Preguntó quién había sido Sófocles. Como nadie respondió, Alma dijo que era un escritor griego. Machuca se animó y mencionó la tragedia de Edipo. Cadavid aprovechó la mención del rey de Tebas para exponer lo que, según él, actuaba como uno de los pilares de la literatura. Dijo que un mito era una historia contada o escrita tiempo atrás. Un relato que, a lo largo de las generaciones, permitía comprender lo mejor y lo peor de la condición humana. El mito es como un paisaje, matizó, hermoso y aterrador a la vez, y está elaborado con un objetivo primordial: cuidar al mundo y cuidarnos a nosotros mismos. Porque escribimos y leemos solo para eso: para cuidar la realidad.

—¿Cuidarla de qué? —preguntó uno de los muchachos del reciclaje.

—Del mal —dijo Pedro.

—No comprendo —respondió Machuca moviéndose en la silla—. Si la realidad es mala, ¿cómo podríamos cuidarla?

Pedro no respondió. Se refirió, en cambio, a Antígona. Como nadie de la audiencia opinó sobre este personaje, contó la

historia de la mujer que, desobedeciendo al rey Creonte, entierra a su hermano. Luego habló de su cuento. Iba a leerlo, pero estimó que lo mejor era contarlo y, si los asistentes lo querían, repartiría las fotocopias hechas.

Sara es una actriz de teatro y encarna a la mujer que dice de sí misma: “Mi carácter no es para compartir odios sino para compartir amor”. Uno de los ensayos es interrumpido porque alguien entra y le da la noticia a Sara. Manuel, su hermano, está desaparecido. Él es un mendigo que recorre a Medellín, pero también escribe poemas que vende para comprar vicio. La hermana de Sara no quiere ocuparse de una búsqueda que le parece inútil. No solo porque esos inframundos le repelen, sino porque su hermano es el núcleo de esa repulsión. El padre de ellos es un anciano jubilado de una fábrica de textiles que se ha quedado ciego. Sara, encargada de cuidarlo, también decide buscar a Manuel. Durante una noche atraviesa diversos ámbitos. En el cuento, entre tanto, se desarrollan los ensayos en los que los actores expresan la tensión requerida por la decisión de Creonte y la desobediencia de Antígona. Pero hay, de igual modo, un entorno urbano moldeado con inspecciones de policía, el anfiteatro y urgencias de hospitales adonde Sara va en pos de su hermano.

—Antígona se volvería loca en La Comuna —interrumpió

Machuca.

—¿Y eso? —preguntó Pedro.

—No encontraría a nadie. Tendría que remover demasiada tierra.

—Pero tal vez hallaría algo —dijo Alma.

—Así utilizara picos, palas, retroexcavadoras y volquetas, Antígona no encontraría nada aquí —repitió Machuca.

—Acaso no se trate de encontrar cuerpos para darles sepultura —dijo Pedro—. Lo fundamental es que haya alguien que busque, y que esa búsqueda signifique cuidar la realidad degradada que mencionamos ahora.

—Pero en tu cuento —dijo Alma— Sara encuentra a su hermano y lo entierra.

—Así sucede en Sófocles —se justificó Pedro.

—Aquí sería imposible —reiteró Machuca.

—¿Por qué tan pesimista? —preguntó doña Elsa.

—¿Han ido a La Escombrera? —replicó Machuca.

Pedro dijo que no y preguntó si se podía visitar. Machuca levantó los hombros como si dijera sí y no, pero se ofreció para acompañarlos. Hay partes, precisó, que se pueden transitar; otras, verlas de cerca; y otras más, divisarlas desde lejos.

Uno de los asistentes, que había guardado silencio durante la charla, levantó la mano para intervenir. Dijo que le parecía absurdo buscar cuerpos donde no había nada. Creía que era un acto reprochable invitar a los desaparecidos a que invadieran los espacios de la literatura. Según su percepción, los escritores deberían ocuparse de situaciones más inclinadas hacia el lado de los vivos que de los muertos. Con esta observación, la

charla tomó un rumbo inesperado, porque el hombre se refirió a lo que escribía. Lo suyo celebraba las cosas gratas de la existencia. Sacó de su maletín unas hojas donde había escrito un poema sobre el amor y la amistad. Quería leerlo, si se lo permitían. Pedro miró a Alma y esta afirmó. El hombre se levantó y, acomodándose bien las gafas, leyó sobre alguien que tenía un perro. Ambos daban una vuelta por el barrio. Gozaban del aire que bajaba de las montañas y de la cordialidad de las gentes encontradas en el camino. Como recién había llovido, los olores de humedad de la tierra eran alabados. Dios surgía y la voz lírica agradecía su bondad. El perro tenía la virtud de moverle la cola a quien lo saludaba. El poema terminó, incluso, con este movimiento del perro. Su autor dio las gracias por la escucha. Nadie dijo nada. Pedro, desconcertado, miró de nuevo a Alma, y avisó que la charla había terminado. Doña Elsa, como estaba previsto, invitó al refrigerio.

Desde hacía años se tiraban allí restos de ladrillo, tejas de asbesto, estructuras de madera, tuberías de agua y gas, fieltros para techos, pedazos de acero, cobre y aluminio, vidrios y

plásticos y accesorios eléctricos. Era como una pirámide de diferentes niveles moldeada sobre la ladera de la montaña. Si se la miraba desde la distancia, parecía camuflarse con una fábrica de arena. De hecho, su área se abrazaba con lo que eran varias canteras. De estas se extraía material para la edificación de casas y edificios en Medellín. Era una fuerza que hacía crecer la urbe y resultaba curioso que las canteras se abrazaran con los botaderos de escombros. A Pedro Cadavid esta doble circunstancia le parecía un cara y sello paradigmático de la ciudad. Sobre una misma montaña, al occidente del valle de Aburrá, el Estado y la empresa privada habían levantado un paraje donde confluían el nacimiento y la degradación.

Al divisar La Escombrera, Pedro pensaba en una herida. Un paraje montaraz que sangraba. Un resquebrajamiento de la tierra. La naturaleza vilipendiada por el crecimiento desaforado de una metrópoli. Incluso esta percepción, ofrecida por la lejanía, le hacía concluir que La Escombrera era limitada. Una extensión que su mano, o la de Alma, o la de Machuca, podía determinar cuando la señalaban. Pero transitando por algunos de sus recodos, se alargaba, se enredaba, se ahondaba y se volvía más ancha. También se camuflaba porque en algunos sectores, en los que ya no eran arrojados los desechos, crecían la yerba, los matorrales y los árboles.

Los límites de La Escombrera los marcaban algunos barrios de La Comuna, las areneras y el mismo campo. Aunque a lo largo de estas demarcaciones su avance era ilusorio. De entrada, se manifestaba como una rasgadura que se extendía hacia los lados. Las orillas de esta especie de lago vertical actuaban como una medida. Al sitio había que mensurarlo, igualmente, por su profundidad. Entonces era cuando adquiría su dimensión siniestra y fabulosa. Debajo de los pies de Pedro y sus amigos, cuando alcanzaron la cima del basurero más alto, había como un edificio de muchos pisos. Una torre invertida de la cual su vértice se fundía con el seno de la tierra. Su condición fabulosa residía en que la naturaleza respondía al ultraje haciendo de sectores de los botaderos un prado y una arboleda florecidos. Y era siniestra porque en ese vértice, que también funcionaba como base, había muchos desaparecidos.

Mientras Machuca indicaba, por un lado, las volquetas que seguían vertiendo los escombros, y, por el otro, el trabajo contiguo de las excavadoras en las areneras, Alma decía que todo eso había sido un lugar atravesado por una quebrada. Tenía recuerdos de una de esas idas familiares a bañarse. Con su madre y su hermano había cogido pomas y por primera vez se tiró a uno de aquellos charcos hondos y transparentes. Machuca la escuchó y le preguntó si hablaba en serio. Él, por el contrario, se había encontrado, cada vez que se asomaba por estos sitios, con el ir y venir incesante de las volquetas.

—Sueño con ellas —dijo—. Hay noches en que ese ronroneo no me deja dormir. A veces me da por pensar que su ruido es la voz verdadera de La Comuna.

Machuca señaló, de pronto, hacia la derecha y a su rostro lo marcó una sonrisa.

—Miren —dijo—, es el músico.

Otearon una silueta que atravesaba uno de los botaderos. Caminaba de a tramos, se detenía, se agachaba y avanzaba de nuevo. Pedro, curioso, preguntó de quién se trataba. Machuca contestó, levantando los hombros, que era el loco que se la pasaba grabando sonidos.

—¿Sonidos? —preguntó Alma.

—Voces que cree escuchar.

Se detuvieron un momento para mirar hacia abajo. Pedro había hallado otra figura en el horizonte. Dijo que, vista desde allí, la zona semejaba al arco que hacen los dedos índices y pulgar en el borde interno de la mano. Se apoyó en la suya para ilustrar lo dicho. Los otros entendieron que surgía la forma de una pistola. Machuca celebró el símil con un aplauso y se puso a cantar. Al chico le gustaba rapear. Sus canciones, eso decía Alma, era tan buenas como las de Luis Ocoró. La voz de Machuca era estridente y ronca, y lo que cantó tenía que ver con El Salado, el barrio donde vivía. En los versos brotó la naturaleza, primero como protección. Luego unos hombres la agredieron con sus armas. Mi barrio es un revólver, cantaba de nuevo Machuca, ¡ay!, cómo podré silenciarlo.

A pesar de las marcas de su cuerpo, el ánimo de Machuca era fulgente. El origen de las heridas lo contó de tal modo, durante aquel paseo a La Escombrera, que la desgracia parecía transcurrir en otro lugar y no en él mismo. Varias de sus frases llamaron la atención de Cadavid porque funcionaban como uno de los pilares del relato que estaba escribiendo sobre La

Comuna. Machuca la dijo cantando y bailando en una de las terrazas de El Salado: Soy vómito del vómito y la expulsión que no cesa es mi única verdad.

A Pedro le costaba escribir sobre esa parte de Medellín. En la dificultad, sin embargo, se nutría la motivación de su empresa. El objetivo, en la medida en que fue conociendo a Alma y la cotidianidad de los barrios, era narrar La Comuna. Planeaba, en realidad, una novela donde esta última fuese la columna vertebral que sostuviera el espacio de los hechos. Introducir no solo su historia a partir de las primeras fincas, sino el devenir de los otros sectores populares de la ciudad. Pero ¿cómo hacerlo si lo que había sucedido en ellos era tan enrevesado que parecía negar cualquier relato? Cadavid retenía una frase de Tomás Carrasquilla, a quien leía con interés desde que había regresado de París. El escritor la escribió a principios del siglo XX: “No sabemos si Medellín ha perdido o ganado con sus muchas y diversas torceduras, toda vez que no la hemos conocido de otro modo”. En tanto recorría sus calles y escalinatas, e iba y venía de La Universidad al apartamento de Calasanz, y del apartamento a la casa de Alma, y de esta a La Escombrera, Pedro fue comprendiendo que La Comuna tendía al retorcimiento por su condición marginal. Y que el problema al que se enfrentaba la literatura era cómo contar la relación que establecía una sociedad con el crimen.

Con Alma hablaba de este proyecto literario. No solo porque confiaba en su criterio, sino porque ella ocupaba en la novela un papel importante. Todo debía empezar con la Operación Orión. Su cólera había partido en dos la historia de la ciudad. Cadavid le explicaba a Alma que nunca antes había habido una intervención militar tan brutal y tan exitosa en la historia urbana de América Latina. Creía, por lo demás, que lo mejor era alternar los hechos de Orión con su llegada a Medellín. Esta primera parte culminaba con el triunfo del operativo militar y con la aparición de una muchacha que reuniría las características de Alma. Un personaje que se distanciaba de las mujeres de La Comuna que una cierta literatura asociaba siempre con las putas, las viciosas y las asesinas. Orión era un título que le atraía. Para Alma era mejor agregarle algo más, bajo la sombra de Orión, por ejemplo, porque ella cubría a la ciudad entera. Las partes dedicadas a las bandas, las milicias y los paramilitares eran las que ahora les exigían más tiempo. Su idea era que estas secciones evolucionaran a través de una serie de personajes trastornados y agresivos. A Pedro le resonaba en la cabeza el acorde de mi bemol con que Richard Wagner iniciaba su saga de los vibelungos. En él se reflejaba el cauce de un río remoto del cual iban desprendiéndose los temas que después perfilarían las tramas de las óperas. De una manera semejante, concebía su historia de La Comuna. Como una corriente imparable, y a través de una cronología jamás detallada, iría tramando personajes y dramas y su torcedura

ininterrumpida. Similar, sin duda, a la que Carrasquilla había nombrado en sus escritos sobre Medellín. Pedro le decía a Alma que, desde una voz omnisciente, sucesos entre sangrientos y grotescos revelarían las maneras en que una población, sometida a los excesos de los grupos armados, se hundía en los núcleos de la desgracia y se atrevía a confrontarla.

Cuando bajaban de La Escombrera, discutiendo sobre cómo reflejar La Comuna en el arte, Machuca mencionó al cartógrafo. Era un hombre que vivía solo, arriba del colegio Pedro J. Gómez. Como no puede caminar, nosotros le ayudamos con sus necesidades, y el rapero advirtió que, haciendo el mapa, se había caído de unas escaleras.

—¿Mapa? —preguntó Pedro.

—El que vimos arriba registra sonidos, ¿y este otro hace un mapa? —dijo Alma, movida también por la curiosidad.

—¡Ah, el músico! —dijo Machuca—. Ya se lo encontrarán. Los que vienen por estos lados terminan cruzándoselo. Pero el músico está destejado. Lo del cartógrafo es otra cosa. Hace

años que está haciendo el mapa.

—¿Un mapa de qué? —preguntó Alma.

—No sabría describirlo. Cuando lo hago me confundo. Es mejor verlo con los propios ojos.

Como Pedro insistió en conocerlo, programaron una visita para el otro día. Fueron en la tarde de ese domingo y ascendieron las escalinatas. Por los lados de El Seis se toparon con Luis Ocoró. Era un joven flaco y con un afro que parecía una densa noche.

—¿Para dónde va la juventud? —preguntó con sonoridad. Saludó con el puño a Machuca y le dio un abrazo a Alma.

—Quieren ver el mapa —dijo Machuca.

Luis Ocoró se entusiasmó. Hacía tiempo no veía a Alma y Pedro le suscitó simpatía. Miró hacia el sol que iba agonizando, y dijo que bajaba a su rancho a recoger la guitarra y de una se

les unía.

Machuca tocó varias veces, acompañado de unos silbidos, en una puerta de metal oxidado. La edificación estaba sin revocar y tenía varios pisos. Pedro no supo cuántos. Envuelto en esa indeterminación, observó el enrevesamiento de los niveles y las diversas superposiciones de los tejados. Unos niños jugaban golosa en la acera del frente. Brincaban sobre el pie derecho, sobre el izquierdo, sobre los dos sin poder tocar el cielo. Tolón tolón, dicen las gotas, cantaba Saoko desde una tienda vecina. El cartógrafo no está, avisó Machuca, pero vamos donde doña Sinforosa.

En la terraza había varios muchachos. Unos sentados en los bordes de cemento. Otros rodeaban al cartógrafo. Este, en una silla de ruedas, tenía una manta sobre los hombros. Doña Sinforosa era negra y gruesa e iba sirviendo agua de panela. En la terraza, abierta al valle como un mirador magnífico, había una serie de barras de acero. Estaban en los extremos y en el centro. Varios alambres sostenían prendas de vestir. Machuca se acercó para presentarle la pareja al cartógrafo. Pedro estiró la mano y sintió una piel áspera. Al verla, se dio cuenta de que estaba ennegrecida. Creyó que esa mancha iba a pegársele, pero su mano salió limpia cuando la separó. El lisiado dijo un nombre que Pedro consideró como una broma. El cartógrafo

preguntó dónde residían. Alma contestó que en el 20 de Julio, cerca de la iglesia. Una cifra, que tuvieron dificultad en retener, fue pronunciada. Comprendieron más tarde que el número dicho por el jorobado correspondía al de los asesinatos que habían ocurrido en ese barrio.

Machuca comentó que la pareja quería ver el mapa. El cartógrafo intentó acomodarse en la silla. Uno de los muchachos se le aproximó, levantó el cuerpo deforme, lo reacomodó en la silla y le puso otra manta sobre las piernas.

—Claro —dijo—. ¿Cuándo quieren verlo?

—Ahora mismo si se puede —dijo Machuca.

—Pero queremos cantar y bailar esta noche. Podrán venir mañana, si lo desean.

Cadavid iba a hablar, pero hubo una explosión de aplausos y silbidos. Luis Ocoró acababa de llegar. Saludó con efusión a todos. Su sonrisa era como una tea. Al aproximarse al cartógrafo, se inclinó y le estiró el puño para que lo chocara

contra el suyo.

Poco a poco llegaron más muchachos. Usaban cachuchas y pañoletas en la cabeza. Vestían bermudas y camisetas anchas. Unas tenían estampados números y palabras en inglés. Sus tenis estaban desamarrados. Llevaban aros en las orejas, en las fosas nasales, en las cumbambas. Algunos portaban una balaca con la palabra CEA. Cadavid preguntó el significado de la sigla. Comando Élite de Ataque, respondió Machuca. Y aclaró que eran cantantes que recorrían La Comuna pregonando una revolución sin muertos y cuestionando la maquinaria de la guerra. Los paramilitares no los querían. Habían sido mal vistos por los milicianos. Los policías creían que eran vándalos disfrazados de raperos. Uno se llamaba Aka. Su nombre remitía al fusil soviético. Pero el joven disparaba canciones y no balas. Las suyas hablaban de lo bueno que era cantar y sembrar árboles. Súbitamente, como un animal enigmático, cayó la noche sobre el valle. Los chicos se fueron animando porque eran gregarios y festivos. Cuando hablaban parecían cantando y cuando fueron cantando era como si estuvieran hablando. En la mitad de la terraza, junto a una puerta, estaba sentado el cartógrafo. Rodeado por la ropa que sacudía el viento, sentado en su silla, semejaba un pequeño ídolo contrahecho. Como si esa reunión juvenil no fuese improvisada, sino que hiciera parte de un ritual que debía hacérsele.

Más tarde vinieron otros que también surcaban los barrios. Lo hacían entonando poemas de letras ácidas y ritmos repetitivos que marcaban con sus manos y sus pies. Estos últimos eran Duque, Kronos, Jeihhco y Nomo. Todos reían con amplitud. Abrían sus bocas de tal forma que podrían vérseles la úvula rojiza y los molares más recónditos. Chocaban sus manos con gestos de camaradería masculina. Utilizaban palabras categóricas para azuzarse: gonorrea, marica, güevón. Alma constató que, a excepción de la anfitriona, todos los asistentes eran hombres, y al saludar a Machuca, lo hacían con caricias en su calva y golpes en los hombros y la espalda.

Ocoró rasgó entonces la guitarra e inició su canto. Rememoró el éxodo de Esenia, su madre, desde las tierras de Urabá. Su tonada fue cubriéndose de desplazados. De familias que salían de su terruño, amenazadas por los militares. Del viaje por las planicies de Chigorodó y Mutatá y los montes de Dabeiba y Frontino hasta el arribo a Medellín. De la construcción de los ranchos y las calles y las escalas y los alcantarillados de los últimos barrios de La Comuna. De las agresiones de la policía y los combates entre milicianos y paramilitares hasta la llegada de Orión. Ocoró iba tejiendo la historia como si fuera una soga gruesa saturada de nudos. Pedro lo escuchaba deslumbrado, concluyendo que algo parecido debería hacer él con su relato. Pero la voz de Ocoró tenía la virtud de ir desanudando los

agravios. Ora se balanceaba en el rechazo a los guerreros. Ora en la nostalgia por la tierra. Ora en la esperanza de la vida urbana. La música iba llenándolos de fuerza y fervor. Y como en las antifonías añejas, uno le respondía al otro y el de más allá al de más acá. Palmeaban. Zapateaban. Se referían a los episodios cruciales de los barrios. El terror se ancló en el pasado, cantó Nomo, dejándonos amargos recuerdos y corazones afectados. Un itinerario de trifulcas pandilleras llenó la boca de Duque. ¡Hijueputa, hijueputa!, decía, y el coro respondía: ¡Pum pum pum! Duque era blanco y elevado. Una chivera azabache le colgaba como un amuleto. A sus dedos los coronaban anillos resplandecientes. Enseguida Kronos, con su voz urdida por el insomnio, les cantó a los desaparecidos. Pedro retuvo en su memoria, como si fuera un augurio antiquísimo, sus versos: “Rindo tributo a los míos con estas palabras que lanzo al viento”.

Hasta que Machuca fue invitado para que se dirigiera al centro de la terraza. Pero antes se inclinó ante el cartógrafo y le puso la palma de la mano. Este la golpeó con la suya y le dijo: Dale, negrito, cuéntanos tu historia. Machuca sonrió con melancolía. Le arrebató un bareto a uno de los muchachos y, fumándolo, empezó a moverse. Ocoró rasgaba la guitarra. Duque hacía palmas con las manos. Aka forjó por medio de su boca un bajo continuo. Medellín hundía en la noche sus luces vehementes. Pedro y Alma dejaban que sus caras fueran tocadas por las brisas. Machuca se arrojó al piso. Como un trompo, giraba

sobre manos y piernas. Daba vueltas y sorteaba los fierros de la terraza y era como si jugueteara con la muerte. Los demás le aplaudieron las acrobacias. Otro de los chicos se lanzó al ruedo. Hacía los gestos de un simio golpeándose el pecho. Brincaba por la terraza gritando: Soy el territorio. Soy La Comuna. Fue entonces cuando Machuca se desnudó. Dio un círculo en la terraza para que lo vieran. ¡Este es mi cuerpo!, cantó. Miró a Pedro y le dijo: ¡Esta mi escritura! Se arrojó de nuevo al suelo. Sus extremidades parecían una espiral que subía y bajaba. Los genitales se zarandeaban como un collar. Se apoyaba en los hombros, en las manos, en los pies para dar más volteretas. Pero era como si lo hiciera sobre el aire, o sobre los acordes de Ocoró y la percusión de los otros.

Machuca se detuvo. Las miradas vieron el cuerpo atravesado de cicatrices. Soy un domingo, dijo. En otra noche y en otro octubre. Soy el fuego, dijo. El río Pocuné. Soy las llamas que caen del cielo, dijo. El viento hecho de llamas. Los sueños asfixiados por el humo. El ELN envileciendo el agua, la tierra, el aire. Soy el despertar en medio del incendio, dijo. Soy los alaridos en el rancho. Los gritos de afuera. Los aullidos de mi madre. ¿Dónde está ella? ¿Dónde mis hermanos? ¿Dónde los vecinos? Vana búsqueda la mía. Cuerpos renegridos. Cenizas. Soy mi cuerpo, volvía a cantar Machuca. Mírenlo. Lean mis cicatrices. Y manoteaba el aire. El tórax, la espalda, el vientre y las nalgas arrugados por la flama. Miraba el arriba y levantaba los brazos hacia las estrellas. Estoy solo, dijo, y estoy con

ustedes. Y se arrojaba otra vez al piso. Hacía más maromas. Brincaba como si quisiera alcanzar el cielo, aunque sus saltos estuviesen aferrados a la tierra. Los otros palmeaban. Pisaban el suelo de la terraza al modo de un gran tambor. Alma salió a bailar con Cadavid. El cartógrafo, a su vez, daba golpes con sus manos tiznadas en las ruedas de la silla. Y Medellín abajo, como un enorme corazón herido, latía bajo la noche sesgada de vientos frescos.

Su nombre era Ovario de Jesús Serna. Una joroba rompía el relieve de la espalda. Su pelo era escaso y la voz chillona, como navajas rasgando una boca de pocos dientes. Permanecía, desde que se había caído, en una silla de ruedas. Su madre la consiguió gracias a la hermana Rafaela. La de la monja se había averiado. Al comprar una nueva, y ante la petición de la mujer, la religiosa le regaló la vieja. A veces, Ovario podía prescindir de ella para arrastrarse y seguir haciendo el mapa. Hasta el momento de las visitas de Pedro y Alma podía laborar solo, pero prefería que alguien lo asistiera. El mapa lo había iniciado cuando Rogelio, el jefe de las Milicias Populares, fue

asesinado, y él tuvo que esconderse ante las amenazas. Tanto su madre como algunos muchachos de La Comuna eran sus ayudantes. Sin ellos resultaba imposible que su obra se culminara.

La casa no era la misma donde Machuca había tocado el día anterior. Alma y Pedro esperaban a que la desvencijada puerta se abriera cuando una señora los llamó desde una ventana próxima. Era una anciana con las trenzas cuidadosamente recogidas. Vestía una falda negra y larga, estampada con flores amarillas. Usaba alpargatas y tenía la cara blanca y sonrosada.

—¿Buscan a Ovario de Jesús? —preguntó.

Luego los guio por unas escalinatas. Sus pasos eran suaves y los gestos dulces. Entraron a un rancho de ladrillos pintados de verde. Iba anocheciendo porque el cartógrafo les había pedido que fueran a esa hora. La casa tenía una sala con muebles anaranjados. En las paredes había varias vírgenes. Ante una gran imagen del Sagrado Corazón de Jesús, enmarcada con sobriedad, ardía un inmenso cirio. Todo estaba limpio y en orden y el piso de cemento se veía brillante. Había una cocina y dos piezas internas cuyas puertas eran unos visillos de tela atiborrados de encajes. Atrás, un patio albergaba un lavadero y

el baño. Las ropas se secaban, en alambres, al sol vespertino. En un rincón, trebejos inservibles y viejos se acumulaban. La mujer dijo que esta era una de las entradas al taller de Ovario. Entre los chécheres que removió había palos de escoba, cajas de cartón, olletas. Una pared negra, al fondo, daba la impresión de que allí terminaba este cuarto de san Alejo. Pero la pared era, en realidad, una tela tensada que tapaba una puerta de madera.

Dieron unos cuantos pasos para entrar y el espacio se transformó. El efecto fue como si hubiese una prolongación leve e intermitente de las paredes. Las escalas provocaban no solo el descenso, sino un estiramiento que, por tramos, se encogía. La vaguedad de los contornos mareó a Alma, quien debió apoyarse en los hombros de Pedro. La señora iba adelante y continuaba conservando su contingente de creatura volátil. De hecho, ambos visitantes, para evitar el desequilibrio, miraban un solo punto del cuerpo de la mujer. Salieron a una terraza y se extrañaron porque ninguno de los dos percibió que hubieran subido. Desde ella, muy similar a la del día anterior, avistaron el paisaje de la noche, tachonado de luces altas y luces bajas. E ingresaron a otro patio donde había una puerta como la que habían franqueado minutos antes. Pedro sintió que no avanzaban y, en cambio, daban vueltas en torno a un mismo sitio. A esta impresión de repetición contribuían los pasillos con paredes en obra negra y el piso de cemento por donde caminaban. Eran corredores intrincados y esclarecidos por

pequeños bombillos. En algún momento, no precisaron cuánto tiempo después, la señora llamó a Ovario con su voz melodiosa y una última puerta se abrió.

El sistema de apertura consistía en un alambre que el cartógrafo podía tirar desde varios puntos. El taller era un habitáculo húmedo de fulgores mortecinos. Alma y Pedro entraron y se sintieron asfixiados. Pero no a causa del olor, sino por la dimensión misma del espacio, cuyo techo era demasiado bajo. Olía también a una mezcla de pintura y grafito. Y percibieron que en esta mezcla se entrometía una esencia ácida. No supieron si era la que emanaba de la orina del baño o de la de algún producto químico manipulado. A pesar de las muchas velas encendidas, y puestas en bancos, la luz se mostraba insuficiente para detallar los rasgos del cartógrafo y observar el mapa de la muerte.

Porque este fue el nombre que le dio. Lo acompañaba un muchacho que le facilitaba las actividades. La lectura de un libro, el paso de un material de pintura, algún bocado solicitado, la conducción al baño. El chico era calvo, vestía camisilla y bombachos y calzaba tenis. Los tatuajes cubrían sus brazos, el pecho y el cuello. Tenía una esvástica, una cruz, una media luna y una hoz. Y a estos símbolos los unía una serpiente de alas emplumadas.

La vida de Ovario había transcurrido en los barrios de La Comuna. Era adolescente cuando conoció a Rogelio. Gracias a las actividades de las milicias, el cartógrafo supo de los rincones más intrincados de la zona. Pretendíamos, dijo recostado en su silla y mirando sus manos maculadas por el grafito, que con la lucha revolucionaria transformaríamos el horizonte en que nos movíamos. Pronto comprendimos que lo nuestro no era más que otra manera de ocasionar el mal. Como siempre me gustó pintar, muy rápido me obsesioné con el mapa. Fue Rogelio quien me animó a hacerlo. Mis primeros esbozos sirvieron de manual de ruta para nuestros operativos. Varias veces él me pidió que, si lo sobrevivía, me dedicara a terminarlo. Será tu homenaje a los nuestros, me señaló. Lo que hago, de alguna manera, es cumplir una promesa.

También habló de su madre. Todavía planchaba ropa en las casas de Laureles y El Poblado. No dijo nada del padre. Ese silencio era suficiente muestra de que él no tenía mayor importancia en su vida. La mujer le preparaba la comida y lo cuidaba. Ella cree en Jesús y sus múltiples vírgenes, explicó. No para de decirme que atribuye a su bondad nuestra existencia. Yo no creo en esas cosas, pero comprendo que sin ellas mi madre no tendría fuerza para ayudarme. Comentó, al referirse a su obra, que a su trabajo lo nutría un sistema de notificaciones. Era como un teléfono roto, y sonrió al emplear

la expresión. Asimismo, dijo que se esmeraba para que las informaciones recibidas fueran exactas. Aunque no ahondó en lo que consistía esa exactitud. Solo mencionó a los muchachos de los barrios que se encargaban de comunicarle, cada día, los asesinatos.

Pedro preguntó, en una de aquellas visitas, por los libros. Estaban en pequeños estantes de los recintos adonde fueron. Los libros eran todos de ediciones piratas, o fotocopiados, o volúmenes viejos. Alma se dio cuenta, por el pequeño sello que ella misma había diseñado, de que varios provenían de la biblioteca del 20 de Julio. Al tomar el de Italo Calvino, lo sostuvo en la mano y le dijo: ¡Este libro es nuestro! Ovario desplegó una sonrisa mueca, que era tierna como la de un niño avejentado. Se excusó diciendo que lo había robado desde los tiempos de los acuerdos de paz. Acostumbraba ir a la biblioteca de doña Elsa, dijo. Confesó que, si no hubiera sido por esos libros que había leído allá, no le habría aconsejado a Rogelio que liberara a Javier Agudelo en la época de los reclutamientos. Junto a Calvino estaban Dante, Kafka y Borges. Forrados en papel periódico, como se hacía durante los períodos más represivos de la historia de Medellín, en otra repisa se reunían los autores políticos: Marx, Lenin, Mao, el Che.

La impresión del mapa era insólita. Pedro y Alma solo vieron fragmentos porque su extensión era inmensa. A esta dimensión habría que añadir su carácter inextricable. Al dilucidarlo, Ovario se apoyaba en un término que sonaba raro en su boca: representación. Como lo que usted escribe, dijo, lo que yo hago es una representación de la realidad. Pedro se dio cuenta de que la fotocopia del cuento sobre Antígona, distribuida en la biblioteca, había sido leída por el cartógrafo. Pero estas aproximaciones a lo real, consideraba, solo sirven a quienes las hacemos y a los que se interesan en ellas. Fuera de un círculo pequeño no sirven para nada. Y sentenció que los dibujos, los mapas, los cuentos y las canciones las hacían los ociosos.

—Realizando semejantes artificios —agregó— se nos va la vida.

—¿Ustedes —preguntó en otra ocasión— han leído a Dante? —Deslizó la silla de ruedas a partir de uno de sus mecanismos y fue adonde estaban los libros. Con esfuerzo se levantó para alcanzar uno de ellos. Al hojearlo, sonrió.

—Qué pena —dijo—, también es de la biblioteca de doña Elsa.

—Usted es un ladrón de libros y no un cartógrafo —dijo Alma.

—Soy lo segundo ahora. Pero en aquellos días era eso y también un asesino.

El jorobado hojeó el libro para buscar uno de los pasajes. Preguntó si conocían el destino que, según la Comedia, aguarda a quienes inflaman los espíritus para conducirlos a la guerra. Alma confesó no haber leído a Dante. Pedro había olvidado aquel castigo.

—Están despedazados de pies a cabeza —dijo Ovario—. Al que habla en el canto lo han hendido desde el cráneo hasta el bajo vientre. Se le ve el corazón en movimiento y los intestinos le cuelgan por las piernas. Las heridas se les cierran, pero un demonio, abriéndoselas, los mortifica de nuevo.

—Así me gusta imaginar —dijo al regresar el libro a su puesto— a todos los que han incendiado La Comuna.

—Usted también estaría ahí —afirmó Alma.

—Si existe ese infierno, seré el primero en condenarme —dijo Ovario y sonrió con un rictus de amargura.

El objetivo del mapa era elemental. Seguía una vieja preceptiva: homenajear a los asesinados. Pero ofrecía, al dibujarse, un viso más complejo. Ovario quería reproducir La Comuna. Él hablaba de representación, pero se veía que lo suyo estaba fundado en la copia. Por tal motivo, en la medida en que iba siendo plasmada, con sus barrios y sectores, La Comuna adquiría perspectivas de un derramamiento imparable. Pedro y Alma solo conocieron las partes dedicadas a El Salado, a las Independencias, al 20 de Julio. Las otras, según entendieron, estaban guardadas en las habitaciones de otros ranchos que se comunicaban a través de un sistema embrollado de terrazas, puertas, escaleras y diversos guías.

El mapa no era más que una sucesión de pliegos. Una serie de dobleces diseminados sobre una tela integrada por papeles unidos con cosedora, colbón y engrudo. Ovario tenía la ilusión de que algún día su mapa pudiera exhibirse en algún sitio. Pero sabía que eso no sucedería jamás. Al señalar en el papel, con diferentes signos, el lugar de la muerte, era consciente de que su cartografía carecía de final. Esa era, al menos, su observación. Se consolaba, incluso, afirmando que todo arte

era irresoluto y por ello mismo imperfecto. Estas disquisiciones las hacía en medio de la marihuana que él, como sus colaboradores, fumaban incesantemente.

El mapa, o lo que pudieron ver de él, se regaba por el piso. Ascendía en las paredes como una yedra. Rodeaba el marco de las ventanas y las puertas. Hasta en los baños y en las cocinetas se extendía esta abigarrada imagen de Medellín. Ovario decía, intoxicado acaso por sus lecturas, que en su mapa se condensaban todas las coordenadas. Es como un espejo mágico, precisaba, y repetía que de la misma manera en que en una columna cabía el universo, en su cartografía luctuosa cabía toda la ciudad.

El mapa provocaba vértigo. Observarlo significaba confrontar un perfil más de la aniquilación. La última vez que visitaron al cartógrafo fueron acompañados por Machuca. El muchacho no solo quería mostrarle a Pedro las letras de sus últimas canciones, sino que, esa noche, a él le correspondía transmitir las noticias. Ovario se veía más demacrado que nunca. Los ojos los tenía irritados. Tal vez había llorado antes. Quizás se la había pasado todo el día fumando yerba. O acaso estaba estreñido desde hacía días, pues era uno de sus males crónicos.

Machuca se paró y le dijo, como si recitara una letanía: “Fue ayer. En las primeras horas de la noche. En el cruce de las esquinas opacas. Arriba del parqueadero donde arreglan buses y volquetas. Una sola. En la frente de Braulio, el grafitero”. El cartógrafo, mientras escuchaba los detalles, buscaba el lugar del mapa. Era la primera vez que Alma y Pedro lo veían trabajar. Con un susurro penetrante, situó el punto del ajusticiamiento. Pero antes fue nombrando los sectores por donde iban pasando sus manos: El Hoyo, El Seis, Terrígenos, El Morro, La Escombrera. Recogía aquí y allá, con cuidado, los tramos de papel. Y era como si La Comuna respirara agitadamente bajo los trazos. Porque todas las calles y callejas estaban delineadas y las escalinatas se perfilaban con minuciosidad.

Pedro se inclinó sobre el mapa. Vio personas pequeñísimas que ascendían y bajaban. La Salada fluía por las faldas montañosas hasta llegar a los barrios bajos y había árboles y arbustos en sus lindes. Incluso su cauce, concluyó Alma, se podía escuchar. Las iglesias elevaban sus torres por encima de los ranchos apretujados. Y estaba plasmado el cielo. En él, una figura se trazaba a partir de las estrellas. Esto conmovió a Alma porque distinguió a Orión, actuando como ángel y demonio. Cada sitio de El Salado estaba allí dibujado con un grafito que oscilaba del gris al negro y pasaba por una gama de matices cenicientos. Solo bastaba que sobre el mapa el cartógrafo pusiera, con cada

muerte, una cruz diminuta y el nombre del ultimado.

Orión tenía muchos sentidos. El vínculo del guerrero con la orina. El de las sucesivas persecuciones y venganzas. El de los amores contrariados. Había uno que lo relacionaba, según una de las versiones del mito, con las montañas donde nació. En el mapa de La Comuna, Orión estaba sobre ellas, en los límites que hacían los barrios Eduardo Santos, Antonio Nariño y El Salado. Alma preguntó, y ya iban bajando los dos hacia la estación de San Javier, por qué a los militares se les había ocurrido poner un nombre hermoso a una operación cruel. Se rumoraba que la denominación de esas jornadas empezaba con la letra del mes en que ocurrieron. Pero esta era una explicación acomodaticia. El nombre, especulaba Pedro, obedecía más bien a una prolongación de la poesía y la guerra, del mito y la represión, de las formas en que las constelaciones del firmamento se entrometían en la construcción de los estados policivos. Era como si un referente lírico, proveniente del pasado, modelara acciones de las instituciones militares venideras. Ya Homero, continuaba Pedro, en la Ilíada llama a

esa estrella perro de Orión, cuyo brillo es tal que acalora excesivamente a los míseros mortales. En todo caso, a él y a Alma les parecía fabuloso que en lo alto de La Comuna hubiese, extendido en varios ranchos, un modelo extravagante que pretendía contenerlos. Y suponían sonrientes que, al recorrer esas encrucijadas elevadas, lo estaban haciendo realmente dentro de la obra del cartógrafo.

Pedro sospechaba, por lo demás, de las grafías provenientes de un delirio. La Comuna era un territorio propenso a dechados así. Toda ciudad, por más planificada y controlada que fuera, por más operativos militares que se hicieran sobre ella para expulsar unas aberraciones e implantar otras, entraba en el dominio de lo impredecible y lo fantasmal. Alma creía, por su parte, que para escapar de las tiranías de lo real bastaba con mirar el cielo. Pero ¿era Alma un talismán? ¿Un escudo? ¿Una clave secreta? ¿Una coyuntura a partir de la cual Medellín se transparentaba? Podría ser todo eso junto. O ser lo uno o lo otro. O algo todavía más misterioso. Pero de lo que estaba convencido Pedro era de que, sin su presencia, lo que buscaba en La Comuna resultaba arduo de encontrar. Ella seguía detallándole el cielo para que comprendiera el diseño de Orión. Fue Alma quien lo paseó por las platabandas floridas del convento de la Madre Laura, y le presentó a Rafaela para que escuchara de su boca la historia de su congregación en el nacimiento y desarrollo de los barrios. También fueron juntos a las casas de las mujeres que habían fundado las Juntas de

Acción Comunal y él escuchó cómo fueron aquellos distantes convites. Y cuando se encontraban en el apartamento de Calasanz, Pedro comprendía que el cuerpo de Alma era aquel hilo prodigioso que lo guiaba por la escritura de una novela en la que los dos eran protagonistas.

Los paramilitares

Las Milicias Metropolitanas, después de la expulsión de Luis, fueron dirigidas por Eulalia y Alfredo. Ella se encargó de la distribución de las pagas de los milicianos y ayudó a sus servidores más leales. Él controlaba las finanzas de la

organización y recogía los impuestos de seguridad que venían del comercio, el transporte y el vecindario. Y fue de la mano de ambos que el secuestro ingresó a La Comuna. Contactaban a personajes del hampa (integrantes de las bandas del Mago, policías corruptos, guerrilleros depravados) para que capturaran al sujeto escogido. Al principio secuestraron a los ricos. Más tarde, a gente de clase media. Hasta que se hicieron adictos a una modalidad denominada pesca milagrosa. Esta era tan simple como efectiva. Tiraban sus redes: el que cayera se iba para La Comuna, y sus familiares debían pagar el rescate.

Las familias, en ocasiones, no entregaban la compensación exigida y como respuesta Alfredo ordenaba las ejecuciones. La Comuna se convirtió entonces en una procesión de civiles vendados y la red de los cuartos donde los introducían era tan intrincada que hasta los guías mismos se perdían. Los llevaban, finalmente, a sitios umbrosos y les daban una comida pachucha: sopa avinagrada, arroz en grumos y hueso de res sin carne. Eulalia y Alfredo, con el dinero que recibían de los secuestros, pasaron de ser insurgentes mendicantes a maleantes opulentos en aquellos barrios de miseria. Consiguieron, a través de los enlaces dejados por el comandante Luis, un armamento más sofisticado. Premiaron a sus mejores hombres con residencias cómodas y adquirieron inmuebles cuyos acabados internos hacían babear a quienes los veían. En ocasiones, Eulalia y Alfredo se ponían elegantes y bajaban

hasta los tenderetes del Hueco para hacer sus compras.

Fue en medio de estos oropeles cuando un día cuarenta hombres armados entraron a La Comuna. Venían en una volqueta que vomitaba humo negro, como si fuera una locomotora de otros tiempos. Ascendieron por la calle 92 y pasaron al frente del convento de la Madre Laura. En uno de los jardines exteriores, Rafaela regaba unos sanjoaquines en flor. Levantó la cabeza y vio, entre la nube tóxica, los hombres con una bandera que decía FARC. El corazón se le apretujó, se persignó y varios padrenuestros surcaron su boca. El vehículo dio un giro, subió a través de otras curvas y, en los límites de Las Independencias, descargó a los guerrilleros. Días antes, los jefes de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia habían decidido incursionar en La Comuna. Su objetivo era instalar, de una vez por todas, su noción de guerra urbana en Medellín.

Este primer contingente lo que encontró no fue la resistencia de las autoridades del Estado, pues estas no existían o existían a través de su ausencia, sino la desconfianza de las milicias. Estaban, por una parte, los grupos controlados por el Ejército de Liberación Nacional: las Milicias Metropolitanas dominaban desde Los Alcázares hasta Blanquizal, y desde La Pradera hasta El Metropolitano; las Milicias América Libre

gobernaban en San Javier y el 20 de Julio; y las Milicias Redentoras, Villa Laura. Por otro lado, y evidenciado el fracaso de los acuerdos de paz con el comandante Rogelio, algunos que no se fueron hacia el bando de Luis y Matías crearon otro grupo: Comandos Armados del Pueblo, y se radicaron en El Salado y Nuevos Conquistadores.

El Turpial, así le decían al nuevo comandante de las FARC, se adueñó de Las Independencias. Silbaba tanto al hablar que se ganó ese remoquete. Era grueso, bajo y grasoso. Llevaba un poncho que tenía los colores amarillo, azul y rojo y en él ondeaba la sigla de su organización. Las prácticas militares que implementó se diseminaron por La Comuna como un modelo. Mandó reclutar adolescentes y en un dos por tres estos aprendieron a manejar armas y explosivos. Hablaban a las familias y, con unos mercados de papa, arroz y plátano que les suministraban, les echaban el cuento de que los guerrilleros eran los liberadores de la opresión capitalista. A los niños, por su lado, les daban un juguete y los convencían con la otra fábula de que vaya donde don Facundo, el señor de la tienda de la esquina, y le entrega este paquetico. Como el Turpial poseía una imaginación avispada, a estos niños mensajeros, que transportaban armas por los barrios, los bautizó Carritos.

Los nuevos guerrilleros empleaban las canchas deportivas para

hacer revistas y paradas. Sacaban su bandera, que era la de Colombia con un mapa del país en la mitad, un par de fusiles cruzados y un libro abierto, y exigían a sus seguidores cantar himnos y recitar poemas en los que se alababan la resistencia civil y la vida castrense. Y a la manera de los grupos que los precedieron, continuaron cobrando impuestos de seguridad a los graneros y a las tiendas, a los taxistas y a los buses, a las ladrilleras y a las volquetas que subían a La Escombrera y a las areneras. Con el dinero recolectado no solo se financiaban, sino que compraban mercados para los hogares más necesitados. Al inicio, no implantaron las vacunas para todo el mundo, pero cuando estalló la guerra con los paramilitares y la policía lo hicieron sin hesitaciones. Aunque lo que les otorgaba más dinero era el secuestro y lo que les pagaban para que el polvo blanco pasara por sus territorios.

Fueron los Comandos Armados del Pueblo los que coordinaron la que sería la última invasión de La Comuna. A unos que venían de Urabá, huyendo de las matanzas generadas por la guerra, el comandante Marcos ordenó que los instalaran en lo alto de El Salado. Eran familias integradas por mujeres y sus hijos, pues los padres habían caído en las continuas masacres. Las milicias les dieron el terreno para que vivieran y fueron mediadores en las trifulcas surgidas con el vecindario. Los nuevos habitantes, al ser negros, propiciaron la incomodidad en quienes ya estaban instalados en las lomas. Bajando o subiendo los peldaños o atravesando las rúas, los viejos habitantes se

tapaban las narices y decían: ¡Huele a fo! Marcos, que intentaba reducir ese racismo atávico, les explicaba que Fo había sido un negro rebelde y que para rebajarlo los blancos inventaron la expresión. El comandante, que era leído, los prevenía sobre el funesto anhelo de propiedad que hay en todo humano. Les pedía, por otro lado, que no arrojaran sus necesidades por ahí. Y aconsejaba emplear la palabra "excremento" y no decir "popó", porque este había sido un reino de africanos negros degradado por la lengua expoliadora. Y resultaba cierto que la mierda era lanzada en bolsas y caía en los techos de los ranchos de abajo, lo cual desencadenaba discusiones y peleas. Los Comandos Armados, con sus intervenciones, lograban suavizar los conflictos. Marcos aprovechaba también para pedirles a los adolescentes y a sus madres trabajar para su causa. Les decía que lo que les aguardaba en la urbe de abajo era ser emboladores, bulteadores, vendedores ambulantes, sirvientas y prostitutas. O trabajar como albañiles en los edificios de apartamentos que se construían con el dinero proveniente de los negocios dejados por el Mago. Recalcaba que contra el capitalismo había que pelear hasta la muerte. A Marcos lo respetaban no solo por su verbo, sino porque era un miliciano distinto en unas coordenadas donde los pilares de la revolución estaban completamente gangrenados. Él, que sería uno de los últimos comandantes de La Comuna, era sencillo y respetuoso. Prohibía el reclutamiento de niños y aceptaba que los menores de edad ingresaran a los comandos solo a partir de cursos de

formación política.

Entre aquellos desplazados de Urabá estaba Esenia Ocoró. Era hermosa y al caminar quien lo hacía era su caderamen distinguido. Atrajo inmediatamente a Marcos, hombre blanco como la leche, que se desvivía por las mujeres negras. Por tal razón, ordenó que les dieran a Esenia y a su hijo uno de los mejores lotes y ambos gozaron de la mano de obra en los trabajos de la construcción. El muchacho se llamaba Luis y había heredado de su padre, un cantante de vallenatos que se topó con la muerte en una fiesta de campesinos bananeros, el talento para la música. Luis Ocoró se sabía de memoria muchas canciones y su madre lo estimulaba para que hiciera sus propias obras. En las navidades, en las fiestas de cumpleaños, en los matrimonios, Luis se ganaba el dinero entonando villancicos y baladas sentimentales, que acompañaba con la guitarra dejada por su progenitor.

Durante un tiempo, los grupos milicianos se disputaron los sectores de La Comuna. Como consecuencia de estas rivalidades surgieron las fronteras invisibles. El fenómeno era un dibujo hecho en el aire y, en esta dirección, evanescencia pura. Se trataba, en realidad, de una marcación geográfica nacida de las entelequias de la guerra. Porque, en efecto, nadie podía ver las tales fronteras. A veces parecían bordear una

ventana, una puerta, un corredor o una calle, y la población las enfrentó siempre como un enigma. Por ello mismo, para ir de sus casas a otros sitios tomaban vías diversas. Aunque el problema era que si las fronteras no se descifraban, la vida podía perderse por una bala disparada desde cualquier parte. Los milicianos decían, repitiendo una fórmula pasada, que de aquí para allá era el territorio de los unos, y de este lado arriba y hacia abajo era el de los otros. Solo a unos cuantos, beneficiados por su oficio o protegidos por quienes mandaban, se les permitía franquearlas. Luis Ocoró, con su voz y su guitarra, era uno de los que podían moverse sin mayores tropiezos.

Las fronteras actuaban como un empadronamiento que no estaba redactado en ningún papel ni se había puesto en acta alguna. Lo que trasuntaban era, sencillamente, la orientación de los guerreros. Al clarificarse los límites, una sentencia de Mao Tse Tung emergía como un mojón. En el aire se levantaba la metralleta y su portador decía: “Los linderos proceden del cañón de mi arma”. El empadronamiento servía también para otras cosas. No solo se erigía como una forma de control a habitantes acorralados, sino que se empleaba para ofrecer apoyo a quienes lo necesitaran. Si alguna familia, que eran casi todas, no tenía para pagar los servicios de la luz y el agua, el grupo armado las estimulaba a olvidarse del impuesto y más bien las ayudaban a quitar la nomenclatura del rancho y así embolatar a los emisarios de Empresas Públicas. Para glosar

estos comportamientos de la desobediencia civil, traían de La Universidad estudiantes de economía, derecho y educación. Eruditos en la explotación ejercida por los ricos sobre los pobres, los universitarios eran escuchados. Leían fragmentos de libros que forraban en papel periódico para despistar a quienes los perseguían por ser bandidos disfrazados de universitarios. Exponían cómo un complot de fuerzas tenebrosas del Estado y los grupos paramilitares estaba diezmando a los defensores de los derechos humanos. Argumentaban que en ese exterminio no solo caían los activistas del proletariado, sino intelectuales de las clases altas que habían sido capaces de denunciar ese poder que se estaba extendiendo por el país como una carcoma. Y se indignaban contando de qué modo los escuadrones de la muerte habían asesinado a los doctores Aguinaga, Botero, Velásquez, profesores de La Universidad de donde ellos provenían. Las personas, al escuchar estas monsergas, comprendían que ser revolucionario consistía en ser algo así como un menesteroso, apoyar a los milicianos, no pagar impuestos, abominar del gobierno y admirar a quienes habían ofrecido su vida en defensa de los más humildes.

Las asambleas populares, por otro lado, se fortalecieron y tuvieron una asistencia nutrida. Las milicias hacían allí las deliberaciones, las proclamas y los ajusticiamientos. En uno de ellos habrían de condenar a Eulalia y Alfredo. Estos comandantes se habían enriquecido tanto, con los secuestros

cometidos y las vacunas desproporcionadas, que despertaron las sospechas de los dirigentes del Ejército de Liberación Nacional. Sin embargo, cuando se les trasladó a la cancha para el juicio, ambos aprovecharon un descuido de los vigilantes. Saltaron por la ventana de la casa donde estaban detenidos. Esta daba a un solar y este a una calle y esta los sacó a unos recovecos ya conocidos. La explicación de su salvación inesperada muchos la atribuyeron a que habían sido rezados por un brujo indígena que vivía en lo alto de Blanquizal. Eulalia y Alfredo escaparon de La Comuna disfrazados de campesinas antioqueñas. Luego tomaron la dirección de Caldas, donde alguien los recogió para conducirlos a Cali y sacarlos hacia Ecuador. En el país vecino, con el dinero que habían recolectado, pudieron vivir holgadamente.

Fue durante un Festival de la Cerveza —así denominaban a los jolgorios que los Comandos Armados del Pueblo organizaban para que los habitantes de sus dominios se divirtieran— cuando supieron de la primera incursión paramilitar. Marcos escuchó que el operativo había sido en la frontera con Belén Altavista. Pero al Turpial, al día siguiente, le avisaron sobre otra escaramuza por San Cristóbal. Y al Gordo, el comandante de las milicias América Libre, le contaron de un ataque más en los límites con Robledo. Esta vez eran grupos de jóvenes equipados con camuflados y capuchas. Emergían de la noche sin hacer ruido, aunque por donde circulaban dejaban una estela de animales sacrificados. Era lo primero que hacían.

Tomaban al perro que les quería ladrar, o al gato que se ponía enhiesto para maullar, y los degollaban con sus puñales. Los cinturones de balas que atravesaban sus pechos, en cambio, estaban destinados para los milicianos. Y quienes no escondían sus rostros, se lo pintarrajeaban con el matiz de los abismos, o con los colores de la bandera de Colombia. En los uniformes sobresalía la sigla BCN, que significaba Bloque Cacique Nutibara.

Los nuevos emisarios de la tribulación, en sus ratos libres, se tatuaban los cuerpos. Gustaban de las vírgenes bienhechoras, de las calaveras sonrientes, de dragones escupidores de fuego. En veces, escribían sobre sus pechos o antebrazos el nombre de sus madres naturales, o el de sus novias amadas. Y siguiendo un hábito de los guerreros de La Comuna, se hacían cerrar sus cuerpos con rezos ancestrales para que las balas no los penetraran. Debían en todo caso cumplir varias órdenes en esas primeras jornadas que Bejarano denominó “Irrupciones del orden nuevo”. La primera de ellas era sembrar el terror. No solo en el enemigo, que terminaría enfrentándolo de manera similar, sino en la gente.

Con rapidez, los paramilitares se apoderaron de Juan XXIII y Blanquizal. Lo mismo sucedió con Belencito Corazón y Villa Laura, con Eduardo Santos y El Socorro. Y se fueron

imponiendo con un sistema que recordaba una modalidad lejana: a los milicianos vencidos se les respetaba la vida si se unían al nuevo regimiento. Ahora bien, la conformación de los escuadrones paramilitares era muy diversa. Había integrantes de pequeñas, medianas y grandes bandas, trabajadores del polvo, antiguos guerrilleros, antiguos policías, antiguos soldados. A todos, Bejarano los sedujo con salarios atractivos. Y frente a las otras bandas que, desde los tiempos del Mago, seguían controlando varios sectores de La Comuna, mutaron una vez más de nombre. Ahora se llamaban Héroes de la Nueva Granada, Artilleros de Antioquia, Centauros de Medellín, Heraldos de La Comuna. Incluso hubo un grupo, cuyo fundador era un católico energúmeno, que se proclamó Autodefensas de la Madre Laura. La velocidad de sus acciones obligó a que los mandos de las milicias se reunieran con premura. El enemigo ahora era pujante. Y esto se debía a que, junto a las incursiones en cascada de los paramilitares, la policía y el ejército efectuaban sus operaciones respectivas. En una de sus casas de El Salado se citaron Marcos, el Turpial y el Gordo. Allí llegaron, a través de túneles que solo transitaban ellos, Ciano, la Flaca, Ojo de Vidrio y la Mona. Deliberaron todo un día. La estrategia que les estaban haciendo, dedujeron, era la del sánduche. Por los barrios de arriba atacaba el Bloque Cacique Nutibara y por los de abajo, los ejércitos del Estado. Pero los milicianos creían que con un apoyo proveniente de los campamentos de la guerrilla, unido a un reclutamiento obligatorio en escuelas y colegios, podían aguantar. Elaboraron un mensaje, repartido en las zonas que todavía dominaban,

cuyo precepto era denunciar al enemigo y combatirlo a como diera lugar. Idearon, igualmente, un lema que asumieron como un dogma: En La Comuna todos somos Milicias. Y que quede claro, exclamó Marcos, si nos sacan de aquí, lo harán por encima de nuestros cadáveres. Puso la mano en su fusil y dijo con vehemencia: ¡Combatir, resistir, vencer! Fue con esta declaración de guerra como La Comuna entró en la fase más fragorosa de su historia.

¿De dónde venían los paramilitares? De afuera de Medellín, pero también de su propia entraña. La ciudad los producía como a las silletas, los guarnieles y las trovas. Aunque su fecha de nacimiento se difuminaba en las nieblas del pasado, los de ahora gozaban de un apoyo que provenía de las tierras cordobesas. Allí se levantaban las haciendas donde entrenaban las huestes guiadas por mercenarios de Estados Unidos e Israel. Pero como en Medellín y sus municipios aledaños los grupos de autodefensa eran vistos con admiración beata, no tardaron en solicitarlos. A los de Córdoba los regentaban unos hermanos que, luego de la muerte de su padre, secuestrado y asesinado por las FARC, juraron erradicar a los marxistas asesinos de sus regiones. Era cierto que todo lo oliente a esta ideología —defensa de derechos humanos, planteamientos democráticos, universidades públicas, juntas comunales, sindicatos obreros, intelectuales críticos— debía ser borrado para beneficio del país. Con todo, los Castañuela, ese era el apellido de los hermanos, también comerciaban con el polvo. Habían

participado en la persecución y muerte del Mago y se convirtieron en los herederos de su patrimonio. Y la verdad es que si se pudiera delimitar sus anhelos más legítimos, los Castañuela se habrían quedado en sus fincas vastas por donde pasaban los kilos del polvo bien empaquetado. Pero en la Cuarta Brigada de Medellín, a un general llamado Manotierna se le ocurrió acudir en su ayuda. El general creyó que el último de los hermanos, un benjamín que había trabajado con el Mago y tenido una formación de mercenario en un kibutz de Tel Aviv, sería la salvación.

Y, en efecto, este Castañuela brotó como la gran solución. Envió a dos de sus hombres de confianza, Bejarano y Cerón, para que exterminaran a los milicianos del valle de Aburrá. A Cerón le dijo: Ocupate vos del oriente y sus municipios, y a Medellín dejá que Bejarano se lo devore todo. Los dos líderes se entendieron tan eficazmente con la policía y el ejército que sus fines prosperaron. Limpiaron del horizonte no solo las sabandijas de la izquierda, sino que también se ocuparon de los mendigos, los drogadictos, los homosexuales y los ladrones. Fueron convenciendo a la gente de que pusieran en sus puertas y ventanas una consigna que parecía un distintivo cultural: En Medellín todos somos autodefensas. Pero, con el correr de los días, los dos hombres entraron en conflicto. Eran muy disímiles sus naturalezas pese a que se asemejaran tanto en la certidumbre de que al enemigo había que derrotarlo a punta de terror. En realidad, no se sabía cuál de los dos amedrantaba

más. Si Bejarano, con su pata de palo y su mirar errado; o Cerón, que parecía un don nadie con el bigote mustio y un talante rebuscado al hablar. Este cabecilla poseía una aureola de maleante puro porque detestaba a los narcotraficantes. Lo suyo era pelear solo contra los guerrilleros y los milicianos, darlos de baja y desaparecerlos. Bejarano, por su parte, enardecía el hogar de su potestad con el combustible del polvo y lo decía en voz alta como si fuera una proeza. A ese ritmo de oposiciones no tardaron en pelearse, y aquello fue como si dos perros rabiosos se mordieran las fauces. Bejarano venció a su oponente y dejó un surco de cadáveres que nadie en Medellín ha podido precisar.

El Bloque Cacique Nutibara, como antesala de la Operación Orión que realizarían la policía y el ejército, se pudo tomar El Morro, en lo alto de El Salado. Los paramilitares lo hicieron en la noche de un sábado de junio. Días antes les habían cortado la cabeza a varios perros y las colgaron de un palo de mango. Los residentes, atemorizados, buscaron al comandante Marcos. Este, que enfrentaba al Bloque en Nuevos Conquistadores, mandó a varios de sus hombres. Por unos días hubo una tranquilidad tensa. Los grafitis bastos de los paramilitares no fueron borrados, sino que encima, o debajo de ellos, las milicias estamparon los suyos, que eran también de baja estofa. Y es que durante un tiempo la guerra se hizo con esas frases desmañadas que ninguna pintura parecía capaz de borrar.

Ese sábado en la noche, Luis Ocoró cantaba. Los oyentes estaban cautivados porque, acompañado con su guitarra, el juglar entonaba una de las últimas canciones que había compuesto. Era la primera vez que la ofrecía al público. El auditorio lo conformaban amigos suyos. Se reunían de tanto en tanto para cantar, oír música y leer poemas. Aquella vez escuchaban la historia de Rafaela, la monja que le oraba a Dios y, a la vez, se enfrentaba con los guerreros de La Comuna. La canción iba terminando con un coro de remembranza afro —"Rafaela, madrecita, protégenos con tu palabra / Rafaela, mujercita, danos fuerza con tu actuar"—, cuando una de las chicas que estaban allí, Alma Agudelo, levantó la mano. ¡Escuchen!, dijo.

Entonces salieron al balcón y vieron el fuego en la parte alta de El Salado. Ocoró pensó en su madre. Alma le aconsejó esperar a que el fragor de los disparos amainara, porque él quería subir. Me dejarán pasar, siempre me dejan si les canto y les bailo, respondió. Minutos después, Luis ascendía por el sector de El Seis cuando un río de gente se le vino encima. Mujeres y niños —en sus manos una cobija, una olla, una maleta— daban voces. Se lamentaban por los ranchos incendiados. Ocoró distinguió a su madre con bolsas llenas de enseres. Lo están quemando todo, dijo Esenia. Se ensañaron con Trotski y lo decapitaron. Ocoró tuvo dolor por su perro y abrazó a su

madre. Con los demás bajaron las escalinatas en dirección a la iglesia, pues esperaban refugiarse allí. Pero el párroco impidió que la multitud entrara al templo. Él mismo puso trancas en las puertas y amontonó delante de ellas todas las sillas. ¡Ábranos, por favor!, le gritaba la gente. ¡Aquí no entran comunistas!, les respondía el cura. Entonces alguien propuso que fueran al liceo. Le pidieron al vigilante agua para una anciana que se había desmayado y, de un envión, los huyentes se apropiaron de los corredores y los patios.

Estos acontecimientos marcarían el inicio del tobogán. Un tobogán moldeado por el ímpetu de los enfrentamientos. Fue la época en que los habitantes de La Comuna no se acostaban sobre los colchones, sino que se cobijaban con ellos. Había tanta zozobra que nadie dormía solo. Clausuraban las salas y las familias se metían con cobijas, almohadas y ropa en los baños y las piezas. Para que las balas no entraran en los ranchos, algunos sellaban las ventanas y las puertas con más ventanas y más puertas que hacían con cartones y papel periódico. Muchos se aferraron a la idea de que protegían más las oraciones que los objetos de que disponían. Y sucedió que si los viejos se afeitaban en los baños, o las muchachas se bañaban a cocadas en los lavaderos, o las mujeres daban seno a sus bebés, hasta ellos llegaban las perdidas balas.

Los hombres de Bejarano muy pronto se movieron del dominio de la noche al del día. Iban a los colegios, guiados por algún informante, sacaban a los estudiantes por colaborar con las milicias y se los llevaban para La Escombrera. La hermana Rafaela, para entonces, había sufrido un accidente en un bus de Girardota y sus piernas quedaron paralizadas. Pero en el convento oraba y pedía amparo al Señor Jesucristo. Antonia, Ramona y Maruja se encerraron también en sus casas y, desconcertadas, se pusieron a llorar.

Viéndolas, a alguien se le ocurrió que si todos hacían lo mismo podrían resistir. Propuso que, a la medianoche, se reunieran en una de las canchas deportivas. El llanto generalizado haría recapacitar sin duda a los bandos confrontados. Durante varias noches veinte mujeres vertieron sus lágrimas a la intemperie y lo hicieron hasta la madrugada. Pero así el eco del llanto hubiera conmovido a quienes lo escucharon, los militares las reprendieron. En sus casas pueden lamentarse el tiempo que les dé la gana, dijeron, y las plañideras fueron silenciadas.

Lo que sí logró reunir a muchos, en cambio, y sacarlos de sus casas a plena luz del día, fue la Operación Mariscal. La policía y el ejército pensaron que les sería posible controlar los barrios y vencer a las milicias de una vez por todas. Ofendida porque su autoridad no era obedecida en estos sectores, la policía

penetró ferozmente. Las acciones comenzaron muy temprano. Los habitantes escucharon de nuevo desencadenarse las detonaciones. Para aumentar la intimidación, y como habrían de hacer más tarde en Orión, los guardianes del Estado cortaron el fluido eléctrico. Abrumada por tanta balacera, enclaustrada en sus casas, la gente aguardó a que la normalidad volviera con la luz del día.

Alma Agudelo, en su casa del 20 de Julio, se quitó las cobijas y salió de debajo del colchón. Fue apartando, uno tras otro, los cartones y los muebles. Entró al baño y allí se miró al espejo. ¡No más!, dijo, despojándose de su pijama. Desnuda se dirigió a la cómoda y, sacando varias sábanas blancas, se trajeó con ellas. Enseguida arrancó de las plantas, que tenía en su cuarto, unas cuantas hojas para apretarlas con su mano. Su madre y su hermano, al verla, le preguntaron si se había vuelto loca. Alma salió a la calle con esas prendas y bamboleó, con su otra mano, una toalla a modo de bandera. Su familia decidió acompañarla. Y lo hicieron más personas con más toallas, sábanas y prendas del mismo color. Detrás de Alma se fue formando el gentío. Ante él, que descendía por las callejas y las escalinatas, cesaron los disparos: ¡No más!, gritaban los habitantes, ¡fuera la guerra! Y por primera vez se escuchó con nitidez la aplastada voz de La Comuna.

Este espejismo, empero, duró muy poco. La policía y el ejército, presionados por los medios periodísticos, se retiraron pero difundieron la versión de que el enemigo había hecho salir a los residentes de sus casas para que actuaran como escudos. Y al otro día, al amanecer, los combates se reanudaron con más fuerza. Las milicias habían celebrado el fracaso de la Operación Mariscal, pero se dieron cuenta de que estaban debilitadas. Una contrariedad progresiva los fue cercando. Marcos se sentía engañado porque quienes se habían tomado el liceo terminaron aceptando ayudas del alcalde Peralta. Esenia Ocoró se atrevió a confrontar al comandante. Le explicó que tenían hambre y había enfermos, y que solo un insensato podía pensar que recibir apoyo de quien tenía la obligación de darlo era un acto de traición. Lo que pasaba es que Marcos, cada vez más desesperado, empezó a caer en comportamientos extremos. Estuvo de acuerdo con que a algunos paramilitares, dados de baja en combate, se les utilizara como cadáveres bomba. Le pareció oportuno sembrar de minas quiebrapatas el tramo que comunicaba El Salado con el Eduardo Santos. Y terminó aprobando el reclutamiento de adolescentes para la guerra.

Un día, Marcos se enteró de que la policía era asesorada por la Fiscalía. Tenían listas con sus nombres y sus domicilios para detenerlos y encarcelarlos. Consciente de la nueva operación militar que se avecinaba, el comandante ordenó cambiar el nombre de las calles y la nomenclatura de las casas. Las

alteraciones las hicieron en la noche y El Salado y Nuevos Conquistadores amanecieron envueltos en la perplejidad. Las personas hacían sus recorridos de memoria, orientadas por la costumbre de sus caminatas consuetudinarias, pero cuando notaron que números y nombres eran otros, la confusión se apoderó de ellas.

Peralta había enviado a uno de sus representantes al liceo donde estaban los desplazados. Era un joven de gestos melosos y de pelo fijado con gomina. Por su intermediación, la Alcaldía de Medellín prometió mercados, empleos y viviendas. Pero junto a estos ofrecimientos quedó ondeando la impresión de que quienes dormían en los salones eran pobres porque ellos mismos lo habían decidido. Ustedes, señaló la voz aflautada del funcionario, tienen que escoger: o la prosperidad o la miseria. La prosperidad está con nosotros; la miseria, con los revoltosos. Y era como si Peralta, al modo de un padre benemérito, les reclamara a sus hijos bastardos sus andanzas equívocas. Luis Ocoró, al escuchar la arenga en compañía de su madre, concluyó que ellos eran unos imbéciles que en lugar de vivir en el confort preferían vivir en la penuria. Tal vez sea verdad lo que dice la Alcaldía, se atrevió a opinar alguien a su lado, que seamos tontos desafortunados. Y quizá sea cierto, replicó uno más, que la violencia no sea producto de nuestra llevadez, sino de la falta de militares buenos que nos vigilen. Luis se entretuvo con esas como quisicosas y se dijo que, a partir de ellas, compondría algo titulado “Las causas

supremas”. Pero no pasó mucho tiempo para que se dieran cuenta de que esas promesas eran también otros juegos de palabras.

Los milicianos, entretanto, ubicaron en ranchos a los que habían perdido sus viviendas durante el incendio de El Salado. La estrategia consistió en expulsar a quienes apoyaban al Bloque Cacique Nutibara. La Comuna se convirtió por un tiempo en un vaivén de familias que iban y venían empujadas por las conminaciones de unos y la protección de otros. Ante estos atropellos, el padre Serafín también intervino. Era un hombre que había trabajado en prisiones para orientar el descarrío que suele agudizarse allí. Se decía que con sus consejos las pasiones más bajas y las inteligencias más retorcidas hallaban puerto en la sensatez. Desde que la guerra se había exacerbado en La Comuna, Serafín le daba vueltas a la posibilidad de hacer un acuerdo de paz con los bandos armados. Los feligreses de Juan XXIII y sus colegas de otras parroquias le decían que ni la palabra de Dios, ni la fe que se podía tener en ella, poseían el don de apaciguar a los demonios de los barrios.

Pero Serafín era terco. El cuerpo fornido, la voz de barítono y las manos velludas les otorgaban cierta seguridad a sus faenas. No parecía un sacerdote que impartiera misa, sino un gañán del

campo que rezaba. Cuando decidió, finalmente, que propondría un acuerdo, su temperamento se fortaleció. Confiando en su ángel de la guarda, salía solo y sin ninguna comitiva, y capoteaba el riesgo. Después de las balaceras, o antes de que se iniciaran, salía con los brazos en alto y, sosteniendo una gran cruz de comino, hacía llamados a la reconciliación. Las amenazas no demoraron en presentársele. Pero con una claridad proverbial, Serafín declaraba que él no encarnaba ni al Estado, ni a los milicianos, ni a los paramilitares. Que obraba por mandato de Dios y que solo su amor a la concordia perfilaba su senda.

Un día atendió el consejo de un familiar y se mandó fabricar un chaleco antibalas. En él puso la frase: Yo amo La Comuna. El mismo día en que lo recibió, fue al sector de La Quiebra. Quería hablar con algunos líderes de las juntas comunales para proponerles hacer una marcha por la paz. Serafín cruzó por delante de la tienda El Infierno y en la esquina le salieron al paso cuatro encapuchados. De dónde son ustedes, preguntó al ver que no tenían ninguna sigla que los identificara. Los muchachos no respondieron y le apuntaron con sus revólveres. Encarándolos, Serafín los trató de cobardes. Sáquense las capuchas y hablemos como hombres, les espetó. Él mismo quiso quitarse el chaleco y demostrarles que lo suyo era la transparencia. Pero los encapuchados, al ver que se llevaba la mano al pecho, le dispararon.

¿Quién había asesinado al padre Serafín? Nadie lo sabía. Una impresión de impotencia y rabia se fraguó en cada uno de los habitantes de La Comuna. Cada día sucedían situaciones descorazonadoras. A quienes atendían a los paramilitares, los milicianos los ultimaban. Los líderes de las juntas comunales eran asesinados porque tenían ideas y propósitos cercanos a la ideología miliciana. A los transeúntes y a los que permanecían encerrados en sus casas los alcanzaban las balas perdidas. Con la muerte de Serafín, sin embargo, la impresión de que la injusticia había tocado fondo se instaló de manera definitiva. Después de darle sepultura en el cementerio de San Javier, hubo una manifestación. Se realizó una noche, a finales de septiembre. Hombres y mujeres de todas las edades se vistieron de negro. Portaban una vela, un cirio, un fósforo prendido. Los líderes de las juntas, acompañados por la hermana Rafaela en su silla de ruedas, dijeron que la única consigna era guardar silencio. Y como una marea doliente y silenciosa, atravesada de iluminaciones breves, aquella multitud adolorida se fundió en la noche amnésica que cundía a su alrededor.

Más tarde, octubre ya otorgaba al cielo tonos grises y las lluvias eran continuas, Alma Agudelo se asomó al balcón de su casa. Faltaba poco para la medianoche y la operación militar iba a comenzar. Arriba, en medio de la mansedumbre del aire, se había hecho un claro para que las estrellas fueran

observadas. Alma intentaba comprender los trazos que los astros tejían en la bóveda celeste. Tenía un libro abierto sobre la pequeña mesa. Era un manual de los cielos y sus mitos. En sus páginas, y apoyada en otras lecturas que consultaba en la biblioteca de La Universidad, la joven encontraba consejos, tablas y planos para entender la grafía dibujada. Veía en el libro dioses, animales y carruajes, y miraba hacia arriba para encontrar su rastro respectivo. Todo le parecía tan ilusorio a veces, como en el día los aromas introducidos en el viento, o la precipitación de los sueños en el dormir. Esa noche la obsesionaba Orión, el guerrero de la antigüedad. Lo buscaba donde el libro decía que debía estar. A pesar de que el cielo visto era diferente al mostrado por la página, y supiera que era a mediados de diciembre la mejor época para situarlo en el espacio, Alma seguía escrutando. Leyó en el libro que Orión encabeza las constelaciones de primera categoría. Un pasaje la cimbró en la incertidumbre: “Localizar a Orión entre las demás estrellas es como invertir el orden de las cosas”. ¿Cuál orden y de qué inversión le hablaban? Un pasaje, más adelante, la llenó de bríos para reanudar su tarea: “Aun así, a Orión lo podemos describir situado parcialmente encima de la Vía Láctea, al sur de Auriga y al oeste de Procyon”. Alma leyó el nombre de dos estrellas, Betelgeuse y Sirius, y de otras más que conforman el cinturón del guerrero. Observó durante segundos y su rostro fue encendiéndose de alegría porque en el cielo divisó el garrote y el pie buscados.

Arrebujada en la develación del misterio, se dirigió a su habitación. Antes de acostarse, inspeccionó las plantas que tenía sembradas en las pequeñas materas. Tocó las hojas de la ruda y del tabaco y el piecito del yagé. Acarició sus tallos tiernos y les dijo palabras de amor. Su madre y su hermano dormían, protegidos con las tablas y los cartones. Alma organizó su escudo al lado de la cama. Apagó la luz y cerró los ojos. Vislumbró, en la antesala del sueño, la figura del profesor de La Universidad que le atraía tanto. ¿Cómo es su nombre?, se preguntó. La respuesta la sopesó en los labios. Se puso contenta y se llenó también de inquietud al pronunciar: Pedro Cadavid. En el silencio de la pieza, escuchó el pálpito de su corazón. La respiración transcurría suave y acompasada y construía el fondo sobre el cual se levantaba su anhelo. Por un instante entendió lo que significaba estar a la espera de algo esencial. ¿Estoy grávida de qué?, se preguntó. Luego cayó en el pozo sin fondo del sueño. Hubo figuras raras e intentó fijarlas para saber qué eran. Su atuendo, supuso, era una mezcla de prendas deshechas y residuos de cualquier cosa. Sus brazos salían de un profundo hueco y Alma pensó que urgían de algo que ella desconocía. El sueño fue llevándola a una zona donde solo se tramaba la sustancia del olvido. Aquellas criaturas, de rasgos ansiosos, desaparecieron como pedazos de una bruma inasible. Pero, de repente, una circunstancia la despertó. Abrió los ojos con miedo y no vio nada en la oscuridad. Poco a poco fue comprendiendo que en el mundo donde estaba había un ruido pavoroso. Es un aguacero, se dijo, para calmarse. Transcurrieron segundos interminables y cuando

despertó del todo, Alma reconoció que eran disparos. Cientos, miles de disparos, que caían sobre La Comuna.

La sonoteca

Querían mirar de cerca el botadero número dos. El aire era fresco esa mañana y arriba de la arenera El Cóndor, donde iniciaba el boscaje de los pinos, un arcoíris se trazaba con claridad. Recordaron la vez en que se amaron sobre las hojas que tapizaban el paraje. Pedro le había embadurnado los muslos con el légamo y, destripando unas hojas, le untó el vientre con su savia. Alma, al divisar el lugar, lo abrazó y le dijo que cada día lo deseaba más. Una volqueta les interrumpió el beso. Pasó al lado llevando los escombros que debía depositar. Era una actividad que, incluso en los tiempos de más violencia en La Comuna, no había menguado. En sus

cargamentos, decían los rumores, llevaban cuerpos de hombres y mujeres. Los escondían en los montículos, o en ocasiones, y eso sucedía sobre todo en las madrugadas, los amarraban y les ponían vendas y los dejaban acostados sobre el cemento residual. A veces, como si se tratara de una recompensa por el buen comportamiento del detenido, les despejaban la mirada para que vieran el lugar donde serían enterrados.

Cuando se percataron de que no había vigilantes, entraron por un sector donde, aquí y allá, revoloteaban aves negras. Dos, más grandes que las otras, no huyeron ante su presencia, sino que dieron un par de pasos largos. Pedro pensó en criaturas montadas en zancos. Animales que parecían bailar sin emitir ningún graznido y cuyas alas, al moverse, eran silenciosas.

—¿Habrá alguna mortecina cerca? —preguntó Alma.

—Todo el terreno lo es —aclaró Pedro.

Se veían varias personas en el botadero. La volqueta de antes tenía su caja inclinada y vacía. Un grupo de niños jugueteaba deslizándose sobre ella. Los acompañaban un par de mujeres que buscaban algo para venderlo después como reciclaje. Pedro

y Alma decidieron no aproximarse. Desde donde se ubicaron podía observarse la ciudad. Pedro la divisó y sintió vacío en el estómago. Pensó que era propio de una calamidad, a la que todos estaban habituados, que allá abajo se viviera en ritmos de agitación permanente, y que en una de las montañas circundantes existiera un basurero que escondía en su interior los restos de tantos muertos.

Caminaron por una especie de carretera que ascendía en forma de zigzag. Alma esperaba toparse con el tufo de la descomposición. Pero lo que recibía era un olor a polvo vitrificado y a plástico consumido por las manipulaciones industriales. Pedro sintió náuseas, y fue como si una vibración de la tierra se le hubiera trasladado a los pies. Dijo que se retiraran, pues reconocía, con algo de confusión y susto, que habían traspasado un límite y lo mejor era regresar.

En ese momento Alma señaló al personaje. No venía por la carretera que conducía al punto donde estaba la volqueta, sino que había emergido de alguno de los parajes laterales del botadero. Creyeron que era uno de los vigilantes. Pedro tomó a Alma de la mano y le pidió que se fueran.

—Me siento mal —dijo.

Aceleraron los pasos. El hombre los llamó varias veces. Pedro hizo como si no oyera y aumentó la velocidad. Alma, al cabo de la tercera llamada, giró.

—¿Qué pasa? —preguntó Pedro—. ¿Por qué paras?

—Quiere que lo esperemos.

A regañadientes, Cadavid también se dio vuelta.

—¿Será un vigilante? —preguntó Alma.

—¡Qué extraño! ¿Qué lleva encima?

—Parecen cuerdas.

Cuando estaba a unos metros, se dieron cuenta de que de los hombros del personaje colgaban varios cables. En la cabeza tenía una especie de casco del cual salían unos audífonos. Pedro distinguió en el pecho un afinador.

—¿Andan de paseo? —preguntó el hombre con una sonrisa que desarmó la prevención de la pareja.

—¡De paseo! —exclamó Alma sonriendo—. ¿A quién se le podría ocurrir pasear por La Escombrera?

—Excúsenme. Pensé que eran visitantes —dijo el hombre.

—Lo somos —intervino Pedro.

—¿Usted trabaja aquí? —preguntó Alma.

—Cómo no —respondió el hombre.

—¿En los botaderos?

El trajeado de cables sonrió.

—En absoluto. Soy trabajador independiente. Me dedico a la música. —Y tomó el afinador para mostrarlo como si fuera una carta de identidad.

—¡Ah, usted es el músico! —dijo Alma.

El hombre se asombró ante la exclamación.

—En La Comuna la gente lo menciona con frecuencia —replicó ella.

—¿Y se puede saber qué dicen?

—Que está loco —dijo Pedro con una sonrisa.

—¿Quiénes opinan eso?

—Nuestros amigos cantantes —contestó Alma.

—¡Ah, los juglares de La Comuna! Cómo admiro lo que hacen. Pero son ellos los delirantes.

Cuando ya estaban afuera del botadero se detuvieron. El músico se sacó los audífonos y los guardó en el bolsillo de su chaqueta. Luego enrolló los cables y los metió en el bolso que llevaba en la espalda. Y como si se hubiera liberado de un gran peso, les estiró la mano.

—Soy Mateo Piedrahíta —dijo.

La pareja se presentó a su vez y dijeron que vivían en La Comuna.

—También soy de por acá —repuso Mateo, señalando hacia

abajo.

Pedro notó que en los extremos de los cables había unos micrófonos. Dos de ellos estaban conectados a una grabadora. Preguntó qué eran.

—Son mis herramientas de trabajo —dijo el músico y les volvió a sonreír. Sus dientes se veían amarillentos. Se notaba la estela del cigarrillo en ellos y en la voz ronca.

—¿Para qué sirven? —volvió a inquirir Pedro, suponiendo lo que le responderían.

El hombre levantó los hombros y dijo:

—Para grabar sonidos.

Mateo Piedrahíta, además, los coleccionaba. Tal fue lo que les dijo a Pedro y Alma en ese primer encuentro. Pero, a medida que conversaban, supieron que lo suyo apuntaba a algo más

insólito. Desde hacía tiempo, en realidad, el músico levantaba una especie de sonoteca. Cuando Pedro, que visitó posteriormente varias veces su casa, escuchó las grabaciones conoció una de las facetas más singulares de Medellín. Un contorno citadino que, a pesar de que no se podía ver ni traducir con palabras, era impresionante.

La casa de Mateo en San Javier tenía una sola planta. Un largo corredor que iniciaba en la puerta de entrada y desembocaba en la cocina del fondo. Primero había una sala con pocos muebles. Luego la pieza donde dormía el músico, los dos baños y tres habitaciones más. En ellas se acomodaban sus aparatos de búsquedas sonoras, algunos instrumentos musicales y el fruto de sus registros. Había también un patio central, que era como una enorme jaula. Revoloteaban allí muchos pájaros. En su primera visita, Mateo se la mostró con detalle. Después de nombrar las diferentes especies, y silbarles un canto similar al que emitían, le aseguró que no le gustaba encerrarlos.

—Pero me hace falta escuchar su canto —se justificó—. Es uno de los lazos que mantengo con la naturaleza.

El músico realizaba sus experimentaciones desde hacía años. Y como las sustentaba sobre un montón de lecturas, no

desaprovechó el interés de Pedro para desglosarle sus teorías. Los sonidos, argumentaba, no se mojan, no se enfrían, no se queman, no respiran, no se tocan, no saben a nada. Y, aun así, son la materia primordial. Una vez, Cadavid le preguntó sobre el origen de sus indagaciones. Piedrahíta cerró los ojos y se remontó al seno materno. Dijo que consideraba falaz la idea de que todo, en esa cápsula de líquido brumoso, es silencio. Se refería a ciertos instantes, que denominaba lúcidos, en que se sentía retornar al origen. Su viaje a la semilla, por ello mismo, era de índole acústica. Le confesó a Pedro que, muchas veces, se veía de nuevo desnudo y encogido, con los ojos sellados y la boca abierta, atento al pálpito del corazón de su madre, al resoplido de sus pulmones, a la voz que le llegaba desde la intemperie como un murmullo prodigioso.

Piedrahíta había recorrido Medellín rastreando sus sonidos. El instrumental lo integraban una serie de micrófonos de captaciones diversas, grabadoras y equipos electrónicos con los que depuraba lo que iba grabando. A estos registros les daba un nombre, una fecha y un lugar. Ponía, por ejemplo, pasaje Calibío un lunes de abril en la tarde. La calle Ayacucho en la madrugada de un viernes santo. La Avenida Oriental con La Playa en un instante pico. Cementerio Universal un sábado primero de mayo en el crepúsculo. En su casa los guardaba, y era tan escrupuloso en la ordenación y la nominación de estas muestras como desordenado con los enseres de su residencia. Primero los había conservado en casetes, pero, recientemente,

los estaba trasladando a pequeños discos.

El lugar de la ciudad que había seguido con mayor minucia era La Comuna. En cierta medida, escuchar estas grabaciones era tener la posibilidad de volver a ciertos episodios del pasado. Pedro y Alma se asombraron cuando escucharon la forma en que Piedrahíta captó el sonido de los helicópteros que sobrevolaron los barrios durante Orión. Después escucharon las balaceras de los fusiles, las explosiones de las granadas, el sonido de las balas trazadoras. Y los gritos y los llantos y las voces de quienes pedían y suplicaban que no los mataran y aquellas otras que provocaron la muerte.

—¿Cómo pudiste grabar todo esto? —preguntó Pedro.

—Orión estaba más que avisada —dijo Mateo—. Se sabía que esa noche empezaría. Lo que hice, por lo tanto, fue poner micrófonos aquí y allá. Desde una especie de parapeto que me ayudaron a hacer mis amigos juglares, por los lados del Pedro J. Gómez, logré captar lo que han escuchado.

Poco a poco, en medio de las caminatas que hicieron por La Comuna, Pedro conoció la historia de Mateo Piedrahíta. Desde

muy temprano, siendo un niño de seis años, se dio cuenta de que lo suyo eran los sonidos. Les prestaba atención tanto en la vigilia como en los sueños. Se interesó, en la adolescencia, por los armónicos que se escalonaban en el aire al soplar tubos de pevecé que él mismo diseñaba. Por esa misma época, descompuso en intervalos la risa y el llanto, el susurro y el bostezo. No demoró en darse cuenta de que la queja y la plegaria poseían cadencias similares. Tuvo, ya era joven entonces, períodos de largos aislamientos. Durante ellos acondicionó una de las piezas de la casa para hacer sus investigaciones. Una vez la llenó de cajas de música que puso a funcionar al mismo tiempo. Oyéndolas, comprendió que había hallado la antigua armonía de las estrellas. Otro día cubrió el piso de metrónomos, a cada uno le dio una velocidad distinta, y por días estuvo copiando las variantes de esa polirritmia intrincada. En otra oportunidad, hizo pruebas con relojes despertadores para verificar la proximidad existente entre los sonidos leves y el estruendo.

Una herencia familiar, los parientes de Mateo eran comerciantes de Guarne, le permitió dedicar todos los esfuerzos a sus pesquisas. Los padres lo tomaban por un extravagante inofensivo. Sus amigos más cercanos, por una suerte de naturalista sonoro. Él, por su parte, no se vanagloriaba de su labor. Así como otros trabajaban con números, conceptos educativos o ideas políticas, a él le correspondía hacerlo con los sonidos. Hasta esos días en que

Pedro se volvió su interlocutor, ni la política ni la economía, ni el amor ni el sexo, ni el deporte ni la religión lo atraían. En cambio, cuando elucidaba el caudal de sus grabaciones y composiciones se entusiasmaba. Porque algo de esto último acometía: componía solo para él performances nutridos de su sonoteca.

Una vez el músico invitó a Pedro a su casa para que escuchara algunas de sus grabaciones. Aquí están las lluvias, dijo aquel tomando uno de los discos. Las grandes, las medianas y las pequeñas que caen sobre Medellín. En estos, explicó tomando otro más, están los amaneceres en sus diferentes calles, plazas y parques. Acá suenan las voces de los coitos. Este último no eran muestras únicamente de personas. Pedro terminó escuchándolas por la insistencia de Mateo, quien opinaba que era una de las secciones más atractivas de su trabajo. Los placeres de los gatos eran estridentes y polifónicos. Los de los burros, propios para extenderse en los terrenos baldíos. Los de las gallinas, un intervalo breve como una ilusión. Los de los perros, sincopados y hechos de jadeos. Los de los seres humanos, poblados de quejidos y silencios contenidos. Mateo se sentía orgulloso de haber registrado en sus cintas exclamaciones individuales. Y advertía que en su sonoteca se hallaban las voces de toda una generación de seres humanos que pronunciaron ante sus micrófonos la palabra que consideraban más bella o la más temida.

Incrédulo por naturaleza, Pedro Cadavid mantenía reservas ante esta empresa. Como en el caso del cartógrafo, pensaba que en lo del músico había un no sé qué de minuciosidad y desmesura inútiles. Una vez le preguntó a Mateo de qué servía grabar el aleteo de las mariposas migratorias que surcaban a Medellín, o el salto de los grillos, o el balanceo de una araña sobre el hilo que tejía, o el zumbido de un mosco. Piedrahíta dijo, chupando el cigarrillo, que así como para unos lo esencial era ver y tocar y por lo tanto oler, para él oír era lo indispensable.

La sonoteca se levantaba como un fichero. La parte más reciente, en la que Mateo trabajaba por aquellos días, fue el motivo de aquellos encuentros. Se concentraba en los desaparecidos. El músico buscaba sus perdidas huellas. Por tal razón, el día en que se conocieron en el botadero, Pedro y Alma quedaron estupefactos. No tanto por las maneras en que realizaba la tarea, sino por el carácter de los vestigios hallados. Una tentativa hecha de grabaciones azarosas y efímeras que conducía a un acopio fragmentado de sonidos espectrales.

El músico infería, por otra parte, que La Escombrera era la gran fosa común de Medellín y, sin duda, de Colombia. No era, por supuesto, la única de La Comuna. Al detenerse en este

punto, sacaba un pequeño croquis. Una hoja de papel carta con unas cuantas líneas donde, con una pala, una pequeña carreta y una calavera, situaba las fosas. Había una en La Loma. Otra en La Torre. Otra en La Asomadera. Otra en El Cebollal. Otra en Agua Sucia. Otra en Blanquizal. Otra en El Morro. Otra en La Palomera. Otra en Los Doce Apóstoles. Otra en Bellavista.

Sus averiguaciones, sin embargo, se dirigían hacia La Escombrera. Tal exclusividad no era caprichosa. Mateo creía que este depósito de basuras era un sugestivo foco de confluencias. Se decía que en él no solo estaba enterrada gente de La Comuna, sino que le llegaban, procedentes de varios cementerios populares de Medellín y de diferentes municipios de Antioquia, los cuerpos ultimados. A través de un sistema de vías de enlace, similar al que permitía que la sangre circulara en el cuerpo de los seres vivos, La Escombrera se unía a otras venas y arterias de la geografía nacional. Es como un corazón, explicó una vez Piedrahíta, pero donde entran, sin poder salir, todas las sangres insanas. Pedro sonrió con lo de "geografía nacional", y percibió que a Alma esas comparaciones la molestaban. Eran como la faz de una hipérbole desvariada, y tenebroso aquello de que los restos de los asesinados iban y venían del cementerio Universal, del San Lorenzo y del cementerio de La Comuna a La Escombrera. Mateo pidió perdón por haberlos incomodado con sus similitudes. No obstante, señaló la montaña hecha de desechos y dijo que el desatino y la hipérbole estaban concentrados en ella. Una vez

lo acompañaron a una sesión de grabaciones. Mateo argüía que había una hora, en la intersección de la medianoche y el alba, en que el silencio era más inmaculado. Justo antes de que el día apareciera con su estela de cantos animales. El músico había detallado los movimientos de las volquetas, las excavadoras y los guardias en La Escombrera, y estaba seguro de que nadie los fastidiaría a esa hora. Si acaso se toparían con un perro o un gato que, hambrientos, se aventuraban por esos sitios.

Piedrahíta les dijo que, fuera de sus aparatos para grabar, llevaría un radar de penetración destinado a rastrear tumbas clandestinas, un hidrófono —porque por allí muy probablemente fluían aguas de escorrentía— y una brújula sonora. Esta última la había construido él mismo y se jactaba de haber hecho una herramienta idónea para las acciones de la arqueología. Mientras les iba mostrando la brújula, explicó cómo investigadores de la música buscaban en las ruinas el eco de lo ya vivido. Son exploraciones más sutiles que las que efectúan los arqueólogos normales, porque en las grietas de las cuevas persisten vibraciones remotas que aún se conservan. Así han podido crearse sonoridades de instrumentos que no existen, y oír pedazos de voces cuyos emisores hoy son solamente polvo.

Ascendieron en el carro de Mateo, un pequeño Fiat blanco,

hasta un punto del barrio Eduardo Santos. Allí lo dejaron parqueado. Luego siguieron a pie. Bordearon la arenera El Cóndor y entraron a los dominios de La Escombrera. En un sitio previamente designado, se detuvieron.

—Esto de buscar cadáveres bajo moles de tierra y desperdicios —dijo Piedrahíta en tanto sacaba el material plástico de una bolsa— está destinado al fracaso. Los cuerpos —señaló— han sido astillados, o quizá desintegrados, por el peso que les ha caído encima. Sacar residuos humanos, si es que se puede ir hasta el fondo de La Escombrera, cuesta mucho dinero. Y no creo que nadie se anime a gastar una fortuna para recuperar lo que parece imposible. Además, quienes están allí, no lo olviden, es gente pobre.

Al decir esto el radar vibró y la brújula se movió enloquecidamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Alma.

—Estamos sobre una de las fosas —respondió el músico.

Antes de realizar la grabación, Mateo propuso que armaran la pequeña carpa que llevaban donde pudieran guarecerse en caso de que lloviera o venteara con fuerza. Uno de ellos debía ubicarse allí con una de las grabadoras y un pequeño aparato en forma de clave de sol que, según Piedrahíta, limpiaba el sonido de suciedades ambientales. Buscaron un lugar que los protegiera del murmullo adormecido proveniente del valle. La noche se veía despejada y el tramado de los astros poseía, arriba, una claridad espléndida. La bóveda celeste quería como desbordarse para diseminarse sobre la tierra. Alma, entusiasmada, miraba hacia lo alto con frecuencia.

Mateo decía que lo suyo, además del interés sonoro, perseguía un objetivo: domesticar la muerte. Esto se lo explicó con insistencia en sus primeros encuentros. Toda cultura, y en este caso la música, es la única que puede ofrecer esta tentativa, decía. Como en La Escombrera resultaba difícil exhumar para poder humanizar, él se conformaba con grabar los rastros sonoros de los desaparecidos. ¡Algo es algo!, exclamaba para consolarse.

—¿Pero escuchar sonidos así no es una actividad fantasmal? —preguntó Pedro cuando terminaron de armar la carpa. Como hacía frío, se recogió en la chaqueta y se calentó las manos con su aliento. Flotaba en el aire un olor a tierra húmeda y a acero y

a plástico extenuados. Alma se había quedado en la carpa. Los tres se pusieron a levantar, con palos y bolsas, un tenderete alrededor del sitio designado por los aparatos.

—En la vida todo es susceptible de tornarse espectral —dijo Mateo.

—¿Y qué es un espectro para ti? —preguntó Pedro.

—Una realidad que existe y pertenece al mundo de lo impalpable.

—Sófocles dice que para ser un espectro no hay que morir. Vivos somos ya sombras vagas.

—Quienes mueren, en todo caso, y no son exhumados, dejan huellas sonoras, y yo debo ocuparme de ellas.

—¿Has leído Antígona? —insistió Pedro.

—Hace años.

—Viéndote pareces una prolongación de ella. Se diría que quieres dignificar a los muertos con tus cuestiones musicales.

—Tal vez sí, tal vez es eso.

—Antígona dice que el hecho de enterrar a su hermano la sitúa en una frontera que no atañe ni a los vivos ni a los muertos. ¿Te sientes así?

—Esos griegos son un poco exagerados. En absoluto. Me siento muy vivo, y más todavía haciendo lo que hago.

Mateo, de pronto, se llevó un dedo a la boca para pedir silencio y grabó. Pedro no escuchaba nada. Solo los fuetazos del viento que les castigaba los rostros. Como la vegetación estaba un poco lejos, no se oía ni el estridular de los grillos. Pero, de algún lado, les llegó la voz de un búho. El músico levantó la

cabeza para mirar de dónde provenía el canto.

—Si hay un canto que me gusta es ese —dijo bisbiseando. Pedro vio en los ojos de Mateo una chispa vibrante y violácea.

Los cables estaban a ras del suelo. Una pequeña linterna les ayudó a desenredarlos.

—Este es el micrófono más sofisticado —dijo Piedrahíta sumergiéndolo en la tierra—. Capta lo que hay abajo.

—¿A cuántos metros de profundidad? —preguntó Pedro.

—De quince a veinte. Pero si solo hay tierra, y no piedras, ladrillos o trozos de basura industrial, puede ir hasta más abajo.

—¿Cómo son esos sonidos?

—Imagina susurros resquebrajados. Gritos contenidos.

Resuellos agrietados. Un pedazo de palabra entrecortada por el peso de los escombros.

—¿Sílabas quieres decir?

—Ni siquiera. Menos que sílabas. Por instantes se oye un ¡ay! Pero este se destroza a mitad de camino. De hecho, a partir de esas astillas audibles estoy componiendo algo. Una obra hecha de fragmentos sonoros que anhelan ser lenguaje.

—¿Lenguaje? ¿Para qué?

—Para demostrar que la muerte solo tiene sentido para los vivos. —Y Mateo sonrió con malicia.

Entonces guardaron silencio. Por uno de los rincones del cielo, la luz era un pequeño espacio del cual dejaba derramar su líquido con lentitud. Alma tal vez se había quedado dormida en la carpa. Cuando se separaron de ella, estaba envuelta en una ruana y recostada junto a la grabadora.

—¿De veras crees en los espíritus? —preguntó Pedro. Mateo sacaba el micrófono de la tierra.

—En rigor, no soy un espiritista, como estás pensándolo. Pero confieso que un mundo sin ellos me parece desabrido.

—Tengo derecho a suponerlo porque grabas voces de muertos.

—Te dije que no son voces. Son, más bien, sonidos de baja intensidad. Entidades reptantes.

—¿Qué quieres decir?

—Imagina el sonido de una babosa que busca el extremo de una hoja. O el de una lombriz que emerge del barro. Siempre relaciono mis registros de La Escombrera con la humedad. Son sonidos húmedos. Acaso en esto consista su única vitalidad.

Más tarde, mientras bajaban, la ciudad iba despertándose.

Pedro estaba gélido y buscaba el calor en las manos de Alma. Mateo, contento con lo hecho, fumaba y hacía figuras con el humo. Todavía no había escuchado las grabaciones. Se atenía, simplemente, a la óptima reacción de sus aparatos en el lugar escogido. Para obtener un resultado, necesitaba procesar los registros y limpiarlos una vez más de las impurezas telúricas y las ondas atmosféricas.

—¿Cuántas desaparecidos tienes? —preguntó Pedro cuando llegaron al carro del músico.

Piedrahíta se quedó pensativo. Una fila de volquetas pasó cerca.

—¿Cuándo pararán de trabajar? —preguntó Alma.

—Primero desaparece Medellín de la faz de la tierra —sentenció Mateo.

Y aprovechó para decirles que se detenía a menudo en las grabaciones. Confesó que no sabía qué era más dispendioso: si auscultar fosas comunes en diferentes momentos del día, o

editar sonidos que tuvieran un perfil más o menos nítido para el oído humano.

—Pero lo cierto es que he sido lo más exigente posible.

—¿Exigente? —preguntó Pedro—. ¿Con quién?

—Conmigo mismo. Tengo una relación distante con los desaparecidos, y como no trabajo para nadie, mi contacto con sus familiares es mínimo.

A Alma le parecieron ásperas esas palabas. Pero también era absurdo reclamarle una ética determinada a Piedrahíta. Este creía, y nadie podía convencerlo de otra cosa, que lo único sensato que podría hacerse con quienes estaban enterrados en La Escombrera era conseguir esos sonidos para introducirlos en su sonoteca.

—¿Cuántos creen ustedes que hay debajo de esa montaña? —preguntó el músico. Como ninguno respondió, añadió—: Las cifras cambian dependiendo de la fuente. Para unos no hay más de cinco. Para otros, decenas. Para unos más, miles. ¿A quién

creerle? Los malabaristas de las cifras en un país como Colombia son legión.

—Muchos creen que no hay nada que buscar en La Escombrera —dijo Alma.

—Así tratan de evitar que la podredumbre se rebose por la ciudad —dijo Pedro.

—No creo que La Escombrera sea una cloaca. Tampoco lo es el río Magdalena, ni el río Cauca, adonde han sido arrojados tantos cadáveres. Para mí ella es, fundamentalmente, una cantera de sonidos. Pero también es como un imán. No solo guarda a los desaparecidos de La Comuna. Ha atraído a los de otros lugares.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó Alma.

—Quisiera no estarlo, pero mis registros me llevan a esa conclusión.

—¿Hay muchos? —preguntó Pedro.

Mateo respiró hondamente y dijo:

—El último que logré aislar es el número cien mil.

—No puede ser —dijo Alma—. Si fuera así, no nos dejarían dormir.

—Hay gente que duerme plácidamente después de las hecatombes —dijo Pedro.

—Les he dicho que con tanto peso encima, y a tanta profundidad, no se puede recuperar nada en La Escombrera.

—¿Y cómo se oye todo eso junto? —preguntó Alma.

El músico los miró. La aurora ya estaba con ellos, anchurosa, impalpable, irrebatible. Por un segundo, hubo un gesto desolado en sus ojos.

—Alguna vez los escuché y es como estar ante una colmena de sonidos rotos —dijo.

—¿Un coro, quieres decir? —preguntó Pedro buscando tener una idea más clara del fenómeno.

—No —dijo Piedrahíta—. Te repito una vez más que esos registros no son voces. Ojalá lo fueran. Podrías escribir una tragedia parecida a las de Sófocles. Solo es un enjambre descomunal y aturde cuando se oye.

La Escombrera

Vengo del fuego y voy hacia él. Soy tierra calcinada. En mi sangre, brasas sin tregua. Resuenan las reyertas en mí como si yo fuera la extensión de un desagravio jamás consumado. Me llamo Ofelia María Cifuentes y estoy en La Escombrera. Aquí solo hay una oscuridad compacta. Polvo, piedras y basura. Yo misma mezclada con todo ello. Y eso que soy ahora, arde sin cesar. Pero deseo apagarme. Que no haya más fragor. Ni en mí. Ni en nadie. Ni en nada. Recuerdo apenas el afuera. ¿Cómo es el viento? ¿Cómo el agua? ¿Cómo la luz? Todo lo he olvidado y cuando los evoco, el fuego me invade. También me olvidé del tiempo. O quizás sea él este silencio y esta parálisis. Y olvidé el rostro de los míos. Hasta el de los que me arrojaron aquí. ¿Sabes por qué lo hicieron, Pedro? Porque les daba tinto a los milicianos. Porque coqueteé con uno de ellos, al que le decían Aníbal. Porque me enamoré de él y nos besamos e hicimos el amor en el baño de mi casa. Aníbal me levantaba la falda, me bajaba los calzones, me agarraba los senos y me llenaba de su vigor ardiente. Eso fue allá en Las Independencias. Aunque espera, en mis piernas tengo algo enrollado. Parece un pedazo de lata. Me punza y me arde y también está encendido. Pero

valiente fuego este que no ilumina nada aquí abajo. Otras veces he intentado abrir la boca. Pero ella es otra forma de la tierra. Los guijarros me apretujan la cabeza. Un chamuscado hoyo de cenizas, eso es mi útero. Y mi pelo, que algún día fue negro como la noche, es un territorio enarenado.

Armando salió para la casa de su mamá, dice la abuela. Vivíamos aquí, en El Salado, y yo no quería dejarlo ir. El hombre con quien cohabitaba esa mujer era mala clase. Pero Armando insistió: abuela, necesito unos tenis y mi mamá me los va a regalar. La anciana le dio los pasajes de ida y vuelta y el adolescente le prometió que pasaba por los tenis y se volvía. Más tarde, Armando llamó de un teléfono público. Abuela, dijo, me quedo una semana por acá y el sábado hablamos. Llegó el sábado, otros días llegaron y Armando no apareció. Me contaron que se había comido el almuerzo de ese señor y que hubo una pelea. Le pregunto a la vieja si cree que ese haya sido el motivo de la desaparición. Ella levanta los hombros. ¡Dios sabrá!, exclama. Agrega que recuerda poco de esos años y que a su memoria se la está devorando el animal del olvido. Entonces reviso las hojas que me pasa. Un formulario diseñado para las víctimas de desaparición forzada. Los papeles están sucios y, según ellos, Armando Morales López no era sindicalista ni reinsertado. No pertenecía a ningún grupo religioso, ni de derechos humanos, ni a organismos estatales, no era de la comunidad LGTBI, ni tampoco hacía parte de algún grupo armado. No se sabe, porque no hay testigos, del lugar de la desaparición ni las causas de ella. No hay autores

que se reclamen este acto. Ni el Gaula, ni el CEAT, ni el Esmad, ni el DOC. No hay brigada ni batallón. No hay paramilitares, ni guerrillas, ni bacrim. Por lo tanto, no existe ninguna característica sobre los posibles victimarios. Tampoco ningún dato a propósito de ropajes, vehículos y armas. La lista que tiene que ver con cementerios, ríos y potreros está vacía. Igualmente sucede con los hospitales, las cárceles, los ancianatos, Medicina Legal y Bienestar Familiar. En la Procuraduría, en los juzgados, en la policía, en la Fiscalía, en el CTI, en la Defensoría del Pueblo, en la Presidencia, en las ONG no saben de él. Los familiares, salvo esta mujer que intenta recordar, no han querido pronunciarse. ¿Cómo imaginar la figura de Armando Morales López?, me pregunto. No hay una sola fotografía suya. No sé si era obeso o delgado. Si tenía tatuajes, cicatrices, lunares, manchas, quemaduras. ¿Cómo era su pelo? ¿Alguna particularidad sobre la nariz, la boca, las manos, los dientes? ¿Cómo estaba vestido cuando se fue para donde su mamá a recoger los tenis? Lo único que sé, con relativa seguridad, es que tenía doce años el día en que desapareció.

Es como si lo hubiera conocido antes. Como si esos ojos, ese bigote, esa sonrisa los hubiese encontrado en el metro, en las calles, en los pasillos de La Universidad. Tal vez este sea un buen procedimiento para identificar desaparecidos. Creer que nos tropezamos con sus rasgos en la vigilia precaria que vivimos cada día. Si Mateo Piedrahíta, mi amigo músico, considera que atrapa un vestigio de ellos en sus grabaciones, yo

trato de asirlos con mis averiguaciones y entrevistas. Al ver el rostro de Claudio Miguel Pino, con su nariz gibosa y el gran lunar arriba de la cumbamba, mi primera impresión es la de mantener con él un distante y a la vez cotidiano parentesco. Todo el tiempo que estuve indagando sobre su historia, las veces que hablé con su esposa, los momentos en que hojeé los dos álbumes familiares, no podía zafarme la sensación de haberlo visto en varios sitios. Entre los vendedores de tinto en la plazuela de San Ignacio. En medio de los conductores de taxi que se cuadran en los acopios del metro. Era el que había salido, la víspera, de la tienda de verduras de Calasanz, con una bolsa de papas y zanahorias. O uno de esos trabajadores que atendían en la ferretería del 20 de Julio, mientras yo hablaba con su propietario, uno de los hijos de don Juvenal Ortiz, el dueño de aquella finca abandonada, y le preguntaba, sin que él supiera responderme, por qué estaba colgado allí el cuadro de Brueghel de la matanza de los inocentes. Tal impresión fue aún más incómoda al pensar que Claudio Miguel Pino había estado conmigo en uno de los cursos de primaria. O de que habíamos jugado un partido de fútbol en la época del Liceo Antioqueño. Su rostro se acomodaba, incluso, al de muchos con los que me había cruzado en los buses de Laureles, Robledo y Belén que alguna vez tomé. Por esta razón, se me hace difícil delimitar al verdadero Claudio Miguel Pino. Sin embargo, ¿cómo delimitar a un desaparecido? Ni siquiera otorgándole la muerte es posible hacerlo. Luz Andrea, su esposa, al cabo de los años, tramitando una indemnización laboral que habrían de pagarle, decidió hacer las gestiones para que la Procuraduría le diera un

certificado de defunción. Ella sabía que tal documento era pragmático y la tranquilizaba un poco. Porque si yo conjeturaba encuentros con su esposo, a ella la fisuraba la angustia. No había día en que no sopesara la posibilidad de que él estuviese en La Escombrera. Varias personas se lo habían contado. Eran rumores, es verdad. Pero La Escombrera se erigía como un terreno cuyos contornos los definían los testimonios vagos de los asesinos, las impresiones inasibles de los asesinados y los vivos con su red inacabable de interpretaciones. De lo que estaba segura Luz Andrea, en todo caso, era de que su esposo no tenía cuentas pendientes con nadie. Unos días antes de su desaparición, dos jóvenes preguntaron por el carro y su dueño. Como Claudio Miguel estaba en Bogotá por razones de trabajo, la esposa dijo que el carro era de él. Los dos desconocidos se despidieron recordando que el señor del carro era un hombre muy elegante. De todo esto hablaron los esposos. Pero dedujeron que no había motivo de inquietud. El amanecer de aquel día de noviembre, un mes pasada la Operación Orión, Claudio Miguel Pino salió de su casa en el 20 de Julio. Se despidió de Luz Andrea y de sus tres hijos, que se preparaban para ir a estudiar. El carro era un Renault 12 de color verde. Se movilizaba en él como auxiliar de almacén en Colanta. A una cuadra de la casa lo pararon, quizás los mismos dos sujetos de antes. Se montaron al carro y se lo llevaron para ese lugar de donde aún no ha podido volver.

+

Cuando escucho a las víctimas de desaparición forzada, cuando leo las fichas de estos destinos truncos, cuando pongo los discos y casetes donde hablan sus familiares, cuando voy a los museos de la memoria y frecuento sus archivos, cuando participo en los plantones y veo sus fotografías, concluyo que en ellos no hubo maldad. Que no fueron guerrilleros, ni milicianos, ni paramilitares, ni narcotraficantes, ni miembros de bandas criminales, ni policías, ni soldados. Y así hayan sido sus amigos, sus allegados o sus amantes, fueron gentes humildes que cayeron en el magma de las confrontaciones. Yo, que he hablado con quienes buscan sus rastros, aseguraría que casi todas esas personas fueron ajenas al crimen. Ahora bien, ¿qué significa ser bueno en regiones roídas por el mal? Me atrevería a decir que bueno es aquel que no levanta la mano para agredir al otro. Pero ¿cómo hacerlo en un país concebido, inflamado, vigilado por los grupos armados? ¿Acaso la mejor solución no sería abstenerse? Decir, con Bartleby, que es preferible no actuar puesto que todo es susceptible de estimular el rencor. Quizás Marcela Cecilia Restrepo no estaría de acuerdo conmigo. Ni varias de las mujeres de La Comuna que buscan a sus familiares desaparecidos. Algunas de ellas, reunidas en el convento de la Madre Laura, sentadas alrededor de Rafaela, dijeron que su mayor sueño era hacer un sancocho con la cabeza del presidente de Colombia. La hermana, sentada en la silla de ruedas, trataba de apaciguarlas. Quise preguntar si ellas comerían del caldo, y si se lo darían a otros en una suerte de ágape vindicativo. Pero no me atreví porque hablaban de la consumación de ese anhelo y lloraban impotentes y pedían una

vez más que les fueran devueltos los huesos de sus parientes para que pudieran enterrarlos. Yo estaba al lado de Marcela Cecilia. Ella me miró y aprovechó para darme un papel. En él decía: Cordial saludo, señor, admiro a los escritores. Yo también escribo. Esta confesión me hizo entender que no solo ella lo hacía, sino algunas de las muchas mujeres que se reunían allí. Se veían con la hermana Rafaela, una o dos veces por mes, porque hallaban en su presencia un consuelo y escribían para aliviar la incertidumbre. Quizás por ser próximos en la escritura, Marcela Cecilia me contó su historia. Supuse que me invitaría a su casa, pero no tenía casa. Había sido expulsada del último rancho, en Terrígenos, donde había vivido. Transcurrida Orión, y desaparecida su hija Carmenza, logró conseguir que le arrendaran ese habitáculo estrecho. Desde su única ventana divisaba La Escombrera, donde sabía que estaba su hija. Lo suyo era una sucesión de expulsiones y desplazamientos por diferentes barrios de Medellín. ¿Quiénes la habían expulsado? Una y otra vez, los paramilitares. Estas expulsiones, en el caso de Marcela Cecilia, parecían concatenarse con las desapariciones cernidas sobre su familia. Al hablarme de ellas, nunca le tembló la voz, ni sus ojos se empañaron, ni jamás profirió una injuria. Le señalé una vez su ecuanimidad. Tomábamos tinto en una cafetería del parque Berrío. Ella se sonrió. Pero el dolor no se ha ido, dijo. Está aquí, y se tocó el pecho. Aunque ya sé manejarlo porque no se me desborda. El primer desaparecido fue su esposo. Era un carretero que se la pasaba deambulando por San Joaquín, recogiendo basura que vendía. Un día no volvió a la casa, que

en ese momento quedaba en Belencito. Marcela Cecilia, en las pausas de sus labores domésticas, lo buscó. Muchas veces pensó que su esposo había sido un espejismo. Pero Carmenza, la niña que jugaba a sus pies, le afirmaba otra cosa. A los meses alguien la convocó a una oficina —era una de esas que se especializan en buscar desaparecidos—, le dieron una bolsa con huesos y le dijeron que eran los de su esposo. Marcela no podía creerlo. Habló con una amiga, con el cura de Belencito, con el tendero que le fiaba. Le aconsejaron que creyera en los de la oficina. Incluso, la secretaria le había dicho que se sintiera feliz, pues era de las pocas personas que habían encontrado algo. En su casa les puso un altar a los huesos. Se negó a enterrarlos hasta que tuviera total certeza. Pero esta solo le alcanzó para prender unas veladoras y rezar ante ellas. Piquiña, un carretero que también trabajaba con el reciclaje, le contó que su esposo había sido asesinado en una trifulca de mendigos y su cuerpo arrojado al río Medellín. En esos años, me explicó Marcela Cecilia, su ingenuidad era enorme. En la oficina donde le entregaron los huesos, nunca le pidieron pruebas genéticas. Ni ella tenía idea de qué era el ADN. En una ocasión, otra amiga vio la bolsa con su contenido y le espetó: Si esos huesos son de hombre, ¡yo soy el Espíritu Santo! Entonces fueron adonde alguien que estaba al corriente de esas cosas y dijo que eran huesos de caballo. Marcela Cecilia se confundió tanto que se prosternó ante las veladoras con la bolsa en la mano y oró con devoción. Esa noche, entonces, vio una sombra situada junto a la cama. Era su esposo. Atribulado de cajas de cartón y botellas de plástico, él se paseaba alrededor

del lecho. En algún momento, le estiró la mano y fueron hasta el altar. ¿Qué quieres?, preguntó Marcela Cecilia. Así la sombra no dijera nada, ella entendió. Al otro día, en la mañana, fue al río Medellín. Descendió del bus en el puente de San Juan. Desde una de las orillas arrojó los huesos y pudo dormir más tranquila. Pero la tranquilidad en Marcela Cecilia es un asunto engañoso. Al verla caminar y hablar, se diría que se trata de una mujer ecuánime. Poco a poco se entiende que es un huracán contenido. Puede tener sesenta años y es de rasgos negros e indígenas. Esos rasgos que, según compruebo en la fotografía que me pasa, heredó su hija. Marcela Cecilia, además, es baja, regordeta, y tiene el pelo corto. Me bastaron unos cuantos minutos de conversación para entender por qué ella integraba el movimiento de mujeres que buscan a sus familiares desaparecidos. ¿De dónde le venía esa beligerancia?, le pregunté. En La Comuna, dijo, las milicias me ayudaron a conseguir un rancho. Ellos me caían bien. ¿Y eso?, volví a preguntar. Me protegieron de los vecinos que querían sacarme de allá. Me daban mercados cuando no tenía qué comer. Recuerdo a uno de ellos que se llamaba Marcos. Me regalaba libros para que leyera y fue él quien me animó a escribir. Con Carmenza era cariñoso, pero la guerra con los paramilitares se inició y nuestra vida cambió. Como estos se adueñaron de Belencito, me amenazaron. Me decían guerrillera cuando me cruzaba con ellos. Nunca les respondí. Pero un día se metieron con mi niña. Se la querían llevar para que les cocinara en un campamento que tenían en San Cristóbal. Inmediatamente empacamos lo que pudimos y nos fuimos. Una comadre mía,

que vive en Itagüí, nos dio posada. Fue una semana antes de Orión. Y es aquí donde Carmenza aparece como la figura central del relato. Tiene diecisiete años y es bonita, como las mujeres lo son a esa edad. Para plantearme las dislocaciones de su destino, imagino los ojos de una sierpe. Carmenza es atraída poderosamente por la fuerza de esa mirada. Una divinidad zoomorfa, pienso como para liberarme un poco del guerrero mítico que ha agredido a la ciudad. En Itagüí, adonde van la madre y la hija por unos días, hay un muchacho que le gusta a Carmenza. Se llama Juan Jaime Pedraza. Es hermano de Sor Janeth y ambos, con el advenimiento de Orión, también han huido de La Comuna. Sor Janeth es integrante de los Comandos Armados del Pueblo desde que tenía diez años, y anda con un novio al que le dicen el Calvo. A este lo capturan los hombres de Bejarano y lo ponen de cebo para atraer a la miliciana. Piden ropa para el encierro que se le avecina. Comentan que al Calvo y también a Sor Janeth los tuvieron en una casa de pique, cerca de La Escombrera. Las casas de pique, sin embargo, pertenecen a otra historia. La de ahora se desplaza hasta la estación San Javier, donde debe presentarse Sor Janeth con la ropa. La chica, que ha sospechado la trampa, le solicita el favor a su hermano. Juan Jaime le pide, a su vez, a Carmenza que lo acompañe. Carmenza acepta y primero llama por teléfono a su madre. Marcela Cecilia se niega a dejarla ir. No vaya por allá, mi niña, le dice Marcela Cecilia, asediada por la corazonada. Como la hija la obedecía siempre, colgó tranquila. Pero esta vez Carmenza desobedeció. Y, como en las fábulas medievales, las niñas desobedientes que se aventuran por

parajes peligrosos son devoradas por el ogro. Alguien precisó que en la estación del metro los dos adolescentes dieron la bolsa con la ropa. Al no ver a Sor Janeth, los paramilitares se enfurecieron. Primero agarraron a Juan Jaime, y como Carmenza preguntó qué pasaba también se la llevaron. Marcela Cecilia entró a la casa de Itagüí al finalizar la tarde de ese viernes. Esperó a su hija varias horas y, de un momento a otro, un llanto incontrolable la invadió. Lloró hasta las tres de la mañana. Luego, agotada, se durmió. Tuvo sueños enrevesados. Uno de ellos lo recuerda porque fue recurrente en esos días. La madre me lo contó en la cafetería del parque Berrío. En él repta la serpiente que mencioné. Una culebra gigantesca que se detiene para mirar a ambas. Marcela Cecilia baja los ojos. Le ordena a su hija que haga lo mismo, pero Carmenza no le hace caso. Mira al animal y este se la traga.

+

La boca de Elkin Elber Paniagua es grande y roja. Sus ojos, pequeños y vivaces, están coronados por unas cejas gruesas. El pelo se ve casi rapado. Le dicen a este motilado corte de plancha. Tal rasgo militar era una de las razones por las que a Elkin Elber lo miraban con recelo en La Pradera. Otra, la moto en que se movía. “El de la moto”, así lo llamaban los del Bloque Cacique Nutibara que declararon, años después, sobre el destino de su cuerpo. Ese man está en La Escombrera, dijo Aguilar. Y Móvil 8, por su lado, contó que lo habían enterrado

allí con cuatro cadáveres más. Otra señal física de Elkin Elber era el acné. En la fotografía se le ve en la nariz, en la frente, debajo de la boca. Aquel día llegó del trabajo. Era supervisor de telas en Lindalama. Una pequeña empresa mezquina porque cuando Marta Lucía, la madre de Elkin Elber, fue a pedirles ayuda para la búsqueda de su hijo, despidieron definitivamente a quien, según el gerente, había abandonado el trabajo. Pero las cuentas del teléfono, y otras deudas más, siguieron llegando. Marta Lucía mostró los papeles de las instituciones adonde fue para que vieran lo que había pasado con su hijo. Estas empresas eran también ruines. Creían que lo de la desaparición era un montaje para no pagar. Marta Lucía, dueña de una venta callejera de buñuelos, presionada por las amenazas de los empresarios, pagó. Lo hizo también porque su hijo podía aparecer. Elkin Elber era de ánimo agriado y quizás le reprocharía su falta de colaboración. Había nacido en Carepa y tenía veintiocho años. Su turno en el trabajo era de 10 p. m. a 6 a. m. Esa mañana, saludó a su madre y el desayuno le fue servido. Elkin Elber, hacia las 8 a. m., fue adonde su compañera sentimental, cuya casa estaba a pocas cuadras. Allá lo despertaron unos hombres hacia el mediodía y se lo llevaron con la moto. Vestía una camiseta azul a cuadros y unas bermudas negras y llevaba arrastraderas. Lo retuvieron hasta el final de la tarde en un billar de El Seis. Luego lo montaron en un taxi. Este ha sido el modus operandi de muchas desapariciones. El otro es el de las gestiones ante el Estado para buscar al que ya no está. Marta Lucía las ha hecho todas. Para demostrarlo está el archivo que tiene en su casa. Un

montón de papeles, resoluciones, certificaciones, citaciones. Cartas donde sobresalen sellos y firmas. En muchos está el escudo de la República de Colombia, con su lema Libertad y orden. Ese escudo honra cada una de las hojas en las que se ha estampado, pero hay una frase, en la base de ellas, que es como una burla: “Prosperidad para todos”. Una faceta más, pienso, del Estado benefactor de Ciro Peláez. Un laberinto judicial, atiborrado de artículos, decretos y números de radicación, que lo engulle todo con su hocico inmensurable. ¿Cuántas gestiones ha hecho Marta Lucía para que el fantasma de su hijo esté amparado por el Estado? ¿A cuántas oficinas ha ido? ¿Con cuántos doctores y doctoras ha hablado? Ante mis ojos desfilan los nombres de fiscales, jueces, directores de un despacho y de otro. Marta Lucía, empero, es infatigable. Cree, y esto me lo ha dicho con seguridad rotunda, que ella es más fuerte que todo ese andamiaje de papeles, gestiones, oficinas y funcionarios. Marta Lucía cree simplemente que el amor a su hijo es lo que la sostiene. Pero ¿qué pasaría si ella considerara un solo instante que el odio es más fuerte que su amor? Quizás la mole judicial, y su burocracia execrable, le caería encima como las toneladas de escombros que cubren el cuerpo de su hijo.

+

En realidad, no fueron dos los adolescentes que le llevaron la ropa al Calvo. Había uno más. Se llamaba Cristo Alcides Cifuentes. Como Carmenza y Juan Jaime, tenía diecisiete años. Su madre lo recuerda el día en que lo vio por última vez. Cristo le avisó que iba a hacer una vuelta con unos amigos y que ya

venía. Hasta el día de hoy, señala la mujer. Era buenmozo mi muchacho, añade. Siempre tenía un pedazo de canción en los labios. Donde estaba él, la alegría se desbordaba. No me cansaba de prevenirlo con las chicas, no fuera que lo agarraran con la preñez y tuviéramos que responsabilizarnos de la criatura. Portaba dos candongas en las orejas. Un enredajo de semillas coloridas en el cuello. Ese día vestía de blanco. Un blanco que hacía resplandecer su piel morena. La pinta y el ánimo se lo celebraban hasta sus amigos milicianos. Porque los tenía, dice la madre. Cómo no iba a tenerlos si ellos mandaban en Nuevos Conquistadores. Pero nunca se metió en líos. Les decía que lo suyo era acicalarse, cantar a toda hora y jamás ponerse a disparar revólveres y metralletas. A punta de chistes y canciones los mantuvo a raya, hasta que llegaron los paramilitares. La madre añade que de la estación de San Javier se los llevaron a los tres para una casa en La Floresta. Desde allí, Cristo Alcides la llamó por teléfono. Dijo lo de siempre: ¡A lo bien, cucha, a lo bien! Incluso lanzó una carcajada. Pero fue una conversación cortada tan rápidamente que ella no sabe si esta se la inventó su desesperación, o si ocurrió antes de que los trasladaran a La Escombrera. En los papeles que hojeo, donde se reporta la desaparición del chico, hay un detalle que sobresale. Un número de radicado que me produce una impotencia desolada. Se llama SPOA, sigla que quiere decir Sistema Penal Oral Acusatorio. El número de Cristo Alcides Cifuentes es 060015000206201291253.

Elvia Johana Mosquera vivía con su novio en una pieza, en lo

alto de La Divisa. A ambos les gustaban las canciones de Ismael Rivera. Cuando hacían el amor, la grabadora sonaba a gran volumen para que los vecinos oyeran las palabras cantadas y no los gimoteos del goce. Su madre le dijo que eso no estaba bien porque el muchacho era miliciano. Tumbao tenía dieciocho años. Johana, dieciséis. Él era larguirucho y afro y la ropa le quedaba ancha. Ella, en cambio, se ponía las prendas apretadas y era chaparrita y blanca. En el ombligo tenía un piercing y abajo un tatuaje. Era un dedo pulgar que señalaba hacia el sexo. Otra de las marcas la trazaba el lunar en la espalda, cerca de donde se expandía la cadera. A Tumbao le encantaba darles besitos a esa mácula estrellada y a ese dedo y al triángulo tapizado hacia donde debía ir. La muchacha se reía hasta que de nuevo el negro se le enredaba en las piernas y comenzaban a jadear. Ella se había ido de donde su madre, que vivía también en el barrio. Pero al cabo de cuatro meses le dijo: Amá, el niño se me vino antes de tiempo. Escuchó otra vez que no era bueno que se mantuviera con ese gavilán. Pero Johana estaba enamorada y hacía todo lo que su novio le pidiera. Tumbao le decía: Mirá, preciosa, entregale este mensaje al comandante Marcos. Y a veces ella transportaba municiones en bolsos que Carlitos y Ojo de Vidrio le encargaban. Y hacía la fiesta en las trincheras que los Comandos Armados del Pueblo poseían. Una mañana, Johana fue al centro de salud. El sangrado seguía y unos vértigos le hacían ver chispas en el aire. La abordaron antes de entrar al centro. Otros dicen que fue después de la consulta. La metieron en un taxi y nunca apareció. Tumbao se fue de la pieza al poco tiempo. Se

encaramó como un gallinazo, puto y solitario, en uno de los extremos de La Luz del Mundo. Alguien le juró, y él apuntaba con el revólver a la cabeza del soplón, que Johana estaba en La Escombrera. Pero a Tumbao, que se había conseguido una pala para desenterrarla, también lo desaparecieron.

No es fácil hablar desde mi condición. Decir quién soy sin saber dónde estoy. Pero sé que me llamo Tulio Andrés Acevedo. Podría describir qué hacía cuando deambulaba por los barrios. Quiénes eran mis padres, mis hermanos, mis amigos. Esas cosas no son difíciles de contar y creo que al hacerlo me sentiría vivo. Aunque la vida para mí ya no es posible. Pero lo que no sabría explicar bien es qué ha pasado con mis huesos. En qué lugar exacto están ahora. Sé que tengo algo de memoria como para referir lo que me ocurrió. Son

recuerdos que sirven para entender que mi tiempo pasó en La Comuna. En esos días me bandeaba vendiendo cuadernos y lápices y otros artículos de papelería. Una vez, al regresar a mi casa en Belencito, me pegaron el tiro en la cabeza. Varios brazos levantaron mi cuerpo y lo introdujeron en el maletero de un carro. Luego lo sacaron y lo lanzaron a La Escombrera. ¡Ah, las manos, Pedro! Las manos constantes más allá de mi muerte. Las manos que han impedido que yo esté donde quisiera estar. De ese otro viaje también tengo algunos recuerdos. Son más claros porque son más intensos y veloces. Las paletadas de la tierra. La remoción de los residuos de construcción. El ingreso a la oscuridad. El tránsito hacia el fondo de todas las cosas. Podría referirme también a mi conciencia. Esa conciencia que me acompañó hasta que pude abrir los ojos. Entonces fue como si le viera la cara verdadera a la muerte. Pero ¿se trata en mi caso de una conciencia? ¿Alguien, que no sabe dónde reposan sus huesos, tendría la conciencia de su lado? Tú, que sabes de esas cosas y las escribes, dime: ¿qué es la conciencia? Y si algún día logras definirla, cuéntame: ¿de qué le sirve a un desaparecido? De todas formas, voy a decirte cómo fue ese paso hacia las entrañas de la tierra. Imagina un tornado de imágenes. Ese tornado, a veces, seguía descendiendo hacia la bruma más densa. A veces se movía hacia los lados, donde también había lo mismo. Cuando yo creía estar subiendo o bajando aún más, solo encontraba una oscuridad más compacta. Porque allí, bajo esos basureros, no había ninguna luz. Nada que pudiera filtrarse por entre las piedras y los desechos. Pero cómo negarte que las imágenes que veía me

concernían. En ellas estaban los acontecimientos de mi vida. Sé que resulta raro, a pesar de que eso es lo que sucede cuando entramos al sueño, ver imágenes en la total ausencia de la luz. Pero eso fue lo que me pasó durante el tiempo que estuve sumergido allá. Un día me sacaron y empezó el otro itinerario. Me desenterraron una y otra vez. Mis huesos los metieron en bolsas. Eran negras y sin ninguna marca. Quiero decir que ningún nombre, ni siquiera el mío, aparecía en ellas. Y en ese trajín sin pausa, me di cuenta de que me volvían a desaparecer. De La Escombrera me llevaron al cementerio de San Javier. De allí pasé a laboratorios y a oficinas. Hasta que otras manos me depositaron en este cementerio. Se llama El Universal y es una especie de limbo, lleno de árboles, adonde llegan los que no tenemos tumba. Se me olvidaron, te lo confieso, muchas cosas mías. No sé cuánto tiempo ha transcurrido desde que dejé de pensar en la alternativa de volver a casa. No dejo de preguntarme si ellos, mis padres, mis hermanos y mis amigos, aún me esperan.

+

Eran varias, o una sola que se movía, como la cabaña de Baba Yaga, de un extremo al otro de La Comuna. En mis recorridos por los barrios escuchaba historias al respecto. No surgían con

espontaneidad en los diálogos, porque una casa de pique malogra la buena imagen de una ciudad pacificada. De ellas se hablaba y la voz que lo hacía acudía a tonos bajos. Aka señaló una de ellas, la Casa Oscura, desde uno de los balcones del cementerio. Habíamos comenzado a hablar en Casa Morada. Él quiso que recorriéramos el camposanto, que estaba en la esquina próxima. Allí se sentía más cómodo para contarme cómo se había convertido en un juglar que resistía sembrando árboles en La Comuna. Aka era alto, fornido y una sonrisa continua visitaba su rostro. Tenía una pañoleta en la cabeza y aretes en las orejas, las bermudas y las camisetas las usaba anchas. Antes de subir al balcón del cementerio, me invitó a ver de cerca el árbol de la memoria. Nos acercamos al follaje y me preguntó por su nombre. Me dio unas semillas para que las oliera. No supe responder. Es un falso pimiento, respondió la sonrisa de Aka. Enseguida vimos los murales. Dos muchachos estaban allí con ojos perplejos. Uno de ellos era Hermenegildo Octavio Mejía. El otro fue discípulo de Aka, y le decían Morocho. El primero había desaparecido. Al segundo lo asesinaron. Era uno más de los cantantes de La Comuna ultimados por los paramilitares. Con Luis Ocoró se había iniciado esa racha. Subiendo a la casa de su madre, unos encapuchados le dispararon. Iba con la guitarra y a esta también le descargaron una ráfaga de metralleta. El instrumento quedó convertido en astillas. Esenia Ocoró fue obligada a salir de El Salado porque no solo era la madre de un rapero indeseable, sino la querida de Marcos, el comandante miliciano. La Comuna no se había recuperado aún de estas dos

ausencias cuando le tocó el turno a Machuca. A este lo abordaron también los encapuchados cuando iba en dirección a una de las piezas donde el cartógrafo ejecutaba el mapa. Lo subieron en un carro y jamás se volvió a saber de su paradero. Aka se había salvado, pero no podía atravesar ciertas fronteras. En Cumbre Linda quedó su casa sin nadie. Pero allá había comprendido que era un hombre de paz y no de guerra. Semejante a quienes hacían su oficio, fue amenazado por las letras de sus canciones. Aka me dijo que vio pasar varias veces a los del Bloque Cacique Nutibara con sus prisioneros, rumbo a La Escombrera. Vio también cómo llevaban a milicianos a la Casa Oscura. ¿Sí la ves? Es la que está allá arriba, en el límite del casco urbano. Yo la ubiqué en la relativa lejanía, pero dije no conocerla. Era una de las fincas sobrevivientes de otra época. De la casa de don Juvenal Ortiz decían lo mismo, que era de pique. Había otra en La Loma, cerca de donde se estableció Bejarano en los tiempos de la guerra. Ahora bien, pique no tiene nada que ver con picante. Una casa de pique no es un sitio donde se prepara ají para las empanadas o las sopas. Pique, en este caso, viene de picar, de mutilar, de descuartizar. Una casa de pique es, pues, un rancho, una finca, una bodega, incluso un parqueadero o un salón de billar. A uno de esos espacios, se comentaba, habían llevado a Hermenegildo Octavio Mejía, antes de arrojarlo a La Escombrera. José Darío, que me acompañaba cuando Aka nos guio por el cementerio hablándonos de árboles y resistencia, fue quien refirió la primera versión de la historia. Valga la pena considerar que, como las casas de pique, la historia de los desaparecidos es un

caleidoscopio. Suposiciones que poseen un poder revelador pero que, en su mayor parte, caen en el territorio de la improbabilidad. A Hermenegildo Octavio Mejía empecé a asirlo —¿se puede asir a un desaparecido?— en los periódicos de la ciudad, en las pancartas de las manifestaciones, en algunos videos vistos en la biblioteca de La Universidad. Videos en los que siempre habla su madre. Esta sucesión de visiones de un rostro joven me condujo a la elaboración de un tipo de familiaridad. En principio, las imágenes mostraron a un muchacho de veintidós años. Su pelo era corto, los rasgos finos, los ojos —eso lo comprobé en su casa de El Salado— de color verde. José Darío, su hermano, mantenía conmigo una relación cercana. Durante los días en que no estaba con Alma, yendo y viniendo por La Comuna, él era uno de mis guías. Varias veces recorrimos El Salado, Nuevos Conquistadores, Las Independencias. La primera vez que lo vi fue en una de las reuniones del convento de la Madre Laura. Alto y de pelo y ojos negros. Su piel era tan blanca que en los años del bachillerato en el Pedro J. Gómez, sus compañeros, casi todos negros provenientes del Chocó, le decían Blanquito. Daba la impresión de ser un chico transparente, pero la desaparición de su hermano mayor lo maculaba sin remedio. Nos vimos después en La Universidad. Él estudiaba allí historia. Buscamos un sitio para conversar en el bloque de la Facultad de Comunicaciones, cerca de la estatua de Pushkin. Allí me dijo que a Hermenegildo Octavio lo había desaparecido King Kong. ¿Cuál fue el motivo?, pregunté. José Darío se refirió a un enredo de vacunas. Mi hermano le estaba cobrando el

impuesto de seguridad a una ruta de colectivos sin autorización de Aguilar. ¿Y King Kong?, pregunté desorientado. Aguilar lo detuvo y se lo llevó a King Kong, que era su jefe. Pero King Kong murió después. Fue Aguilar quien confesó, desde la cárcel, que a mi hermano lo castigaron por hacer lo indebido. A la semana siguiente, fui a la casa de José Darío para hablar con la madre. El padre, un hombre que trabajaba en la albañilería, estuvo también, pero no intervino. Ante la búsqueda infructuosa de su primogénito, había decidido no hablar más sobre el asunto. Ambos habían sido campesinos en Neira y llegaron a La Comuna en los tiempos en que las milicias mandaban en El Salado. La casa la construyeron en un terreno que ellas les otorgaron. Fueron las milicias, además, las que los defendieron en medio de las amenazas de expulsión. El padre era moreno y su atuendo estaba manchado con el polvo de su oficio. Ese mediodía había ido a su casa para almorzar. La madre era amable y de apariencia robusta. Su esposo, al contrario, se veía enjuto por los años y el trabajo de la construcción. Ella me ofreció un jugo de piña, que acepté con gusto. El padre se fue a comer a la cocina. Me senté con José Darío a la mesa. La mujer se excusó por la sencillez de la pitanza. Le respondí, agradecido, que todo estaba más que bien. La sopa de zanahoria, tocada con ramitas de cilantro, el arroz, las tajadas de plátano y la carne frita eran una delicia. En las paredes de la sala se veían retratos de Hermenegildo Octavio en diferentes periodos de su vida. No había una sola imagen religiosa. En la mitad de la pared más grande de la sala estaba el rostro del joven. Era la foto que había visto en

diferentes sitios. Al preguntar por las fotografías, la madre me invitó a que las viera de cerca. En esta estoy embarazada de él, dijo. Aquí tenía dos años. Esta es en su primera comunión. En la de allá, es el primer día de la escuela. Allí está de bachiller. Mientras iba siguiéndola, vi que en la mano de la mujer había un tatuaje. Era el nombre de Hermenegildo Octavio y la fecha de su desaparición. Luego nos sentamos y me ofrecieron café. José Darío y su madre fueron a prepararlo. Me quedé solo por unos minutos en la sala. De afuera venían los sones de un vallenato lejano. Los carros y las motos pasaban con frecuencia. Un gallo cantó en algún lado. El perro de la casa se me aproximó con servidumbre dulce y le acaricié el lomo. Sentí que todo en la sala era visto por los ojos estupefactos de Hermenegildo Octavio. En tanto acariciaba la pelambre del animal, volví a recorrer la vida, a través de las imágenes, del que ya no estaba. Me detuve en la más grande. Vi los ojos que parecían dos faros encendidos. La nariz recta. La boca bien delineada. El pelo peinado con gomina. Evoqué el papel que cumplían en los hogares los antiguos manes romanos. Eran espíritus familiares protectores. Pero ¿de qué podía proteger un desaparecido colombiano? Cavilaba en una respuesta posible cuando la madre y su hijo trajeron la ollita y los pocillos. Doña Diana narró entonces la desaparición de su hijo. Esa noche, él estaba aquí, en la sala, haciendo una manilla —la venta de ellas nos ayudaba a vivir—. El parcero suyo, como dicen ahora, apareció. Tenía la respiración agitada y dijo que a Hermenegildo lo estaba esperando la policía por los lados de El Seis. Necesitaban que hiciera el reconocimiento de unos

milicianos. Una ola de frío le subió a la mujer por las piernas y le pidió que no se fuera para allá. Una vez más, la madre reaccionaba a partir de la intuición. Preveía el peligro y se oponía a que el hijo fuera al encuentro con la muerte. Hermenegildo se levantó y dijo que él nada debía y que, por lo tanto, nada temía. Eran las ocho de la noche de un viernes de noviembre cuando se sumergió en las tinieblas. Doña Diana salió a buscarlo al otro día. Dejó a José Darío, que a la sazón tenía seis años, con una vecina. Preguntó una y otra vez, pero nadie respondió algo seguro. Unos decían una cosa y los otros otra. Y no he parado de tejer y destejer, dijo ella, una historia que cada tanto tiempo se me transforma. En ese instante, el padre se despidió. Debía regresar a su faena. A unas cuantas cuadras estaba ayudando a edificar una casa. Ahora le estaban haciendo la terraza. ¿Se acuerda, mijo, de esos primeros días?, preguntó doña Diana. El hombre miró hacia el suelo sin decir nada. La mujer se paró y se ubicó en la puerta. Aquí me derrumbé, señaló. Gritaba como una loca. Devuélvanmelo, repetía sin descanso. Me tomaba el vientre. Me arrancaba los pelos de la cabeza. Me arañaba la cara. Cómo le explicara, don Pedro, eso que me dio. Era como si el parto de mi niño se me hubiera presentado otra vez. Pero este era un dolor más insoportable. Me tomaba la matriz. Pujaba para que eso que tenía en el vientre me saliera. Sentía que mi boca era mi vagina, y que mi vagina era la tierra, y que toda ella y toda yo estábamos tapadas. José Darío había tomado algo del piso y lo retorcía con los dedos. El padre se puso a darle palmaditas al perro. La madre dijo que habían tenido que llamar a un médico.

Un hombre joven que me puso una inyección y me mandó unas pastillas y me dijo que tuviera coraje. ¿Cuántos días estuve atontada, mijo?, preguntó de nuevo. Tampoco hubo respuesta. Enseguida ella fue al interior de la casa. De un sobre de manila sacó unos pedazos de cartulina. En ellos había estampadas las huellas de unos pies. Son los de mi bebé recién nacido, me dijo. Estaba en la cama, dándole por primera vez mi leche, y una dicha inmensa me embargaba. Pero esta se me evaporó de pronto. No supe por qué le pedí a mi marido que fuera a conseguirme cartulina y tinta. Esa noche, lo recuerdo como si hubiera sucedido ayer, le embadurné los pies a Hermenegildo Octavio y los estampé aquí. La madre me mostró más huellas. Eran trozos de papel blanco con unos pies que, mes tras mes, año tras año, iban creciendo. ¿Usted qué piensa, don Pedro? ¿Cierto que todo está predestinado desde que nacemos? No supe qué contestar. Quién sabe de dónde me vino esta obsesión por fijar las huellas de mi niño, dijo la madre. Como si intuyera desde entonces que me lo iban a desaparecer y solo tendría estos papeles para recordarlo. El padre, finalmente, se despidió. Ella se incorporó para acompañarlo hasta la puerta. Al volver, quise resolver una duda. Usted dijo, doña Diana, que a Hermenegildo Octavio lo contactó la policía para que identificara a unos milicianos. La verdad es que no comprendo. Ella me explicó que, ocurrida la Operación Orión, su hijo empezó a trabajar como informante. ¡Ah!, exclamé. ¿Entonces a él lo desaparecieron las milicias? Ni riesgos, dijo doña Diana abriendo los ojos. Los milicianos mataban y dejaban los cuerpos tirados en la calle para que la gente los recogiera. Los

paramilitares eran los que desaparecían. Pero ¿por qué se metieron con Hermenegildo Octavio si trabajaba para la policía? La mujer calló unos instantes y trató de desenredar el ovillo. Aunque jamás se puede desenredar del todo una muerte, y todavía menos una en la que no hay cuerpo para enterrar. Las ironías de la vida, dijo la madre. Las milicias nos dieron este terreno. Nos ayudaron a construir la casa. Nos defendieron de los vecinos que querían sacarnos. Pero Hermenegildo Octavio les cogió fastidio. Venían a buscarlo para proponerle que se enrolara con ellos. Nunca los quiso. Cuando me vino con el cuento de que estaba trabajando como informante para la policía, le pedí que no se metiera en esos líos. Él me miró con esos hermosos ojos que tenía y contestó: Amá, yo hago esto para protegerlos. ¿Quiere otro café, Pedro?, preguntó José Darío transcurrido un largo silencio. Acepté, y en tanto este iba a la cocina, la madre mencionó al parcero de su hijo. Se llamaba Norbey. Aún vivía en El Salado. Tenía una moto y trabajaba como mensajero. A veces pasaba por la casa de su antiguo amigo para saludar. Con Hermenegildo Octavio habían crecido juntos. Fueron a la misma escuela y al mismo colegio. Les gustaban las mismas canciones. Pero a Hermenegildo Octavio le iba mejor en todo. En el estudio sacaba notas más altas. Jugaba mejor al fútbol y hacía más goles. Las muchachas se enamoraban de sus ojos, de su bigote incipiente, de sus manos largas. Norbey, en cambio, permanecía en la sombra. Unos días antes de la desaparición, dijo la madre, los dos se presentaron a un instituto de informática del centro. ¿Cuál es el nombre de ese instituto?, preguntó doña Diana entre la

humareda de los pocillos. José Darío buscó el nombre en su memoria y no lo encontró. En fin, a él lo escogieron para una beca y a Norbey no. Para qué mentirle, don Pedro. Es verdad que mi hijo estaba informándole a la policía el rumbo de los milicianos y sus colaboradores. Y lo hacía para hacernos invisibles ante los nuevos amos del barrio. Pero, lo juro por Dios Santísimo, que él nunca cobró vacunas. Quien se inventó eso fue Norbey. Fue él quien lo denunció ante Aguilar. Aguilar le creyó y lo mandó llamar. Es falso que la policía estaba esperando en El Seis a Hermenegildo Octavio. Quienes lo esperaban eran los hombres de Aguilar. ¿Y usted cómo se enteró de eso, doña Diana?, pregunté. Aquí mismo estuvo Norbey contándomelo. No se imagina cómo lloraba. Cuántas veces me pidió perdón. Quise preguntar si ella se lo había dado. Creí, por unos segundos, que ese perdón podría ser lo más importante en esta historia, pero me topé con la mirada asombrada de Hermenegildo Octavio en la pared, y no dije nada. ¿Sabe con lo que salió el Norbey ese día?, preguntó la madre. Sorbí el café y la mujer aprovechó para mirar por la ventana. El canto del gallo sonó una vez más. Lo mismo pasó con las motos y los carros. Ahora la bataola arribaba asordinada por la caída de la tarde. La madre se tocó la mejilla y vi el nombre tatuado con letras negras. Norbey solo quería, dijo, hacerle una broma a mi niño. Pegarle un susto. Sentir que, por una vez en la vida, lo superaba en algo.

+

A la casa entraron seis encapuchados. Preguntaron por el Mono. La madre dijo que no estaba y cerró la puerta. Ellos enmudecieron por unos segundos y enseguida, a punta de patadas, tumbaron la puerta. El más alto le espetó a la mujer: ¡Piroba!, ¿dónde está el Mono? Entonces del cuarto de atrás salió Carlos Emilio González. Era un niño con semblante de anciano. Tenía el pelo rubio y los ojos claros. Hablaba como un señor, con tono enronquecido, pero apenas tenía trece años. Acababa de llegar del trabajo. Era mecánico de motos en un taller de La Minorista y le ayudaba a su mamá con lo que le pagaban. No bebía, no fumaba y no le gustaban las fiestas. Que la madre supiera, tampoco tenía novia. Pero era un niño que podía ser reclutado y para eso habían entrado los seis milicianos. Al rato de salir con él, la mujer, que intentó seguirlos por las escalinatas de Nuevos Conquistadores, vio

que detrás de los militares iban seis niños más, tomados de la mano, en filas de a dos. La orden del Turpial era esa. Entrar a las casas y hacer la redada. La madre me pasa una fotografía en la que su hijo está vestido de guerrillero. Fue la única muestra de su existencia que recibió antes de que le dijeran que había muerto. Si algo desbarata la supuesta respetabilidad de una guerra es ver a un niño soldado. No disfrazado, como ocurre en las fiestas de las brujas, sino ataviado como un guerrero serio. A Carlos Emilio González, en la fotografía, todo le queda grande. El fusil, las botas, los pantalones, el brazalete con la sigla de las FARC. Incluso su rostro de niño avejentado no parecía estar en el sitio que era. Pero la imagen no muestra nada nuevo en la historia colombiana. Niños como el Mono han sido fotografiados —anónimos, sucios, extraviados— en la guerra de los Mil Días, en las guerras partidistas, en las guerras de ahora, donde múltiples ejércitos participan. Y el sistema de reclutamiento poco ha cambiado: invaden las casas campesinas, los ranchos de los barrios marginados, las plazas de los pueblos, y los ejércitos lanzan sus redes para capturar a los pobres y ponerlos a que vistan los trajes de la patria y porten sus armas asquerosas. A la madre, luego de recibir la fotografía y la única carta donde el Mono le escribió que la quería, la asediaron con chismes. Ese hijo suyo come como un marrano. Ese Mono es necio y dispara cuando no debe. Ese culicagado se mantiene llorando y ha tratado de volarse varias veces. Hasta que un día le contaron que su hijo había muerto. ¿Dónde lo enterraron?, preguntó ella. Le respondieron con una claridad ambigua. Detallaron cómo lo mataron, pero, frente al

lugar donde estaba el cuerpo, todo fueron suposiciones. El Mono se puso tan caprichoso —disparaba sin que se lo ordenaran y daba gritos para llamar la atención del enemigo— que decidieron darle un tiro de fusil en la espalda. Eso sucedió en una vereda de San Luis. La madre se fue a buscar la tumba, pero no encontró nada. Solo insultos por estar merodeando parajes impertinentes. Alguien, sin embargo, le dijo que el Mono estaba en La Escombrera. Uno de los jefes guerrilleros, al saber que al niño lo habían ajusticiado, se apiadó y ordenó que sus restos los enterraran cerca de su casa. Pero ese hombre había sido, a su vez, ejecutado. La madre del Mono me confesó que no sabía a quién creer. Si al que decía que su hijo estaba en algún paraje de la vereda de San Luis. O al que juraba que bajo los escombros de uno de los botaderos de La Comuna.

+

Se nos ha desaparecido un familiar. La expresión remite a un acto de magia. Como si un ilusionista tomara un sombrero y no sacara de él un conejo, sino que desapareciera, a través de una fórmula mágica, a una persona del auditorio. Recuerdo un cuento de un escritor colombiano que usa un truco parecido para afrontar el fenómeno de la desaparición. En el texto quien narra es la hija de la mujer que, repentinamente, se esfuma en un circo. La narración la hace una huérfana muchos años después del acto fabuloso. Con este caso de El Salado hay similitudes. A mí me lo cuentan también años más tarde, pero quien narra ahora es la madre y no el hijo, y quien presencia la detención de Ernesto Lara Casas es su hija. Una niña de once

años que espera a que su padre le dé el dinero de su manutención. Todo acaece en Cuatro Esquinas, uno de los sitios emblemáticos del barrio. Lo es no solo porque allí confluyen más de cuatro esquinas, y por la gran cantidad de negocios que hay, sino porque víctimas y victimarios se encontraron muchas veces en estas coordenadas. A Ernesto Lara Casas se la tenían sentenciada. Decían que era amigo de los milicianos y los había transportado en su carro durante los combates. Con Orión, y al ver que los paramilitares eran los amos de La Comuna, él corría peligro. Pero ¿adónde iba a irse? ¿Dónde encontraría trabajo? ¿En qué otro lugar del mundo podría estar? Me quedo, pase lo que pase, le decía a su madre, con quien vivía. Varias veces sorteó el peligro. Como conducía uno de los colectivos de El Salado, los hombres de Aguilar, al pararlo, se sentían contrariados con los pasajeros. Aquella tarde, Ernesto Lara Casas cuadró el carro en una de las esquinas y fue a verse con su hija. Iban a saludarse con el abrazo de todos los sábados, cuando ella vio que unos señores lo abordaron. Su padre movió la mano para que no se acercara y trazó un adiós. Desde la ventanilla de la camioneta donde lo montaron, él la miró consternado, mientras apretaba en el bolsillo los pesos que iba a darle. Una vez más fueron mujeres quienes buscaron al muerto. Porque escucharon decir —la madre de Ernesto, su exmujer y su hija— que había un cuerpo tirado en una acequia de Guadarrama. ¿Dónde queda Guadarrama? Es un sector del barrio Eduardo Santos, cerca de La Escombrera. Por esos lados hubo otra casa de pique y en ella, probablemente, estuvo detenido Hermenegildo Octavio

Mejía. Quizás allí se encontró con Ernesto Lara Casas. Esto lo supongo porque las fechas de sus desapariciones coinciden y porque, en los testimonios de ambos sucesos, Guadarrama es un punto de intersección. ¿Cuántos días permanecieron juntos? ¿Pudieron dormir en esas noches de estrechez y pavura? Si lo hacían, ¿cómo era su despertar cuando la luz del sol se introducía por los cuartos? ¿Hablaron alguna vez de los seres queridos que los buscaban? Ese muerto que no vieron, en todo caso, no era Ernesto Lara Casas. No lo vieron porque en Guadarrama un muchacho con el brazalete de BCN y una metralleta les ordenó que se largaran. Y porque Aguilar confesó que el transportador de El Salado estaba enterrado en La Escombrera.

+

Muchas veces me he preguntado qué es La Escombrera. Sé que es un basurero cuyos límites se confunden con bosques y areneras. Sé que es una fosa común encaramada en una de las montañas de Medellín. Por sus dimensiones, por la cantidad de cuerpos que hay y las dificultades que acarrea su hallazgo, y por esa circunstancia de ser un sitio donde se siguen arrojando desechos y sacando arena para construir viviendas, pienso en ella como si fuera un punto ciego. Es decir, un punto a través

del cual, por un lado, no se puede ver nada; pero, por el otro, es posible verlo todo. La Escombrera, igualmente, me parece constituida por unas líneas y ejes que actúan como una puesta en abismo. En ambas situaciones, en efecto, la ciudad puede reflejarse. Quizás no haya nada de singular en esta consideración. De cualquier manera, todas las ciudades son grandes cementerios. El ser humano es fundamentalmente necrófilo. Vive asentado en la muerte y cree que, confrontándola, avanza en el tiempo. Pero ¿qué puede reflejar una fosa como La Escombrera? ¿Hasta qué punto ella es un espejo? Si quisiéramos jugar a este tipo de asociaciones, La Escombrera sería más bien un agujero negro. Y, como esos hoyos que se desparraman por el universo, se podría devorar tarde o temprano a la ciudad. Lo cual tampoco sería insólito en la historia de las urbes. Cuántas no han sido literalmente deglutidas por la muerte. De estas cosas hablé con Arturo Arreola mientras nos dirigíamos a las escaleras eléctricas de La Comuna. Un poco a regañadientes, decidimos recorrerlas un día de fiesta. Fueron construidas por otro alcalde de Medellín. Salcedo, así se llama, dijo con la inmodestia de quien gobierna que hacer estas escaleras, que suben sinuosamente por Las Independencias, significaba conectar La Comuna, superados los traumas de las agresiones militares, con la ciudad y el mundo. Salcedo tiene toda la razón. Porque Arturo y yo vamos subiendo y, al mismo tiempo, hay hordas de turistas fotografiando la pobreza espectacular que nos rodea. Las escaleras eléctricas tienen varios miradores desde donde se divisan La Comuna y Medellín que, al fondo, se riega sobre el

valle. Arreola, un antropólogo que oscila su cuerpo al caminar como si estuviera contento de poder hacerlo, me glosa lo del espectáculo y la pobreza. La Comuna está enferma de geografía, comienza diciéndome. Por ser inaccesible y miserable, los gobiernos la olvidaron durante años. Salcedo ahora pretende convencernos de que, por fin, se preocupan por ella poniéndole estas escaleras modernas. Pornomiseria, agrega Arreola. Y aquí y allá están las tenduchas de los souvenires. Como en otras partes se ven ruinas históricas y edificios honorables, aquí se ve la precariedad encaramada en las montañas para suscitar algo parecido al entusiasmo. Y se venden llaveros, postales, lapiceros, camisetas. En un tramo, muchachos negros bailan hip hop y cantan. Hasta la música, la hermosa rebelde, ha terminado domesticada, dice Arreola. También hay un libro sobre La Comuna que se vende en los kioscos como un best seller de barrio. Lo escribió un policía bonachón —¿hay policías bonachones?, pregunta Arreola— que participó en Orión y dice que la gente de por aquí, además de vivir agradecida con el presidente, el alcalde y los generales, es humilde, trabajadora y buena. ¿Será que ponemos un tenderete para vender fotografías de los desaparecidos de La Escombrera?, le digo a Arturo. En cada una de ellas marcaríamos lo que se dice en los llaveros, los pocillos y los ceniceros: Soy La Comuna. Él sonríe y levanta la cabeza para mirar ese no lugar que, no obstante, se aprecia desde cada rincón de las escaleras. Arreola comenta que para hacerlas hubo que desalojar a las familias y tumbar sus casas. Sé de algunas a las que todavía no les han dado otro rancho para que

vivan. Poco a poco vamos dejando atrás las vías turísticas. Nuestro propósito es ir a lo alto de El Salado. Queremos visitar el templo de las Teresitas y el memorial que está cerca. Damos un pequeño viraje y nos adentramos de lleno en Nuevos Conquistadores. Recorremos las otras escalinatas, las verdaderas, y no aquellas que parecen ser hechas con la silicona con que tantas mujeres de Medellín rehacen sus tetas y sus culos. Nos perdemos, durante un tiempo, por el laberinto de los peldaños. De las casas sale una música despechada y festiva. Los perros corretean junto a los niños que le pegan a una pelota. Vemos a mujeres barrer y trapear el pedazo de escaleras que les corresponde a sus casas. Unos hombres, junto a un barranco, pegan los ladrillos de una pared futura. De otra morada nos viene el olor de los fríjoles y la arepa. En un momento, una muchacha se nos aproxima. Está conectada a los audífonos de su celular. Se los quita y saluda a Arreola con una sonrisa que ilumina el mundo. Hola, querida, dice mi amigo. Estiro la mano, pronuncio mi nombre y veo en su cara la misma de Flavio Josefo Mosquera. Al despedirnos, le cuento a Arturo que ella se parece al chico que desapareció hace años en San Javier. Es toda una casualidad, la trágica casualidad de La Comuna, me responde Arturo, porque a ella, y señala con la mano a la mujer que va bajando por las escalinatas, también le desaparecieron a un hermano. Ascendiendo al templo, le digo a Arturo que la desaparición se caracteriza por un rasgo de esperanza anómala. Arturo me mira con curiosidad. Paramos para tomar aire y agua de los termos que guardamos en nuestras mochilas. Hay desaparecidos, digo, que no son

raptados por nadie, sino por ellos mismos. Deciden desprenderse de los que pudieron haber sido sus sitios de residencia. Arturo me mira ahora con desconcierto. De Flavio Josefo Mosquera afirman que está aquí y allá. Trabaja, para unos, en un hotel en Puerto Escondido. Para otros, en una casa de retiros en Pereira. A sus familiares les cuentan que lo vieron colgado de un carro de basura en Duitama. Unos más dicen que es un mendigo que va de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, arrastrando sus andrajos. ¿Sabes, recalco, que si no se puede comprobar que el desaparecido lo fue por algún bando armado, el Estado no lo declara víctima de nada y su familia pierde el tiempo tratando que la consideren afectada por este fenómeno? Como Arturo no me responde, prosigo mi devaneo. ¿Por qué no pensar la desaparición como una epidemia? Una enfermedad que roe a las personas y hace que su destino sea difuminarse por voluntad propia de sus espacios cotidianos. No es raro que una realidad como la nuestra, tan capaz de vejar a los seres humanos, termine empujándolos no a suicidarse, ni a dejarse asesinar sin que se sepa nada de su paradero, ni a tomar las armas para atentar contra un orden insoportable de cosas, sino a que se desvanezcan por su propia voluntad. Esta separación del mundo, este hacerse humo, esta decisión de renunciar a los vivos sin que sean recibidos en el dominio de los muertos, sería no un acto de excentricidad cobarde, sino la protesta más extrema. No seas exagerado, Pedro, dice Arreola. Si el nuestro es el país más feliz de la Tierra, y Medellín, la ciudad más emprendedora de Colombia. Respondo que esos desaparecidos surgen justamente en los medios más optimistas

y pragmáticos. Que no es ni la política, ni la economía, ni los medios de comunicación masivos los que dan testimonio de ellos. Es el arte la que los pone a circular, como figuras fantasmagóricas, en medio de la opulencia financiera. Flavio Josefo Mosquera pareciera ser de esos personajes. Durante sus estudios de primaria y secundaria fue silencioso y obediente. Respetuoso con sus padres. Juguetón con el gato que tenía. Interesado por la poesía y la música. De hecho, al desaparecer iba con su clarinete para la casa de un amigo. Las suposiciones de su familia, claro está, han rozado las múltiples posibilidades que un ámbito como el de Medellín les ha ofrecido. Flavio pudo haber sido raptado por los milicianos o los paramilitares. Pudo convertirse, en manos de la policía y el ejército, en un falso positivo. Uno de esos muchachos inocentes que fueron asesinados para presentarlos como guerrilleros y después enterrarlos en cualquier lado. Pudo haberse ido para el extranjero a trabajar como un inmigrante invisible. O haber tomado, en autostop, camiones cuyo rumbo es el sur de América. Lo pudieron haber despedazado y vendido sus órganos en el mercado negro de la ciencia que circula por los bajos fondos de las ciudades colombianas. Pero todas estas alternativas tambalean frente a Flavio Josefo Mosquera. Dejamos atrás su mirada vacía cuando entramos a la pequeña iglesia de las Teresitas. El templo marca el último límite urbano de El Salado. Más allá de su arquitectura sigue un sendero campesino y, un poco más lejos, empieza el territorio de La Escombrera. Una monja nos informa a cuántos niños y adultos atienden cada día para darles de comer. El templo huele a

caridad cristiana, que aquí es limpia, sencilla y acogedora. Salimos y caminamos unos metros y vemos el memorial. Es una pequeña franja de tierra con algunas matas florecidas. Hay una cruz de palo y una guirnalda de pétalos de rosa colgando de su centro. En una placa negra del Tribunal de Justicia y Paz de Medellín se recuerda, en letras blancas, a las víctimas de la desaparición de La Comuna. De súbito, una libélula nos sobrevuela. Hace varias piruetas sobre nuestros cuerpos y se lanza, como una centella colorida, hacia las matas. Una anciana nos saluda amablemente y entra al terrenito. En tanto riega los rosales y los claveles, susurra una oración que parece una canción.

+

Gonzalo Luis Jaramillo estaba internado, para rehabilitarse, en un hogar claretiano. Quizás si hubiera salido con buenos resultados de este tratamiento, las directivas le habrían propuesto que terminara el bachillerato para entrar al Sena, o a alguna pequeña universidad y adelantar una carrera técnica. O lo hubieran contratado como jardinero o aseador del mismo hogar. ¿Era drogadicto Gonzalo Luis? ¿Había sido un habitante de la calle? ¿Tenía algún desequilibrio emocional? Nada se sabe de las causas de su internamiento. Probablemente, Gonzalo Luis había aspirado sacol, o tomado licores adulterados, o consumido basuco. Tal vez deambuló por las casas de vicio de Niquitao —pues solo hay una calle, larga y bulliciosa, llamada San Juan, que comunica al barrio San Javier con esos antros— y en ellas apuró el aprendizaje del bajo mundo. Estas son, por supuesto, suposiciones que me vienen al darme cuenta de que a Gonzalo Luis Jaramillo lo reeducaban. También lo considero así por la única fotografía suya que poseo. En ella hay un muchacho flaco y de cabellos incipientes que parece haber sido infeliz. Su nariz se ve bermeja. La típica nariz de un adicto precoz. Sé que muchos chicos de La Comuna decidieron irse de sus casas y lanzarse a la vida callejera, y que ese destino solo pudieron enfrentarlo con las drogas y el alcohol. En la imagen está, aventuro, con su madre y una hermana, o una prima, o una amiga. Gonzalo Luis Jaramillo posa en la mitad abrazando a las dos mujeres. Ellas hacen mala cara. Él sonríe, aunque su gesto es contrariado.

¿Por qué esta incomodidad? Imagino que la fotografía fue tomada en el hogar claretiano. En su atmósfera hay un cierto viso de protección. Están en un jardín y atrás hay algunos árboles. Pero, al detallar los gestos de sus personajes, me asaltan varias ideas. La más insistente que la miseria, como un imán perverso, arrastra hacia sí todos los males. ¿Habría entonces que hacer desaparecer la miseria? ¿Erradicarla definitivamente de los cuerpos y las mentes de los hombres? Pero si esto se asumiera como una obligación, sé que surgirían de una parte y otra sus apologistas. Por ejemplo, las directivas de estos hogares claretianos elevarían su voz. Saldrían los ideólogos de las religiones a exponer sus viejos argumentos, donde la miseria es la que conduce al amor, a la misericordia, al bien, a la salvación, a Dios. ¿Y cómo no pensar en las instituciones estatales? Dirían en coro que sin la miseria no tendrían razón de ser, y la criatura humana sucumbiría ante el tedioso descarrío que prodiga todo confort. Gonzalo Luis Jaramillo tenía veinte años cuando, en una calle de San Javier, y de regreso al hogar, unos hombres lo abordaron. Lo agarraron del cuello y lo hicieron montar a un taxi. Su madre, por lo que dicen las fichas que hojeo, intentó la búsqueda en La Escombrera. Muy pronto abandonó su empeño. Ignoro por qué decidió no insistir.

+

Berta Elena Mesa es originaria de Betulia. Llegó a lo alto de El Salado con sus hijos. En un rancho, que ya no está, vivieron hasta que tuvieron que irse. A uno de ellos lo desaparecieron un mes después de Orión. Se cree que Orión duró solo dos o tres días. Es una aseveración problemática, por no decir falsa. El efecto de sus garrotazos sigue resonando con brutalidad en la memoria de la ciudad. Los hombres de King Kong se llevaron en El Reversadero a Hernando María Tobón. El Reversadero es donde se cuadran los colectivos de El Salado, ruta San Javier-La Caseta. Allí, este hombre de veintidós años se dedicaba a hacer y vender arepas. No era que tuviese la obligación de fabricarlas. Había un vínculo de empatía entre sus manos y el maíz. Se las miraba con orgullo y le decía a Berta Elena que se sentía bien con las mazorcas. Que le era grato moler sus granos, hacer las delgadas telas y asarlas y venderlas. En su casa, por tal motivo, podían faltar la carne o el arroz, pero jamás el maíz. Hernando María había estado en la cárcel dos años. La causa fue el hurto de un dinero con el que compró un mercado para su casa. No salió del presidio a engrosar las filas del crimen, sino que retornó a su barrio. Un hombre de El Salado le dio trabajo y se puso a hacer arepas.

Hernando María Tobón no poseía mayores ambiciones. Había cursado los estudios de primaria y, si por él fuera, se habría quedado, hasta su improbable muerte natural, haciendo arepas en El Reversadero. Cargaba en el bolsillo de la camisa una estampa de María Auxiliadora y un registro civil deshecho y mancillado. Berta Elena me dice que su hijo no tenía problemas con nadie. ¿Cómo una persona como él, que se dedicaba a las arepas, podría tenerlos?, me pregunta. Pero el problema verdadero de Hernando María era su patrón. O mejor dicho, fue este quien tuvo problemas con los nuevos dueños de La Comuna. En los más de diez años del dominio miliciano, el patrón les había dado arepas con mantequilla y quesito a los comandantes y a sus hombres. O le ordenaba a su empleado que se las diera gratis. Aquel día, al lado de El Reversadero, había un partido de fútbol. La policía estaba presente en la cancha. Los paramilitares del Bloque Cacique Nutibara buscaban al arepero colaborador. A Berta Elena le contaron que ellos hablaron con los policías y estos señalaron la esquina en la que estaba su hijo. Pero fue el patrón el principal responsable. Había dicho que, desobedeciendo su mandato, Hernando María era quien les suministraba comida a los bandidos. En fin, a este último lo metieron en un taxi. En el auto iban cinco más. Hernando María era el único arepero. Dirigiendo su mano hacia La Escombrera, Berta Elena asegura que su hijo está allá.

+

Antes era duro meterse por estos vericuetos. La guerra no dejaba. Las fronteras invisibles impedían que la gente se moviera por los barrios. Había asesinatos y masacres que la prensa no registraba. Con Orión, punto elevado de las disputas territoriales, cesaron los combates pero aumentaron las desapariciones. Unos dicen que su agresividad y los desaparecidos subsiguientes fueron un precio necesario. La clase política, los empresarios, los medios de comunicación, muchos de los intelectuales y académicos, la gente del común de Medellín han elogiado esta pacificación. Pero otros se niegan a aceptar semejante importe. Se reemplazó, dicen, a unos malhechores, los milicianos, por otros, los paramilitares, y sumieron en el terror a una población indefensa. Escuchando a unos y a otros, he conversado con quienes sufrieron aquellos días. Logré, por ejemplo, que Silvia Sánchez me recibiera en el convento donde ahora es monja y me contara detalles sobre su

secuestro. Hablé con el que apodaban Carilindo, ya jubilado de la policía, y en una cafetería del parque La Floresta escuché cómo el fantasma del niño al que eliminó con su M60 aún lo atormentaba. También he ido a las casas de antiguos milicianos y antiguos paramilitares. A estos últimos les dicen amnistiados, reinsertados, legalizados. Varios de ellos atravesaron por unos modelos de adaptación social que los dejaron al garete del desempleo, la droga y otros traumas tortuosos. Unos más nunca creyeron en amnistía, indulto o reinserción alguna. Pero, finalmente, dejaron las armas. He subido, pues, hasta los límites más altos de Nuevos Conquistadores, Las Independencias y El Salado para escucharlos. He caminado junto a ellos por esas vías sinuosas que me hacen concluir que estoy recorriendo una ciudad ultrajada. He estado con ellos sin protección alguna. Quiero decir, sin protección militar. Mis acompañantes, o mis protectores, han sido Alma Agudelo, Arturo Arreola, José Darío Mejía. Y todos sabemos, cómo negarlo, que estos encuentros han sucedido gracias a Orión. ¿Se conversa de estas cosas en la guerra? No lo creo. Hay que esperar a que ella dé una tregua en su periplo rabioso para que se efectúen indagaciones como las que he realizado. Con William y el Zarco pude hablar entonces, y ambos opinaron que antes era duro meterse por estos vericuetos. Pero quien ha utilizado la palabra “vericuetos” es William. Quizás porque él es un poco más instruido que el Zarco. Tal vez porque lee la Biblia con devoción y el Zarco no lee nada. Ahora bien, el Zarco fue miliciano desde los ocho años. Comenzó siendo carrito. En la adolescencia cobró vacunas e hizo rondas de

vigilancia. Con la llegada de Orión se pasó al bando de los paramilitares. Cuestión de plata y de supervivencia. Al Zarco la ideología le importa un culo, esa es la expresión que empleó. Su desadaptación, el origen de su resentimiento y dolor, es la muerte de su madre. Ella trabajaba en un bar en el centro. Una noche, un cliente le clavó a la mujer una navaja en el estómago. La trasladaron a urgencias de un hospital y allí los médicos se olvidaron de ella. Si algo me gustaría hacer en la vida, dijo el Zarco, sería llevarme por delante al que le dio la puñalada a mi cucha y a los matasanos que la dejaron morir en el hospital. Habrían podido salvarla, pero dejaron que la herida se le infectara. Me mostró un plastiquito donde portaba la cédula, el carnet de reinsertado y una fotografía de su progenitora. William, en cambio, fue siempre paramilitar. Ambos se conocieron en el ir y venir de las matanzas perpetradas por el Bloque Cacique Nutibara. Ejecutaron las limpiezas respectivas y condujeron personas a La Escombrera. ¿Cuánta gente hay allá?, les pregunté. Los dos levantaron los hombros. Muchos, respondió William. Una gallada, matizó el Zarco. Más tarde, frente al primer acuerdo de paz, ellos no entregaron las armas y se fueron para San Carlos a integrar las filas del Bloque Héroes de Granada. Por esas tierras siguieron asesinando y desapareciendo. Conque estos dos hombres, pensé, fueron héroes. Integraron grupos de mercenarios que, según Bejarano, habían combatido por el progreso de Medellín, por la grandeza de Antioquia, por la paz del pueblo colombiano y su Estado de derecho. Meros mercenarios de barrio. Y al verlos uno se reiría, o se espantaría de tales heroísmos. O entendería que los

héroes, en una guerra de este corte, no son más que unos pobres diablos. En todo caso, el Zarco se reinsertó con la segunda negociación de paz y William no. Aquel tuvo una asesoría psicológica. ¿Te funcionó?, pregunté. Ni mierda, respondió. La plata me sirvió para desembalarme un poco, pero esas viejas psicólogas no saben lo que es un fantasma. Y aprovechó para contarnos que escuchaba voces que no lo dejaban dormir. Que su vida hacía rato no valía la pena y que huevas le faltaban para pegarse un tiro. William, por su lado, dormía mejor. Es que el Zarco le sigue dando vueltas a toda esa gente. Los muertos muertos están, sentenció. El Zarco miró al suelo. Murmuró que ojalá fuera así de simple. Yo iba a hablar de los muertos y las visitas que suelen hacerles a los vivos, pero el Zarco se lanzó, a media voz, a comentarnos sobre la aparición que no lo dejaba en paz. Es un viejito que capturamos para el ejército, dijo. Lo bajamos de un bus escalera junto a un par de muchachos. Eso fue en San Roque. A los dos pelaos nos los recibieron en la brigada para volverlos falsos positivos y nos dieron el billete. Pagaban bien los milicos, pa qué si no. Pero al viejito nos lo devolvieron. Tenía más de setenta años. Mi capitán nos ordenó que lo desapareciéramos para que no regara el cuento de las dos pintas que habíamos entregado. Cuando estuvimos solos, dije que no. Me puse arrecho y me negué a disparar. Mis compañeros aceptaron, hicieron la cachiporra y a mí solo me tocó cavar la fosa. El viejito me suplicaba que no lo matáramos. Me decía que para qué jodernos la vida. Me hablaba de una hija y de unas nietas suyas. Si pudiera devolver el tiempo, maldita sea, haría lo que

fuera para salvarlo. ¿Le has pedido perdón?, pregunté. ¿Perdón a un muerto?, contestó el Zarco con gesto incrédulo. Busca a sus hijas, a sus nietas, pídeselo a ellas. Tal vez puedas dormir mejor. El Zarco meneó la cabeza. Dijo que no sabía dónde vivían. Ni siquiera se acordaba dónde habían enterrado al viejito. Nos quedamos en silencio unos instantes y William tomó la palabra. Desde hacía algunos años cuidaba a sus padres. Ambos están casi de cajón, dijo. La madre ha venido al cuchitril, donde hablamos, y nos ha ofrecido tinto. Es una mujer sorda y desvirolada. Esta frase la utilizó William. Le dijo que muchas gracias y, también a gritos, le pidió que se retirara. El padre quedó convertido en nadie a causa de una embolia cerebral. Un poco antes habíamos recorrido el rancho y en una pieza, debajo de las escaleras sin revocar, sobre un jergón, había un bulto cobijado. Es mi viejo, dijo William. Y añadió que se sentía útil en la casa. ¿Sabe qué me toca hacer cada mes?, nos preguntó. José Darío y yo aguardamos la respuesta. El Zarco, supongo, estaba enterado. Me monto a mi papá a caballo y me lo llevo escalinatas abajo a tomar un colectivo. Cargado, sin que sepa que lo cargo, me lo llevo a una oficina del centro de Medellín para que nos paguen su pensión. No reconoce a nadie, ni siquiera a mi mamá, ni siquiera a mí. Pero en esa oficina tienen que verlo. Y como no puede firmar, le toman el dedo de su mano y le ponen una huella en un papel. Así nos dan el billete. William dijo que su padre fue celador en San Javier toda la vida, y añadió que él, por su parte, hacía labores de albañilería y leía la Biblia en sus ratos libres. Tras una pausa, se acercó para mostrarme la cicatriz que le había

dejado una bala. Me salvé de chiripa, dijo. El disparo me entró por una mejilla y me salió por la otra, pero en el camino me destrozó la lengua. José Darío, al observarla, consideró que pese a la cicatriz hablaba bien. Me hicieron una cirugía del carajo, se justificó William. Con la Biblia en la mano declaró, de repente, que lo único que lo haría tomar las armas sería saber que las milicias regresarían. ¿Cree que eso pueda ocurrir?, pregunté. El mal, y apretó el libro despastado, está siempre a un paso de nosotros. Enseguida, como para reducir el peso de ese dictamen, o quizás para agudizarlo, propuse que habláramos de La Escombrera. ¿Ustedes entonces llevaron gente allá?, pregunté. Hubo otro silencio. Apoyado en él, terminé de tomarme el tinto. El Zarco confesó que solo entregó a un hombre con ese rumbo. Era un comerciante de ropa. Lo habían traído desde San Carlos y le decían Manchado. Lo recuerdo, precisó el Zarco, porque tenía un lunar grande y morado, como una mano, en una de las mejillas. ¿Por qué lo trasladaron?, pregunté. El Zarco vaciló antes de contestar. Demás que el hombre pidió que lo trajeran a Medellín. Imagino que aquí estaba su familia, agregó. Fue entonces cuando William aprovechó para decir que en La Escombrera estaba todo el mundo. ¿Cómo así?, pregunté recordando las especulaciones de Mateo Piedrahíta. Caballero, dijo William, sepa y entienda que los duros de las milicias, Marcos, el Turpial, el Gordo, se escaparon de Orión, pero quedaron un montón de colaboradores. Esas personas la debían y les tocó pagarla. ¿Pero usted estuvo allá?, me atreví a inquirir. ¿Participó en esos ajusticiamientos? William se calló. Tomó la

Biblia. La elevó delante de nosotros y la besó. Pobre gente, dijo. Pero yo, a diferencia de este, sí he pedido perdón. Y antes de que le preguntara por los destinatarios de su gesto, William dijo: Se lo he pedido a Dios porque solo Él puede juzgarme.

+

¿Me escuchas? ¿Cómo hago para que puedas hacerlo? ¿Te hablo? No, mejor canto. Era lo que hacía cuando nos veíamos con Alma. Ustedes aplaudían, yo cantaba y el viento que bajaba de las montañas nos sacudía los rostros. Pero esta vez tendrás que oír mi música atragantada por la tierra. Distorsionada, como mi nombre, porque ambos brotan desde La Escombrera. Mis padres me pusieron Rubén Darío

Mosquera, eso ya te lo dije, pero mi verdadero nombre es Machuca. Soy el desplazado. El marcado por las llamas de la discordia. Pero también soy el que cantaba en La Comuna. Tú lo sabes, Pedro. Soy un desaparecido y no un sobreviviente. Tristes jornadas aquellas en que nos estropearon la vida. Sin embargo, decidimos salir a cantar en medio de las balas. Abríamos nuestras bocas y salíamos saltando detrás de las palabras. Para calentar su aspereza, movíamos las manos y danzábamos. Atravesábamos el territorio y seguíamos cantando. Los militares de uno y otro bando nos amenazaban. Ellos querían otro canto. El que era una orden y obligaba a la obediencia. Mientras que el nuestro incitaba a desobedecer. Decíamos no a las armas. Arremetíamos contra la guerra. No creíamos en los políticos que subían hasta aquí buscando votos y prometiendo lo que jamás cumplían. Recuerdo cuando comenzamos. Qué chimba fue ver La Comuna llena de raperos. Íbamos de un lado a otro pregonando una revolución sin muertos. Nos hundíamos en recuerdos aciagos. Recordábamos la inclemencia de Orión. Y cantábamos a los desaparecidos. Aka me dijo que era hora de reconocer mi cuerpo quemado y mostrarlo no solo como una herida, sino como una posibilidad de cura. Otro día, decidimos ir a La Escombrera. Éramos muchos y entregamos nuestro canto a esa tierra degradada porque sabíamos que el horror se mitiga con la música. Pero los paramilitares empezaron a matarnos. Cayeron Ocoró, Colacho, Chelo, Rasta, el Duque. Hasta que me tocó el turno a mí. Pedro, escúchame. Trata de nombrarme en tus palabras, así no logres rescatarme. Dile a Alma que estoy aquí. Cuéntale que

me aplasta la basura, pero que canto desde ella.

+

Es como si de las fotografías hubiera sido expulsada la protección que otorga el afecto de los seres queridos. Parece que su sino fuera no integrar ningún álbum familiar, sino estar desperdigadas en fichas, archivos y carteles. Cargar, en cierta medida, el peso de una sórdida socialización. Porque vemos

esas imágenes y entendemos que corresponden a personas sin rastro. Y sentimos repudio, desdén o conmiseración, al saber que nada ni nadie podrá cambiar esa circunstancia atroz. Muchas de las fotografías fueron tomadas en reuniones familiares. Su revelado se hizo en algún laboratorio de La Comuna o del centro de Medellín. Las miro una y otra vez y me sigo preguntando si existe un rasgo de honorabilidad en esos rostros. Porque lo agobiante es que tal perfil también ha sido desterrado de la imagen. No ignoro, por supuesto, que algo en las caras apunta a la ingenuidad, a la espontaneidad, a la sencillez. Fotografías, como la de Leidy Jenny Martínez, aluden incluso al optimismo. En ella, quien va a desaparecer en el futuro hace la primera comunión. Su vestido es blanco. El pelo está adornado con encajes. La mirada brilla bajo el efecto no solo de la luz captada por la cámara, sino del rito religioso efectuado. La primera comunión le ha permitido a Leidy Jenny entrar a una nueva etapa de su pequeña vida. Ha recibido al Cordero de Dios y no es difícil imaginar que ese día fue feliz por los regalos que recibió. La fotografía, empero, no manifiesta alegría alguna, porque está urdida por la tragedia venidera. Es como si ese destino se devolviera sobre la imagen para ensañarse con sus contornos. En el caso de Leidy Jenny, la crudeza es doble. Por una parte, se presenta la coyuntura de la desaparición que ondea en el rostro como un estigma. Por otra, está la mancha que cubre un flanco de la fotografía. En la imagen aparece en uno de los extremos e invade el cabello y la frente a manera de una lepra. Otras fotos están vilipendiadas. Se diría que les ha caído una hez oprobiosa. Alguna sustancia

que, en el papel, ha perdido cualquier vínculo con el festejo o la ocasión especial que pudo haberla producido. Otras están rotas, o pegadas sus partes con cinta o esparadrapo. Una más tiene como una luz que, extrañamente, va tornando invisibles las facciones del semblante. Son estos matices los que me provocan un estremecimiento. No sé si llamar a esto dolor. ¿Cómo podría dolerme el destino de alguien que no conocí? La solidaridad con la tragedia ajena, si en parte no es tramposa, en todo caso es coyuntural, por no decir azarosa. ¿Por qué me pesa a mí, y no a otros, el infortunio de estas gentes de Medellín? ¿Por qué me atañen los ultrajados de aquí y no los de otras latitudes? ¿No debería, más bien, compadecerme por la suerte ecuménica de quien sufre la sevicia del otro? Y así esto fuera posible, ¿qué clase de existencia podría llevarse? Recuerdo entonces al poeta aborigen de Australia. Vino invitado por Fermín Rojo a su festival multitudinario de poesía, en uno de esos años en que los desaparecidos empezaban a formar otra multitud en Medellín. Pero él no vio, no podía ver, a los de La Comuna. Lo que vio fueron otras cosas. El bardo nativo, apenas instalado en el Gran Hotel, salió a dar una vuelta por el centro de la ciudad. Un guía lo paseó por el parque de Bolívar, por el parque Berrío, por la avenida Oriental, por la avenida La Playa. El poeta de Australia vio mendigos tirados en las calles. Se tropezó con un hombre sin piernas ni brazos que, solo cubierto con un calzoncillo y puesto en una carreta, pedía limosna en un semáforo. Vio adolescentes que aspiraban sacol. Se cruzó con varios niños indígenas, descalzos y con ojos asustados, que le estiraron sus manos en busca de

monedas. De vuelta al hotel, el poeta se sintió afrentado. No quiso ir a dormir a la habitación asignada y se negó a comer. Había una fiesta que, esa noche, el festival de poesía organizaba para sus invitados. Pero el de Australia se sentó frente al hotel y decidió protestar por la miseria de Medellín. Le parecía imposible pasarla bien mientras afuera del hotel sucedían aquellas ignominias. A Rojo le avisaron y fue con el intérprete. Dialogó con el poeta hasta que este, a regañadientes, se metió en la habitación. Ignoro los detalles de esa conversación. ¿Cuáles fueron los argumentos de Rojo para que el vate aborigen desistiera de su comportamiento? Tal vez enarboló aquello de que frente a las injusticias escribir poesía era un arma y un escudo suficientes. Pero me pregunto si los poetas, no del mundo sino de Medellín, protestaran de igual manera ante los desaparecidos, ¿qué pasaría? Mientras escribo este inventario de quienes podrían estar en La Escombrera, con el expediente de Leidy Jenny Martínez sobre mi escritorio, tengo la impresión de que mi gesto, como el de los bardos de aquí y allá, es inútil.

+

Y estaban los enfermos. Quienes padecían problemas de crecimiento. Aquellos que no oían ni hablaban bien. Los medicados por los ataques de anomalías graves. Cuando veo la fotografía de Julián Acevedo Montes se me oprime el pecho. Es un chico de diez o doce años. Parece estar montado en un caballo, pero el animal no se ve. Está con una camiseta en la que hay estampado un personaje de La guerra de las galaxias. Las manos de Julián toman unas bridas y detrás hay otro niño. Este tampoco se ve completamente. Apenas un par de manos que surgen de atrás para agarrarse de la cintura del jinete. Los ojos de Julián son foscos como su cabello grueso. El aire que flota en su figura es el de la ausencia. No la que padecerá el cuerpo, sino la que se refiere al brillo de sus ojos. A los episodios de ausencia que tenía Julián les dicen autismo. Su mamá, sin embargo, no utiliza esa palabra. Yo la pienso, pero no la pronuncio. Es esta condición la que la empujó a decir, durante la visita que hice a su casa de las Independencias Dos, que era su ángel caído en desgracia. La de Julián Acevedo Montes es una de las desapariciones más aberrantes. La madre estaba con sus tres hijos. Julián era el mayor. Ella fue a la cocina a preparar la comida. Estaba montando un arroz cuando escuchó el revuelo que venía del comedor. Consideró que era una pelea de hermanos y gritó que se calmaran. Los dos niños menores entraron a la cocina. Pálidos y llorosos, contaron. Dos encapuchados habían entrado a la casa por Julián. ¿Quiénes pudieron ser? La mamá dice que si hay un misterio capaz de robarle toda la entereza de su ánimo, ese es la identidad de esos dos hombres. En las oficinas adonde ha ido le han hecho un

diagnóstico. Como en las Independencias Dos, por aquellos días, el Bloque Cacique Nutibara acababa de instalarse, el funcionario del Estado dedujo que los hombres pertenecían a ese grupo. Pero la madre no cesa de preguntarse: ¿qué clase de seres humanos son quienes pueden robarse a un niño con retraso mental? ¿Para dónde se lo llevaron? ¿A hacer qué con él? No sé si ella tiene alguna respuesta a sus interrogantes. No lo creo cuando la veo llorar frente a la fotografía de su hijo. Pero yo evoco una vez más los falsos positivos. Esa consecuencia del plan de seguridad democrática que dejó tras de sí un mandato presidencial nauseabundo que muchos siguen celebrando. Aunque no digo nada. Soy incapaz de interrumpir el llanto de una madre inconsolable. Mi niño, dice, me ayudaba en el puesto de dulces que tengo en la calle. Estaba yendo a la escuela. Ese año cursaba segundo de primaria, pero tenía dieciséis años, y leía y escribía más o menos bien. La madre me cuenta que él todo lo aprendía tarde. Aprendió a caminar a los seis. A hablar a los ocho. A comer solo a los diez. A distinguir las letras y los números a los doce. Finalmente, me entero de algo que también me constriñe el corazón. Julián rezaba a lo largo del día. La madre le aconsejaba rezar solo al despertarse y al dormirse. Pero el niño no le hacía caso y bisbiseaba siempre las oraciones. Un día le mostró sus manos. En cada uno de los dedos se había hecho pintar una cruz. La mamá preguntó de quién eran esos dibujos. Él mencionó un nombre que ella distinguió en la vecindad. Con los días los tatuajes fueron celebrados no solo por Julián, sino por su familia y por quienes los veían. Esperaban, o al menos este era

el caso de la madre, que las cruces protegerían a su portador de todo mal y peligro.

+

A Joaquín David Cadena le decían Piquiña. Desapareció a los veinticinco años de edad. Un tatuaje en el omoplato izquierdo lo signaba. Era un ala extendida, cuyo diseño hacía dudar de su capacidad de vuelo. La otra señal consistía en una cicatriz de una quemadura en el pie derecho. Estaba sembrado, por último, de pequeños lunares. No podían detectarse a primera vista. Aunque cuando los ojos buscaban el detalle, surgían las pequeñas manchas por todo el cuerpo. ¿Qué utilidad, pregunto, poseerían estas descripciones en caso de que se encontrara algún rastro de Piquiña? Si se hicieran excavaciones más sensatas en La Escombrera, ¿para qué servirían aquellos lunares, la cicatriz, el dibujo de esa especie de ala torpe de Samotracia que tuvo Joaquín David Cadena? ¿Qué provecho se sacaría del inventario de las enfermedades padecidas en su infancia y adolescencia? ¿Para qué el recuento de las caries y los dientes ausentes? Hay un morbo meticuloso en las fichas que las organizaciones gubernamentales y no gubernamentales levantan para buscar a quienes casi nunca encuentran. Es como un juego avieso en el que participan, en torno al vapuleado y sus familiares, los victimarios y los que se conduelen de la tragedia. Una puesta en escena de la crueldad y la solidaridad levantada sobre el campo de la incertidumbre y el dolor. Piquiña, según sus familiares, también está en La Escombrera. Diluidas sus cenizas, como las de los demás, en el polvo y la

escoria. No obstante, en la Alcaldía de Medellín y otros sectores de la ciudad afirman que La Escombrera es un sofisma. Una invención hiperbólica. Una metáfora indigna que solo pretende ensuciar la forma en que una ciudad ha salido adelante luego de pasar por el fuego y haberse quemado las entrañas. La Escombrera, no obstante, pareciera estar allí para expresar que esas entrañas no se han apagado. Ante las presiones de las mujeres de La Comuna que buscan a los suyos, los alcaldes del renacimiento de Medellín hicieron algunas diligencias. Salcedo contrató a varios equipos de especialistas para que estudiaran el terreno y lo evaluaran. De Guatemala, Perú y Argentina vinieron investigadores de la desaparición forzada e hicieron los diagnósticos. Dijeron que había que excavar durante algunos años, que todo costaría demasiado y que no existía ninguna garantía de que hubiese hallazgos. Salcedo terminó su mandato, publicó un libro con las observaciones de esos investigadores y demostró el decoro de su alcaldía. Lo sucedió otro emisario del progreso, Gil, que buscaba la reconciliación. Este aprobó, por fin, las excavaciones. Pero al cabo de cinco meses las labores se interrumpieron. Supimos que los obreros habían excavado donde no era y terminaron encontrando solo el esqueleto de una gallinácea. Durante el tiempo que duraron las excavaciones, y con otras mujeres, estuvo la madre de Piquiña a la expectativa. Ella dice que en esos días el sueño se le evaporó. Visitó varias veces, incluso, al Señor Caído de Girardota. A pesar de que entendí el porqué de sus peregrinaciones, me sigo preguntando si este Cristo pueblerino

hubo de transformarse, en estos últimos años, en un patrono de los desaparecidos. Que es como decir en un guardián de la niebla y de la nada. Joaquín David trabajaba desde la adolescencia. Fue vendedor de frutas en El Filo. Mensajero en un granero del 20 de Julio. Carretero y reciclador en Belén y Laureles. El día en que lo desaparecieron iba para Barrio Triste. Los Tórridos, una de las tantas bandas de La Comuna, que crecieron como flores silvestres después de la Operación Orión, lo habían amenazado. O mejor, amenazaron a su familia, ya que se atrevieron a denunciar las acciones de los paramilitares ante las autoridades. Joaquín David tuvo que volarse durante un tiempo para La Milagrosa. Mataron a un tío y lo obligaron a irse para La Francia. Aniquilaron a una prima y se fue para Niquía. Más tarde, quisieron que en la casa guardaran armas, y los que quedaron de la familia se negaron. Entonces le tocó el turno a Piquiña. El día que lo cogieron, me contó la madre, iba a hablar con un mecánico en Barrio Triste para un trabajo. Era amigo de esos trabajadores y se mantenía mucho por allá. Esa vez me lo bajaron del bus y no alcanzó a llegar a ningún lado. No ve que me lo bajaron bajando, me dice la madre como si estuviese recitando versos salidos de un poema de la España más rústica. Iba por allí y en la bajada fue que me lo bajaron. Pero él no quería bajarse. Mi muchacho se agarraba de las barandas. Gritando que, por Dios santo, no lo bajaran en esa bajada. Allá en Villa Laura.

+

Mi hermano era mueco arriba y abajo. A mí, la verdad, me gustaba verle los huecos cuando se reía. Me llenaba como de una dulce piedad. Vestía bluyín y camisas de manga corta de un solo color. Las camisas se las desabotonaba para que se le viera una cadena con el crucifijo. Era testigo de Jehová, como yo y mi papá, y nació también en Samaná. Se llamaba Juan Raúl Pardo y desapareció a los pocos días de Orión. Tenía en ese momento treinta y ocho años. En esta fotografía, la única que tengo, está en Belencito Corazón. Nos habíamos instalado recién en este rancho. La mujer me la pasa y, atrás de Juan Raúl, veo algunas casuchas de ladrillo con techumbre de eternit. La vegetación es de un verde rutilante y algunos caminos van y vienen por entre las arboledas. Supongo que fue la época en que La Comuna creció desaforadamente. En Orión, sigue contando la hermana, a Juan Raúl lo golpeó un policía al que le decían el Diablo. No les quisimos abrir la puerta a él y a sus hombres. Pero la tumbaron, entraron como bestias y le dieron con un bolillo a mi hermano en la cabeza. Grité llena de

rabia y también me dieron palo. Solo a mi padre, que estaba enfermo, no lo tocaron. Íbamos a una iglesia de San Javier porque por aquí, en esos años, los cristianos no éramos muchos. Pero ahora es distinto, considero yo, que he recorrido de un lado a otro La Comuna. Las sectas pululan y en cada recoveco se ven las sedes de las iglesias geométricas y los letreros que dicen que Jesús nos ama y solo Él puede redimirnos. A mí, lo confieso, me ponen la carne de gallina estas cofradías de la nueva fe cristiana. Si se me acercan sus proselitistas, ofreciéndome remedios espirituales y folletos ilustrados, los evito como si se trataran de un azote. Pero sé que si no fuera por las sectas, la gente estaría loca de resentimiento, la desesperanza la asfixiaría y La Comuna sería un territorio de total orfandad. Juan Raúl, mi padre y yo, continúa la hermana, cantábamos los domingos y orábamos y contribuíamos para que la sede de nuestras reuniones se mantuviera. Era Juan Raúl quien daba el dinero y se ocupaba de mi padre. Pero, ante su desaparición, me tocó encargarme de los dos. Al ver que pasaban los días, lo busqué. Me dijeron que lo habían asesinado los paramilitares. Fui a los hospitales, a las morgues, a la Fiscalía, a la policía. Era mi hermano y alguien tenía que buscarlo. Mi padre lo hubiera hecho, pero estaba postrado. Se había caído de una silla porque le dio por cambiar un bombillo. Vivíamos de los chances que yo hacía y de las ventas de mi hermano. Él vendía de todo. Frutas, zapatos, medias, juguetes. Las personas le compraban y Juan Raúl aprovechaba para regalarles La Atalaya de los testigos de Jehová. No se ponía a adoctrinarlos. Solo entregaba la revista y decía que para que se

instruyeran y nada más. Lo que pasa, don Pedro, es que los vendedores ambulantes lo ven todo. Y mi hermano sí que tenía ojos para ver. Chorrillo, un muchacho que vendía en esa misma calle, me lo contó. Por mi hermano fueron unos hombres vestidos de civil. Lo cogieron a patadas apenas reviró y lo montaron a un carro. Chorrillo preguntó qué pasaba, pero le apuntaron con las armas. A ese vehículo le decían el carro de la muerte. Era una camioneta azul y allí metían no sé a cuántos. La cuadraban frente al Salón Rojo y hasta que no la llenaran de gente, no salía. Por lo que vio, la hermana no sabe decirme qué fue, a Julio Raúl Pardo se lo llevaron. Al despedirnos, ella mira La Escombrera. Está segura de que él está allá. Es extraño, concluye. Muchos no saben siquiera dónde están los familiares que buscan. Yo, en cambio, sé dónde está mi hermano, y eso me tranquiliza.

+

La bolsa con los huesos es un tema con variaciones que atraviesa La Comuna. Esta vez se trata de Lina María Fernández. Su padre anhelaba creer que los que le dieron eran de ella, pero las evidencias señalaban otra cosa. La verdad es que no se sabe qué es peor, si carecer de todo rastro del desaparecido, o tener alguno y dudar a todo momento de él. Alirio Fernández decidió, por consejo de un abogado, reclamar por su condición de víctima. En ese proceso, yendo y viniendo por las oficinas de La Alpujarra y Guayabal, se le fueron los años. Levantando tutelas aquí y allá porque lo que le había pasado a su hija no era suficiente para la indemnización. ¿Indemnizarlo por qué? El abogado le explicó que el Estado colombiano existía para ayudarlo. Aproveche, hombre, dijo,

que ahí le sale una platica. Alirio, a duras penas, sabía firmar los documentos que le pasaban para que hiciera las gestiones. Era un campesino de Puerto Valdivia que se radicó con su familia en Nuevos Conquistadores, en los tiempos de las grandes invasiones, y trabajaba como vigilante en un parqueadero de Guayaquil. Podría pensarse que al Estado altruista lo representaba el abogado, muy diestro en el papeleo, y que se pagaría muy bien con el dinero que habría de recibir Alirio. Pero el aspecto sombrío de esta institución se manifestaba con la Fiscalía. De alguna de sus oficinas contactaron al padre para que fuera por el cuerpo de su hija. Habían encontrado, en un potrero, lo que quedaba de la muchacha. Lina María tenía varios meses de desaparecida. Entonces, al llegar al sitio, dos policías detuvieron a Alirio y a su familia. Les preguntaron si tenían algún parentesco con la occisa. Afirmaron y les dijeron que el cadáver estaba tan descompuesto que no podían mostrarlo. Pero les dieron un papel. Alirio lo firmó para que le entregaran a Lina María. A los días, en efecto, lo convocaron y, sorpresivamente, le dieron no un ataúd con el cadáver, sino una bolsa con huesos. Lo recuperado, explicaron, era lo que estaba allí. En la casa miraron la bolsa y vieron unos huesos pequeños y una tierra amarilla y unos pedazos de grama y unos colmillos grandes. La chica tenía quince años el día que desapareció y era, al contrario, larga y flaca, y si se reía unos dientes hermosos iluminaban su rostro. Alirio me contó que ella se los cuidaba con esmero. Había ido varias veces al centro de salud para que le pusieran calzas en las muelas. Pero como estas se le cayeron

pronto, en su casa las reemplazó con esmalte de uñas. Esa noche tenía un partido de básquetbol. Fue con sudadera y una hebilla en forma de flor que le recogía la mata de pelo. Antes del partido, tres hombres preguntaron quién era Lina María Fernández. Ella alzó la mano y no opuso resistencia. Preguntó para dónde la llevaban. Le contestaron que el jefe quería hablarle. Se montaron en un carro y la muchacha no regresó nunca más. Bejarano, durante las audiencias públicas, en el marco de su entrega a la justicia, reconoció que sus hombres la habían asesinado. Pero no recordaba cuál había sido el motivo. ¿Una querella de adolescentes? ¿Un asunto de celos? ¿Un ajuste de cuentas que uno de sus subalternos le pidió porque Lina María se negó a acostarse con él? Fueron tantos los muertos, tantos los desaparecidos, tantos los motivos de la represalia paramilitar, que la memoria de Bejarano no era suficiente para dilucidarlo todo. Además, en ese confuso universo de ajustes de cuentas, él ordenaba unas acciones y se realizaban otras. Esto sucedía, sobre todo, en los casos en que los asesinados y desaparecidos habían hecho cosas cuyas consecuencias ellos mismos no sospechaban. Cuántas veces no escuché historias kafkianas de la época de las milicias en las que se ajusticiaba a alguien por haber hecho algo que ignoraba. Aquel joven de Nuevos Conquistadores, por ejemplo, que rechazó a una pretendiente suya y no se fue con ella a la cama. La joven, despechada hasta la enajenación, lo denunció a las milicias y dijo que ese maricón era un soplón de la policía. Ahora bien, ¿qué hizo Lina María Fernández? Alirio y su familia no han podido saberlo. Como tampoco pueden explicar

por qué el señor de la funeraria adonde fueron, y que les dijo que esos huesos eran de una niña de menos de cuatro años y los dientes de un hombre mayor, terminó cremándolos y entregando un recipiente con las cenizas. Alirio y su familia presumen que la Fiscalía fue la que dio la orden a la funeraria. Pero no tienen cómo probarlo.

+

Tomó el bus para ir a San Carlos. El viaje transcurrió envuelto en la somnolencia. Siempre pasaba la noche en vela. Podía dormirse agotado —caminaba durante horas, subiendo y bajando escalinatas, entre El Salado, Nuevos Conquistadores y Las Independencias; se trababa para entrar en el sueño; en otras ocasiones permanecía hasta la medianoche viendo televisión—, pero las voces, las sacudidas lo despertaban en la madrugada. En el trayecto, sacó el plastiquito con los documentos. Uno de

ellos era la cédula. Otro, un carnet que lo presentaba como reinsertado. Vio su propia fotografía, en la que estaba con pelo. Tenía ojos claros, era lampiño y ahora se hacía rapar. Luego miró la fotografía de su madre. Al verla, evocaba el último encuentro. Fue en el hospital San Vicente de Paúl. Con el rostro macilento, en levantadora, de pie pero sosteniendo una sonda, ella lo había besado en la cabeza y en las mejillas. Tuvo nuevamente dolor. Aunque era, más bien, una rabia que aún le encendía la sangre. Se estiró en la silla del bus, y se puso a mirar el paisaje montañoso. En San Carlos se sintió perdido. La impresión que lo arremetía adonde iba era la de no pertenecer a ninguna parte. En La Comuna, tal sensación se reducía un poco. Pero allí, en las madrugadas, el asco provocado por su persona, las ganas de no existir, asumían dimensiones insoportables. Como lo previó, apenas se bajó del bus se dirigió a la oficina de la policía. Nadie supo decirle nada claro ante las pocas señas de que disponía. Le mostraron una carpeta con fotografías. Allí no estaba la que buscaba. Decidió ir al lugar en el que lo habían enterrado. ¿Cuánto hace que fue eso?, se preguntó. El Zarco contó con los dedos, pero no halló la cifra. Un colectivo lo dejó cerca de la brigada. Fue hasta la puerta principal y desanduvo los pasos. El sol caía con fuerza y no había viento. Se acomodó la gorra. Era una de esas en cuya visera decía, en letras blancas sobre un fondo verde, Alcaldía de Medellín cuenta con vos. Se la regalaron en las jornadas de reinserción. Había ido a ellas porque pensaba que le podían dar un trabajo. Nada de esto sucedió, pero así se lo hubieran ofrecido, él no habría aguantado con solo imaginarse de

vigilante, mandadero o albañil. ¿Dónde podía estar la tumba? Miró a un lado y a otro. Tuvo una revelación al ver la portezuela. Esos mismos maderos horizontales seguían marcando el inicio del terreno donde habían asesinado al viejo. La abrió y se adentró en la arboleda. Miró aquí y allá. Una confusión cansada lo envolvió. El paisaje no le decía mayor cosa. Más allá estaba la sección trasera de la brigada. Pero las coordenadas, a pesar de que gozaban de una relativa claridad en su mente, no las encontraba al buscarlas en la intemperie. Deambuló por un tiempo indeterminado. Los árboles habían crecido. La tierra que pisaba ahora se veía más oscura que antes. Había venido a este lugar con la idea de que, si daba con la tumba, se inclinaría ante ella y pediría perdón. Podía hacerlo, incluso, en medio de los follajes que, a esa hora del mediodía, dejaban entrar haces de una luz cegadora. Pero también algo le decía que todo eso no tenía mayor sentido. Paró bruscamente, abrió los brazos y miró al cielo. Dijo perdón en voz alta. Quizás necesitaba escucharse para creer que esto le estaba ocurriendo a él y a nadie más. Pero el vocablo salió atropelladamente de su boca. En el pueblo alguien podría decirle sobre el viejo. Aprovechó y, en el parque, habló con varias personas. Tampoco le dieron un dato concreto. Asesinados había muchos y desaparecidos quizás más. Explicaba que el hombre tenía tantos años. Mencionaba a su hija y a sus nietas. Una señora, que barría el atrio de la iglesia, le comentó que conocía unas muchachas que perdieron a su padre en los años del conflicto. El Zarco decidió ir a la casa indicada. Tocó la puerta con hesitación. Era un hombre tímido.

Incapaz de hablar mirando al interlocutor. Por esta razón, resultaba arduo detallar de qué color eran sus ojos. Una mujer escuchó, en un zaguán de baldosas terracota, la historia del desconocido. Esas mujeres no eran las mismas que buscaba. Pero las conexiones en estas ondulaciones de la culpa y el arrepentimiento aparecen cuando menos se esperan. En rigor, no son casualidades, porque en tales circunstancias quizás no exista el azar. En Medellín se repitieron las noches intolerables y el Zarco cayó en un marasmo aún más pesado. ¿Por qué un perdón dirigido a un cielo abierto y en un bosque sin nadie podía prodigarle serenidad? ¿Acaso él tenía derecho a una mínima porción de calma? Esa vez quien lo despertó fue Manchado, el comerciante que entregó para que lo llevaran a La Escombrera. Del vacío había brotado la mano roja que marcaba la mejilla. Recordó con nitidez advenediza, pero en estos terrenos tampoco hay nada fortuito, la persona que le recibió a Manchado por los lados de Terrígenos. Era un hombre que, como él, había sobrevivido a la guerra. Ahora trabajaba vendiendo jugos de naranja cerca de la estación del metro San Javier. Lo encontró al otro día. Se saludaron con los puños y compartieron noticias sobre sus vidas. El Zarco nada que encontraba trabajo. Tampoco era capaz de irse para el campo, pese a que laborar la tierra era lo que más le atraía. Las naranjas no daban mucho, pero al menos le hacían matar el tiempo, había dicho el otro. En algún instante, el Zarco habló del comerciante de ropas. El otro enarcó las cejas. Parecían dos gusanos negros adheridos a la frente. El Zarco preguntó por su familia. Mientras se exprimían las naranjas, hubo un

establecimiento de algunas identidades y del lugar donde vivían los allegados. El Zarco comentó que Manchado se le había aparecido en un sueño y solo necesitaba saber un poco más de su vida. Decidió, ese mismo día, ir al 20 de Julio. Antes de tocar la puerta, se informó en una de las tiendas cercanas. Quien atendía era un anciano cordial y de rostro sanguíneo. El Zarco pidió un perico y preguntó si en la casa vecina había vivido uno al que le decían Manchado. El señor de la tienda asintió y se refirió a su desaparición. El Zarco se dirigió a la casa luego de pagar con unas monedas. Yo imagino su mano temblorosa acercándose al timbre. Escucho su sonido y cómo este posee la fuerza suficiente para despertar un universo oculto. Puedo oír los pasos que se aproximan para abrir. Son pasos de una mujer que usa tacones. El Zarco siente que su corazón retumba mucho más que el timbre que acaba de tocar. Por primera vez ha decidido mirar los ojos de la persona a la que va a pedirle perdón. No me cuesta creer que los suyos, abiertos y fijos en la puerta, son verdes y poseen un brillo poderoso.

+

Hay análisis políticos, interpretaciones económicas, diversas perspectivas militares. Incluso, en una época en que estas deducciones ya no son de respeto, están los que opinan que la debacle que tuvo Medellín se debió a una crisis de los valores de su catolicismo. ¿A quién seguir a la hora de buscar exégesis y justificaciones de esta torcedura de nuestra condición social? ¿A los políticos? ¿A los sociólogos? ¿A los historiadores? ¿A los psicólogos? ¿A los economistas? ¿A los periodistas? ¿A los sacerdotes y pastores? Ciro Peláez, que se esfuerza por dilucidar el asunto, especula que todo viene de la Conquista española. Allí empezó nuestra violencia, dice. Luego pasó a la Colonia y a la Independencia y, en el siglo XX, hubo un núcleo generador del horror: las caucheras de las selvas amazónicas. Tal cronología de la barbarie es esquemática. Pero ¿qué interpretación de la historia no lo es? Sin embargo, vale la pena esbozarla. Desde las caucheras colombianas los verdugos de los indígenas, sucedido el desmantelamiento de la Casa Arana, escapan hacia la región andina del país. Son ellos quienes engendran a los otros que serán los asesinos de las bandas de chulavitas y de pájaros en el periodo de la Violencia partidista. Esta represalia conservadora, con los años, se expandirá como un hálito mefítico, y los descendientes de aquellas bandas son los que integran las bandas de los paramilitares y los narcotraficantes de hoy. Ahora bien, de la otra orilla, desde la de las víctimas de la violencia azul y católica, surgen las guerrillas liberales y las comunistas y las milicias que se amangualan con el narcotráfico. Todo esto revuelto, como una trepadora tan fabulosa como perniciosa, ante un Estado

dirigido por una élite inepta y agresiva, terminará absorbido por el gran vendaval del odio y la venganza. ¿Habrá una continuidad, pregunta Ciro, entre las formas en que las tropas del conquistador Jorge Robledo exterminaron a los indígenas de lo que es hoy Antioquia y el valle de Aburrá y las que la policía de Gallo, los militares de Montuno y los paramilitares de Bejarano usaron para desaparecer a tantas personas en La Comuna? Se pensaría que Ciro y yo, en nuestras divagaciones, confundimos el oro con la caca. ¿Pero no se trata de la imposición de un orden social a través de la crueldad? A mí me da por pensar que solo hay telones de fondo económicos y culturales que cambian, armas que se modernizan, mercenarios y ejércitos con nombres distintos, discursos políticos que se actualizan para seguir proclamando la premisa de la historia de que solo las maniobras militares y comerciales hacen avanzar al hombre hacia el progreso. Pero ¿de qué progreso se trata cuando, por ejemplo, a una moledora de tejas se le introduce el cuerpo del enemigo? Esto fue lo que le sucedió a William Andrés Castrillón, el negociante de Betania que desaparecieron los del Bloque Cacique Nutibara. Su esposa me dice que a él se lo llevaron para Belén Aguas Frías y allí le hicieron cavar su propia tumba. Lo mataron y su cuerpo fue despedazado por la máquina. Esta es la versión que escuchó su esposa. Pero hay otra que ubica los restos de William Andrés en La Escombrera. Como muchos habitantes de La Comuna, a este hombre de veintisiete años no le gustaban los grupos armados. Pero no era que fuera un militante del pacifismo. Al contrario, se alebrestaba con frecuencia y tendía a la riña. Se puso a discutir

con los milicianos una vez que el jefe de ellos le propuso ingresar a sus filas. Ante una negativa altiva, que sazonó con unas críticas ásperas al modo en que las milicias controlaban los barrios, William Andrés tuvo que irse de La Comuna. Por este motivo, cuando lo detuvieron los hombres de Bejarano, vivía en El Estadio. Para entonces se había amañado con su novia y una niña de unos cuantos meses les alegraba la cotidianidad. William Andrés no podía, sin embargo, abandonar del todo Betania, porque allí estaba su madre. Ni Belencito Corazón, porque allí vivían sus mejores amigos. Con uno de ellos se encontró aquel jueves y se fueron a tomar cerveza a la cancha de fútbol. Por ambos fueron unos hombres en un taxi y se los llevaron. La esposa dice que los paramilitares que lo desaparecieron fueron los mismos milicianos que tiempo atrás lo habían amenazado. Simplemente lo tenían en la mira y le encontraron la caída, concluye la mujer. Como muchos en La Comuna, a William Andrés le prescribieron fluoxetina para unos ataques de pánico que le dieron en la época de las amenazas. Como muchos, creía que si portaba algunos símbolos religiosos en su cuerpo estaría salvaguardado. Un escapulario de la Virgen del Carmen se amarraba en uno de los tobillos. Tenía, además, una cruz tatuada en el brazo derecho y un Divino Niño en el omoplato izquierdo.

+

Alias Giovanny era quien reclutaba a los adolescentes en los barrios donde mandaban las milicias del ELN. Iba y venía por Belencito Corazón, Las Independencias y el 20 de Julio. Observaba la constitución de las familias y las seleccionaba. Se situaba a la salida de las escuelas y colegios y ponía el señuelo. Les decía a los estudiantes que ganarían plata, que les podrían ayudar a sus padres, que les enseñarían a manejar las armas y a ser verdaderos revolucionarios. Cuando no se iban por las buenas, Giovanny acudía a las malas. El día en que fueron por Nora Antonia Gil, reclutaron a veinte muchachos. Ninguno tenía más de quince años. Giovanny y sus hombres iban a las casas. Llamaban al indicado y sin nada, sin las mudas de ropa, sin elementos de aseo, sin dejar que se despidieran de nadie, se lo alzaban. A Nora Antonia, que tenía catorce años, la sacaron de la suya, en Belencito Corazón, aprovechando que sus padres estaban trabajando. Al otro día, un furgón arrancó del 20 de Julio con los veinte chicos. Dicen que se los llevaron para Alejandría. En el campo de entrenamiento que el ELN tenía allí, Nora Antonia estuvo cerca de un año y era una de las sirvientas. Hasta que una mañana fueron atacados por un grupo de las Autodefensas Unidas de Colombia. Nora Antonia estaba

vestida de camuflado, calzaba botas y se encontraba en la cocina preparando el almuerzo. Allí le dieron tres tiros en la cabeza. El día anterior había cumplido quince años y, como regalo, recibió una tajada de carne más grande y un plato de arroz más copioso. Le cantaron, los compañeros más cercanos, el feliz cumpleaños. Le dejaron, incluso, escribir una carta para sus padres. La carta no llegó a ningún destino. Doña Arnobia, su madre, me contó que Giovanny fue quien le informó lo ocurrido en Alejandría. Dijo que el cuerpo de Nora Antonia estaba en una fosa común del cementerio municipal. Las autoridades la habían encontrado junto al fogón, con la cabeza destrozada y un plato de fríjoles regado sobre el pecho. Llevaba un par de candongas de oro falso y unas manillas de hilos coloridos anudadas en las muñecas. Uno de los antebrazos, el camuflado remangado, dejaba ver tatuada la palabra "Love". ¿Tenía algún enamorado Nora Antonia cuando se la llevaron? ¿O se trataba de ese amor más o menos nebuloso con el que sueña toda adolescente antes de conocer las conmociones verdaderas del deseo? El cuerpo estuvo varios días en el hospital de Alejandría hasta que decidieron enterrarlo como un anónimo. Doña Arnobia, al escuchar el relato de Giovanny, le pidió dinero prestado a su patrona, una mujer de El Poblado, y viajó a Alejandría. Hizo lo posible para que le dieran el cuerpo de su hija. Pero las autoridades, del hospital, del ejército y del cementerio, le pidieron un montón de papeles. Para obtenerlos pasaron varios meses, hasta que doña Arnobia pudo ir de nuevo a Alejandría. Esperó a que dos hombres cavaran durante un rato. Abrieron varios ataúdes. Eran cajas de

madera basta y sin pintar. Doña Arnobia se tuvo que poner la mano en la nariz. Estuvo atenta hasta que le dijeron que allí no había restos de mujer. De vuelta a La Comuna, buscó a Giovanny. Quería preguntarle qué había pasado con Nora Antonia. En los meses posteriores a Orión, a este lo capturaron cuando pretendía escaparse. A doña Arnobia le contaron que estaba en La Escombrera.

+

Edilma Montes Vélez vivía en Villa Laura. Trabajaba en un taller de modistería en La América. Era una mujer de palabras parcas, de aire retraído y apariencia paluda. La vestimenta —usaba faldas largas, blusas que abotonaba hasta el cuello, medias veladas, carteras que colgaba de uno de los hombros— la hacía ver de otra época. Como era pálida, Edilma se acostumbró a ponerse rubor. Portaba una diadema blanca que embellecía un poco su cabello. Su rutina era simple. Se levantaba con el alba, rezaba ante un altar de María Auxiliadora y desayunaba chocolate y arepa. Preparaba su almuerzo y partía hacia el taller. El horario de trabajo en los días de semana era de 8 a. m. a 6 p. m. Hacía una pausa para almorzar. Sus compañeros salían, pero ella se quedaba sentada frente a la máquina de coser para comer de la fiambrera el arroz, el huevo y las papas. Regresaba a su pequeña casa al anochecer. Una taza de agua de panela, acompañada esta vez con galletas saltinas, conformaban su comida. Oía música a

muy poco volumen. Le gustaban los viejos bambucos y las baladas sentimentales. Antes de acostarse hojeaba El Colombiano. Conseguía que se lo regalaran en el camino de vuelta a su casa. No leía sino los titulares, pero rastreaba con atención las fotografías. Acaso podía encontrarse con el rostro de su novio. Los fines de semana visitaba a una prima que vivía en Aranjuez. Los domingos iba a la iglesia. Esta era, quizás, la actividad que más la entusiasmaba. Porque no asistía a un solo templo. Cambiaba cada domingo de parroquia en La Comuna. Oraba por su salvación y pedía, sobre todo, por Juan Nicanor Gutiérrez. Hacía años no sabía nada de su destino. Fueron pareja durante un tiempo. Ella quiso casarse, pero él no. Juan Nicanor era, en realidad, un hombre taciturno. Estuvo en la cárcel un tiempo por el enredo de un robo en el que supuestamente había participado. Acostumbraba decir que había pagado una condena por el delito de otro. Salió de Bellavista y, como no conseguía empleo en Medellín, se fue para Anorí, adonde una hermana. A Edilma le dijeron que el ejército fue a buscarlo a la finca donde trabajaba. Desconocía la causa de este problema. Nicanor, sin embargo, había logrado irse para Briceño. Allí fue donde se perdieron sus huellas. Una vez, Edilma escuchó hablar de unas mujeres que se reunían en el convento de la Madre Laura. Lo hacían para consolarse y buscar a sus seres queridos desaparecidos. Edilma escuchó historias tristes sobre La Escombrera. Era verdad que ella había vivido la época dura, en que unos bandos armados regían por un tiempo y otros por otro. Pero a Edilma todo eso no la afectó. Nadie se había metido con ella. Y ella, por su carácter tímido,

tampoco se había metido con nadie. Aunque mucha gente murió durante esos combates, Edilma estuvo protegida. ¿Por quién? ¿Por algún ángel de la guarda, por la Virgen Auxiliadora, por un velo que la hacía invisible? Fue entonces cuando de la nada emergió Juan Nicanor Gutiérrez. Edilma poseía dudas sobre su propia condición. Si él la había abandonado o si, en verdad, estaba desaparecido. Cuando empezó a hacer las averiguaciones, se sintió incómoda, en un sitio ajeno a ella, rodeada de incertidumbre. Se dio cuenta, mejor dicho, de que no solo nadie podía decirle nada sobre Juan Nicanor, sino que ella lo desconocía todo. No tenía una sola fotografía suya. Ignoraba la fecha de su cumpleaños y su número de cédula. Tampoco conocía a sus familiares. Tan fantasmal resultaba esta circunstancia que en la casa de Villa Laura, donde vivieron juntos, no había casi nada que le perteneciera. A excepción de unas pocas prendas que ella, muchas veces, se preguntó si habían sido de Juan Nicanor. Pese a esto, Edilma visitó a la mujer de Anorí. Allí le dijeron que su amante había huido a Briceño porque se había emproblemado con unos señores que vendían ganado. Pero no pudo extraer ninguna información suplementaria sobre esas negociaciones. Y en cuanto a Briceño, ¿dónde quedaba ese pueblo que jamás en su vida había oído mencionar? ¿Sería que allí Juan Nicanor había encontrado a otra mujer? Edilma lo admitió varias veces hasta que, roída por las dudas, decidió viajar a ese sitio. Partió un sábado al mediodía. Esperaba que el viaje durara más de cinco horas, pero el bus se varó y hubo varios retenes militares. Pagó, tarde en la noche, unas residencias cerca del parque.

Trató de dormir. La dureza del colchón y una fiesta adyacente se lo impidieron. Al otro día salió muy temprano y atravesó el pueblo de cabo a rabo. En el parque de Briceño se la pasó mirando a la gente. Quizás sus ojos se tropezarían con Juan Nicanor y su mujer. Pero no encontró a nadie. En la primera reunión a la que fue en el convento de la Madre Laura, escuchó algunos testimonios. Eran mujeres que contaban las historias de sus desaparecidos. A Edilma le pidieron que hablara. Antes de hacerlo, se acomodó la diadema y con las dos manos se aferró con nerviosismo a su cartera. No sentía pena, ni rabia. Más bien le daba vergüenza de estar ahí. Solo atinó a decir que buscaba a un hombre con el que había vivido algunos años. Dijo lo de la cárcel, lo de Anorí, lo de Briceño. Al final de la reunión, una de las mujeres se le acercó. Era una joven entusiasta, con tatuajes en los brazos. Uno de ellos mostraba una calavera amarillenta. Otro, una flor de grandes pétalos morados. Le pidió una cita especial para preguntarle más detalles sobre Juan Nicanor. La joven estaba diligenciando unas fichas ante mortem para una corporación que buscaba a las personas desaparecidas de La Comuna. Edilma no comprendió el nombre de esas fichas ni la explicación que le dieron sobre su significado. Tampoco supo por qué aceptó verse con la entrevistadora. Días después se encontraron en el mismo convento. Edilma había buscado en su casa papeles, fotografías de Juan Nicanor para ir más informada a la cita. Pero no halló nada. En la entrevista dijo muy pocas cosas. Dijo, por ejemplo, que su antiguo novio era trigueño y más bien flacuchento. Que había estado unos años en Bellavista. Narró

lo de la finca de Anorí, lo de las amenazas de los ganaderos y del ejército, lo de Briceño. La joven preguntó por algún distintivo de Juan Nicanor. Edilma la miró extrañada. Es decir, le aclararon, si tenía en el cuerpo una marca, una cicatriz, un lunar. Edilma cerró los ojos evocando la mancha debajo de la tetilla izquierda de su hombre. De súbito, recordó otra cosa que no contó, pero que la hizo sonrojar. Quiso dar más datos, pero no pudo. Estaba tan vacía de Juan Nicanor Gutiérrez que se paró. Y sin decir nada, salió del convento y no volvió jamás.

Deja que te cuente. Soy Albertina Estela Gómez. Me detuvieron cerca del Tejar. Había salido de la biblioteca de doña Elsa. Me gustaba meterme allí a leer poesía. Sentía que me desprendía del tiempo con los libros de ese pequeño garaje iluminado. La verdad es que me gustan los versos y me había leído unos muy lindos de Gabriela Mistral. Unos que dicen: “Yo quise un hijo tuyo y mío, allá en los días del éxtasis ardiente”. Entonces me obligaron a montar en un carro. ¿Eras la novia de Carlitos?, preguntaron. Asentí con la cabeza. Me dijeron puta e hija de puta. Uno me lanzó un gargajo en la cara. Más adelante, me introdujeron a un rancho, en el Socorro. Allí me violaron. ¿Cuántos fueron? Creo que tres, o cinco, o siete. Después me subieron a otro carro. Era una volqueta llena de

escombros y ascendía hacia la montaña. Me ordenaron que me arrodillara. Me trataron otra vez de puta y comunista y me dispararon en la frente. Antes de caer en el hoyo, me dieron patadas. El conductor les obedeció y dejó caer el contenido de la volqueta sobre mí. ¿Que dónde estoy?, me preguntas. Te he dicho tantas veces. Estoy aquí abajo. ¿No me crees? Ven conmigo y te muestro. Pero qué tonta soy. Aquí no hay nada que ver. La oscuridad es plena. Tengo tanto peso encima que he terminado por creer que estoy triturada en la tierra. Reconocerlo me ha costado mucho. No sé cuánto tiempo transcurrió hasta que supe que no podía tocarme. Si te dijera todo lo que grité al no encontrar ni mi carne, ni mis huesos. Pero no quiero disolverme y sigo peleando contra esta realidad mía. Paso mucho tiempo llorando. Pidiéndoles a mi madre y a mi pequeño hijo que me saquen de aquí. Pero ¿quién podría escucharme desde estas profundidades? A veces, sin embargo, me tranquilizo. Acepto que estoy esparcida en La Escombrera. Que, finalmente, me he vuelto tierra y basura. Que soy, de algún modo, esta montaña. ¿Piensas que algún día me encontrarán? ¿Crees que tu escritura lo hará? ¡Qué iluso eres, Pedro!

La cura

El dolor de cabeza reapareció. Esta vez fue un cosquilleo en las sienes y una pesadez en la nuca. Supuso que se le quitaría con el descanso. Ese día decidió no leer ni escribir. Más allá de la medianoche, embotado, logró dormirse. Al amanecer, la dolencia estaba allí. Un ardor se le instaló en los ojos. Poco a poco fue extendiéndose a los pómulos y a los maxilares. Llevaba tres días en ese estado cuando le contó a Alma. Ella le masajeó el cuello y acarició con largueza el pelo, yendo con

sus yemas a la raíz del cuero cabelludo. Le puso las manos en la frente y en los parietales. Pedro percibió un alivio breve. En la noche, cuando Alma se había ido para su casa, comenzaron las pesadillas.

Procuraba dormir y se despertaba al cabo de unos minutos. ¿Qué lo despertaba? ¿El traquear de las ventanas y las puertas? ¿La lluvia que caía? ¿El viento que sonaba a través de las celosías? Creyó que lo suyo se debía a estas circunstancias externas, pero no demoró en darse cuenta de que la causa eran sus propios sueños. Se presentaron, raudos, al comienzo. Pero de aquel magma de imágenes desordenadas fueron brotando relieves más precisos. Esa vez una mujer se le recostó al lado y lo miró fijamente. No tenía prendas, pero tampoco estaba desnuda. Lo observaba con unos ojos excesivamente abiertos. En algún instante susurró: ¡Pedro, estoy aquí!, y él se despertó.

En las noches tomaba aguas aromáticas porque lo apaciguaban un poco. Alma le había recomendado, además, que hiciera largas inspiraciones y exhalaciones. Estás agitado, intenta calmar tu mente, le decía. Él lograba adormilarse, pero, creyendo que habían pasado horas, despertaba sobresaltado a los pocos minutos. Una voz, esta vez fue la de un muchacho, pronunció su nombre como a través de un agujero trazado en un muro derruido. ¿De dónde provenían esas voces? Alma

opinó, al escuchar los pormenores de los sueños, que estaba cansado por las pesquisas realizadas. Es normal lo que te está pasando, dijo. Has hablado con toda esa gente. Has escuchado sus padecimientos. Estás lleno de sus energías mortificadas. Pedro se quedó callado. Lo que había hecho, a su juicio, era parte de un proyecto literario. Hizo lo que los naturalistas denominan trabajo de campo. Había leído informes, análisis y testimonios, hablado con las víctimas y los victimarios, recorrido los sitios de La Comuna donde hubo asesinatos y desapariciones. Ahora le faltaba ponerse a escribir el catálogo de quienes, presumiblemente, estaban en La Escombrera. Y pensaba que, al abordar semejantes sufrimientos, la escritura le ayudaría a liberarse de ellos.

Lo cierto era que escuchaba esas voces de forma individual, pero, en la vigilia, la impresión de que eran multitudinarias lo embargaba de consternación. Daba vueltas en una cama que se le hacía martirizante. Mientras que el mundo, afuera, se ahondaba en el silencio. Pedro oía su corazón, que retumbaba con un ritmo pausado y fuerte. Buscaba el frío de la almohada, la suavidad de la sábana, la tibieza de la cobija para serenarse. La calma, sin embargo, no acudía. Era tan resbaladiza como su dormir. Prendía la luz y en el espacio se perfilaba el rostro de la mujer que lo había sacudido. Porque no solo lo llamaban, sino que lo empujaban, le hacían zancadilla en el deambular por las sendas de sus sueños.

Un día reconoció que estaba enfermo. Pero ¿enfermo de qué? Su desnudez, ante el espejo del baño, le pareció más magra que nunca. Los ojos los tenía cenagosos. Las ojeras parecían un hondo surco alrededor de la mirada. Son solo sueños, se decía. Estoy atribulado por ellos y nada más. Necesito dormir y las cosas se normalizarán. Pero así las imágenes se anclaran en la evanescencia, tenían el poder de despertarlo. Le preguntó a su reflejo en el espejo qué pasaba. La voz sonó gangosa. Tanto que, al escucharse, constató que estaba más mal de lo que suponía. Uno de esos sueños lo había llenado de un miedo espeso. Unos sonidos emergían de una oscuridad compacta. Los pronunciaba una boca descomunal y él se iba dando cuenta de que esa voz gritaba su nombre.

El fin de semana, Alma se quedó en el apartamento de Calasanz. Trajo hojas secas en un talego y las hirvió en una olla. ¿Qué es?, preguntó Pedro. Plantas amargas, respondió ella. En el baño, lo mojó a cocadas. Con un estropajo, que también había traído, lo estregó. Pedro olió un aroma extraño y preguntó qué era. Ella dijo que lo aspirara hondamente. Enseguida lo acostó en el lecho. Fue cubriéndolo de besos y caricias tiernas, e iba susurrándole que ella estaba allí para limpiarlo con su amor. Esa noche, Pedro pudo dormir algunas horas.

Pero las pesadillas continuaron. Su aumento lo arrojó a un estado de postración grave. Rostros extravagantes emanaban como de un vórtice de pantano y regresaban precipitadamente hacia él. En otras ocasiones, soñaba con accidentes de los que salía incólume y presenciaba la muerte espantosa de los otros. Una vez se paseaba con su hija Susana. La llevaba de la mano por uno de los muelles del metro. Creía que el metro era el de París, pero constató, al divisar al avión, que estaban en Medellín. En los alrededores se erigían los edificios y, más allá, los barrios montañosos. Pedro alzó la cabeza con pánico y observó cómo el avión se estrellaba contra una edificación próxima. Pero si esos sueños se le presentaban como una geografía inaguantable, la vigilia lo era todavía más. ¿Qué me está pasando?, se preguntaba. Agobiado por el cansancio, iba a La Universidad. Impartía las clases como si estuviera en otra dimensión. En algunos momentos, se desprendía de su cuerpo, y algo suyo se disparaba hacia los tejados de las aulas. Otro día, cuando comentaba "El perseguidor" de Cortázar, tuvo un claro desdoblamiento. Oteó a los estudiantes allá abajo. Se vio él mismo hablando sobre lo que significaba improvisar en el jazz. Al volver en sí, temblando y perdido, ofreció disculpas e interrumpió la clase.

La vigilia era cada vez más insufrible. Pedro la oía como si su volumen se hubiera quintuplicado. Ansiaba gritar para pedir

silencio. Urgía de él y nada en Medellín se lo otorgaba. ¡Ciudad malparida!, se decía mientras viajaba en los taxis o en los buses, al atravesar las calles de La Comuna, o cuando sobre su cabeza volaban las aeronaves y en derredor tronaban las motocicletas. Cerró las ventanas de su apartamento y selló el balcón. Pero de afuera afluían los ladridos de los perros, las voces de las gentes, las alarmas de los carros. Para torturarlo más, algunas de sus pesadillas fueron sonoras. En ellas la audición se le acrecentaba hasta límites insoportables. Una noche soñó que tocaba su vieja flauta. Estaba en uno de los salones de la casona de Tunja en la que funcionaba la escuela de música. Hacía una escala en los registros más altos. Un mi, el más agudo de todos, resonó en su cabeza como un taladro. Despertó bañado en sudor y dando ayes. Y este infortunio fue más oneroso cuando veía a los niños jugar en los columpios de la urbanización, cuando los jóvenes montaban en bicicleta en los parques, cuando los gritos de gol le llegaban desde el estadio próximo como una vociferación abrumadora, cuando recordaba que Mateo Piedrahíta era capaz de descifrar a Medellín a partir de sus sonidos. Con este calvario auditivo fue consciente de que había ingresado a uno de los núcleos del infierno.

Sus hermanas le aconsejaron ir donde el médico. Hizo entonces un itinerario de visitas a consultorios y de fórmulas que, en vez de aliviarlo, lo fueron arrojando a niveles más extremos del malestar. El primero de ellos le mandó unas cápsulas

somníferas, que lo dejaban varado en la abulia y la pesadez. Pedro pudo dormir un poco, pero lo hacía en medio de travesías pedregosas que eran como una proliferación abotagada de muchos sueños. Amanecía con la boca pastosa y los músculos adoloridos y con unas ganas impostergables de llorar. En ciertos instantes, le provocaba salir corriendo del apartamento, bajar las escaleras y, en un santiamén, dejar atrás y por siempre a Medellín con sus montañas nocivas. Pero ¿adónde podía ir? Alma escuchaba su quejumbre. Le daba un sosiego que era cada vez más escurridizo. Una noche él la despertó angustiado. Alguien, en el sueño, tocaba en su apartamento. Alma, o una persona que tenía las facciones de ella, lo sacudía para que fuera a abrir. Pedro se levantó y, al abrir la puerta, vio una larga fila de mujeres que cargaban en sus brazos terneros despedazados y sanguinolentos.

Ella lo tranquilizó. Con un susurro lo arrulló hasta que, como un niño, Pedro pudo dormirse. Al otro día fue al servicio de urgencias de La Universidad. No se sentía capaz de dar sus cursos, de saludar a sus colegas, de caminar por los corredores y oír aquella palpitación estudiantil que se extendía por todas partes. El médico le dio un certificado con una semana de incapacidad y le formuló unos ansiolíticos. Ni siquiera tuvo ánimo para conseguirlos. Raquel le propuso que fuera donde el doctor Hidalgo. Era un psiquiatra apreciado por la familia. Antes de que Giraldo, el empresario de Tarazá, apareciera para adueñarse de su hermana, el psiquiatra había sido su novio.

Como le suscitó confianza, Pedro le contó que oía voces y ellas no lo dejaban dormir. Especificó también el suplicio de los sonidos. Hidalgo propuso, con una sonrisa plácida, internarse unos días en una clínica de reposo. Le habló de una que quedaba por El Retiro. Él trabajaba allí y podría atenderlo. Pedro se alarmó y opinó que no era para tanto. Esta vez, sin embargo, decidió comprar la fórmula. El farmaceuta preguntó si la droga era para él. Pedro asintió y el otro dijo que con una dosis así se apaciguaban los demonios de todo un batallón. A pesar de pagarlas, reconoció que por nada del mundo tomaría las pastillas.

La siguiente médica era alternativa. Se la recomendaron Matilde y Hortensia, sus hermanas profesoras. La bioenergética había visto a la madre de los Cadavid en los últimos años de su vida, cuando el crecimiento del corazón fue minándola progresivamente. En ello residía la máxima justificación para que él fuera a este consultorio. Pedro esperaba que las gotas de valeriana, los imanes, las inyecciones de xilocaína pudieran ayudarle. Con la doctora, una mujer de gestos amables, convinieron en que a Pedro le estaba haciendo daño Medellín. Tienes medellinitis, diagnosticó. Él sonrió con fatiga. Consideró que ese término denominaba más bien la desazón causada por la ausencia de la ciudad. Mientras que él parecía ahíto de ella. ¿Y eso tiene cura?, preguntó. La doctora respondió que para sobreponerse debía aceptar a Medellín como era. Pedro caviló durante unos segundos. Confesó que,

en efecto, la ciudad lo agobiaba y que, en vez de sacarles el cuerpo a sus facetas aterradoras, él las enfrentaba con su oficio. Entonces le habló de los desaparecidos. Dijo que había hablado con los familiares de ellos. Contó que durante días recorrió parajes de lo que supuestamente era una fosa común llamada La Escombrera. La bioenergética, sin interesarse demasiado en el tema, concluyó que había faenas que tenían su precio. Pedro añadió que estaba escribiendo algo sobre ellos. Qué más puedo hacer sino enfrentarlos. ¿O también hay que pasar por alto esa realidad?, preguntó. Isabel, este era el nombre de la médica, se lo quedó mirando unos instantes sin decir nada. Luego se incorporó y le pidió a Pedro que se recostara en la camilla. Pasó sus manos sobre el cuerpo, puso imanes en los chacras y le aconsejó que lo mejor era interrumpir la escritura y descansar por un tiempo.

Con Isabel vino un restablecimiento ligero. Pero un día hubo desconcierto ante sus sugerencias. Fuera de eliminar el café y el licor, Pedro debía deshacerse de los objetos de sus padres que lo acompañaban en el apartamento de Calasanz. Además de esos otros muertos, dijo Isabel, a ellos los tienes aferrados. ¡Aferrados!, exclamó Pedro. ¿Dónde? Bueno, no es que estén pegados a tu cuerpo, respondió Isabel. No es una cuestión física. Están adheridos a tu aura. ¿Aura?, atinó a decir. Lo que pasa es que no has dejado que se vayan, precisó ella. Pedro sorteó su pasmo diciendo que aceptaría ese diagnóstico para sus hermanas, que vivían, a toda hora, rememorando a sus

padres. Él había aceptado su muerte desde hacía tiempo. Incluso, frente al asesinato de su papá, creía haber asimilado esa tragedia familiar. Ya hice mis duelos, aclaró. Isabel se quedó callada durante unos segundos, y cerró el asunto sentenciando que una cosa era lo que se creía sobre los muertos, y otra lo que sucedía con ellos en el plano energético.

Dos noches después, desesperado porque no podía dormir, Pedro se levantó. Buscó un sobre de manila que tenía en lo alto del clóset de la habitación. Allí estaban guardadas las cartas de su madre. No eran muchas. Databan de los días en que había vivido en Tunja y en París. Sin siquiera releerlas, las quemó. Tomó algunos objetos que le habían pertenecido a ella. Vio arder una fotografía en que sus padres posaban, recién casados, frente al salto de Tequendama. Otras dos en que, separados, se veían jóvenes. Otra más en la que su madre, pasados los cuarenta años, tenía cargado a un bebé de meses. Ese bebé era Pedro Cadavid. También le prendió fuego a un misal y a unas hagiografías de san Agustín y san Francisco de Asís, que había leído por consejo suyo. Los otros libros que le obsequió —la colección de Ariel Juvenil Ilustrada y la de la Biblioteca Colombiana de Cultura— no fue capaz de quemarlos. Eran tantos que, si lo hiciera, el apartamento de Calasanz se le podía incendiar. Pero al otro día le dijo a Alma que donaría esos libros a la pequeña biblioteca del 20 de Julio.

Las termales quedaban en Manizales. El viaje duraría cuatro horas. Se quedarían allá el fin de semana. A Alma se las habían aconsejado. Las aguas, provenientes del volcán del Ruiz, gozaban de un poder terapéutico garantizado por los siglos y las generaciones. También irían donde una conocida de ella, una mujer que hacía sanaciones. Pedro había decidido no seguir con Isabel, y ahora se sentía al borde de la locura. No solo por la falta de sueño, sino por una migraña de semanas que no le daba tregua. Había enflaquecido mucho y tenía instalado un retraimiento lúgubre en sus hábitos.

El viaje fue una tortura porque el conductor del colectivo puso rancheras durante el trayecto. Alma, prevenida, consiguió unos tapones que le minimizaron a Pedro el bullicio. Desde las ventanillas vieron desfilar la cordillera andina. La carretera estaba poblada de camiones que hacían que la velocidad fuese más lenta. Pedro rememoró, mientras descendían al río Cauca, sus viajes de la niñez y la adolescencia. El río, al atravesarlo, seguía igual en su coloración parda y su anchura magnífica. El calor era el mismo, pero muchas cosas habían cambiado. Él ya no era el chico entusiasta de antes, dueño de altas aspiraciones, sino un hombre adulto que descreía de la humanidad y a quien lo circundaba la desgracia. El río continuaba siendo hermoso y propiciaba muchos ditirambos. Pero también por su cauce, ahora hediondo, seguían pasando los cadáveres de los

asesinados. Oprimido por estas asociaciones almorzaron en La Pintada. El viaje, en adelante, se tornó más amable. Atravesaron durante un rato las riberas férvidas del río hasta que ascendieron hacia las cumbres de Manizales. Algo en la sangre de Pedro se conmocionó al divisar, en la lejanía, los picos nevados de los volcanes.

Primero fueron donde la bruja. Porque así fue como Mónica se presentó. Soy una bruja, pero de las buenas, dijo, y le guiñó el ojo a Alma. La mujer era parlanchina y llena de un entusiasmo tan pueblerino como pintoresco. Su habla transcurría entre seseos cadenciosos. Los ojos poseían el matiz cambiante de una piedra preciosa. Ora era verde, ora amarilla, ora café. Alma le había sugerido a su novio que contara todo y se dejara hacer lo que Mónica decidiera. ¿Qué cosas me hará?, preguntó Pedro con una reserva que, pese a sus esfuerzos, no podía separar de sí. Una terapia del alma y nada más. ¿Del alma?, inquirió todavía más inquieto. Sí, te pondrá a viajar en el tiempo, le advirtió. ¿Cómo?, exclamó él. Cerrarás los ojos y Mónica te dirá que te concentres. Luego vendrán algunos toques mágicos. Y Alma sonrió con malicia al matizar esta última palabra.

La inquietud de Pedro no era inesperada. Estaba afianzada en la educación que había tenido. Su familia y los estudios, el paso por Tunja, Bogotá y París, los amigos y hasta sus lecturas,

consideraban con recelo estas inclinaciones metafísicas. El mundo, tanto de afuera como de adentro, se presentaba para él como un manojo de experiencias sensoriales que debían filtrarse por una especie de razón suprema. Pero era verdad que él percibía cosas que los demás no. Y en esto residía la contrariedad. Había sido el hijo mimado de una madre católica hasta la exageración y de un padre médico que solo curaba con drogas fabricadas en laboratorios. Él agradecía el cuidado de ellos en tanto fue un niño tímido y un adolescente temeroso que, a tropiezos, fue descubriendo su propio camino. Pero frente a la fe incondicional de ella y las verdades científicas de él, y ante esa cultura antioqueña atravesada de prejuicios en la que había crecido, Pedro iniciaría un proceso de liberación. Este no demoró en afianzarse en el aprendizaje de la música y la literatura, y en una serie de viajes y de vínculos con los otros que le hicieron creer que, al cabo de los años, la emancipación estaba consolidada. Sin embargo, en tanto padecía la cura, entendió que los pilares de su primera educación seguían afianzados con firmeza en su ser.

Por ello, en la medida en que Alma, ante el ímpetu de su malestar, le habló de otras vías para conseguir el alivio, Pedro se fue llenando de desconfianza. Al mismo tiempo, y con el pasar de los días, otra mujer se le fue develando. O acaso era la misma que, en la intimidad de los primeros encuentros, había intuido. Deja a un lado los temores, decía ella. Lo que tienes se aplaca de otro modo. No pierdes nada si pruebas con Mónica.

Aprovechamos, además, para ir a las termales. Verás que te sentirás mejor. Así que ese viernes, al caer la tarde caliginosa sobre las montañas de Manizales, Pedro Cadavid se situó frente a una mujer que le decía, sin miramiento alguno, que era una bruja.

Mónica expresó curiosidad cuando supo su oficio. Aclaró, no obstante, que pacientes de este tipo eran muy particulares. ¿Es decir?, preguntó Pedro. Viven agobiados no tanto por lo que sus cuerpos sufren, sino por lo que piensan sus mentes, contestó. A ustedes la razón es lo que los enferma y, por supuesto, les impide curarse. Después de escuchar lo que le pasaba, ella lo invitó a que se despojara de los zapatos, la correa, el reloj y la cartera. Libre de esos accesorios, Pedro cerró los ojos y estiró los brazos hacia delante tal como le indicaban. Orientado por la voz, imaginó los espectros luminosos que le iban describiendo. Trató, igualmente, de adentrarse en los lugares que le nombraban. No discernía mayor cosa, pero decía que sí, que veía esos parajes y esos colores. Luego Mónica le pidió que saltara y moviera la cadera y los brazos al son de un tambor que comenzó a tocar. A los pocos minutos, él estaba agotado y oyó que le decían que hablara en voz alta. Pronunció unas frases sin sentido. A regañadientes, lanzó como gruñidos que crecieron en intensidad. ¿Estás desesperado?, preguntó Mónica. Sí, contestó Pedro, ahogado por el cansancio. ¿Tienes rabia?, le volvió a preguntar. Sí, dijo él. ¡Entonces, dila! Y la boca del enfermo

fue llenándose de una retahíla incomprensible.

Iba a sentarse porque supuso que la sesión ya estaba terminada. Conque esto es una terapia del alma, alcanzó a murmurar. Pero Mónica dijo, con una sonrisa, que las cosas apenas empezaban. Le pidió que se sentara en un mueble con forma de rodillo que había en la sala. El mueble era blando y forrado en cuero. Vas a sentir dolor, le previno, pero déjate llevar. Por nada del mundo te detengas hasta que yo te lo diga. Con los ojos cerrados una vez más, Pedro ubicado en el mueble, se dejó llevar hacia atrás. Su cuerpo se dobló, apoyándose en la cintura. Un brazo de la sanadora inclinó el tórax hacia un lado y, con el otro, hizo lo mismo con las extremidades. Pedro tuvo un dolor agudo. Como iba a incorporarse, Mónica lo impidió. Tranquilo, déjate llevar. Pero era imposible tranquilizarse, ya que el cuerpo se le estaba partiendo. Los dos trozos, el de la cintura hacia arriba y el de la cintura hacia abajo, se le estaban astillando en mil pedazos. Pedro pensó que iba a morirse en esa casa de Manizales. Delante de una mujer que le había dicho que era una bruja buena cuando, en verdad, lo estaba matando. Iba a gritar y no pudo. Oyó que la voz de Mónica se transformó en un dictamen perentorio y le exigió expresar su malestar. No te duele el cuerpo, escuchó que le decían. Ni siquiera es tu alma lo que te duele. Lo que te atormenta es el mundo y sus hombres. Él comenzó a gemir. ¡Me estoy muriendo del dolor!, gritó desesperado. La mujer se le aproximó al oído y, con una voz llena de eses torturantes, le dijo: ¡Ahí está tu dolor! ¡Sácalo!

Pedro dio alaridos hasta que se hundió en la inconsciencia. No supo cuánto tiempo pasó cuando su cuerpo, guiado por unas manos leves, fue enderezándose, y la voz suave de Mónica le dijo que abriera los ojos.

Esa noche, en las termales, Pedro no lograba entender lo que le habían hecho. Alma sonreía al verlo cómo se tocaba la cintura sin hallar vestigio alguno de dolencia. Enseguida él se introdujo en la piscina y un fuerte ardor lo atravesó desde los pies hasta la coronilla. Pero esta impresión de quemadura hubo de transformarse en tibia dulzura. Como si el agua azufrada fuera, en realidad, un manto que lo protegía. Había pocas personas a esa hora. Alma estaba bajo el chorro de agua caliente que caía en la mitad de la piscina. Una pareja de jóvenes, abrazados, conversaba en el otro extremo. Un anciano tomaba agua con las manos y la derramaba sobre su calvicie. Cadavid se estiró boca arriba y flotó invadido de una placidez deliciosa. No supo si durmió o si estaba fundido con aquel líquido materno. Alguien, de súbito, lo tocó. Él giró y se puso de pie. Había una estela densa de vapor sobre las termales y era difícil distinguir a los bañistas. Alma, llamó, pero no hubo respuesta. Afuera, hacia el sector de los chorros calientes, había una figura que le hacía señas. Pedro trató de identificarla. Estaba sentada en una silla y detrás de ella se dibujaba una multitud de sombras. Pedro, expectante, se acercó. Entre tanto, esa muchedumbre forjada de neblina y oscuridad fue desvaneciéndose del todo. El último en desaparecer fue el

hombre de la silla. Se había levantado, con una gran protuberancia que le salía de la espalda, y después de levantarle la mano a modo de saludo, se hundió en la noche. Pedro pensó en Serna, el cartógrafo de La Comuna. ¿Qué hacía allí?, se preguntó. Observaba las vaharadas, como lenguas grises, que ascendían desde la piscina buscando el cielo, cuando escuchó una voz. Era Alma. Se secaba con una toalla y le proponía que fueran a comer.

La migraña, en efecto, perdió su vigor. Al haber mejoría, Pedro se entusiasmó nuevamente con las clases y retomó la escritura. Revisó "La Escombrera", la parte que estaba escribiendo. Quería iniciar, de una vez por todas, la sección dedicada a los desaparecidos. La ideaba como una especie de inventario y era, sin duda, la parte más ardua de escribir. La había postergado varias veces porque, además, estaba atravesada de atrocidades. Pedro pensaba que cada desaparecido debía contar, desde la fosa común, su historia. Esto otorgaría a la escritura un tono entre extraviado y desgarrador. Continuaba así el camino de Homero y Virgilio, de Dante y Shakespeare, de Lee Masters y Rulfo, en el que los muertos hablan como si estuviesen vivos. Pero una y otra vez rompió las hojas escritas. Se sentía incapaz de metamorfosearse en tantos personajes y carecía del talento para provocar un efecto individual y múltiple, descarriado y consciente de aquel gentío escarnecido. Se decidió, al final, por un narrador que, mientras iba recogiendo los testimonios de los vivos, se dejaba invadir por las voces que provenían de La

Escombrera. Hizo el borrador de las primeras historias. El niño que va a buscar un par de tenis a la casa de su madre y no regresa. El del hombre cuya fotografía se parecía con fidelidad punzante a un amigo del pasado. El de la muchacha agraviada por haber sido amante de un líder miliciano.

Luego del viaje a Manizales, Alma creyó oportuno explicarle con más detalle su relación con esa cura por la que estaba pasando. Antes había vacilado en hacerlo porque temía que Pedro, tan racional y afrancesado, pudiera dejarla. Todo había iniciado con las primeras conversaciones con su hermano botánico, que le fue enseñando los ostentos de las plantas. De a poco, a Alma le llegó el interés por las estrellas. Una serie de amigos en La Universidad la condujeron a otros dominios: el de las piedras con sus poderes magnéticos y el de la poesía y sus incursiones en el inconsciente. Ella había hecho, asimismo, unos cursos de terapias angelicales. Pedro fue escuchándola con una mezcla de curiosidad y recelo. Evocó las plantas que tenía en su habitación del 20 de Julio, las jaquecas idas con la mera imposición de sus manos. ¿Esos dolores me los curaste tú o los ángeles?, preguntó con ironía. Los dos, respondió Alma. Ellos intervinieron y, a través de mí, te curaron. Pero ¿por qué Alma se había orientado por sendas así? Ante la pregunta, ella dijo que esas búsquedas y hallazgos eran tan antiguos como el pan. Y las piedras, las plantas, la poesía, las energías luminosas no solo curan, sino que, como el mismo pan, también nos

alimentan.

Pero había otra cosa que Pedro tenía que saber. Se trataba de su contacto con los indígenas. Alma se ausentaba por días para asistir a retiros agrestes, en los alrededores de Medellín, en los que varios chamanes le enseñaban los prodigios de las plantas medicinales. Pedro, para entonces, se concentraba en sus clases universitarias, en la escritura de sus libros, y viajaba a los coloquios académicos. Y no es que Alma se hubiera olvidado de sus estudios de literatura. Al contrario, los cursaba también con interés vivísimo. Ocurría tan solo que Alma poseía un don para curar y no quería desaprovecharlo.

Cadavid entendió mejor esta condición de ella al entrar en la última fase de su enfermedad. De hecho, no pasó mucho tiempo para que Pedro comprendiera su malestar como una suerte de maleficio. ¿Pero qué tipo de maleficio era? ¿Provenía de una colectividad social o, al contrario, se situaba en su existencia individual? ¿Hasta qué punto un desequilibrio como el suyo se relacionaba con la pertenencia a una región? Y si este fuera el caso, ¿Medellín podía alterar de semejante modo? Ciro, con quien se encontró por esos días, le dio su diagnóstico. Le habló de los niños colombianos que tenían el corazón enfermo porque habían presenciado el asesinato de sus familiares. El abogado mismo le confesó que el suyo era una

uva pasa que urgía de medicamentos para que funcionara más o menos bien. Si un país producía tantos desplazados, tantos exiliados, tantos desaparecidos, era normal que en uno de sus escritores ocasionara la enajenación. ¿Entonces crees que estoy loco?, preguntó Pedro con cierta incomodidad. Solo me apoyo en los síntomas que me describes, respondió el amigo antes de culminar su tinto.

Los sueños de antes no tardaron en volver. Esta vez, sin embargo, fueron más repugnantes y siniestros. Como una multitud desaforada, presencias surgidas de dominios ignotos lo asediaron. Se manifestaban como sombras indescifrables que emergían de otras sombras y se fundían en las sombras de la noche. A veces se daba cuenta de que eran seres descarnados, espíritus de los muertos, le explicó Alma. Él los veía al lado de una cama cuyo origen era un sueño, pero que poseía la capacidad de trasladarse a su cama real. Los hombres le mostraban sus desfiguraciones. Las mujeres estaban tasajeadas y sesgadas de lamentos mudos. En varias ocasiones, Pedro se convertía en testigo de masacres. Una madrugada, al despertar, tuvo la impresión de que los acontecimientos habían ocurrido en las vecindades de La Comuna. No podía precisar dónde ni cuándo. Era como si tuviera la facultad de trasladarse al paraje indicado. Atrás se perfilaban los ranchos de un barrio. Las montañas aportaban su fondo de grandes moles en esa parafernalia onírica del crimen. Hasta que él veía sacar de una volqueta a las personas, y en el momento en que abría los ojos

se percataba de que las aniquilaban y de cómo la volqueta vertía su carga ominosa sobre los cuerpos.

La repugnancia, por otra parte, obedecía al carácter escatológico de las pesadillas. Estas eran quizás las que más lo desalentaban y lo hacían sentirse como un vertedero. Aquel justamente en el que desembocaba toda la bazofia de una ciudad. Porque Pedro parecía recibir, literalmente, el contenido de alcantarillas interminables. Creaturas estrambóticas le escribían, en los muros, en el piso, en las ventanas de los sitios transitados, mensajes puercos, no por lo que comunicaban, sino porque al aproximarse para descifrarlos él reconocía que estaban escritos con la materia arrojada por sus anos. Una vez soñó con un hombre. Era un ser andrajoso y elevado. Estaban en una especie de caverna. Aunque una luz mortecina permitía la develación paulatina del personaje. Pedro nunca lo había visto en la vigilia, pero en ese sueño se le hacía familiar. Montado en un promontorio, favorecido por esa lumbre que no se sabía muy bien de dónde venía, el vagabundo comenzó a desnudarse. Su piel era velluda, los músculos, esqueléticos, enjutas las facciones del rostro. Cuando se puso de perfil, Pedro vio el sexo descomunal. Una verga cuyo glande, al salir del prepucio, se convirtió instantáneamente en un cíclope de color cárdeno que le escupía, como un fusil, semen en la cara.

Y estaban los animales. En esas noches tumultuosas aparecían perros, gatos y ratas. Los primeros le ladraban si iba a contestar un teléfono situado en el corredor de afuera. Apenas lo hacía, Pedro miraba hacia atrás, temiendo que la puerta de su apartamento se cerrara y quedara extraviado en las tinieblas de la intemperie. Una voz de mujer clamaba, al otro extremo de la línea, que la liberara de donde la habían enterrado. Él regresaba a la puerta y dos perros negros aparecían. En el umbral le ladraban a alguien que quería entrar. Con los ladridos rasgándole los oídos, Pedro despertaba preguntándose si esos perros eran el peligro o lo estaban defendiendo de él. Las ratas, por su lado, salían de galerías desproporcionadas y se le subían por las piernas. Las presentía debajo de su cama como si estuvieran royendo gradualmente el colchón, las cobijas y la almohada. Los gatos, finalmente, brotaban de súbito si él iba subiendo por peldaños infinitos. O, veloces, surcaban la habitación angosta donde Pedro era buscado por quienes le pedían ayuda.

Pero esta ayuda jamás se concretaba. Al contrario, a él se le atacaba siempre en esos pasajes alucinados. Bajo ninguna circunstancia era incapaz de auxiliar a nadie, y contra la muerte comprendía que no podía hacer nada. Alma, al reconocer que Pedro se estaba convirtiendo en un Atlas cuyo peso era temible, decidió acompañarlo en las noches. Pedro aceptó, aferrándose a la idea de que ella podía ser su escudo. Con todo, sucedió que, durmiendo a su lado, se presentaron las imágenes

más abominables. Eran mujeres las que lo sitiaban, ofreciéndole sus encantos con seducción grotesca. Se presentaban bajo atmósferas desvaídas. En el momento en que les acariciaba las vulvas, estas se transformaban en pozos de pantano, las tetas en heridas supurantes y las bocas en túneles agrietados. Y lo peor sobrevino cuando estas fantasmagorías adquirieron las facciones y el cuerpo de Alma. A Pedro lo aplastó la desmoralización, y una vergüenza de sí mismo se le introdujo en los pensamientos como una pústula.

Fue por esos días cuando, de todas formas, sopesó las capacidades de Alma. Antes de dormir, ella le pedía que meditaran juntos. Se tomaban de las manos y respiraban con amplitud. A través de estas sesiones, él comenzó a percibir una luz que era como un halo azulino. Alma, con los ojos cerrados, inquiría por lo que veía, y Pedro describía sombras entremezcladas con otras sombras. Hombres y mujeres, de aspectos vagos, hacinados en recintos estrechos. Las meditaciones las efectuaban, además, protegidos por sahumerios de salvia. La salvia sirve para purificar la atmósfera, explicaba ella cuando les ponía fuego. Otras veces, sonriente y serena, llegaba con más yerbas y las ponía a hervir, y sus emanaciones circulaban por las habitaciones del apartamento. Los cantos no faltaban. Alma canturreaba y su voz era tan suave que Pedro, desolado porque aún no salía de aquel cerco sombrío, ansiaba ser una de esas cadencias que descargaban al mundo de sus perturbaciones. Una noche, ella

trajo un pequeño cuenco de cristal. Mientras él inspiraba y espiraba, Alma rozaba el cuenco con un pequeño mazo algodonado. El universo cabía en esas resonancias que remitían a monasterios levantados en montañas remotas. Los sonidos suben la vibración y limpian las impurezas, dilucidaba ella. Pedro le sugirió, con algo de sorna, que al que debían de limpiar era a él, pues se sentía como un hombre cloaca.

Desde que Alma se había ido a vivir con él, un sexo de dimensiones raras los unía. Pedro jamás había considerado que hacer el amor, además de ser un intercambio de placeres y secreciones de la carne, estimulado por una atracción física y unas afinidades intelectuales, fuera una transmisión extraordinaria de energía. El sexo que tenía con Alma lo dejaba, casi siempre, envuelto en una impresión de enardecimiento iluminado. Una suerte de encandilamiento atravesado de visiones en las que follajes espesos se unían a un sistema de enredaderas para luego desembocar en llanuras vastísimas. Ella, al salir de los orgasmos, lo cubría de besos y le decía que lo había amado a lo largo del tiempo y que ahora, en esta fase de sus ciclos cósmicos, creía amarlo aún más. Pedro la escuchaba tratando de entender que el amor, escurridizo, caprichoso y torpe en las generaciones humanas, podía ser también un encuentro ininterrumpido de dos almas a través de las ilusiones forjadas por el tiempo y el espacio. Ella encima de él, o él montado sobre ella, entrelazados sus cuerpos en la fogosidad y la ternura, sabían que ahora estaban en

Medellín y debían protegerse de los traumas de una guerra que había dejado miles de muertos y otro tanto de desaparecidos.

La propuesta del chamán, esa noche, lo llenó de suspicacia. Alma esperó unos días por la decisión. Pedro estaba contrariado. ¿Qué podía hacer? El proceso que vivía era, de algún modo, esperable. Para fraguarse la cura, en medio de aquellas borrascas, era necesario recorrer un último tramo. Pedro volvía a su historia personal y comprendía que la separación de su familia en París, el regreso a Medellín, el reencuentro con Alma en La Comuna, su propia escritura, todo desembocaba en la enfermedad de ahora. Él no confiaba, por lo demás, en los médicos tradicionales. Dudaba de los tratamientos atiborrados de sustancias que, al eliminar un síntoma, provocaban otros más. Los psicólogos y los psiquiatras le suscitaban precaución. Había probado sus sedantes durante los grandes cataclismos de la adolescencia, y había comprobado que acudir a este tipo de auxilio era arriesgarse a caer en adicciones lamentables. Reconociéndose como un terreno cimbrado en las turbaciones y dueño de una sensibilidad extrema, Pedro tampoco fue donde los psicoanalistas. Estos pregonaban lo suyo con la justificación de que su procedimiento consistía en curar a través de la palabra. Aunque el método era seductor para alguien que escribía, a Pedro la razón psicoanalítica, altiva y enmarañada, nunca pudo satisfacerlo. ¿Pero ir donde un chamán? ¿Entregarse a un curandero tocado con plumas multicolores? ¿Participar con

personas desconocidas en una ceremonia en que se vomitaba y se defecaba a raudales? ¿Escuchar cantos en lenguas incomprensibles a lo largo de una noche que podría ser demencial? Todo esto a Pedro le parecía el colmo del exceso.

"Tus indígenas queridos", le había dicho Ciro Pélaez esa vez en la Fiscalía. A él le daban vueltas estas palabras sarcásticas en medio de su vacilación. Alma, para animarlo, le hablaba de la madre tierra. De cómo esta expresión se estaba instalando aquí y allá, generando simpatía entre las nuevas generaciones que buscaban la cura de la violencia a través de las medicinas ancestrales. Pedro guardaba un vínculo especial con los indígenas desde su adolescencia. En su familia siempre se les había llamado indios y en esta palabra hubo siempre una carga de desdén. Para ellos significaban suciedad, pereza, bestialidad y paganismo. El catolicismo que moldeaba su ideología les había impedido entender que detrás de ese ser humano existía la expresión de una alteridad respetable. Después llegaron los tiempos del Liceo Antioqueño y Pedro se sintió atraído poderosamente por su música y sus mitos. Leyó las novelas en las que ellos eran protagonistas y se solidarizó con sus luchas por la tierra. Este interés lo lanzó a conocer las regiones donde estaban los hipogeos de Tierradentro y las estatuas de San Agustín. Y se llenó de emoción al leer los poemas dedicados a sus orígenes prístinos. Pedro no aceptaba, sin embargo, que los revolucionarios comunistas de su entorno vincularan a los indígenas a sus proyectos armados. Lo suyo, sin duda, era una

idealización de ellos y concluía, influenciado quizás por las concepciones del buen salvaje, que eran los únicos habitantes genuinos de un país anómalo, y que lo mejor era dejarlos ser. Pero ¿qué era un indígena? ¿Cómo había que definirlo y tratarlo? En París, durante sus años universitarios, Pedro indagó en sus vidas desde el prisma antropológico y creyó entenderlos mejor. Pero siempre pensaba que ese entendimiento era parcial. La antropología y sus ramificaciones eran los modos en que un círculo de sabios, hijo de una civilización expoliadora, intentaba autoconsolarse de la brutalidad que había ejercido y darse golpes de pecho investigando con minucia aquellas existencias originales que, al mismo tiempo, seguían siendo aniquiladas. De regreso a Colombia, Pedro concluyó que los indígenas estaban todavía ahí, anclados en la resistencia, pero condenados a desaparecer irremediablemente.

Ahora debía, en todo caso, decidir si asumía algo más esencial del mundo de los indios que sus especulaciones intelectuales. De aceptar el consejo de Alma, Pedro daría un paso que lo llevaría a dimensiones completamente ajenas. Pero ¿qué podía ser ajeno al hombre?, se preguntaba para fortalecerse en su decisión. En verdad, Pedro buscaba esa cura no por curiosidad del intelecto ni para negarse a sí mismo y abrazar a ese otro que había en el indígena, sino porque estaba al borde del precipicio, si es que ya no había caído en él. Alma le había recordado, una vez más, que la tierra era la causa de los males

de Colombia. Que la violencia generada por la guerra era una carga cada vez más aciaga. Que el deber de cada quien consistía en reducirla o eliminarla para provocar una especie de ascensión en los periplos vitales. Y que ella, la tierra, terminaba siendo también la forma más eficaz de sanación. Alma creía, por último, que el zumo del bejuco sumergiría a Pedro en la penumbra del mundo y de sí mismo, pero que igualmente le mostraría la luz. Estás tan mal, dijo, que no hay peor estado que el que ya tienes. Cadavid guardó silencio. Seguía dudando porque, pese a esta cercanía que creía tener con los indígenas, peleaba contra una comprensión muy estereotipada de sus remedios y contra quienes los impartían. Y les temía, más que nada, a las alucinaciones. ¿Quién me asegura que no caeré en manos de un charlatán?, preguntaba Pedro en el límite de su desconfianza, recordando las historias de los rezos que teguas indígenas hacían a los milicianos y paramilitares de La Comuna. En el rostro de Alma se expresaba el reproche. Te lo aseguro yo, respondía, y a mí me lo asegura la medicina que te dará el chamán.

La primera vez fueron a las afueras de Andes, en las proximidades del resguardo de Cristianía. Entraban al pueblo a comprar unas vituallas que el taita había solicitado cuando Pedro quiso regresarse. Era uno de los últimos coletazos de su aprensión. Recordó el primer día en la escuela primaria. Su madre lo había llevado de la mano y él, al verse solo en el patio lleno de estudiantes, se devolvió para la casa. Una impresión

semejante, al caminar por el parque de Andes, lo visitó. El pueblo era caótico y feo, pero estaba rodeado de montañas imponentes y hermosas. ¿Cuánto hacía que había muerto su madre?, se preguntó de repente. Le pareció que el tiempo no había pasado y él continuaba siendo un chiquillo asustadizo. La madre seguía ahí, observando cómo, a través de un viaje por las montañas del suroeste de Antioquia, su hijo había decidido tomar un purgante que poseía todo el poder curativo de la tierra.

No le dijo nada a Alma de este azoramiento, aunque ella lo intuyó y lo abrazó para darle ánimo. En el rancho, un hombre los saludó con una amabilidad que a Pedro le pareció alambicada. Luego se daría cuenta de que ese era el carácter del taita Alberto. Sonriente, suave, conversador y un poco amanerado al hablar. Atravesaron un sendero de piedras e ingresaron a la casa. Las paredes y el piso, los muebles y los pocos adornos que había, eran campesinos. La morada tenía dos cuartos con sus camas y un baño cuyo sanitario había que vaciar con el agua de una poceta cercana. El rancho daba, por su frente, a la carretera que conducía a Jardín, y por atrás a una arboleda. Era allí donde la gente se tiraba sobre unas mantas a esperar los efectos de la medicina.

El otro indígena llegó más tarde. Era un joven macizo y de

ademanes afables. La benevolencia se desprendía de la sonrisa y de los ojos negros. Era el aprendiz del taita y en esta ocasión sería quien impartiría la bebida. Cuando ambos aparecieron con sus trajes de lino blanco y sus coronas de plumas y sus collares hechos de colmillos de animales y sus cinturones de chaquiras coloridas, Pedro sintió un temor reverencial. Los dos estaban descalzos y para los preparativos se expresaban en su lengua. Con Alma se comportaban como si fuera alguien de su misma cofradía.

Al saber que participarían solo los cuatro en la ceremonia, Pedro se relajó un poco. Los dos se habían puesto ropas ligeras —bombachos con camisetas— y también estaban descalzos. En las habitaciones no había luz eléctrica, solo velas de diversos tamaños prendidas aquí y allá. Se hicieron unas invocaciones previas que fueron interrumpidas por el motor de un camión que pasó por la carretera. Pedro lamentó esta proximidad del ruido y se desconcentró, oyendo cómo el ronroneo del carro se hundía en el silencio de la noche. Entonces sintió la guaira, su sonoridad de hojas apretujadas, pasar por su cuerpo varias veces. El taita dijo que cerrara los ojos. Tomó un sorbo de una botella y le lanzó unos escupitajos al rostro, al pecho y a la espalda. Lo mismo hizo con Alma. Enseguida el joven indio se acercó con un pequeño balde. Allí estaba, tapado con ramas espesas, el yagé. Al recibir la copa, Pedro tuvo un escalofrío. Repitió el ensalmo pronunciado por Alberto y se tomó el líquido. Era menos amargo de lo que

esperaba y poca la cantidad. Alma, al beber su porción, le dijo que el taita había decidido principiar con una pequeña dosis. Pedro asintió y, con el corazón acelerado, fue a sentarse afuera.

Una fogata ardía más allá del rancho. Los árboles emergían de la oscuridad y sus ramas, largas y deformes, querían como lamer el fuego. El viento inflamaba las llamas de vez en cuando y el cielo estaba estrellado. Aún no era luna llena, pero en una jornada más el astro lograría su plenitud. Alma habló un rato con los taitas y hubo algunas risas. Pedro guardaba un silencio temeroso. Su condición primeriza le impedía acercarse con espontaneidad a los chamanes. Y esto lo azaraba porque, en cualquier momento, su estado físico y mental dependería de ellos. Mientras tanto, se decía que no iba a pasar nada malo y que sería capaz de resistir. Alma le señaló el baño donde podía ir a vomitar o a defecar. No te preocupes que nadie te molestará ni tú fastidiarías a nadie, dijo. Aquí se viene a eso, a limpiarse. Pedro afirmó con la cabeza y se estiró en la estera. Como tenía frío, tomó una manta. Las brisas se agitaron y el taita joven presagió la lluvia.

A los pocos minutos, el cielo se encapotó y empezó a llover. Pedro miró hacia los leños. El fuego parecía desmembrarse con la lluvia. Vio, nítidamente, los relieves de cada gota. Parecían manos de prolíficos dedos. Las llamas tocaban el agua y era

como si fuera un abrazo y no un rechazo. Ya me está haciendo efecto esto, pensó. Pero las imágenes desaparecieron al entrar en la casa. Se acomodó en una silla. Alma, de tanto en tanto, le tomaba la mano. Como le dijo que no sentía mayor cosa, ella opinó que era una bienvenida amable dada por el remedio. Pedro se fue adormeciendo, pese a que la expectativa de las alucinaciones lo mantuviera inquieto. Sin embargo, estas no llegaron.

La pesadez del cuerpo lo arrojó a la cama. La lluvia era leve, continua, y golpeteaba en el techo. Su sonido y la cobija y la almohada donde se acomodó fueron actuando en Pedro como un arrullo. Los taitas cantaban en la pieza de al lado y tocaban unos sonajeros. Alma los acompañaba y repetía los cantos. Un par de veces, o acaso más, el chamán joven pasó un recipiente humeante por el recinto. El olor se asemejaba al incienso de las iglesias. Pedro se percató, de pronto, de que alguien estaba junto a la fogata. Vio una sombra a través de la oscuridad del cuarto y de la puerta cerrada. Era un caballo, cuya figura nebulosa se volteó y dirigió sus pasos hacia la casa. Se detuvo cerca de la lámina de madera y husmeó en los tizones, que continuaban lanzando humo. Pedro tenía la suficiente vista para observar esa humareda empapada. Creyó tener al caballo a un tris de sus manos, pero este se turbó y se sumergió en el monte. Luego vio que de él salió un pájaro gigantesco que sobrevoló el techo durante un rato y lo miró con ojos de un

amarillo encendido.

Eso fue lo único extraordinario que pasó. Los taitas dijeron, a la mañana siguiente, que no eran alucinaciones, sino apariciones. Espíritus de las montañas que habían convocado. Como eran jaibanás, y tenían la facultad para dialogar con ellos en la noche, les pidieron su protección. Alma y Pedro desayunaron y dieron un paseo por los alrededores de la casa. El cielo se había despejado, pero trozos de neblina se depositaban sobre las hondonadas de la cordillera. Pasado el mediodía, fueron al resguardo. El lugar tenía unas edificaciones donde funcionaban la escuela, el servicio médico y unas oficinas administrativas. Supieron que el verdadero nombre del resguardo no era Cristianía, sino Karmata Rua, que significa "tierra de la pringamosa". Deambularon por sus vías de tierra apisonada y sus senderos verdes. Los habitantes eran cordiales y los atendieron mejor al saber que estaban hospedados donde el taita Alberto.

Para la segunda toma, Pedro se sentía más seguro. Había pasado la primera prueba y algo de orgullo le ondeaba en el pecho. Acaso el yagé no era tan áspero como lo sospechaba. La planta había visto en él a una persona de su querencia, porque el taita joven dijo que la medicina trataba bien a unos y mal a otros. Él preguntó de qué dependía ese trato, y el indígena

emberá, con la espontánea sencillez que lo caracterizaba, respondió que eso dependía de cada quien.

Desde hacía una semana habían interrumpido el café y el licor. Se abstuvieron también de tener relaciones sexuales durante ese mismo tiempo. Tampoco comieron carne porque el zumo podía despertar en el cuerpo de quienes lo tomaban el espíritu de la vaca, el pollo y el cerdo sacrificados. Esa noche vino, de un rancho que quedaba a varias horas de camino, otro jaibaná. Les dijeron que llegarían más personas a la toma. Dos hombres, poco después, entraron juntos y saludaron. Eran cultivadores de café y provenían de Jardín. Esta vez, según los taitas, no llovería, al menos durante la noche. Pero vaticinaron, para la madrugada, el chaparrón.

Pedro vio cómo Alma tomaba la bebida y escuchó que Alberto lo llamaba. Esta vez será más fuertecito, lo previno. El sabor del líquido fue amargo y repugnante. El taita le puso la mano en la cabeza y en el pecho para que el fastidio pasara. Uno tras otro salieron y se situaron alrededor del fuego. Sus formas primitivas y recientes estaban ahí, una vez más, para lanzar la imaginación humana a la ensoñación o al desvarío. Uno de los cafeteros dijo que la última vez unas convulsiones de epiléptico lo habían tumbado al suelo. Confesaba que jamás en su vida había echado babaza por la boca. Los tres taitas se rieron.

Pedro trató de pasar por alto esas palabras y a sus pensamientos los absorbieron las llamas. Los leños crepitaban y era como si un pequeño universo se desintegrara totalmente ante sus ojos. El viento era dócil y tibio pero, como a empellones, se estremecía con el hálito frío que provenía de las montañas. El chamán joven pasó echando humo. Pedro se dejó envolver por aquel olor espeso. Cerró los ojos y se estiró en la estera. El emberá se inclinó. Cuéntele a la medicina cuál es su problema, dijo, y ella sabrá lo que hace. Pedro no respondió. Enseguida lanzó la mirada hacia el firmamento. Las estrellas se hicieron tumultuosas y se precipitaron sobre él como una cascada. Formaron, en un instante, una profusión de figuras. Eran tantas y tan intrincados los diseños que se sintió apabullado. Son las pintas, se dijo. Rombos, triángulos y poliedros que se volvían picos, fauces y garras. Quiso buscarles un sentido y la confusión se incrementó. Presenciaba un mundo de tonos deslumbrantes pero insoportablemente desordenado y donde no cabía elucidación alguna. De inmediato supo que estaba ante una trampa y que jamás saldría de ella. Tuvo angustia y se le heló la piel. Alma atendió su llamado. Estoy aprisionado, le dijo, y no puedo salir. El emberá joven también se acercó y preguntó qué pasaba. Me siento perdido y tengo miedo, dijo Pedro. Es la medicina que le está mostrando el camino, dijo el taita. Pero el camino es tan enredado que no le hallo salida, replicó él. No le busque salida y entrada a lo que no tiene, le susurró el indígena. Simplemente déjese llevar.

Pero el extravío se acrecentó en ese conglomerado de aristas embrolladas, de ángulos enredados, de líneas afiladas. Los colores se tornaban intensos pero no herían. Lo que lo atormentaba, por lo tanto, residía en las figuras mismas. No sufrían los ojos sino su razonamiento, porque todo pasaba en un paraje de su cerebro donde la visibilidad era otra. Pedro insistía en buscarle orden a ese nudo infinito de laberintos superpuestos, pero más se empecinaba en hacerlo y el desvarío se tornaba más lacerante. Hubo un momento, ya estaba en una de las camas del rancho porque estaba lloviendo, en que se rindió ante la opresión. La lluvia suavizó repentinamente su tortura. Aunque este paréntesis duró poco, porque las gotas al caer en el techo comenzaron a aturdirlo. No puede ser, se dijo, ahora resulta que tendré que oír. Era un estrépito diluviano a través del cual pasaban los carros que subían y bajaban por la carretera. El techo, cuando arreciaba el aguacero, quería venírsele encima. Llamó, agobiado, otra vez a Alma. Ella estaba reunida con los indígenas en el cuarto contiguo. Le entregaban una guaira para curar. Horas antes, cuando caminaban por el resguardo, observando a un grupo de niños que jugaban a la pelota, ella le había contado más cosas de su aprendizaje. Esta noche me darán nuevas responsabilidades, había dicho con alegría. A Pedro se le presentó su rostro conmovido por ese advenimiento. Pero ahora él estaba tirado en una cama en la que no podía acomodarse. Y nada que vomitaba ni defecaba. Solo se sentía aplastado por un caos mental y todo afuera era un acabose de ruido y agua.

Por encima de la lluvia planearon durante un rato las risas de los jaibanás y la de Alma. ¿Ella había vuelto a su lado? Pedro creía tener su mano aferrada a la suya, y lo que cogían sus dedos ahora era un pedazo de cobija. Al voltearse en la cama, las voces cuchicheantes de los indígenas se tejieron en una historia incomprensible que le hería los oídos. Debían estar contando chistes porque se carcajeaban. Pedro estaba incómodo. Un malestar sin pausa lo atenazaba y los taitas no paraban de hablar y reír. Quería decirles que se callaran. Que apaciguaran la lluvia de una vez por todas. Que les exigieran a los carros desviarse de la carretera. Que lo dejaran tranquilo para que pudiera aguantar las alucinaciones. Pero no dijo nada y llamó al taita Alberto. ¿Qué le pasa, escritor?, contestó el chamán. Pedro se sorprendió por la frase. ¿La había dicho Alberto? ¿Él la imaginó? Trató de describir lo que le sucedía. El taita le dijo que se pusiera de pie. Pedro no fue capaz. Los otros, allí también estaban los cafeteros, lo ayudaron. Sus piernas temblaban y cayó al piso. La debilidad no lo dejaba caminar y se sentía avergonzado. Entre todos lo sentaron en un taburete. Alberto movió varias veces un bastón frente a su cara y lo volvieron a levantar. Los aposentos del rancho le daban vueltas y él percibía a un hombre emplumado que pronunciaba vocablos inentendibles. Ese hombre pájaro se le acercó a la cara para escupirle fuego. Pero no era fuego, sino un líquido que tenía reminiscencias de aguardiente y vegetales macerados. Las escupas le provocaron un deseo imparable de trasbocar. Lo

llevaron al baño y dejaron que se arrodillara. Varias arcadas lo sacudieron hasta que, aferrado al sanitario, pudo evacuar. Parecía un náufrago vapuleado por el mar tumultuoso de su fragilidad. Esta vez escuchó la voz de Alma. ¿Te puedes levantar?, le preguntó. Pedro no tenía la más mínima fuerza para hacerlo. ¡Tenga valor y párese, escritor!, escuchó que le ordenaron. Pero quizás nadie había pronunciado esta frase, sino que era él mismo quien se la decía. Intentó incorporarse varias veces y se derrumbaba de nuevo. Me están humillando porque escribo. Porque me creo más que ellos, le dijo Pedro a Alma. O creyó que se lo estaba diciendo cuando se dio cuenta de que lo tomaron por los hombros. Alberto le escupió una vez más, mientras el taita joven le lanzaba vaharadas de humo. Dijeron que estirara los brazos y empezó entonces otro suplicio. Le trituraron durante un rato los dedos de las manos y los pies y con unas hojas le fueron sacando formas repugnantes de entre los dedos.

Alma lo despertó cuando era de día. Dijo que Alberto los bañaría en un río, camino a Andes. Los otros dos jaibanás se habían ido para sus casas al amanecer. A cada bocado del desayuno —comieron arepa de maíz con caldo de papa—, reminiscencias de las náuseas incomodaban a Pedro. Estaba todavía exangüe y caminaba con dificultad. Poco después tomaron un colectivo. El nombre del río era rotundo y enigmático: Tapartó. Bajaba por las montañas de Andes, dejando tras de sí pedruscos enormes y arbustos verdísimos. Se

adentraron por un camino y buscaron un charco, donde caían dos torrentes de agua blanca y espumosa. Alma y Pedro se desnudaron hasta quedar con las prendas interiores. El taita les dijo que se metieran al río. Como si fuera un bautizo, les regó agua con las manos en la cabeza. A Pedro le estregó el pecho y la espalda con unas flores. Sentía que los pétalos le acariciaban con suavidad la piel. Es la misma pringamosa, le dijo Alberto. Con sus hojas le saqué ayer los muertos que tenía pegados. ¿Quiénes eran?, preguntó Pedro. Espíritus que están vagando por ahí y no quieren irse y se esconden en usted, dijo el taita sonriendo. Y él no entendió si esa risa era de compasión o de burla.

Descendieron por otro sendero hasta la carretera. Allí pasaría el bus que los llevaría a Medellín. Una vez más dieron las gracias. Al recibir el dinero, Alberto abrazó a Alma. El indígena rezó ante los billetes por unos segundos y los guardó. Estrechó la mano de Cadavid y le dijo que tuviera coraje. Usted está lleno de oscuridad, dijo, pero ayer lo despejamos en alguito. Como Alma preguntó cuándo se verían, él dijo que siempre a la orden. El bus de Andes apareció. Taita, ¿cuándo me atiende?, gritó una persona desde la ventanilla. Era una mujer de edad avanzada. Alberto levantó la mano y dijo lo que había dicho antes a la pareja. Ambos subieron y se sentaron en la mitad del bus. El viaje sería arduo y Pedro temía marearse con las curvas. Al acomodarse en la silla, restos penosos de la noche anterior lo volvieron a fastidiar. Miró a través del vidrio y el amplio

valle del Cauca, rodeado de montañas ingentes que oscilaban del azul al gris, lo invadió de golpe. Pero en lugar de celebrar aquella majestuosidad iluminada, Pedro la consideró extenuante. Entre tanto, Alma lo aseguraba. ¿Viste que no pasó nada grave?, dijo. Él la miró desolado. ¿Quieres más?, contestó.

Más adelante se despertaron. Se habían cuadrado junto a un restaurante. Pedro no supo dónde estaban. Un soldado pasó por el pasillo del bus diciendo que todos debían bajar. Era un retén militar. Al descender, vieron la fila de los pasajeros. Otros soldados pedían papeles y los revisaban. Unos más requisaban las ropas y auscultaban el interior de los bolsos y las mochilas. Pedro abrió las piernas y los brazos. Se apoyó en el bus y las manos de un soldado, con movimientos rudos, bajaron y subieron por su cuerpo. Al pedir la cédula, el soldado le preguntó qué hacía. Soy profesor, dijo Pedro. ¿Dónde trabaja? El militar lo midió con su mirada. En La Universidad, respondió Pedro. ¿Y qué enseña? En la cara del soldado estaba la impronta de un acné arrasador. Cuando Pedro dijo que literatura, el soldado se lanzó la mano a las güevas y las rascó con gesto chabacano. El bus arrancó y Pedro pudo dormir hasta la llegada a Medellín.

En los días siguientes hubo una mejoría. Su repugnancia hacia

la ciudad, empero, había crecido. Los gobernantes y sus séquitos de comunicadores vendían la imagen de ciudad ya recuperada y centro pujante de finanzas. Decían que por un esfuerzo mancomunado de todos, Medellín había renacido. Sus habitantes estaban como borrachos de optimismo. Pedro, por el contrario, sentía que el precio de esa recuperación era demasiado alto, y que antes de pasar la página de su horror Medellín debía reconocer sus zonas tenebrosas. Esta impresión de repudio se le ahondó más con la noticia que le dio Arturo Arreola. El antropólogo, que lo había acompañado tantas veces en los recorridos por La Comuna, le dijo que la Alcaldía de Medellín iba a iniciar excavaciones en La Escombrera. Ambos siguieron esas jornadas de cerca. Se enteraron de ciertos pormenores y las preguntas que se hacían no los dejaban tranquilos. ¿Quién era Móvil 8, el paramilitar que señaló el lugar denominado Polígono Uno, como para creer que su testimonio era cierto? ¿Por qué decidieron cavar en ese sitio y no en otros donde los cadáveres podían ser encontrados con mayor facilidad? ¿Quiénes iban a dirigir los trabajos? ¿Tenía la Alcaldía de Medellín, responsable mayor de la Operación Orión y sus consecuencias funestas, el derecho de ordenar y vigilar las excavaciones? Además, ¿cuánto tiempo durarían? ¿El hecho de que se excavara significaba que las actividades de las empresas que estaban situadas en el perímetro de La Escombrera detendrían por fin sus labores? Arturo y Pedro quisieron aproximarse al Polígono. Se atrevieron a solicitar un permiso para acampar en sus límites y verificar lo que ocurriría, pero se lo negaron. Solo se permitiría la presencia de

algunos familiares de las víctimas y el acompañamiento de una corporación no gubernamental que desde hacía años realizaba las gestiones de búsqueda. Por otro lado, nada de lo que se iría descubriendo saldría a la luz pública hasta que la información fuera procesada por la Fiscalía. Y frente al tiempo que abarcaría la excavación, todo era un misterio. Como ninguno de los dos vivía en La Comuna, ni tenían a nadie cercano que se lo hubiera tragado la tierra, los dos amigos otearon a distancia las obras de la excavadora.

Pedro había buscado a Ciro Pélaez, incluso, para que le ayudara a obtener tal permiso. Pero el abogado no pudo hacer nada. No era su competencia y la condición de estas actividades era, en efecto, altamente secreta. En la medida en que se hicieron los trabajos, hubo una sensación ambigua tanto en Cadavid como en la gente de La Comuna. Se esperaba que sucediera un hallazgo, pero también los arrinconaba la desconfianza que acarrean las acciones inútiles. Pedro se enteró, cuando se interrumpieron las excavaciones al cabo de cinco meses, de que ni los trabajadores eran idóneos ni estaban haciéndolo en el sitio adecuado. Así cavaran durante años, jamás se toparían con hueso alguno. En eso consistía, precisamente, uno de los contornos aberrantes de La Escombrera: una fosa común, con trazas de botaderos y areneras que nunca cesaban sus actividades y en donde parecía imposible cualquier exhumación.

Días más tarde, Alma y Pedro decidieron continuar la cura. Aún quedaba mucha oscuridad, había dictaminado el taita Alberto. Alma, al respecto, no tenía dudas. Pedro, por su parte, tenía la impresión de que estaba traspasado por el espanto. ¿Esto se acabará algún día?, se preguntaba en el límite de la impotencia. Los insomnios habían vuelto y sentía que habitaba un mundo que lo asqueaba. En sus paliques, al ser conscientes de que algo en Pedro se había abierto hacia un más allá de orfandad y pavor, a Alma le gustaba bromear. Pongamos un aviso en la puerta del apartamento, proponía. Pedro la miraba afligido. ¿Y que diga qué?, preguntaba. No se reciben más muertos, decía ella sonriendo.

Lo de estar en el centro de aquella tribulación se tornaba más inaudito cuando Pedro veía a la gente caminar por las calles. A Medellín parecía no importarle que, extraviados en su valle, hubiera tantos desaparecidos. ¿Les pasará lo mismo a esos transeúntes que a mí? ¿Será que todos sienten esto que siento yo? ¿Son ellos también fosas comunes ambulantes? ¿O soy tan solo uno de esos que padecen por el resto? Estas preguntas se las formulaba y las respuestas probables no favorecían ningún paliativo. Incrementaban, en cambio, su desdicha. Porque concluía que era igualmente espantoso vivir en medio de la indiferencia ciudadana que saber que él había recibido el peso de una condena por esa misma indiferencia. Cuando suponía

que podría tener un descanso, Pedro dudaba de que esta circunstancia individual resolvería la desventura de su ciudad. Varias veces se propuso contarle a Susana, su hija, las formas de su calamidad interior. Una confesión así propiciaría, tal vez, un acercamiento de ella a su vida en Medellín, y esta coyuntura suavizaría tal vez los sufrimientos de Pedro. Pero le resultaba tan desastroso el panorama de sí mismo, que prefirió dejarla tranquila en su vida de estudiante universitaria en París. A estas alturas, Alma creía que Pedro necesitaba culminar el proceso iniciado. Insistía en que fueran donde Alberto una vez más. Sin embargo, Pedro había quedado traumatizado con la experiencia de la confusión. Estaba, además, el ruido del rancho. No quería compartir de nuevo su malestar con gente desconocida. Y tampoco le resultaba alentador hacer el viaje de varias horas hasta Andes. Alma le propuso entonces que fueran donde Gerardo.

¿Quién era Gerardo? Un chamán del Putumayo que tenía en Santa Elena, en los alrededores de Medellín, un bohío. Estaba construido en el centro de un bosque de acacias, pinos y sietecueros. A varios metros, tomando un sendero, se llegaba a un paraje desde donde se divisaba la ciudad. Alma respetaba a Alberto, le agradecía sus enseñanzas y se sentía muy cercana a él. Pero sabía que Gerardo, que había llegado hacía un par de años a Medellín, integraba una generación antiquísima de chamanes cofanes. Eran estos los genuinos curanderos del yagé, explicaba Alma. Alberto, en realidad, había aprendido de

los cofanes el uso de la planta. Ahora bien, Gerardo tenía una historia signada también por la violencia. Había sido desplazado con su familia por los paramilitares de Putumayo, que le estaban quitando la tierra a los indígenas para hacerlas productivas con el narcotráfico y la ganadería. Ahora Gerardo vivía en Santa Elena y era uno de esos taitas cuya misión era ayudarle a la gente urbana. La bebida que da, dijo Alma, es todavía más potente. ¿Hasta dónde quieres que vaya?, preguntó Pedro al escuchar estos detalles que, más que animarlo, lo oprimían. Hasta donde tengas que ir, respondió Alma. El bohío de Gerardo está a menos de una hora de Medellín. Ya hablé con él y nos atenderá a nosotros solos. Pero debemos ir de día porque en las noches se hacen tomas con mucha gente. ¿Y sí funciona así?, preguntó Cadavid. El taita dice que con la noche de la choza es suficiente. Pedro vaciló una vez más. Mensuró su suplicio de todos los días, el cortejo de la muerte que lo agobiaba en las noches y la poca tolerancia suya hacia Medellín y sus habitantes amnésicos. Recordó las náuseas, el vómito, las alucinaciones. Dijo sentirse atrapado entre la espada y la pared. Alma lo contravino: el yagé jamás es una espada o una pared. Al contrario, es una gran posibilidad de sanación.

Gerardo frisaba los cincuenta años. Vestía bluyín, camiseta y unas botas de cuero. Se mantenía siempre con dos pequeñas mochilas terciadas en su pecho. Alma y Pedro esperaron unos minutos hasta que él apareció. Saludó con cortesía y pidió que

le dieran unos minutos para asear la Casa Madre. Así fue como llamó al bohío. Lo acompañaba un muchacho indígena. Era más bajito que el taita y dueño de un entusiasmo atravesado de risas frecuentes. Hablaba un español a punta de indicativos. Gerardo, en cambio, se desenvolvía en él sin problemas. De vez en vez se dirigía al ayudante en su lengua nativa. Pedro aprovechó para cambiarse y ponerse la sudadera. Entró en uno de los sanitarios que estaban alineados en un corredor contiguo a la casa. Cuando salió, el taita recogía una basura acumulada alrededor de la fogata. El ayudante iba sacudiendo las cobijas y organizaba las colchonetas y las almohadas. El día anterior se había realizado una toma donde habían participado treinta personas. ¿Cómo le fue, taita Gerardo?, preguntó Alma. Bien, dijo el indígena. Hubo mucho trabajo. Usted sabe, la gente de por estos lados está bastante mal.

Pedro resumió su estado. Estoy lleno de muertos, dijo. Gerardo lo escuchó mientras prendía los leños. Se había puesto unos collares y un tocado de plumas. El taita opinó que lo suyo era normal. Todos estamos rodeados de muertos, precisó. Solo hay que aprender a convivir con ellos. Pedro dijo que él no estaba rodeado, sino lleno de muertos. Y le habló de los sueños, de las voces, de los insomnios. El taita lo miró con sus ojos negros y le dijo que se encomendara a la medicina. Pero es que me da duro, se quejó Pedro. A todos nos trata como merecemos, contestó Gerardo. Pero al final, después del revolcón, nos consiente. Después se ubicó en la silla donde se sentaba para

dirigir el ritual de la toma. Era una poltrona acojinada. Había, al lado, una mesa en la que se acomodaban los utensilios. Guairas, bastones y manojos de yerbas secas. Les dijo que el zumo que tomarían era el que se había usado la víspera. Un yagé tigre que traje hace poco de mi territorio. Patea duro pero es bueno, concluyó. Pedro tuvo un vacío en el estómago. El taita, mirándolo con indulgencia, se dio cuenta de lo que pasaba. No se preocupe, sugirió. Aquí estamos para ayudarle. En un tono casi secreto, Alma le tomó la mano a Pedro y luego lo besó en la frente. Sabes que estoy aquí. Tomaré no solo por mí, sino por ti.

Fueron entonces hacia el taita. Alrededor de lo que tenía trazas de trono, había ramas entrelazadas y más collares de dientes animales y semillas de colores. Alma y Pedro parecían un par de enamorados que enfrentaban, tomados de la mano, un gran secreto. Gerardo los vio y sonrió. ¿Se quieren?, preguntó. Alma dijo que sí. Pedro afirmó, a su vez, con la cabeza. Eso favorece más la cura, dijo el taita. El fuego adquiría gran densidad en la penumbra del bohío. El ayudante preparaba el copal que se quemaría. Así la luz estuviese afuera, reinaba la oscuridad en el interior del recinto. Desde ese afuera, se escucharon el ladrido de un perro y la voz de alguien. El ayudante salió y resolvió el problema. Pedro aspiró, con un poco más de seguridad, el silencio que había. Al menos no hay carros cercanos, pensó.

Entonces las palabras fueron dichas: Yagé, te pido permiso. Yagé, protégeme. Yagé, cúrame. El pocillo pasó de las manos de Alma a las del taita. Este lo limpió y volvió a llenarlo. Lo levantó, cantando con voz grave, y se lo ofreció a Pedro. Él cerró los ojos, como si recibiera un líquido sagrado, y se lo tragó. El sabor de la selva y de una remota comunidad de hombres que dialogaban con los espíritus entró a su cuerpo. El líquido, viscoso y amargo, se abrió espacio en la garganta y bajó por el tubo digestivo como un ansioso torrente.

Se sentaron sobre un tronco a mirar el fuego. Varias chispas salían disparadas y sobrevolaban por el espacio oscurecido. Pedro paseaba sus ojos por la techumbre hecha de paja y maderos gruesos. Su cúspide estaba allí para propiciar lo que vendría después. Ese después, enigmático e imprevisto, se le presentaba a Pedro como otra prueba que debía sortear. Respiraba hondamente mientras le buscaba apariencias al fuego. Formas impredecibles se hacían y deshacían con la velocidad de los espejismos. El crujir de la leña sonaba de un modo tan íntimo que Pedro anheló zambullirse en las llamas y habitarlas por siempre.

Luego fue a la colchoneta. Se tiró boca arriba, cobijado hasta el cuello, mirando ese techo que pronto lo arrojaría hasta lo más

recóndito de su memoria. De pronto, sintió pesadez. Los brazos, que los tenía sobre el pecho, los puso al lado de las piernas. Se relajó para enfrentar lo que advendría. Alma comenzó a vomitar. En las veces pasadas, eso le había dicho, lo hacía más rápido que los demás. La bebida actuaba en ella velozmente para ponerla al servicio de los otros. Ahora Pedro lo comprendía mejor. Y evocó el instante en que Alma le mostró el piecito de yagé que tenía en la casa del 20 de Julio. ¿Qué fue lo que dijo esa vez? Es un ser pequeño pero mirífico, había dicho. Ella fue con pasos calmos a los sanitarios, y de inmediato se puso a su lado para ayudarlo en el viaje que había emprendido.

Todo se inició en las piernas. Un tremor que ascendió por los pies hasta la cabeza. Un avance gradual que se detenía, por momentos, en alguna parte del cuerpo. Era como una onda de energía tibia y zigzagueante. Al demorarse en las rodillas, Pedro comenzó a temblar. Los huesos querían como salírsele de las articulaciones. Pero no sentía dolor y su entendimiento permanecía intacto. Las convulsiones pararon y quedó un cosquilleo que fue expandiéndosele por el tórax. Allí sobrevinieron las sacudidas más fuertes. Los dientes le castañetearon. Las mandíbulas parecieron perder el control. Y cuando el calor subió a la cabeza, la visión explotó en mil colores.

Él abrió los ojos y la choza, a su vez, fue abierta con magnificencia. En el techo, pero no supo si más allá o más acá de él, se trazó un cosmos que se dilataba y concentraba como un gigantesco corazón de luz. ¿Es el mío?, se preguntó Pedro. ¿Es el corazón del mundo? Alma sabía que el trance había empezado. Arriba se dibujaron avenidas y edificaciones de una urbe que semejaba un reflejo portentoso del infinito. Un infinito incapaz de detenerse para que se pudiera tener una idea más o menos clara de sus dimensiones. Pedro transitaba con la mirada interna —pues tenía los ojos cerrados— por regiones deslumbrantes. Eran autopistas hechas con destellos numerosos que se precipitaban hacia todas partes. Por donde avanzaban, curvas simultáneas creaban mansiones vastas y espléndidas. ¿Quién podría vivir allí?, se preguntó. Comprendió que lo que estaba sucediendo era similar a lo que le pasaba en sus lecturas. Habitaba con intensidad meros artificios. Al constatar esto, los fulgores sin fin estallaron como una pompa de jabón. Y de ella nacieron otras ciudades de palacios y castillos abigarrados. Y de toda esta opulencia del color y de la forma fueron quedando unos motivos geométricos, elementales como pequeñas células, suspendidos en lo que él creía era el techo del bohío.

Con uno de esos motivos se fue creando una figura conocida. Repentinamente, Pedro se vio lanzado hacia un arriba vertiginoso. Lo sobrevoló largamente, como si fuera un ave

nocturna. Divisó sombras montañosas a su lado. Reconoció, abajo de él, un río demarcado con vías luminosas. Entendió que lo que estaba presenciando era Medellín. Ahí estaba el centro con sus edificios altos. Más allá, hacia el occidente y el oriente, encontró las luces de los barrios populares. Notó que arriba, en el firmamento, se dibujaba una figura descomunal que sostenía un garrote. Es Orión, se dijo, y acostado sobre la estera parpadeó emocionado. La visión fue disipada. Pedro se sintió como un dios que, con solo abrir y cerrar los ojos, hacía y deshacía universos. Con otro de sus parpadeos, brotó algo similar a un mapa. Una cartografía hecha con cruces que se regaban sobre un interminable fondo ennegrecido. Entre el mapa y sus ojos, se trazó con rapidez el rostro de alguien. ¿Quién es?, se preguntó Pedro. Pero cuando quiso identificar la identidad, los rasgos de ese demiurgo colosal y su obra se esfumaron.

Todo estaba en penumbra y en silencio. Cadavid abrió los ojos otra vez. ¿Cuánto tiempo había pasado? Acaso horas o segundos. Alma, levantada, le decía algo al ayudante. Como no veía al taita, él miró hacia la poltrona. Estaba vacía. El muchacho se acercó, se inclinó y le arrojó en el rostro una fumarada de copal. La atmósfera se llenó con el aroma de una vegetación densa y primitiva. A Pedro le fue llegando una certeza opresiva de su organismo. Movió los pies y los supo plúmbeos. Las manos estaban frías. Eran dos tenazas inmensas e inservibles. La respiración se le tornó pedregosa. La

sensación de que el aire estaba lleno de grava fue torturante. Me estoy asfixiando, se dijo, y cerró los ojos.

¿De dónde le vino la palabra? Lo ignoraba. Pero forjó sus labios, la lengua, el paladar durante un tiempo. La palabra muerte resonaba una y otra vez en su boca. La carne se le fue abriendo como una herida. No tenía miedo. Solo era consciente de lo que podría significar la muerte. Y empezó a diluirse en una sustancia que era incapaz de discernir. De repente, se dijo que solo se escribía para enfrentar la muerte. Y en ese hoyo en que estaba sumiéndose emergieron más figuras. Parecían ídolos pétreos. Rugosos, severos, gigantescos. Pedro se atrevió a mirar sus rostros hieráticos. ¿Por qué tengo que morir?, les preguntó como si fueran oráculos. La única respuesta fue otra desintegración súbita de las imágenes. Unas ganas irrefrenables de querer salir del bohío le sobrevinieron, porque había entendido que iba a morirse. Pero fue entonces cuando lo arrasó la certeza de que él ya había muerto muchas veces. Esto, increíblemente, lo llenó de fuerza. Alguien que estaba a su lado lo tocó. Y Pedro, o esos otros que eran él, fue sumergiéndose en una oquedad sin fondo.

El taita había empezado a cantar. La impresión era paradójica. Los cantos provenían de la casa, pero a la vez del hueco donde Pedro estaba cayendo. Era una música hecha de una voz ronca

y semillas percutidas. Pedro supo que debía escucharla para no extraviarse en el descenso. No pudo medir la dimensión de la caída ni cuánto tiempo duró, pero esta fue disminuyendo hasta asumir un ritmo lentísimo. Geografías raras aparecieron a través de nieblas desgarradas. Una planicie fue revelándose y sobre ella comenzaron a moverse puntos, manchas, líneas. ¿Qué es eso?, se preguntó. Poco a poco el paisaje se hizo más visible. Había fuego y una gran cantidad de gente huía a lo largo de sus flamas. Los combates se desarrollaban en una planicie. Uno de los puntos asumió una identidad que llamó su atención. Era un hombre que gritaba enrojecido, con el pelo revuelto, los brazos y las piernas cubiertos de barro. Había recibido una lanza colorada en el pecho y agonizaba. Pedro se acercó y se percató de que esa muerte era también suya.

Como un caudal imparable, fue muriendo en otras mujeres y otros hombres. Pero esas muertes no transcurrían ya en la planicie, sino en otros relieves. En cruces de caminos montañosos, en ciénagas selváticas, a la orilla de ríos de aguas terrosas. En algún momento supo que ya no había nadie vivo y que él caminaba por hondas acequias abarrotadas de cadáveres. La luz no existía en esos itinerarios, solo sombras que, curiosamente, lo guiaban. ¿Por qué presencio todo esto?, se preguntó de nuevo. Y como si alguien tuviera el don de responderle, se le develó otra imagen. Estaba él mismo con una túnica blanca atravesada por una banda púrpura. Arengando en medio de una especie de asamblea, incitaba a la guerra. Vio

cómo lo levantaban en hombros y lo vitoreaban. Pero Pedro se fue transformando en otras personas que portaban atavíos de otras épocas. Y enseguida se dio cuenta de que había alguien que defendía los combates, y él, iracundo, los rechazaba. Y se levantaron injurias, conspiraciones y cárceles y mazmorras en las que Pedro volvía a ser asesinado.

Las náuseas se presentaron cuando de estas presencias distantes se configuraron algunas más cercanas. Pedro percibió las facciones de un hombre enorme, trajeado con una sotana que parecía un gran nubarrón. Este manoteaba y vociferaba y elevaba sus dedos índices como si fueran armas de fuego. Vio a generales de ejércitos comandando operativos militares. A hombres que, supuso, regían el destino de poblaciones enteras porque eran aclamados con aplausos y gritos. En lo que parecía ser una sucesión desquiciante, se configuraron otras figuras más. Eran revolucionarios temerarios, rebeldes resentidos, mártires de una y otra causa que dejaban tras de sí terrenos en llamas. Y Pedro vio cuerpos de niños sacrificados; jóvenes sin piernas; mujeres destripadas; hombres que, empalados, se suspendían en el aire como móviles estrambóticos. De un momento a otro, estas presencias se arremolinaron para imprecarlo. Pero él ahora estaba en una cama, era la suya del apartamento de Calasanz, y entre sus cobijas iba descubriendo animales descuartizados. Y oyó con nitidez que todos le gritaban: Pedro, hijo de puta, eres de los nuestros.

Se sintió desfallecer. Pero, por encima de este desfile delirante, oyó el canto del chamán. Como si estuviera ahogándose en el cauce de lo ya pasado, de lo que seguía pasando y de lo que volvería a pasar, Pedro intentó salir de ese vórtice de insultos. Quiso mover las extremidades y no pudo. Aplastado por las visiones, se acordó de Alma. ¿Dónde estaba ella? ¿Por qué se había ido? Buscaba una respuesta cuando todas estas formas del poder y la violencia se difuminaron del todo. Y una garra descomunal, que surgió de algún lado, lo tomó por la cabeza y lo precipitó al fondo de la tierra. ¿Dónde estoy?, se dijo. La oscuridad era absoluta y había muros grandes que lo rodeaban y no lo dejaban moverse.

Intentó gritar. Pero lo que prorrumpió de su boca se cubrió de un pantano viscoso. Pedro comprendió, abrumado, que tenía una montaña de tierra encima. De nuevo trató de moverse. Ni un ápice de su cuerpo podía encontrar espacio y el aire empezó a faltarle. Cuando supo que, por fin, iba a morirse, nuevos semblantes aparecieron aquí y allá. Y era como si esa tierra y los desechos que lo cubrían fraguaran hendeduras por donde él no podía salir. Pero, en cambio, le permitían la entrada a una muchedumbre de seres estrafalarios. Eran miles e iban invadiendo el hueco al que aquella garra inconmensurable lo había lanzado. En tanto se preguntaba cómo podía caber tanta gente en una estrechez semejante, Pedro reconoció por fin que

él no era el hombre cloaca que suponía, sino el lugar de todas las exhumaciones.

En ese momento, el aroma del copal irrumpió. Venía enredado en su humo, como una exhalación traslúcida, el canto de Gerardo. ¿Qué decía? Él lo ignoraba. Pero ¿cómo podía oler y escuchar si estaba sepultado? No distinguió su origen —si era un efluvio del vegetal que le llegaba desde la intemperie o una proyección de los sonidos—, lo cierto es que apareció un rayo. Un látigo de luz que penetró el agujero donde estaba. Lo sacudió varias veces y lo envolvió como si fuera una mortaja. Aunque algo poderoso impedía que a Pedro lo sacaran de allí. Durante un tiempo hubo una contienda terrible. Su cuerpo, o lo que creía era su cuerpo, convulsionaba. Temblaba la mole de tierra que lo comprimía. Se agitaban los muertos que se lo querían llevar quién sabe adónde. Vibraba el guerrero, porque esa era la forma de la luz. Un guerrero iridiscente que hizo un movimiento tremendo para agarrar a Pedro, y de un solo tirón lo desenterró.

El taita Gerardo le estaba cantando en su propio rostro. Él lo veía como un ser de luz. Porque el combatiente y el chamán se fundían entre sí. Todo daba vueltas, a la manerea de un carrusel interminable. Cuando creía estar en la choza, Pedro se sentía en la fosa común de donde jamás lo habían sacado. El guerrero

tasajeaba con su espada, o con su lanza, o con su bastón, o con su brazo la oscuridad. Y las capas de escombros y basura que lo trituraban, a cada golpe, se desintegraban. Afuera o adentro, allá o acá, en el pasado o en el presente, él asistía a una liberación dolorosa. Abría los ojos y se encontraba con Gerardo. Pero no era Gerardo, sino un árbol centenario, un río larguísimo, una selva que poseía toda la edad de la tierra. Los cerraba y veía al guerrero, tachonado de destellos, que danzaba al ritmo de un canto cuya ondulación parecía sostener el cosmos.

En la cúspide del trance, volvieron las náuseas. Una mano, era la de Alma, lo ayudó a levantarse. Ahí estaba el balde porque no podía caminar hasta el sanitario. Las primeras arcadas no hacían salir nada. Pedro expelía un aire vago y desesperado. Al parpadear veía rostros y más rostros. Unos deformados por el odio y la vileza. Otros por la amargura y la impotencia. Otros más por la rabia y el llanto. La mano trató de erguirlo. Pedro tenía los ojos tan entornados que su mirada estaba esclerótica. Una baba espesa le salía de los labios. A veces distinguía a Alma, y ella se transformaba en el taita Gerardo. Y Gerardo era la entidad soberana que le ordenaba incorporarse. No soy capaz, murmuró Pedro. Soy la fragilidad del mundo. Pero una voz —tal vez era la de Alma— se le hundió en los oídos para decirle: Haz de tu debilidad la fuerza y levántate. Él se dio cuenta inesperadamente de que estaba de pie. El taita Gerardo cantó por vez postrera y le escupió en la cara. Entonces, de un

lugar que estaba más allá de su estómago, irrumpió la materia en la que había estado sumergido. Salió tan abundante que Pedro tuvo la impresión de que no solo vomitaba aquella fosa llena de cadáveres, sino a Medellín. La ciudad entera salía caudalosamente por su boca. Y era tanto su flujo que pensó que iba a ahogarse. Creía imposible vomitar más cuando una avalancha, todavía más fuerte y sucia, le llegó. Quiso exclamar algo, pero no pudo. Aferrado al balde, tomado de la mano de Alma, el taita dirigiéndose a la silla, Pedro, finalmente, se vomitó a sí mismo.

Cayó en la colchoneta como un fardo. La respiración, poco a poco, fue entrando a su cuerpo. Como un cauce que jamás se había interrumpido. Más tarde abrió los ojos. Arriba estaba la techumbre con sus travesaños parcos y la paja que salía por los intersticios. Una mariposa de alas blancas volaba en la penumbra y trazaba una escritura. Pedro la descifró, pero de inmediato olvidó su mensaje. El fuego estaba a su lado. ¿Desde cuándo ardía?, preguntó. Desde siempre, se dijo. En alguna parte del mundo, a toda hora, hay un fuego encendido que nos protege. Una oleada de calma lo fue invadiendo como una caricia nunca antes sentida. Movió sus manos y sus pies. Estaban urdidos por una extenuación de siglos, pero seguían ahí, y tampoco lo habían abandonado. Es mi cuerpo, dijo. Tuvo piedad por sus huesos, por su piel, por todos sus fluidos. Alma lo miró y sonrió. Hola, le dijo. Hola, respondió él, y los ojos se

le llenaron de lágrimas.

Afuera la tarde avanzaba, entre nubosidades opalinas, hacia la noche. Pedro caminaba con dificultad y aún estaba mareado. Pero, a medida que daba los pasos, percibía con mayor intensidad la naturaleza circundante. El verde de las hojas era más vivo y transparente. Las flores, con sus corolas abiertas y sus pistilos erguidos, lo miraban como si él fuera el vidente que buscaban. Un pájaro de pico anaranjado saltó entre las ramas y él comprendió que ese movimiento era primordial. El aire entraba a sus pulmones y los llenaba de una amplitud única. Conmovido, Pedro dijo gracias varias veces. El taita Gerardo, al despedirse, lo abrazó. Cadavid iba a decir algo, pero guardó silencio porque sabía que la voz le saldría quebrada. Alma también se despidió con un abrazo. Por aquí estamos para servirles, dijo Gerardo cuando recibió el dinero. El joven aprendiz, a unos pasos de ellos, iba acumulando leña a la entrada de la Casa Madre.

En vez de ir hacia el carro que los transportaría a Medellín, Alma propuso que fueran al mirador. Caminaron unos minutos tomados de la mano. Una suave llovizna empezó a caer. Al oír sus gotas, Pedro reconoció que ese, y no otro, era el ritmo de su sangre, el de su respiración y el de sus pasos. Su madre apareció en ese momento en que, fugado de la escuela, él la

buscaba en procura de amparo. Ve adonde tienes que ir, le dijo, separándolo de su cuerpo. Enseguida vio a Susana, de niña, brincando a sus brazos porque hacía tiempo no se veían. Pedro parpadeó de nuevo y se encontró con Alma. Su cara estaba sembrada de gotas. Se inclinó y con sus labios bebió el agua que rodaba por la frente. Pronto alcanzaron el mirador. El valle de Aburrá continuaba ahí y se podía ver a través de la pantalla de la lluvia. Las montañas se levantaban con su habitual imponencia. Al frente estaban las torres del Padre Amaya, debajo, la gran extensión de La Escombrera, y más abajo todavía, los barrios de La Comuna. Ojalá llegue la luz para los que siguen en la oscuridad, dijo Pedro. Alma guardó silencio y le apretó la mano. Sus miradas recorrieron, de un lado a otro, la ciudad desparramada como un espejismo. La lluvia aumentó su precipitación y el gris de las nubes se hizo más espeso en Santa Elena. Aunque en el fondo del valle todo estaba impregnado de una luz crepuscular. Es grande Medellín, dijo Pedro. Y hermosa, contestó Alma. Aquel rumor distante osciló en el viento por unos segundos y acarició sus oídos. Una vez más, las montañas en su trabazón lejana se volvieron interminables. Y contemplaron, hasta que la noche fue decisiva, ese lugar de donde eran y donde acaso habrían de morir.

El Retiro, marzo de 2018-diciembre de 2020

Nota del autor

Esta novela se escribió gracias al año sabático otorgado por la Universidad de Antioquia.

“Pablo Montoya confronta a una sociedad indolente que tolera y patrocina la ignominia hasta hacerla cotidiana, y nos recuerda lo urgente de un diálogo con las sombras de los muertos anónimos, con las voces apagadas en las estadísticas que, sin embargo, para algunos todavía resuenan frescas y familiares en sus recuerdos”.

Gilmer Mesa

Después de varios años malviviendo en París, Pedro Cadavid regresa a Medellín a trabajar como profesor universitario, y se encuentra con una ciudad conmocionada. Acaba de ocurrir Orión, el operativo con el que las fuerzas estatales recuperaron el control de la Comuna 13, y en todos los rincones se sienten los estragos: hay muertos y desaparecidos, pero también hay celebración por el supuesto fin de la criminalidad.

Cadavid padece esa doble Medellín: se acerca al sufrimiento de las víctimas, y nota al tiempo cómo se aplaude una ofensiva semejante, aun cuando en ella se hayan infiltrado los grupos

paramilitares y el narcotráfico.

En su novela más personal, más visceral, más dolorosa, Pablo Montoya intenta salvar el abismo al que se asoma una sociedad indiferente al horror.

PABLO MONTOYA

(Barrancabermeja, 1963) ha publicado las novelas La sed del ojo (2004), Lejos de Roma (2008), Los derrotados (2012), Tríptico de la infamia (2014, ganadora del Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos 2015 y del Premio Casa de las Américas-José María Arguedas 2017) y La escuela de música (2018). Su obra poética comprende, además de los libros reunidos en Terceto (2016), Cuaderno de París (2007) y Sólo una luz de agua: Francisco de Asís y Giotto (2009). Ha

publicado los ensayos Música de pájaros (2005), Novela histórica en Colombia 1988-2008: entre la pompa y el fracaso (2009), Un Robinson cercano (2013) y La música en la obra de Alejo Carpentier (2013). Ha cultivado, también, el género del cuento, y actualmente es profesor titular de literatura de la Universidad de Antioquia. En el año 2016 obtuvo el Premio Iberoamericano de Letras José Donoso por el conjunto de su obra.

Título: La sombra de Orión

Primera edición: febrero de 2021

© 2021, Pablo Montoya

© 2021, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. S.

Cra 5A No 34A – 09, Bogotá – Colombia.

PBX: (57-1) 743-0700

www.megustaleer.com.co

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial.

Imagen de cubierta: © Gettyimages.com.

Foto del autor: Marcela Sánchez.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del copyright. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos

los lectores.

ISBN 978-958-5581-53-1

Conversión a formato digital: Libresque

Índice

La sombra de Orión

Dedicatoria

La operación

Las bandas

Alma

Las milicias

El mapa

Los paramilitares

La sonoteca

La Escombrera

La cura

Nota del autor

Sobre este libro

Sobre el autor

Créditos